

LA ADAPTACIÓN NOVELADA
OFICIAL DE LA PELÍCULA

DEL ACLAMADO DIRECTOR
GUILLERMO DEL TORO

LA CUMBRE ESCARLATA

GUION DE GUILLERMO DEL TORO
Y MATTHEW ROBBINS
ADAPTACIÓN NOVELADA DE NANCY H

Lectulandia

La adaptación novelada oficial de la nueva película del aclamado director Guillermo del Toro.

Crimson Peak es protagonizada por Tom Hiddleston, Jessica Chastain y Mia Wasikowska.

Guillermo del Toro no es solo uno de los cineastas con mayor reconocimiento y prestigio internacional, sino uno de los maestros de la narrativa cinematográfica de terror contemporánea.

Ambientada en el siglo XIX, en la remota y montañosa región de Cumbria, al norte de Inglaterra, La cumbre escarlata sigue a la joven escritora Edith Cushing, quien descubre que su nuevo y encantador esposo, Sir Thomas Sharpe, no es quien parece ser. Tras este descubrimiento, ella penetrará cada vez más en un ambiente de pesadilla, en el que el pasado cobra vida y transforma la realidad en una pesadilla.

Del Toro ha descrito a La cumbre escarlata como una «historia de fantasmas y romance gótico». El público puede esperar «un acercamiento clásico y enfocado en la ambientación, pero a la vez con una perspectiva moderna de la historia de fantasmas».

Lectulandia

Guillermo del Toro

La cumbre escarlata

ePub r1.0
fenikz 27.12.15

Título original: *Crimson Peak: The Official Movie Novelization*

Guillermo del Toro, 2015

Traducción: Aridela Trejo

Editor digital: fenikz

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LA CUMBRE ESCARLATA

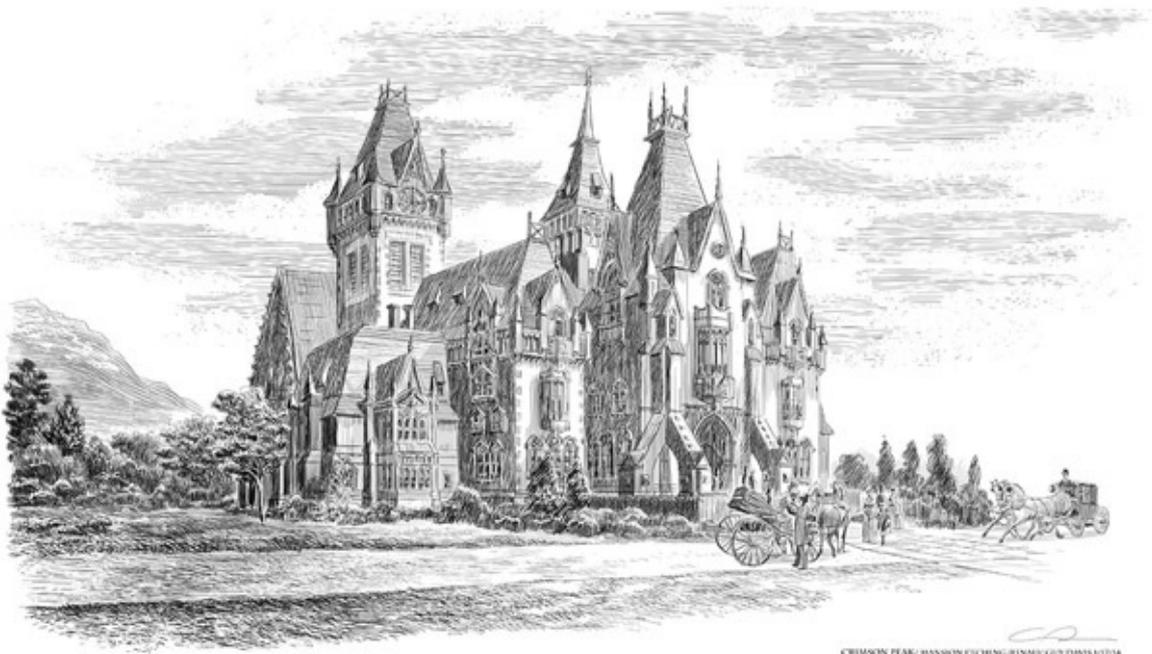


LA ADAPTACIÓN NOVELADA OFICIAL DE LA PELÍCULA DEL DIRECTOR
GUILLERMO DEL TORO

GUIÓN DE
GUILLERMO DEL TORO Y MATTHEW ROBBINS

«El amor no ve con los ojos sino con el alma».
—William Shakespeare,
Sueño de una noche de verano





PRÓLOGO



EL PRESENTE

Amor.
Muerte.
Fantasmas.

El mundo estaba cubierto de sangre.

Niebla escarlata ocultaba el campo de la muerte y se filtraba por los pozos mineros, codiciosos y famélicos, hasta internarse en los contenedores atormentados, llenos de arcilla color burdeos, que bullían y jadeaban en el piso sucio de mosaico color marfil. Por los muros de barro se filtraba tierra carmesí. Allerdale Hall tenía un contorno rojo y brillante, era una mancha que se abría paso hacia los pies desnudos de Edith.

Sin embargo, ese era el menor de sus problemas.

La criatura del mismo infierno la perseguía. Implacable, imparabile, un ser incitado por la locura y la furia que había mutilado y asesinado y lo haría de nuevo, a menos que Edith atacara primero. Pero estaba débil, tosía sangre y se tambaleaba, y el monstruo se había cobrado otras vidas —otras *almas*— más fuertes y sanas que la suya.

Los copos de nieve cegaban los ojos azul aciano e inflamados de Edith; gotitas rojas le salpicaban el pelo dorado. Tenía la mejilla derecha cortada; el dobladillo de su camisón transparente estaba empapado de sangre y podredumbre.

Y arcilla escarlata.

Se movía despacio en círculo, cojeando en su pierna herida y levantando la pala. Su pecho jadeaba al ritmo de la máquina construida para saquear la tierra de sus tesoros. Un aparato estruendoso que aún podía ser el medio para destruirla.

El sonido palpitaba en sus oídos mientras se preparaba para la última batalla. Tenía taquicardia y la invadían las náuseas. Tenía la frente cubierta de gotas de sudor y el estómago acalambreado. Le punzaban y dolían los huesos, apenas podía caminar.

A donde quiera que miraba encontraba sombras amenazantes, rojo sobre rojo sobre rojo. Si sobrevivía, ¿se les uniría? ¿Rondaría este sitio maldito para siempre, furibunda y asustada? Este no era sitio para morir.

Los fantasmas existen. Es todo lo que sé.

Sabía mucho más que eso. Si tan solo hubiera descifrado la historia atroz antes, prestado atención a las advertencias, seguido las pistas. Había descubierto la verdad y lo estaba pagando muy caro, pero el precio definitivo la esperaba y a quien había arriesgado tanto por ella.

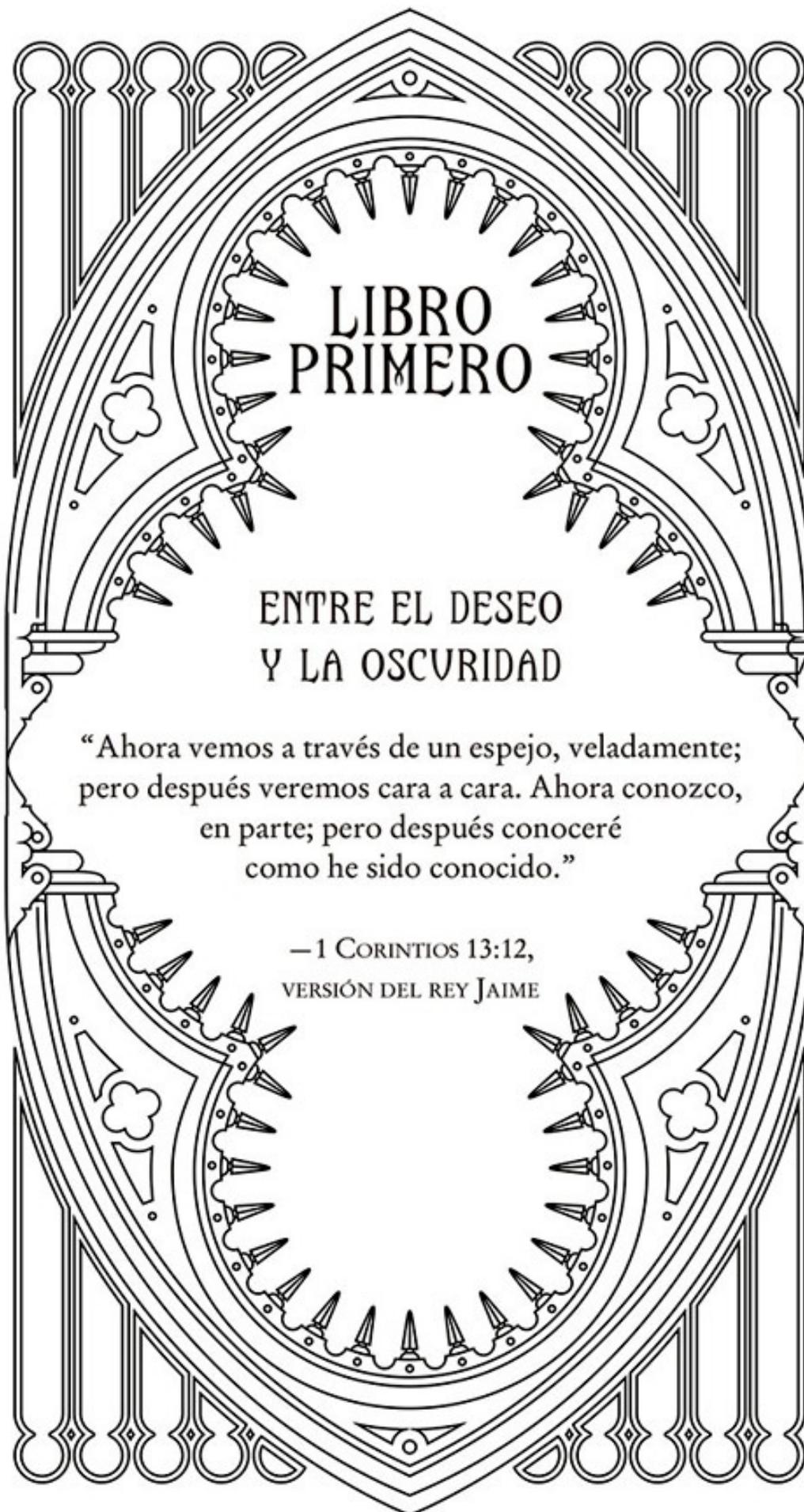
Detrás de la nieve y el crepúsculo escarlata, percibió el destello de pies corriendo. La pala se le resbalaba, la sostenía con sus manos frías y húmedas. El tobillo le punzaba y se moría de frío, pese a ello, sus entrañas le quemaban con tal intensidad que esperaba que por la boca le saliera humo en cualquier momento.

Retrocedió, se movió en círculos, buscando con la mirada y respirando con dificultad. El tiempo y su corazón se detuvieron cuando descubrió la silueta borrosa de un pedazo de tela empapado y un par de pies descalzos que se acercaban, absorbiendo el fango rojo. La hoja afilada, los dedos manchados de sangre, la furia que la blandía. Ya la Muerte no se aproximaba.

La Muerte había llegado.

Intentó recordar cómo fue que ella, Edith Cushing, había llegado aquí para combatirla.

Érase una vez...



LIBRO PRIMERO

ENTRE EL DESEO Y LA OSCURIDAD

“Ahora vemos a través de un espejo, veladamente;
pero después veremos cara a cara. Ahora conozco,
en parte; pero después conoceré
como he sido conocido.”

—1 CORINTIOS 13:12,
VERSIÓN DEL REY JAIME

CAPÍTULO UNO



HACE CATORCE AÑOS, BÚFALO, NUEVA YORK LA PRIMERA VEZ QUE VI UN FANTASMA TENÍA DIEZ AÑOS. FUE EL FANTASMA DE MI MADRE

Nevaba el día que enterraron a la madre de Edith Cushing. Copos grandes y mojados caían del cielo plomizo. El mundo carecía de color. La pequeña Edith se apoyaba en las piernas de su padre. Vestía de luto de pies a cabeza, llevaba abrigo y sombrero negros, este último enmarcaba su cara pálida y afligida. Los otros dolientes vestían sombreros de copa negros, velos densos, abrigos y guantes color ébano y joyería labrada del cabello de sus queridos muertos. Los vivos de Búfalo poseían guardarropas repletos de conjuntos modernos diseñados para llorar y lanzar puñados de tierra y pétalos de rosa a las tumbas recién excavadas.

Cuando los portadores transportaron el cuerpo de la madre de Edith a su sitio de descanso final, debajo del monumento erigido por la familia Cushing para el descanso eterno de los miembros de la familia, el féretro cerrado brilló como la obsidiana. Ángeles plañideros envolvían con sus alas onduladas a generaciones de muertos.

El cuerpo marchito de Mamá había estado tan negro que parecía que había muerto en un incendio, o eso había escuchado Edith en boca de Cook, cuando se lo contó a DeWitt, el mayordomo. Aunque Edith se había quedado muda al escuchar aquella revelación espeluznante, no tenía manera de confirmarla. En el hogar de los Cushing nadie le hablaba de su terrible pérdida, todos los sirvientes callaban cuando entraba a una habitación. Se sentía igual de invisible que un fantasma. Quería, necesitaba, que alguien la viera, la abrazara y meciera, le contara un cuento o le cantara una canción de cuna. Sin embargo, los empleados guardaban su distancia, como si la señorita

trajera mala suerte.

En el cementerio reconoció a Alan McMichael y a su hermana Eunice. Alan era un año mayor que Edith, tenía el pelo rubio y las mejillas rojizas, era su amigo íntimo e inseparable. Sus ojos azul grisáceo, la única mancha de color en el cementerio, encontraron su mirada y la sostuvieron, como si él mismo le estuviera dando la mano. A su lado, Eunice estaba inquieta y un poco aburrida. Aunque Eunice apenas tenía nueve años, ya había asistido a muchos funerales. Eran niños victorianos y la muerte no era infrecuente.

No obstante, Edith había perdido a su única madre y eso resultaba nuevo y desconcertante. Doloroso. Habría querido llorar, pero las lágrimas se habían aferrado a los bordes de sus ojos. No debía causar un escándalo. Los niños bien educados debían ser vistos, no escuchados, incluso si sus mundos se derrumbaban. Alan, quien la miraba, parecía ser el único que entendía su pena insoportable. Las lágrimas brillaron en sus ojos azul plata.

Eunice cambió su peso de un pie al otro y se puso a jugar con uno de sus rizos pelirrojos. Alan tiró suavemente de la muñeca de su hermana para detenerla y ella lo golpeó. Su madre sonrió melancólica, como si no hubiera visto el espectáculo impropio de Eunice. La señora McMichael aún era hermosa y aún estaba viva.

Alan sujetaba a Eunice por la muñeca. Eunice sacó el labio inferior y su madre metió la mano en el bolsillo de su abrigo de marta cibelina para darle a su hija lo que parecía ser un dulce. Eunice lo tomó y se soltó de su hermano. Ahora era Alan quien pretendía no darse cuenta de lo que estaba sucediendo —o quizá en realidad no se dio cuenta—. Alan tenía su atención puesta en Edith, de cuyo pecho dolido amenazaba con salir un gemido inmenso. No habría más dulces de Mamá, ni sonrisas, ni cuentos.

El cólera se la había llevado. Una muerte horrible, agonizante y lenta. El padre de Edith había ordenado que el féretro se mantuviera cerrado y le pidió a Edith no asomarse. Así que no hubo beso de despedida, ninguna despedida ni últimas palabras.

*

Es decir, hasta que volvió. Tres semanas después de su muerte.

*

El tiempo no curaba todas las heridas.

Su madre llevaba casi un mes muerta y Edith la extrañaba más que nunca. La corona funeraria aún adornaba la puerta y la servidumbre llevaba brazaletes. Cook no

había querido que las sirvientas retiraran las cortinas negras de los espejos. DeWitt le dijo que era demasiado supersticiosa y Cook le respondió que simplemente estaba siendo *cauta*. En lo concerniente a los muertos, no había certezas. En Irlanda, en 1792, el espíritu de una tía soltera se había quedado atrapado en un espejo y desde entonces se le aparecía a la familia. DeWitt había respondido que debido a que las cortinas se habían colocado antes de la muerte de la señora Cushing, y en vista de que ya la habían enterrado, no había forma de que la señora quedara atrapada.

Sin embargo, conservaron las cortinas en su sitio.

Edith estaba recostada en su camita de día, llorando discretamente en la oscuridad, su conejo de felpa le hacía compañía. El dolor en su corazón se hacía más profundo e intenso con el paso de las noches. Las sombras que proyectaban los montículos de nieve moteaban las portadas polvorientas de los libros que ella y su madre habían leído juntas, cada noche un par de páginas. *Belleza Negra* y *El libro azul de los cuentos de hadas*. Era incapaz de abrirlos.

Entre cada uno de sus sollozos escuchaba el tictac del reloj de pie que se encontraba al final del pasillo, parecía un hacha cortando madera. Fuera de la ventana de su habitación la nieve constante caía en silencio en la costa este del Lago Erie y la cabecera del Río Niagara. El Canal Erie había albergado la prosperidad de la familia de Edith. El viento y el agua helada. Esa noche, el hogar bellamente amueblado de los Cushing estaba frío, como había permanecido desde la muerte de Mamá. Edith sintió que se había convertido en hielo y nunca podría recuperar su calor.

Me pregunto si tiene frío, bajo tierra. No podía sacudirse esa idea, pese a que le habían dicho docenas —cientos— de veces que su madre estaba en un lugar mejor.

Recordó cuando su habitación había sido aquel lugar mejor: la voz suave y dulce de su madre leyéndole mientras Edith se acurrucaba debajo de un cubrecama con una taza de chocolate caliente y una botella de agua caliente.

Érase una vez.

Cuando tocaba canciones de cuna en el piano porque Edith no podía dormir.

Esa noche no habría música.

Edith rompió en llanto.

Escuchó el tictac del reloj que marcaba los segundos, las horas, las noches de la vida sin Mamá. Interminable. Implacable. Desalmado.

Escuchó un ruido entrecortado, entre suspiro y gemido. Se sacudió y se llevó la mano a la boca en señal de sorpresa. ¿Acaso ella había producido ese sonido?

Levantó la cabeza para escuchar mejor, el corazón le palpitaba.

Tic-tac-tic-tac. Era solo el reloj.

Volvió a escucharlo. Un lamento triste y bajo. Un susurro de dolor. Incluso... agonía.

Se levantó y salió de la cama.

Se deslizó por el suelo frío, la duela rechinó y el roce de seda le acarició los oídos. No llevaba seda.

Cook le había contado a DeWitt que habían preparado el cuerpo de Mamá en su mejor traje de seda negra y que en las horas que precedieron su muerte, su piel había adquirido el mismo color. Cook había empleado palabras como «repugnante, abominable. Terrorífico». Había hablado de su patrona como si hubiese sido un monstruo.

De *Mamá*, que había sido tan hermosa, siempre había olido a lilas y adoraba tocar el piano. Quien le había contado historias extraordinarias de princesas valerosas que boicoteaban a hechiceros malvados y se ganaban la adoración de sus príncipes. Quien le había prometido a Edith que en su propia vida figuraría un «y vivieron felices por siempre» con un hombre que le construiría un castillo, «con sus propias manos», le decía, sonriendo de forma soñadora, y añadía, «como tu padre».

Y ahora, Edith miraba fijamente la oscuridad y era incapaz de recordar aquella imagen de Mamá. Su mente regresaba a ese monstruo, al horror, y se preguntaba si las sombras se movían por voluntad propia o si se trataba del juego de siluetas de copos de nieve en el tapiz. Llevó la mirada de la pared al final del pasillo. No estaba en silencio. Daba la impresión de que el aire se agitaba y después, se espesaba.

Se quedó helada cuando de la oscuridad comenzó a emerger una presencia, una figura oculta en las sombras que flotaba al final del pasillo. Una mujer, envuelta en lo que alguna vez fue un manto de seda negro muy fino, y que ahora parecía las alas raídas de una palomilla.

¿Era su imaginación? ¿Una ilusión óptica?

Edith comenzó a sudar frío. *No está ahí. No lo está.*

Ella *no está*.

Se le aceleró el pulso.

No se deslizaba hacia ella.

Ella *no lo hacía*.

Edith gritó y regresó a su habitación a toda velocidad. Sentía un cosquilleo en la piel y calor en las mejillas. Intentó escuchar pero solo percibió un rugido en los oídos y el golpe seco de sus pies descalzos en la alfombra del pasillo.

Mientras corría, Edith no vio a la cosa que la perseguía ni sintió los dedos esqueléticos de una mano reluciente que le acariciaba el cabello. La luz de la luna alumbró los huesos de los dedos, reveló el destello caprichoso de una cara atormentada, sin carne.

No, Edith no la vio. Aunque quizá la *sintió*.

Una sombra. Un espíritu obligado a volver por un amor inextinguible, por la desesperación de hablar. Deslizándose, rozando la seda a su paso y produciendo un repiqueteo de huesos y carne marchita.

Edith no vio nada de eso cuando se metió debajo de las cobijas y se aferró a su conejito de felpa, temblando de miedo.

Pero segundos después, cuando se volteó de lado, se quedó completamente paralizada. Sintió una mano putrefacta en el hombro, olió la tierra húmeda de la

sepultura y escuchó cuando de los labios deshidratados salió una voz distorsionada y ronca que había conocido mejor que su propia voz y le susurró al oído:

«Hija mía, cuando llegue la hora, ten cuidado con la Cumbre Escarlata».

Edith gritó. Se levantó de un salto y tomó sus lentes. Al ponérselos, las lámparas de gas se volvieron a encender. Ni siquiera se había dado cuenta de que se habían extinguido.

No había nada —*nadie*— en la habitación.

Hasta que alertado por sus gritos, su padre entró corriendo y la envolvió en su brazos.

*

Transcurrirían años antes de que volviera a escuchar una voz así, un aviso proveniente de otra época que lograría comprender demasiado tarde...

CAPÍTULO DOS



HACE APENAS UNOS MESES

Era día de mercado y el cielo estaba cubierto por una maraña de nubes blancas e infladas, como encaje fino. Edith cruzó el patio enlodado en sus botines de botonadura alta. Para esta ocasión afortunada había elegido una brillante falda dorada, blusa blanca y corbata negra. La falda hacía juego con su cabellera rubia, la cual había peinado en un *chignon* delicado y coronado con un soberbio sombrero nuevo adornado con un velo modesto que la identificaba —a su parecer— no como una mujer exclusivamente preocupada por la moda, aunque tampoco del todo bohemia. Más bien, como una mujer joven, inteligente y ambiciosa. Y *talentosa*.

Por primera vez en su vida tenía algo que había creado, un producto para vender y un posible comprador. Levantó el paquete pesado y sonrió para sí.

Ganado, vendedores ambulantes, carruajes y el ocasional automóvil amenazaban con salpicarle la ropa de lodo. Impoluta, cruzó la calle con dirección al ajetreado edificio comercial en donde ella, la señorita Edith Cushing, tenía negocios que gestionar. Subió las escaleras.

Consideró buena señal que Alan McMichael, ahora el doctor Alan McMichael, la llamara cuando este descendía de las escaleras. Se detuvo a saludarla. No se habían visto en años, él había estado en Inglaterra estudiando para ser oftalmólogo. Le sorprendió darse cuenta de que ya era todo un hombre, tenía la cara angular, como lo son las caras de los hombres adultos —la grasa de bebé había desaparecido— y debajo del abrigo se asomaban unos hombros amplios. No llevaba sombrero y su cabello era casi del mismo tono rubio que el suyo.

—Edith —la saludó alegre—. ¿Sabías que estoy instalando mi consultorio? —asumía que ella sabía de su regreso.

Eunice no mencionó nada, consideró algo ofendida. Aunque a decir verdad últimamente Edith no había visitado a los McMichael. No había visitado a nadie y en la buena sociedad, era un gesto bastante descortés. Uno preguntaba por los amigos. Aunque Eunice no era amistosa, para nada. Uno visitaba a los conocidos, entonces. Uno preguntaba por su salud y se mantenía al tanto de los sucesos importantes de sus vidas, en caso de Eunice incluirían los detalles más insignificantes de fiestas, bailes y galas.

Es absolutamente aburrido, pensó. ¡Ay, Dios! Solo tengo 24 años y parece que ya soy una misántropa malhumorada.

—A las diez me reuniré con Ogilvie —le informó, recuperando el entusiasmo—. Revisará mi manuscrito para evaluar si quiere publicarlo.

Había comenzado el libro antes de que Alan se fuera a la escuela de medicina, le había leído secciones cuando tenían oportunidad de verse, lo cual ocurría con más frecuencia de la esperada, dado que eran solo amigos. A él le había confiado que había recibido la visita fantasmal de su madre, aunque desde luego Eunice los había escuchado a escondidas y se lo había revelado a todo el mundo. Y todo el mundo se había burlado de Edith y la había ridiculizado. Desde aquel día había decidido explotar las figuraciones descabelladas de su apesadumbrada alma de niña de diez años —debió haber sido solo eso— como metáfora de la pérdida en su novela. Si bien el recuerdo de aquella pesadilla aún la perseguía, agradecía haber tenido una experiencia tan aterradora pues le había proporcionado material fascinante.

Sonrió aún más al escuchar que había terminado su libro.

—¿Sabes que apenas son las nueve? —se permitió observar.

—Quiero hacer algunas correcciones antes de la reunión —comenzó a repasar el listado de revisiones en su mente. De repente se dio cuenta de que Alan le había pedido que lo visitara pronto en su nueva oficina y estaba diciendo algo sobre mostrarle unas fotografías misteriosas.

Le prestó toda su atención. Estaba francamente contenta de verlo. Así que quizá no era una misántropa malhumorada. Quizá solo era selectiva sobre qué detalles recordar. Las nuevas incursiones en los negocios eran más emocionantes que las nuevas tendencias en la moda, aunque tampoco consideraba que careciera de estilo.

—Debo ayudar a Madre. Mañana celebrará una fiesta en honor del pretendiente de Eunice. ¿Por qué no vienes?

Como si se les hubiera indicado la entrada, Eunice, algunos de sus parásitos arribistas y su madre, la señora McMichael, aparecieron en las escaleras. Vestían impecablemente y Eunice lucía radiante.

—Lo conocimos en el Museo Británico —anunció la señora McMichael—. En otoño pasado cuando visitábamos a Alan.

—No lo creerías. Es tan apuesto —Eunice comentó efusiva y sonrosada.

Edith estaba contenta por Eunice. El sueño de la muchacha era casarse con un buen partido. Mantendría muy entretenido a su esposo, eso sin duda.

—Y ahora ha atravesado el océano con su hermana solo para reencontrarse con Eunice —la señora McMichael añadió orgullosa.

—Madre, es un viaje de negocios —Eunice protestó un poco, aunque sus palabras eran mera apariencia.

—O eso *dice* —uno de los aduladores de Eunice añadió fascinado y Eunice se sonrojó. Si hubiera llevado abanico, lo habría agitado como mariposa para refrescarse.

La señora McMichael insistió:

—Parece que es un barón.

—¿Cómo? ¿Barón? —preguntó otro miembro del séquito de Eunice, ante lo cual la señora McMichael se encogió de hombros con indiferencia fingida.

—Bueno, es aristócrata...

—Un hombre que vive de las propiedades que otras personas trabajan para su beneficio. Un parásito con título —las palabras mordaces salieron disparadas antes de que Edith pudiera escucharse. Alan se cubrió la boca con la mano y sonrió. Sin embargo, la señora McMichael arqueó las cejas.

—Lo lamento —Edith se disculpó.

La señora McMichael era perfectamente capaz de defenderse ante cualquier desafío que involucrara un asuntopreciado. Mejor aún, que involucrara su orgullo.

—Este *parásito* es un encanto absoluto y un bailarín extraordinario. Aunque eso no te interesa, ¿cierto Edith? —agregó con rudeza—. Nuestra Jane Austen.

—Madre —Alan protestó con suavidad.

—Aunque si no me equivoco, *murió* soltera —la mirada de la señora McMichael era dura y su sonrisa insincera y tensa.

—Madre, *por favor* —intervino Alan.

—Descuida, Alan —Edith le aseguró. Enfrentó la mirada de la mujer sin reparo—. Preferiría ser Mary Shelley —respondió en tono dulce—, *murió* viuda.

Saboreando su salida airada, se retiró. Encontró lugar en el salón de la biblioteca pública, colocó su manuscrito en el escritorio, se acomodó los lentes en el puente de la nariz, sacó bolígrafo y tinta y comenzó a hacer sus cambios. Su bolígrafo chorreaba y le ensució los dedos, de modo que cuando se peinó los rizos hacia atrás, se dejó sus propias huellas en la frente.

No se dio cuenta de su apariencia un poco desaliñada cuando por fin se dirigió a la oficina del señor Ogilvie. Temprano. Lo cual el editor poderoso e importante le indicó abiertamente cuando Edith se sentó frente a su escritorio. Edith hacía todo lo posible por ocultar su ansiedad mientras el editor leía su preciada *magnum opus*, página por página.

Habría jurado que escuchaba el tic tac del reloj. O quizás era el golpeteo de sus rodillas.

Suspiró. No era una buena señal.

—Una historia de fantasmas. Tu padre no me dijo que era una historia de

fantasmas —cada sílaba estaba cargada de decepción.

Estaba dispuesta a no darse por vencida.

—No lo es, señor. Es una historia... que incluye un fantasma.

Señaló el manuscrito con sus dedos entintados. El señor Ogilvie se apartó. Impávida, añadió:

—El fantasma es una metáfora. ¿Lo ve? Del pasado.

—Una metáfora —no habría podido sonar menos entusiasta. Leyó un poco más—. Buena caligrafía, círculos firmes.

Ay, no. La odia.

Posó el manuscrito en el escritorio y lo reacomodó despacio, como una niñera que dobla un pañal sucio.

—Señorita Cushing, cuénteme, ¿cómo está su padre? —preguntó—: ¿Se encuentra bien de salud?

*

—Dijo que le hacía falta una historia de amor. ¿Puedes crearlo?

Edith volvió a indignarse. Se inclinó en su silla, diagonalmente opuesta a la de su padre en el comedor dorado de su hogar, en donde compartían la cena. Anochecía y la luz se filtraba por el tapiz de damasco y los candelabros de alabastro. Los platones para servir de planta brillaban.

—Todos se enamoran, cariño —se permitió observar—. Incluso las mujeres.

Su padre vestía para cenar, llevaba cada cabello peinado con esmero y la barba recortada de forma impecable. Aunque rozaba los sesenta, los cuidados que se procuraba rendían frutos: lucía mucho más joven.

—Lo dijo porque soy mujer —refunfuño. Entretanto, la servidumbre traía platones elegantes—. *¿Por qué?* ¿Por qué una mujer debe escribir sobre el amor? ¿Historias de señoritas en busca del esposo ideal, salvadas por un príncipe joven y galante? Cuentos de hadas y mentiras.

Una expresión que Edith no pudo descifrar recorrió el rostro de su padre en un instante. Respondió:

—Bien, hablaré con Ogilvie el lunes por la mañana en el club.

Edith resopló:

—Desde luego que no lo harás. Lo resolveré. Sola.

Le dedicó una mirada afectuosa. Edith se preparó para escuchar sus objeciones, si bien no dudaba que lo motivaba la preocupación de padre y nada más, no la persuadiría a reconsiderar su decisión. Frunció el ceño y se le acercó, como examinándola bajo un microscopio.

—¿Cuándo te reuniste con Ogilvie tenías los dedos entintados?

Edith hizo una mueca, recordó la mancha que tenía en la frente. Se había dado cuenta después de su cita.

—Eso me temo, no se quita.

Su padre se alegró.

—Ajá —colocó frente a ella un pequeño paquete con un ademán ostentoso—. Esperaba que fuera un regalo para celebrar, pero...

Lo abrió y sacó una pluma fuente de oro hermosa. Era el instrumento de escritura más extraordinario que jamás había visto, así como la evidencia de su fe —y apoyo— en su ambición de ser escritora. Profundamente conmovida, le besó la mejilla. Si bien se mostró nervioso, el color en sus mejillas le aseguró que él estaba igual de contento.

—Soy constructor, querida. Conozco la importancia de la herramienta adecuada para trabajar.

—De hecho, Padre, me gustaría mecanografiarla en tu oficina —le informó con dulzura.

Por poco se pierde la decepción pasajera de su padre al ver la pluma reluciente que de pronto resultaba obsoleta.

—¿Mecanografiarla?

—Voy a enviarlo al *Atlantic Monthly*. Me temo que mi caligrafía es demasiado femenina.

—¿Demasiado femenina?

—Me delata. Firmaré como E. M. Cushing. Eso los mantendrá preguntándose.

—Sin duda —respondió pensativo.

CAPÍTULO TRES



AL DÍA SIGUIENTE

Este es mi día.

Pese al rechazo del día anterior, Edith se sentía optimista. Sus esperanzas la animaban y la mantenían confiada. Estaba segura de que cuando tuviera una audiencia justa —cuando alguien que no tuviera prejuicios hacia su género leyera su obra—, la publicación sería un hecho.

Casi —aunque no del todo— imaginaba lo orgullosa que hubiera estado su madre de haber tenido en sus manos un libro escrito por su propia hija. Sin embargo, mantuvo a raya esa idea, se negaba a permitir que se asentara. La imagen de aquella mano negra en su mano, aquel hedor, esa voz horrible...

Fue una pesadilla. Estaba inconsolable.

No es verdad, sabes exactamente...

Por fin llegó al atareado despacho de ingeniería de su padre. En las habitaciones espaciales con techos altos predominaban los modelos enormes de edificios y puentes que se exhibían en vitrinas de cristal. Aquello era un avispero de actividad en el que ingenieros, oficinistas y asistentes examinaban los modelos miniatura, realizaban las heliografías, medían los planos y gestionaban la gran empresa del señor Carter Cushing. Su padre había construido algunos de los edificios más magníficos de Búfalo y muchas otras ciudades. Edificios de piedra, ladrillo y hierro que llevarían su nombre y su visión a través de los siglos. En su mundo, su padre era un artista como en el que ella aspiraba a convertirse en su mundo, que consistía en libros e historias.

Con ese fin, se puso cómoda en la silla de la secretaria de su padre, con su manuscrito en el codo, y se asomó detrás de sus pequeños lentes redondos para ver las teclas del alfabeto, dispuestas en un patrón incomprensible. Le tomó un buen rato

cazar cada letra para picotear el título y la línea de apertura de la historia. Otro buen rato llenar una página. Después, con un poco de entrenamiento de la secretaria, tocó la palanca de retorno y el carro atravesó la parte superior del aparato con una velocidad emocionante. Edith estaba fascinada.

—Aunque me tomará todo el día, le da un toque espléndido, ¿no crees?

La secretaria estaba ocupada metiendo un archivero pesado en una repisa. Edith se acomodó para ver el peculiar acomodo de las letras en el teclado cuando percibió una especie de sombra que se proyectaba sobre la máquina de escribir. Entrecerró los ojos, ligeramente irritada.

—Buenos días, señorita —pronunció una voz. Masculina, británica.

Levantó la vista.

Se encontró con los ojos más azules que jamás había visto. Edith parpadeó, los miró fijamente. La cara del visitante parecía cincelada, llevaba el pelo negro peinado con esmero, aunque algunos rizos se habían negado a ser contenidos. Su mente de escritora evocó palabras para describirlo: *impresionante, elegante, encantador*. Vestía un traje de terciopelo azul que alguna vez debió haber sido resplandeciente —sí, otra palabra atinada— y cuyo corte se ajustaba a la perfección a su silueta delgada, aunque en los puños lucía algo raído. Su conjunto no reflejaba pobreza del todo, aunque sin duda no era adinerado. Aun así, recibió la mirada de Edith con una especie de gracia elegante que revelaba sus buenos modales y crianza culta.

Otras palabras le vinieron a la mente: *extraordinariamente bien parecido*.

Mientras Edith esperaba lo que diría a continuación, no reveló nada de lo anterior. Por su parte, la secretaria se había quedado sin aliento. El hombre también llevaba una caja de madera pulida bajo el brazo. Parecía pesada así que tenía que terminar pronto.

—Disculpe la interrupción —su acento británico de clase alta sedujo sus oídos americanos—, tengo una cita con el Señor don Carter Everett Cushing.

En otras palabras, su padre.

—¡Por Dios! ¿Con nadie menos que con el jefe? —Edith preguntó fingiendo un tono agradable. Si bien estaba encantada con su presencia, no se consideraba propio que una dama se comportara demasiado amigable con un hombre que no conocía. Y de vez en cuando, Edith se comportaba apropiadamente.

—Eso me temo —su sonrisa era un poco vacilante. Se dio cuenta de su nerviosismo. En su opinión, su atractivo aumentaba. Por más apuesto que fuera, seguía siendo humano. Continuó mirándolo fijamente mientras buscaba una tarjeta de presentación y se la entregaba.

—Sir Thomas Sharpe, barón —Edith leyó en voz alta. Se dio cuenta de que era el aristócrata de Eunice. Su *parásito*. Santo cielo, *sí* era una misántropa malhumorada. Era la Elizabeth Bennett de su era. En *Orgullo y prejuicio*, la heroína de Jane Austen había llegado exactamente a la misma conclusión en lo concerniente al señor Darcy, cuyo atractivo y cortesía eran soberbios. Sin embargo, su extracción de clase alta le

había merecido el odio de clase media de Elizabeth, quien lo tachó de esnob y bueno para nada.

—Se lo haré saber —la secretaria se apresuró para hacerlo.

Sir Thomas Sharp dobló el cuello para mirar al escritorio.

—¿No llega usted tarde, o sí? Lo detesta —dijo Edith.

—Para nada, de hecho, llego un poco temprano.

Un hombre parecido a mí, por así decirlo.

—Ya veo. Me temo que también detesta eso —no estaba segura de por qué lo atormentaba. No importaba, no conseguía hacerlo reaccionar. Su nerviosismo se había disipado. De hecho, parecía distraído. Se sentía decepcionada.

—Lo lamento, no es mi intención fisgar... —señaló el manuscrito y Edith se dio cuenta de que había arqueado el cuello para leerlo—, ¿es una obra de ficción, no es así?

Asintió, ocultando su consternación. Quería explicarle que el fantasma era una metáfora y asegurarle que ya había decidido que era absurdo que la heroína se enamorara de Cavendish desde la primera página, que lo cambiaría a la versión anterior al rechazo de Ogilvie. No debió haberlo escuchado, incluso si se trataba de un editor reputado. En lo que a ella respecta, las historias de amor *eran* cuentos de hadas y mentiras y... ¡Dios santo! Estaba leyendo más.

—¿Para quién transcribe esto? —le preguntó con genuino interés. Edith no sabía si estaba intrigado u horrorizado por el texto en la página.

Decidió eludir su pregunta. Si lo detestaba, sería completamente mortificante.

—Debe enviarse a Nueva York mañana. Al *Atlantic Monthly*.

Lo consideró y leyó otra página.

—Quienquiera que lo haya escrito es muy bueno, ¿no lo cree?

Encantada, echó la cabeza hacia atrás para leer mejor su reacción.

—¿Ah sí? —lo puso a prueba.

Se encogió de hombros como si dijera: *¿No le parece obvio?*

—Me llamó la atención.

Era sincero. Le gustaba. Le gustaba su libro. Salvo por Alan, nadie lo había leído... solo Ogilvie. Aunque Alan había escuchado atento, no había ofrecido ningún comentario salvo por observaciones del tipo: «Es una descripción bonita del campo» o «Lo siento, estoy confundido. ¿El fantasma es real o no?».

Sir Thomas Sharpe, barón, por su parte lo había encontrado *muy* bueno. Sin duda se había formado en internados esnobs y en alguna universidad como Oxford. Seguro en su castillo tenía una librería extensa y leía a Virgilio en latín. ¿Cómo podía su librito compararsele?

De manera positiva, ni más ni menos. Lo había dicho él mismo. Se sentía animada. Ante ella tenía un espíritu afín.

¿Debería confesar? ¿Por qué no?

—Yo lo escribí. Es mío —escuchó el orgullo en su voz.

El visitante se alegró considerablemente. Abrió los labios para añadir algo más cuando la voz grave de su padre reverberó desde su oficina.

—Sir Thomas Sharpe. Bienvenido a nuestra bella ciudad.

Carter Cushing se acercó. Al encontrarse con el caballero británico su rostro adquirió una expresión confundida, esta se disipó al dedicarle su atención a ella.

—Veo que ya conoció a mi hija, Edith.

Edith disfrutó el atisbo de sorpresa que mostró Sir Thomas y le sonrió al joven que se quedó sin palabras mientras su padre lo escoltaba a la sala de reuniones. El joven llevaba su caja de madera como si fuera un objeto preciado y Edith decidió averiguar por qué él estaba ahí. Todo en su persona le parecía sumamente interesante. Edith se levantó del escritorio y dejó el manuscrito donde estaba.

Los dos hombres ya habían entrado a la sala de reuniones. Se asomó por la puerta abierta y vio que los hombres más prominentes de Búfalo habían ocupado un sitio en torno a los escritorios lustrados colocados en disposición circular. Era una reunión de perfil alto que incluía al señor William Ferguson, abogado de su padre. Las miradas de todos descansaban en el joven Sir Thomas Sharpe, quien se ubicó al centro. Ahora entendía por qué había estado nervioso. Era como encarar a una docena de Ogilvies.

—Las minas de arcilla de la familia Sharpe han sido Proveedores Reales de la arcilla escarlata más pura desde 1796 —su voz era firme y autoritaria, todo rastro de temor había desaparecido por completo. Levantó otro contenedor de madera, mucho más pequeño que la caja. Dentro guardaba un bloque escarlata con algún tipo de sello. Lo pasó entre los prestigiosos hombres de bigote, vestidos en abrigos oscuros, cada uno examinó de cerca la arcilla de color intenso.

Intrigada, Edith entró al salón y cerró la puerta. Los colegas de su padre estaban habituados a que observara desde la periferia y no le prestaron atención. Sir Thomas, en cambio, parpadeó. Edith se avergonzó y se alegró de que hubiera resultado una distracción.

—La explotación minera excesiva en los últimos veinte años ha provocado que nuestros depósitos antiguos colapsen, ha obstaculizado nuestras operaciones y puesto en peligro nuestro hogar ancestral —continuó Sir Thomas.

Edith reflexionó: *tiene un hogar ancestral, como Cavendish en mi novela.*

—¿Está sugiriendo que han extraído todos los recursos de la tierra? —su padre preguntó con brusquedad—, ¿que la han secado?

—No —protestó Sir Thomas, conservando la calma—, la zona aún tiene esquistos de arcilla sin aprovechar, sin embargo, no ha sido posible llegar a ellos.

Bien dicho, Edith estuvo de acuerdo. Su padre era aún más intimidante que Ogilvie. Decidió ver a Sir Thomas en acción para aprender todo lo posible del fino arte de vender. Con frecuencia, los escritores solían observar el mundo para representarlo con fidelidad en la página.

Durante sus meditaciones en torno a ser más observadora, se había perdido una parte de la demostración de Sir Thomas. Había abierto la caja de madera grande para

extraer un modelo a escala de un taladro minero, Edith lo reconoció debido a los incontables días que había pasado en la oficina de su padre. Sir Thomas había conectado el taladro a una pequeña caldera de cobre. Los niveles y engranes de cobre comenzaron a moverse produciendo un dramático silbido de vapor. El taladro empezó a girar. A decir verdad, la miniatura era graciosa y por lo visto, fascinante, pues los hombres se inclinaban para examinarla. La máquina elevaba cubos pequeñitos; podía imaginarlos sacando arcilla color rubí y depositándolo en un vagón.

—Es una segadora de arcilla que yo mismo he diseñado —añadió Sir Thomas—, es equiparable con la producción de un equipo de diez hombres. Transporta arcilla hacia arriba al mismo tiempo que excava en las profundidades de una mina. Esta máquina revolucionará la extracción minera como la conocemos.

Los hombres comenzaron a aplaudir. Edith estaba contenta por el aristócrata joven y entusiasta. Qué inventor tan ingenioso. Inteligente y apuesto. Eunice era una chica afortunada... aunque Edith dudaba que su compromiso inverosímil con este hombre tuviera que ver con la suerte, más bien se debía a la ambición de su madre. Si conocía bien a la matriarca McMichael, la señora había esperado a Sir Thomas en el Museo Británico y «por casualidad» había entablado una conversación con él, si bien con cierto atrevimiento, de modo tal que no se considerara indiscreto ni falta de educación. Y las horas que con toda seguridad Eunice dedicó a ataviarse en caso de que el encuentro resultara exitoso, habían valido la pena. Ella *era* una joven muy hermosa.

Edith se percató de que entre los presentes, su padre era el único que *no* aplaudía. De hecho, fruncía el ceño.

—Apáguelo —vociferó, después suavizó su orden—, por favor. ¿Quién construyó eso?

Sir Thomas inclinó la cabeza.

—Yo mismo construí y diseñé este modelo.

Estoy segura de que podría construir una máquina de escribir más funcional. Francamente la disposición de las letras no tiene ningún sentido.

En el silencio que se produjo, los otros empresarios miraron a su padre, cuya sonrisa fría revelaba su escepticismo.

—¿Lo ha probado? ¿A escala real?

—Estoy muy cerca, señor, pero con los fondos...

—De modo que lo único que tiene es un juguete y palabras sofisticadas —su padre lo interrumpió.

Sir Thomas lucía desencajado y a Edith la invadió una ráfaga de indignación protectora. Carter Cushing estaba en su derecho de interrogarlo, desde luego, sin embargo, su tono era bastante agresivo. Despectivo. *Como Ogilvie.*

Su padre tomó un documento de su escritorio y lo estudió antes de hablar de nuevo.

—Ya ha intentado, sin éxito, recaudar fondos en Londres, Edimburgo, Milán.

El caballero británico levantó las cejas ligeramente, su sorpresa era evidente.

—Así es señor, es correcto.

Su padre se puso de pie.

—Y ahora aquí está —había un tono de irritación en su voz. Sin pensarlo, Edith se despegó de la pared. No obstante, no estaba en condiciones de discutir el argumento que su padre estaba presentando. Era la batalla de Sir Thomas y si intervenía, solo lo avergonzaría.

—Una vez más, es correcto —respondió Sir Thomas.

—Los hombres frente a estos escritorios, todos, nos debemos al trabajo honesto y arduo. *Casi todos nosotros.* El señor Ferguson es abogado, pero no es su culpa.

Aunque era la misma broma de siempre, los titanes de la industria de Búfalo se rieron de todas formas. Las miradas que compartieron indicaban que estaban de acuerdo con Cushing. Se «debían» al trabajo honesto e intenso. Se infería que no era el caso de Sir Thomas. Los hombres en esa sala poseían el mismo esnobismo a la inversa que ella misma había mostrado hacía poco, quizá hacía apenas una hora.

Sir Thomas, poseedor de un título nobiliario e indudablemente británico, estaba de pie a solas en una sala llena de hombres americanos trabajadores que valoraban los resultados y no las presentaciones cautivadoras. Edith percibió que el curso de la situación favorecería la postura desdeñosa de su padre, aunque no estaba segura de qué despreciaba, si el invento de Sir Thomas o al propio hombre.

—Comencé como obrero siderúrgico, construyendo edificios para llegar a poseerlos —continuó su padre. Se acercó a Sir Thomas con las manos en alto—. Ásperas. Reflejan quién soy. Usted, en cambio, *sir...*

Sujetó las manos de Sir Thomas, la espalda del joven se tensó un poco y Edith recordó haber leído que los británicos eran más distantes que sus contrapartes americanas. Quizá no le gustaba que lo tocaran. Se preguntó cómo sería tocarle las puntas de los dedos. Incluso sus labios serios.

No debería albergar esos pensamientos.

—Tiene las manos más suaves que haya tocado nunca —declaró su padre—. En América dependemos del esfuerzo, no del privilegio. Así erigimos este país.

Qué injusto. Sir Thomas dijo que él mismo había diseñado y construido el modelo. Visualizar y construir un aparato así de revolucionario debe tener mérito. Se le ocurrió que estaba frente a una persona creativa, como ella, y que él también estaba enfrentando el rechazo.

Su padre se alejó de Sir Thomas. Los profundos ojos azules del barón brillaban con pasión, levantó la barbilla.

—He acudido a ustedes con todo lo que poseo, señor —afirmó con absoluto respeto y humildad, en contraste con el tono paternalista y juzgador de su padre—. Un apellido, un terreno y la voluntad de conseguir que este sea productivo. Lo mínimo que puede concederme es la gentileza de su tiempo y la oportunidad para demostrar a usted y a estos dignos caballeros que mi voluntad, señor mío, es por lo

menos, igual de firme que la suya.

Bien hecho, muy bien dicho. Cuando Sir Thomas la miró, se percató de que era hora de retirarse. Sir Thomas no estaba dispuesto a ceder y quizá se sentía cohibido a hablar sin reservas frente a una dama. Guardaba perfectamente la compostura y estaba preparado para enfrentar a su padre. Muchos hombres se habían dado por vencidos en el intento.

No se dará por vencido. Lo presiento. Sintió un cosquilleo en la espalda. *Yo también tengo fuerza de voluntad. Soy como él.*

Lo que sintió fue más que eso. Era algo de lo que solo había leído y antes de ese día, en lo que nunca había creído. Se sonrojó y se dio la vuelta. Al salir de la sala, comenzó a temblar, empleó toda su fuerza para no voltear y ver una última vez al pretendiente de Eunice McMichael.

CAPÍTULO CUATRO



ESA TARDE

Edith salió para encontrarse con una ciudad grande y sucia. Dickens la habría descrito así, una ciudad saturada de penumbra y hollín. Una lluvia torrencial convirtió las calles de Búfalo en campos de lodo espesos como la arcilla.

Resguardados en sus sobretodos y paraguas, los peatones pasaban de prisa frente a la mansión Cushing, ansiosos de evitar el diluvio. Dentro, la servidumbre prendía las lámparas de gas. Del próspero edificio de ladrillo rojo irradiaba un cálido resplandor hacia el crepúsculo.

Edith llevaba una bata amarillo mostaza. Miraba con cariño a su padre mientras él estudiaba su propio reflejo en el espejo. Llevaba corbata y faldón blancos y chaleco dorado, su favorito. Su cumpleaños sería en un par de semanas y le tenía preparada una sorpresa: un libro de tapa dura que reunía bosquejos en acuarela de sus proyectos de construcción más importantes. Casi estaba listo.

—Necesito un corsé —dijo entre suspiros mientras valoraba su ligera barriga.

Su vanidad la conmovía pues revelaba vulnerabilidad. Se acercó para atarle la corbata de moño.

—No es verdad.

—Desearía que cambiaras de opinión y vinieras. La señora McMichael se esmeró mucho —refunfuñó—. El mismísimo Lord Presumido está invitado.

Casi se rio por el ingenio del apodo, pero no lo hizo. Había sido demasiado severo con Sir Thomas y no quería que creyera que compartía su desprecio. Todo lo contrario.

—¿Te refieres a Thomas Sharpe? —preguntó con énfasis.

—*Sir Thomas Sharpe Barón*. Parece que ha mostrado interés por la joven Eunice.

Se preguntó si Eunice lo apreciaba más allá del atractivo que implicaba su título y encanto. Era un hombre inteligente e innovador capaz de prosperar en compañía de una pareja que disfrutara la vida intelectual. Eunice prefería las compras y los bailes. Aunque quizá era todo lo que él esperaba de su esposa. Su padre la había criado de otro modo. Como heredera se podía permitir ser exigente respecto a su hipotético futuro esposo. Aunque honestamente, siempre había albergado la noción de que era muy probable que nunca se casaría. Si Sir Thomas fuera libre, lo consideraría. Pero no era así.

En todo caso, era inevitable que saliera en su defensa.

—¿Acaso su propuesta fue tan extravagante para merecer una respuesta tan severa de tu parte?

—No fue su propuesta querida, fue él. Hay algo en él que me desagrada. ¿Qué? No lo sé —se encogió de hombros— y no me gusta no saberlo.

—Fuiste cruel —Edith insistió.

—¿Sí? Tal vez así gestiono mis negocios, hija.

—Lo que vi fue a un soñador que enfrentó la derrota. ¿Viste su traje? De hechura impecable, pero tenía por lo menos diez años de antigüedad. Y sus zapatos eran de hechura artesanal, pero estaban desgastados.

No estoy segura de que esté ayudándolo. Mi padre es un empresario exitoso que negocia con gente igual de exitosa.

—Ya veo que lo observaste mejor que yo —arqueó una ceja y ella procuró no sonrojarse—. En todo caso, tendrá su oportunidad. El consejo quiere conocer más detalles, pese a mis reservas.

Estaba satisfecha. Estaba a punto de decirlo mientras le ayudaba con su saco cuando sonó el timbre.

—Es el joven doctor McMichael —su padre declaró con cordialidad honesta—. Ha venido por mí en su nuevo automóvil. Ven a verlo. Salúdalo. Acaba de abrir su consultorio —se dirigió al pasillo—. Siempre te ha apreciado mucho.

Descendieron juntos la escalera.

—Lo sé, padre.

Alan había sido su compañero de juegos durante su infancia y con el tiempo se había convertido en un amigo. Estaba segura de que entre ellos no había ningún indicio de romance. Al fin y al cabo, recibiría a un visitante en bata. De tratarse de un pretendiente serio, su padre no habría permitido semejante infracción de la etiqueta.

Mentira. Nunca se molesta con esas cosas.

La puerta reveló un diluvio y a Alan, quien en su atuendo formal lucía muy apuesto. Llevaba el pelo rubio peinado hacia atrás y más pulcro que de costumbre. Sus radiantes ojos azules se iluminaron cuando la vio. Edith le sonrió, para nada avergonzada de su aspecto poco favorecedor.

—Buenas noches, señor Cushing. Edith.

—¡Santo cielo, Alan! Qué bien te ves —dijo con soltura.

—Ah, ¿te gusta? Es cualquier cosa —bromeó.

—Edith debería ser la reina del baile, ¿no crees Alan? —afirmó su padre. Un sirviente trajo su sombrero y abrigo. Edith deseó que su buen humor le durara lo suficiente para mostrarse un poco más amable con Sir Thomas.

—Esperaba que así fuera —Alan inclinó la cabeza—, pero Edith tiene una opinión pobre sobre las frivolidades sociales.

—Si no me equivoco, tú tampoco las valoras del todo —Edith replicó.

Alan hizo una mueca.

—Esta noche no tengo alternativa. Eunice nunca me perdonaría.

Es cierto. Si alguien es rencorosa, es Eunice McMichael. Edith había sido testigo del rechazo que Eunice había mostrado frente a antiguas mejores amigas por los desprecios imaginados más descabellados.

Edith miró a sus dos hombres con cariño.

—Diviértanse jovencitos —después le susurró a Alan en *sotto voce*—, por favor no le permitas beber demasiado.

*

La puerta de la mansión Cushing se cerró con la misma firmeza con que Edith se negó a asistir a la velada. Alan le tendió un paraguas al señor Cushing para que caminaran a su automóvil. Aunque estaba decepcionado, no le sorprendía que decidiera quedarse en casa. Él habría faltado a la fiesta de no ser porque se llevaba a cabo en su casa y la había organizado su familia. En cualquier caso, si Eunice se casaba con el joven aristócrata, se iría de casa y quizá Edith visitaría a los McMichael con más frecuencia. Entendía por qué se mantenía distanciada. Amaba a su hermana, pero era capaz de ser muy cruel.

—De modo que no viene —no era una pregunta. Era la apertura de una conversación que intentara revelar por qué. Tenía sus opiniones, pero le dolía que Edith no hubiera considerado su reciente llegada razón suficiente para ponerse un vestido de fiesta y bailar con él.

—Lo intenté —respondió el señor Cushing—, es necia hasta los huesos.

—¿Y de dónde lo habrá sacado? —Alan le dio un codazo juguetón—. Me gusta.

Su terquedad indicaba que Edith tenía una mente propia. Su ingenio y su creatividad eran prodigiosos. Él era un hombre de ciencia, no dado a fantasías como ella. Hacía años, había disfrutado la lectura de pasajes de su libro, sin embargo, nunca había sabido bien cómo responder. «Me gusta» era demasiado débil.

—Y a mí —admitió su padre en señal de adoración.

Se subieron y Alan condujo el auto a la calle lluviosa. Siguiendo parada: frivolidad social. Si tan solo Edith hubiera accedido a asistir habría llevado un rayo

de sol a esa noche tediosa y lluviosa.

*

Desde luego que no podía ir. Tenía tanto que hacer: estaba ocupada leyendo sobre la extracción de arcilla al norte de Inglaterra. Y sobre la casa de los Sharpe, Allerdale Hall, una de las residencias más elegantes del norte del país.

*

Edith sabía que nunca vería la casa ancestral de Sir Thomas, aun así le daba curiosidad, lo mismo que él. Había decidido reescribir a Cavendish para que se pareciera al joven inescrutable, esta era una práctica común entre escritores, o eso había aprendido en sus investigaciones sobre la vida literaria. Tras la partida de su padre y Alan, Edith se tumbó en su cama enorme y consultó un libro extenso repleto con mapas de Inglaterra y grabados complejos sobre la vida cotidiana. En Cumberland, Inglaterra, se ubicaban las minas de arcilla de los Sharpe, así como su «residencia solariega»: un edificio enorme parecido a un castillo. Los carruajes entraban y salían a través de un *porte-cochère*, damas con sombrillas paseaban acompañadas de caballeros en sombreros de copa y bastones.

Aquello era fascinante. Imaginaba a Sir Thomas bebiendo té y discutiendo su invento con visitantes ataviados maravillosamente en una habitación decorada con pinturas al óleo de sus ancestros nobles y un escudo de armas sobre el marco de la chimenea. Nunca había viajado a Inglaterra, aunque había leído a los escritores británicos más importantes, así como algunos de los más populares. Le gustaba mucho Charles Dickens y entre sus placeres culposos figuraban las historias de fantasmas de Sheridan Le Fanu y Arthur Machen. Ella y su madre habían leído las obras de Shakespeare, por supuesto. La favorita de su madre había sido *Sueño de una noche de verano*. Aunque para ella, las mejores eran *Hamlet* o *Macbeth*. Historias con fantasmas. Imaginaba a Thomas llevándola a ver una obra de Shakespeare en Londres.

Sir Thomas, vaya imbécil, protestó. Está casi comprometido con Eunice. Es probable que esta noche lo anuncien.

Esta era la razón genuina por la que no había asistido al baile. Uno debe ser filosófico ante estas cosas. Si bien no tenía esperanzas de estar con él, tenía toda la intención de escapar al mundo fascinante y misterioso de ese hombre, aunque fuera durante un par de horas, enterrando la nariz en esos libros. El viejo continente.

Títulos y privilegio. Cuánto dependía de la casualidad de nuestro nacimiento. Si eras el hijo primogénito, te correspondía todo. Si eras el hijo o la hija menor...

Se preguntó si Sir Thomas tendría hermanos. Imaginó que sus padres lo adoraban. Tendría un perro. Varios. Perros de caza, tal vez, aunque la propia idea de cazar le repugnaba. ¿Cómo les llamaban? Deportes de sangre.

Fuera, las gotas salpicaban las ventanas. Los truenos retumbaban. El cielo exhibía una oscuridad excepcional y un viento fuerte soplaba en la vía que desembocaba en la entrada. Papá y Alan llegarían pronto a la fiesta, en donde habría fogatas chispeantes, ponche de ron caliente y velas por todos lados. Imaginaba a Sir Thomas en corbata y faldón blancos.

Sonrió nostálgica mientras memorizaba las líneas y ángulos de la vasta finca familiar. Su padre había visitado las residencias opulentas de muchos magnates americanos, algunas diseñadas para emular castillos ingleses.

La manija de la puerta giró despacio.

Edith se apoyó en el codo para levantarse y la miró. Seguía girando, como si alguien con las manos ocupadas no consiguiera abrirla.

Se levantó de la cama, más curiosa que asustada.

—¿Padre? ¿Olvidaste algo?

No hubo respuesta. La manija seguía moviéndose, se sacudía sin freno. De repente, la puerta se abrió de par en par.

Se sobresaltó. No había nadie. Cautelosa y confundida salió al pasillo para subir al salón de la planta alta. Los recuerdos, hacía tiempo olvidados, resurgieron. Insistía en que no estaba asustada, que el escalofrío que sentía no era el eco de algo que había ocurrido hacía catorce años.

Cuando su madre...

Cerró los puños y siguió recorriendo el pasillo.

A medio camino, se quedó paralizada. Vio una sombra; *vislumbró* a una mujer que vestía de negro, un cadáver, un *ente* de huesos y putrefacción y tierra...

No, no la veo. No estoy viendo esto. Estoy dormida en mi cama pensando en Macbeth.

Sin embargo, estaba despierta, y aunque las sombras eran intensas, *sí* distinguía algo...

Con la respiración entrecortada Edith giró sobre los talones y regresó corriendo a su habitación, cerró dando un portazo y se aferró a la manija. Temblaba, le castañeaban los dientes. Intentaba entender lo que había visto, sin entrar en pánico. Su respuesta instintiva fue la negación.

No lo vi. Fue mi imaginación, como la primera vez. Fue...

El corazón le latía con fuerza. La manija no ofrecía presión y del otro lado de la puerta no provenía ningún sonido. Escuchó atenta, apoyó el oído en la madera.

Percibió el roce de seda...

Después... la manija volvió a girar, esta vez contra la fuerza de sus dedos.

Sintió escalofrío en la espalda, se aferró a la manija con ambas manos, esforzándose por mantener la puerta cerrada. Si la puerta se abría...

Si veía...

—¿Qué? —gritó—. ¿Qué quieres?

Dos manos marchitas rompieron la puerta e irrumpieron con violencia para tomarla por los hombros. Eran bloques gélidos, ramas de hielo, de una fuerza sobrecogedora. Después una cabeza horrible y ennegrecida que hedía a sepultura atravesó la madera, la silueta tenía los rasgos desechos y el rostro descompuesto.

No, no desecha; la cara estaba compuesta de *ondas*, como el agua.

Y la voz que le había leído antes de dormir tantas noches durante su infancia, la voz que ahora resonaba desde la profundidad de unos pulmones marchitos tiempo atrás, sonaba temblorosa, distorsionada hasta el punto de ser irreconocible.

«¡Ten cuidado con *la Cumbre Escarlata!*».

Edith se cayó de espaldas y salió huyendo. La habitación se ladeó, después giró. No podía respirar, solo mirar boquiabierto. Esta vez no había duda de que había sido su madre, su madre, muerta y enterrada hacía años.

En seguida desaparecieron su cara y sus manos. La puerta permanecía intacta. Edith escuchó su propia respiración entrecortada.

La manija de la puerta giró una vez más y Edith contuvo un grito cuando Annie, una de las sirvientas, la abrió y se asomó.

Muda y horrorizada, Edith la miró fijamente.

—¿Está bien Señorita? ¿Qué sucede? —la sirvienta preguntó ansiosa.

—Nada. Me... me asustaste, es todo.

Dios mío, vi un fantasma. O bien, he enloquecido.

Annie no exigió más explicaciones a su patrona.

—Hay un tal Sir Thomas Sharpe en la puerta. Está empapado e insiste en entrar.

—¿Thomas Sharpe? —Edith intentó guardar la compostura—. ¿A esta hora? ¿Le dijiste que Papá no está?

Annie asintió con la cabeza.

—Sí, señorita. Pero insiste. Quiere hablar con *usted*.

Edith estaba atónita.

—Bajo ningún concepto, Annie —respondió, intentando que su voz no sonara temblorosa. Más allá de la falta de decoro que suponía recibir a un caballero en bata y sin su padre en casa, Edith no se sentía coherente. Había visto un fantasma.

¿No era así?

—Dile que se marche.

La sirvienta se encogió de hombros.

—Ya lo he intentado.

—¿Y?

—No se va.

Perpleja, Edith descendió las escaleras envuelta en una especie de niebla. La

situación era insostenible.

Vi un fantasma. Estuvo aquí.

Sin embargo, carecía de evidencia. Su puerta estaba intacta. Tenía que confesar que había estado trabajando sin descanso en su novela, desde una perspectiva más aguda y crítica desde que Sir Thomas la había comentado. Un sueño podría haber agitado imágenes terroríficas, recuerdos. Había leído sobre el esfuerzo inconmensurable de su colega escritor Edgar Allan Poe por luchar contra lo grotesco y fantasmagórico de la vida rutinaria y mundana que suponía ser editor de una revista. Y Samuel Taylor Coleridge había fumado opio para darle vida a las recónditas visiones del anciano marinero.

Así que quizá signifique que estoy ahondando en mis propias visiones, en una rica vena de metáforas de mi propia pérdida, como le dije al señor Ogilvie. Quizá esto haya sucedido porque estoy cambiando. Nunca he querido apartarme de Papá, pues se quedaría solo. Siempre había creído que no me interesaba casarme. Había asumido que estaría feliz de ser la compañera de Papá durante toda su vida.

Probablemente este sea el reflejo del miedo a que mi padre no esté siempre presente. Su cumpleaños se aproxima, está envejeciendo, sin importar lo mucho que intente ocultarlo. Y mi vocación es escribir. No puedo negarlo. Debería aceptar estos espectros que se me aparecen. Son un regalo.

En todo caso seguía bastante alterada. Sin embargo, la buena educación y los buenos modales se hicieron presentes cuando vio a Sir Thomas en el vestíbulo. Su pelo largo y ondulado estaba empapado por la lluvia. Llevaba un abrigo negro de ajuste perfecto, chaleco y corbata blancas, y sus pantalones revelaban las puntas lustradas de un par de botas de piel para bailar. Ningún hombre con tal elegancia había cruzado la puerta de entrada de su casa, ni siquiera su padre. Estaba perpleja. *No está disponible*, se recordó. *Bueno, casi.*

—Señorita Cushing, ¿se encuentra usted bien? Luce pálida —entrecerró sus ojos azules y hundidos en señal de preocupación.

Si de algún modo me armara de valor para contarle lo que acaba de suceder allá arriba sin duda me tacharía de histérica o loca.

—No me siento del todo bien, Sir Thomas, lamento informarle. Y Papá no está en casa —habló con voz entrecortada en su intento por no perder el control.

—Lo sé, lo vi marcharse —hizo una pausa y continuó—. Esperé en la lluvia su partida.

Pese a su aflicción, comprendió, anonadada, que la buscaba a ella.

—¿Eh? —no pudo decir más.

—Entiendo que se dirige a la recepción en la residencia McMichael, la cual también es mi destino.

Dejó de comprender. Concentrarse suponía un esfuerzo descomunal. Había ocurrido, estaba ocurriendo, demasiado.

—Señor, la recepción es en Sidwell Parkway y esto es Masten Park. Está usted

muy, muy perdido.

—Así es —estuvo de acuerdo— y necesito su ayuda con urgencia.

—¿Ayuda con qué? —preguntó con cautela.

—Señorita Cushing, en primer lugar, con el idioma —sonrió afligido—. Como puede ver, no hablo ni una palabra de americano.

Edith sonrió con modestia. Era ingenioso. El señor de Allerdale Hall la estaba visitando. En su ropa de noche lucía arrebatador. Y sin embargo...

—Sir Thomas, no puedo.

—Por favor, ¿acaso he de humillarme aún más? —le imploró—. ¿Por qué querría quedarse aquí sola?

¿Por qué? Miró hacia la cima de las escaleras, con dirección a su habitación. ¿Aquello había ocurrido? ¿Había ocurrido en serio? Quizá lo había soñado.

No fue así, lo sé. Sé lo que vi.

El miedo se apresó de ella.

Lo disipó.

Son regalos, se recordó.

CAPÍTULO CINCO



MÁS TARDE

Esta fiesta no podría ser peor, Alan McMichael pensó mientras recorría con la mirada la fastuosa reunión de la alta sociedad de Búfalo. Las damas portaban las modas más elegantes de París, llevaban los hombros descubiertos, iban cubiertas de perlas y lucían resplandecientes. Los hombres vestían de frac y guantes. La iluminación de las velas y la profusión de exquisitos arreglos florales le daban a la residencia McMichael un aire de magia. *Pobre Eunice.*

Para su hermana, la noche no podía ser menos mágica. Si bien se le veía serena, con la barbilla en alto, era cada vez más evidente que el invitado de honor, su pretendiente, Sir Thomas Sharpe, barón, la había plantado.

Ella y Madre habían coordinado el frenesí de preparativos que incluían pulir el piso, entonar el piano y la abundante cena de medianoche dispuesta en todo su esplendor: caviar, trufas, ave zancuda, perdiz, ostras, codorniz, urogallo, carne curada, jamón, lengua, pollo, galantinas, langosta, melones, duraznos, chabacanos, así como mermeladas y galletas importadas. Champaña, desde luego, cocteles, *flips* y *toddies*, así como el ponche que Alan había aprendido a hacer en Londres mientras estudiaba medicina. Eunice había insistido en que lo recreara en la ponchera de plata fina de la casa; el par de tragos que le había dado para probarla ya le habían hecho efecto. También se serviría té, café, limonada, vino blanco, vino de Burdeos y madeira, así como *negus*, *orgeat* y ratafía para acompañar los platillos. Había torres de frutas, almendras confitadas, mazapán, natillas y pastelillos.

El esfuerzo y el gasto habían sido extraordinarios, la familia había declarado públicamente el aprecio que le tenía a Sir Thomas y a su hermana y el canalla no se había presentado. Al haber aceptado la invitación, Sir Thomas estaba obligado a

asistir. No había enviado sus disculpas —aunque nada, salvo la muerte de algún familiar, lo habría excusado— y la Sociedad de Búfalo presenciaba el desaire que le hacía a Eunice en una noche tan especial. Era un acto de descortesía absoluta e hiriente para destrozarse incluso un corazón de piedra. Eunice no era precisamente dura. Estaba consentida, sí, y era celosa cuando se trataba de acaparar la atención. Y de vez en cuando, no era muy amable con Edith.

Pero no se merecía tal humillación.

Alan le había preguntado a Lady Lucille Sharpe, la encantadora hermana de pelo castaño de Sir Thomas, en dónde podría estar su hermano. Por supuesto de manera discreta; lo expresó de modo que no la avergonzara. La respuesta de Lady Sharpe había sido despreocupada, le aseguró que Sir Thomas llegaría pronto. Alan sabía que no debía presionarla, pero estaba molesto. Entonces su madre había anunciado que Lady Sharpe había accedido gentilmente a tocar algunas piezas en el piano, lo cual le puso fin al tema de conversación, por fortuna, porque no era cortés de su parte ponerla en una situación incómoda.

Lady Sharpe, de pelo castaño intenso, llevaba un peinado salpicado de piedras esmeralda planas demasiado grandes para ser rubíes. Una gema similar, de un rojo vivo, adornaba su dedo. Quizás era real. Sus ojos verdes eran enormes, estaban enclavados en una cara de porcelana de rasgos dramáticos. Al sentarse en la banca del piano, los pliegues suntuosos de su vestido antiguo parecían resplandecer, impregnaron la tela de tonos carmesí oscuros, similares a rubíes. Su aspecto era casi isabelino, la espalda de su vestido llevaba un encaje muy elaborado y culminaba en una gorguera alta del color de la sangre fresca.

Los compases exuberantes y románticos de Chopin flotaron de las teclas bajo sus dedos, los invitados, la mayoría de los cuales estaba de pie, emitieron un suspiro colectivo. La belleza inglesa estaba sentada con la espalda muy erguida, se inclinaba ligeramente hacia el teclado. Su habilidad musical era impecable y tocó con pasión entre *crescendos* cada vez más intensos. Sin embargo, en torno a la dama había un aire de inaccesibilidad, casi frialdad. Por su estancia en Londres, Alan sabía que las clases altas británicas eran educadas para no revelar sentimientos en público. Quizás eso percibía. O bien que ella también le lanzara una mirada furtiva al reloj bañado en oro en el marco de la chimenea y maldijera el nombre de su hermano.

Lady Sharpe terminó la pieza con una floritura. Alan se dio cuenta de que el alma de Lucille Sharpe albergaba verdadera pasión y que la expresaba mediante la música. Era más que la decorosa compañera de viaje de su hermano. Se preguntó qué soñaba, qué anhelaba. Era un poco mayor que Sir Thomas y parecía que no se había casado; sin duda habría tenido muchas oportunidades. ¿Acaso habría enviudado? ¿Acogería a una muchacha americana en su familia? ¿Renunciaría a su papel de anfitriona de Sir Thomas y le permitiría brillar a su nueva esposa?

Los invitados le dieron un fuerte aplauso a Lady Sharpe, quien se levantó e hizo una reverencia modesta. De pronto los comensales desviaron su atención y se

propagaron susurros por el salón. Como los demás, Alan volteó a ver cuál era la causa y quedó boquiabierto ante la sorpresa.

Sir Thomas Sharpe, el venerado invitado, había llegado.

Y Edith, quien lucía despampanante en un vestido de satén color champaña que Alan nunca había visto, iba de su brazo. Su llegada sugería que se trataba de una pareja. Alan estaba perplejo. Edith había dicho que no vendría y ahí estaba. Miró a Carter Cushing y notó que él también parecía sorprendido con la llegada de su hija. ¿Era obra de Sir Thomas? ¿Es que no se daban cuenta de que esa entrada tan dramática resultaba bastante escandalosa?

Debo ocuparme de Eunice, consideró. Esto le caerá mal, como es natural. Sin embargo, no podía quitarle la vista de encima a Edith. Era una visión, mejillas rosadas, el pelo recogido con delicadeza para revelar la columna esbelta de su cuello y la suavidad de sus hombros. La pequeñita que había llorado ante la tumba de su madre había crecido para convertirse en una mujer hermosa y no pudo evitar que su corazón tocara una melodía nostálgica. Dudó que Edith le correspondiera con otra melodía. Era su amigo de la infancia, no el hombre que podría conquistarla. Sin duda no estaba a la altura del aristócrata de pelo castaño a quien los invitados le abrían paso como el Mar Rojo ante Moisés.

Alguien que, temía, ya la había conquistado. Se incorporaron a la fiesta. Edith lucía una sonrisa misteriosa, como la Monna Lisa, como si antes de cruzar la puerta de casa de Alan hubieran compartido un secreto y hubieran jurado no revelarlo.

Cuando la pareja se acercó, Alan se tragó su consternación. Edith le dedicó una mirada dulce. Ella y Sharpe lo abordaron juntos.

—Alan permíteme presentarte a Sir Thomas Sharpe —dijo Edith, después se dirigió a Sharpe— Sir Thomas, le presento al doctor McMichael, el mejor hombre en la ciudad si se siente mal.

Tal vez había querido halagarlo, pero los cumplidos carentes de entusiasmo le resultaban hirientes. ¿Era lo único que significaba para ella? Sin embargo, dijo con cortesía:

—Es una presentación muy elogiosa. Soy hermano de Eunice. He oído hablar mucho de usted —y con eso le había recordado a Sharpe que en Londres, el barón le había dado esperanzas a Eunice y que la buena educación exigía que un caballero la tratara con decoro.

—Un placer —Sharpe hizo una ligera reverencia.

Sharpe llamó a su hermana con un gesto, quien se unió a la cuadrilla. Eunice y su madre se acercaron a Sharpe por el otro lado, sus caras revelaban una serenidad ensayada.

—Edith, ella es Lady Lucille Sharpe, mi hermana.

—Encantada, Miss Cushing —respondió Lady Sharpe—. Ha retrasado a mi hermano un buen rato —esperó a que asimilara su comentario y continuó—. Eunice estaba terriblemente impaciente. ¿Lo ve? Asegura que ningún caballero en este país

sabe bailar vals adecuadamente.

Besó a Sharpe en la mejilla.

—Confío en que nos deleitarás.

Con el rabillo del ojo, Alan se percató de que su hermana sonreía. De modo que todo estaba arreglado. Bien. Se sintió aliviado. Ahora Edith estaría disponible para concederle un baile, le deleitó la idea. El lado amable es que ella estaba ahí y eso era delicioso.

—Lo haré si tocas para mí, querida hermana —dijo Sharpe.

Lady Sharpe inclinó su cabeza con pompa regia.

—Será un placer.

Cuando Edith se movió para colocarse a un lado de Eunice, Alan notó la distancia que esta marcó entre ambas. El señor Cushing se acercó.

—Un acontecimiento interesante, ¿no cree? —le dijo en voz baja.

Alan percibió desaprobación en su voz y se preguntó si se habría perdido de algo. Asintió. Se puso tenso cuando su madre se acercó a Edith con sonrisa forzada y mirada penetrante.

Madre, por favor no provoques un escándalo.

—Edith, pero qué sorpresa —la señora McMichael atacó.

Edith se sonrojó, sabía que se había equivocado. Ya se había disculpado por no asistir, así que llegar del brazo del pretendiente de Eunice era una afrenta.

—No te esperábamos para cenar —su madre añadió, por si acaso Edith no hubiera entendido del todo la gravedad de su *faux pas* social.

—Lo sé —Edith respondió arrepentida— y lamento mucho imponerme. Estoy segura de que no hay un lugar reservado para mí y...

—No te preocupes, criatura —la interrumpió—. Todos tienen un lugar, me aseguraré de que encuentres el tuyo.

Alan se apenó por el comentario cruel.

Lady Sharpe se acomodó en el piano y le lanzó una sonrisa de complicidad a Eunice. Con un movimiento rápido y teatral propio de un mago, Sir Thomas tomó una vela de un candelabro cercano.

—El vals —se dirigió a su público— no es un baile complicado. La dama se coloca ligeramente a la izquierda del caballero. Seis pasos básicos. Es todo.

La hermana y madre de Alan prestaban atención, entusiasmadas. ¿Qué mujer no lo haría, a punto de caer en los brazos de un Príncipe Encantado de la vida real?

—Pero se dice que la prueba verdadera de un vals perfecto radica en que sea tan dulce, delicado y suave que la llama de una vela no se extinga en la mano de quien marca el paso. *Esto* requiere a la pareja perfecta.

Eunice, desde luego, Alan completó la frase. Su hermana estaría tan embelesada que dudaba que sus zapatos de baile tocarían el piso.

Sir Thomas volteó... y le dio la mano a *Edith*.

—¿Sería mía?

Todos en el salón suspiraron. Edith abrió los ojos de par en par y bajó la vista con recato. Alan vio que sus labios se movieron, pero no pudo escuchar su respuesta.

*

Edith miró la mano extendida de Sir Thomas y se preguntó si tenía idea de la escena que estaba protagonizando. Un escándalo en toda regla y la vergüenza que supondría para ella. Los invitados murmuraban y no se atrevía a mirar en dirección de Eunice. En el ardor del momento, cuando Sir Thomas la retó con su mirada a acompañarlo a la fiesta, Edith se había considerado una Nueva Mujer, libre de las censuras del viejo siglo. Pero ahora, de pie frente a él, con la mirada clavada en el piso, implorándole sin palabras que tuviera decoro, se dio cuenta de que no era tan moderna como hubiera creído. Estaba entre amigos y quería que tuvieran una buena opinión de ella... sin importar lo mucho que deseara bailar con él.

—No, no creo, gracias —respondió en un tono audible solo para él. Una dama *nunca* negaba la invitación de un caballero a bailar. Sin embargo, esto era totalmente inaceptable. Sí, había llegado de su brazo, pero no estaba *con* él. Se había sentido casi bohemia, dos artistas inconformistas haciendo su entrada triunfal... sin embargo, como ya había anticipado que le propondría matrimonio a Eunice esa noche, estaba dispuesta a despedirse de él apenas llegar—. Pero estoy segura de que a Eunice le encantaría —agregó sin rodeos, reafirmando su deseo incómodo, aunque sincero, de enmendar su indiscreción tan ingenua.

No dejó de sonreír:

—No lo dudo, pero le pedí a usted. —A los espectadores les dijo— por favor, abran paso.

Sin saber cómo, se encontró dirigiéndose al centro del salón de baile. ¿Qué era peor? ¿Hacerlo esperar con la mano extendida una eternidad mientras todos aguardaban el resultado en apariencia inevitable? ¿O terminar con ello de una vez por todas? A Eunice y su madre se les notaba afligidas y Edith no las culpaba.

—Eunice es una chica muy dulce —murmuró—. Amable y leal. Si bien me siento halagada...

—¿Le resulta tan difícil aceptar que es hermosa? —replicó con ternura—. Así como encantadora e inteligente.

—No puedo hacer esto, no puedo. Por favor —protestó.

Lady Sharpe colocó las manos en el teclado. La mirada de Sir Thomas era firme, insistente.

—Siempre he cerrado los ojos ante las cosas que me incomodan. Funciona de maravilla, ¿quiere intentarlo? —la animó.

Entonces supo que bailarían vals con Sir Thomas Sharpe, barón.

—No quiero cerrar los ojos —replicó—, quiero mantenerlos abiertos.

Del piano emergió una melodía magnífica, los dedos de Edith se posaron poco a poco en la palma extendida de Sir Thomas. El roce la emocionó y el baile —su baile— comenzó. Con la mano firme en su espalda, la guio por los pasos simples, aunque majestuosos. Sus miradas entrelazadas, su cara inmersa en la suya, su expresión segura y... ¿alegre? Parecía deleitarle bailar vals en el salón con ella. Y a ella también.

La llama en la vela alta y blanca que él llevaba en la mano parpadeaba, pero permanecía encendida, lo cual comprobaba su dominio al deslizarse sobre el piso con ella. La mano de Edith en la suya, su sonrisa, la gracia con la que se movía y la hacía moverse. Edith se sentía tan distinta. La conexión que había sentido en el salón de juntas aumentó, los unió mientras se deslizaban al unísono. Los rostros se convirtieron en manchas borrosas y las formas dejaron de importar; entraron a un mundo privado en el que no existía nadie más. Por lo menos no hasta que las notas del baile se esfumaron marcando el fin.

La vela que llevaba Sir Thomas aún estaba encendida y Edith, transformada por completo, pidió un deseo muy dentro de su corazón y la apagó.

Nunca diría en voz alta qué había pedido, pero la sonrisa satisfecha y la reverencia elegante de Sir Thomas parecían haber respondido con un *sí* tácito.

En seguida, la hermana de Sir Thomas se puso de pie y salió del salón. Sir Thomas le dedicó una última mirada dulce a Edith y se marchó para seguir a su hermana. Con él se llevó el corazón de Edith.

Sin duda lo sabía.

CAPÍTULO SEIS



POCO TIEMPO DESPUÉS

Carter Cushing estaba en su club, de pie frente al espejo. Sus artículos de rasurado y un desayuno regio consistente en jamón, huevos, café y un vasito de oporto estaban dispersos frente a él. El sirviente, un tal Standish, había girado la manija del fonógrafo y este tocaba una tonada sentimental que su querida esposa solía tararear. Su voz había sido muy dulce, adoraba cerrar los ojos y escucharla cantarle canciones de cuna a Edith. Así como leerle. La guardería había sido un refugio de los asuntos complicados del mundo masculino, un mundo que se había esforzado por no negarle a su hija testaruda, pues estaba resuelta a labrarse su propio camino en él. En este caso, sin embargo, debía protegerla... si es que había algo de qué protegerla.

Y después de la exhibición de Sir Thomas en el baile de los McMichael estaba convencido de que tenía motivos.

Un asunto desagradable, Carter Cushing reflexionaba cuando reconoció los pasos familiares de aquel hombre insufrible a quien contrataría una vez más. *Desearía no tener razón para proseguir con esto.*

Justo en ese momento, la silueta del joven Hezekiah Holly se acercó, caminando por el piso de mosaico con cautela para evitar que sus finas botas de piel se mojaran. Llevaba polainas y se creía todo un dandi. No lo era.

—Señor Holly. Me gusta el club a primera hora de la mañana. Es todo para mí —dijo Cushing.

—Buena forma de empezar el día, señor —Holly respondió de forma oficiosa.

—¿Le parece? Y quizá sea también la hora adecuada para ponerle fin a ciertas cosas —hizo una pausa, había tomado una decisión, incluso si le causaba una decepción devastadora a su amada hija—. Se trata de un joven y su hermana. Hay

algo en ellos que no me cuadra.

Le entregó a Holly un papel que leía: *Sir Thomas Sharpe, barón y Lady Lucille Sharpe*.

—Son sus nombres. Necesito que los investigue. No escatime en gastos. Quiero resultados —le entregó un cheque—, lo antes posible.

No hace falta prolongar su agonía, si ese es el desenlace.

*

Hacía un día estupendo en el parque Delaware, el más reciente de una serie de días estupendos que Edith había pasado en compañía de los Sharpe. Tocaba una banda y las familias hacían picnics. El día era glorioso. Edith paseaba con Lady Lucille Sharpe, se cubrían de la luz del sol con una sombrilla. Llevaba su falda dorada con el cinturón de dos manos de marfil entrelazadas, uno de sus favoritos porque le recordaba a las ilustraciones de su preciado libro de la infancia *La bella y la bestia*. El castillo encantado de Bestia estaba poblado de sirvientes mágicos que hacían las labores y si bien se suponía que eran invisibles, en las imágenes se les representaba como manos blancas espectrales con contornos negros. Cuando leyeron la historia por primera vez, Edith le preguntó a su madre si se trataba de fantasmas. Mamá había respondido que no existían tales cosas y que si alguien —quizá Cook, quien era irlandesa y, por lo tanto, supersticiosa— le decía lo contrario, no debía escucharlo.

Los hermanos Sharpe vestían de negro como el carbón, lo cual le recordó a Edith las descripciones de Dickens del hollín impenetrable que flotaba sobre Londres. El traje de Lady Sharpe estaba decorado con una flor roja de gran tamaño sobre el pecho, cuello y puños de encaje. Sir Thomas era una sombra alta y oscura, llevaba un cuello blanco angosto y un reloj de bolsillo cuya cadena de plata suspendía de su bolsillo. Los dos usaban lentes oscuros para proteger sus ojos del sol.

Thomas estaba sentado a lo lejos con Alan, Eunice y algunos amigos de esta. Edith y Lady Sharpe atraían miradas mientras paseaban. Edith estaba muy emocionada; mantenía un semblante alegre aunque sereno. Lady Sharpe llevaba pinzas y frascos para muestras, estaba concentrada recolectando mariposas.

—*Papilio Androgenus Epidarus* —anunció cuando metió un bello insecto que no dejaba de aletear en un frasco.

—Están muriendo —Edith murmuró algo afligida.

—Así es —Lady Sharpe estuvo de acuerdo—. Absorben calor del sol y cuando este los abandona, mueren.

—Qué triste.

—No es triste, Edith —Lady Sharpe replicó—. Es la naturaleza. Debajo de nuestros pies hay un mundo salvaje de seres que mueren o se comen los unos a los

otros.

Edith hizo una mueca.

—Eso es horrible Lucille.

—No todo —la hermana de Sir Thomas tomó un capullo que estaba pegado a la rama de un árbol y lo examinó.

—Mira esto, todo lo que necesita está aquí. Es un mundo perfecto. Si lo mantengo cálido y seco nacerá un insecto hermoso. Una pizca de sol alada —le sonreía a Edith mientras lo sostenía—. En casa solo tenemos palomillas. Son criaturas formidables, sin duda, pero no son bellas. Se desarrollan en la oscuridad y el frío.

Envolvió el capullo en un pañuelo y lo dobló con cautela.

—¿De qué se alimentan? —Edith preguntó.

—Me temo que de mariposas —respondió casi aburrida.

Estaba distraída con algo en el piso. Edith siguió su mirada. Un ejército de hormigas había arrinconado a una mariposa hermosa; se estremecía mientras la devoraban. A Edith le repugnó.

Lady Sharpe, en cambio, miraba absorta.

*

«El espectro comenzó a moverse en una postura encorvada, como adolorido... y fue entonces cuando se dio cuenta, tanto con terror y alivio, que se trataba del espectro de su madre».

Sir Thomas leía en voz alta el manuscrito de Edith, mientras ella, Lucille y Alan comían sobre el pasto.

Lady Sharpe arqueó la cejas a la perfección.

—¿Fantasmas? ¿En serio? Nunca imaginé que escribieras sobre eso.

—De niña Edith vio un fantasma —Alan dijo. A Edith la invadió una ola de vergüenza que había contenido bastante; le subió por el cuello y se expandió por las mejillas.

Lucille parpadeó.

—¿En serio?

—Aunque ahora le interesa más una historia de amor —Alan prosiguió. Edith se ruborizó aún más. ¿Se estaba burlando de ella?

—Los fantasmas son una metáfora —respondió.

—Siempre me han fascinado —Sir Thomas replicó, con lo cual llamó la atención de Edith.

—Me da la impresión de que quienes son testigos de esa clase de apariciones necesitan consuelo o se reprochan algo —declaró Lady Sharpe.

—Asumo que eso ya lo tienes superado —dijo Alan. Edith levantó la barbilla

como si mirara a lo lejos. Alan se percató de que los Sharpe se habían apartado y estaban concentrados en su conversación.

—Ven a verme Edith, a mi consultorio —dijo Alan—. Aún estoy acondicionando el espacio, pero creo que algunas de mis teorías te parecerán muy interesantes.

¿Teorías? Edith se preguntó si se había perdido algo. ¿Teorías sobre qué? Repasó la conversación. ¿Hablaba de fantasmas?

*

Ocultos del sol abrasador de América, Lucille le dijo a Thomas en voz baja:

—No creo que sea la indicada.

Thomas se acercó para murmurar:

—Tienes que confiar en mí.

Lucille lo notaba diferente; esto era diferente; no era lo que habían acordado. Había demasiada luz, no podía pensar. En este mundo era difícil confiar en la gente. Pero por supuesto que confiaba en Thomas.

¿En quién más?

*

Carter Cushing era un hombre observador, en su línea de trabajo los detalles eran importantes. Así que un par de días después, cuando el señor Holly lo buscó, supo que el hombre tenía información y que no presagiaba nada bueno.

Hija mía, cuánto lo siento, meditó.

—No es frecuente que sea portador de malas noticias —el señor Holly lo saludó de este modo—, pero cuando lo soy, insisto en entregarlas personalmente.

Llevaba un sobre, el cual entregó a Cushing.

—Ábralo a solas —le aconsejó.

Más dinero cambió de manos y el señor Holly se marchó.

*

Edith estaba muy orgullosa de Alan. Aunque media oficina seguía en cajas, ya atendía a un paciente y se conducía con la autoridad de un científico profesional. Bajo una luz tenue examinaba los ojos de un hombre mayor con un aparato. Con educación, Edith se mantenía al margen. Recordó haber visto a Sir Thomas mostrar

su máquina minera a su padre y se ruborizó. Para entretenerse comenzó a revisar los librereros y otros artefactos.

—No ha usado las gotas con frecuencia —Alan dijo en tono suave—, debo insistir en que lo haga —volteó y vio a Edith, ella le sonrió. Se dispuso a escribir en una libreta de papel—. Lleve esto al boticario y pídale que lo prepare siguiendo las instrucciones precisas, después reanude la dosis.

El hombre se retiró y Alan le dedicó toda su atención a Edith. Estaba radiante.

—¿Qué estás leyendo? —le preguntó—. *Morfología del nervio óptico. Principios de refracción óptica y...* —tocó el lomo de otro libro— ¿Arthur Conan Doyle? ¿Te consideras detective?

Negó con la cabeza:

—No, él es médico. Es oftalmólogo, como yo.

Sonrió.

—Como tú.

—Lo conocí en Inglaterra, asistí a una de sus clases.

—¿De verdad? ¿Cómo estuvo?

—Fascinante. La clase no fue sobre ficción, sino sobre espiritismo. Permíteme mostrarte algo que creo puede interesarte.

Tomó asiento y lo observó mientras instalaba un aparato proyector de madera y latón. El color de su vestido, con sus mangas abullonadas, combinaba con el tono cobrizo de los accesorios de la máquina. Alan acomodaba una bandeja de láminas fotográficas.

—El trabajo fotográfico es sencillo. La imagen se captura gracias a una capa de sales de plata y se queda fija, espera, es invisible a simple vista. Se le llama imagen latente. Después usamos un agente de revelado: vapores de mercurio, por ejemplo, para revelarla.

Señaló la placa de vidrio frente a ellos. La imagen principal, la más oscura, era la de un bebé en una cuna. Edith se quedó helada cuando percibió una imagen borrosa que sobrevolaba el bebé: una cara alargada y espeluznante que en vez de ojos tenía agujeros y daba un grito, no sabía si de ira o agonía. Volvió a fijar la vista en el bebé y reprimió sus instintos de sacar al bebé de la cuna, por irracional que pareciera.

—Considero que las casas, los sitios, ya sea por los compuestos químicos de la tierra o los minerales de la piedra, retienen impresiones, como esta placa. Pueden grabar una emoción o a una persona que ya no vive. Se le llama «impregnación».

¿Acaso es lo que *ha sucedido en nuestra casa*? Edith meditó con ansiedad. ¿Y lo que había visto... *dos veces...* dentro de sus paredes? ¿No era producto de su imaginación sino algo presente?

—Pero no todos pueden verlas —Edith dijo en voz baja.

Yo las vi.

Yo la vi.

Se le contrajo el estómago.

—Así es —Alan prosiguió, ignorando su turbación—. El hombre que acaba de marcharse, entre otros males, es daltónico.

Le mostró más imágenes espectrales de su colección: nebulosas, deformes, perturbadoras, alargadas e irreales... ¿estas cosas tendrían conciencia? ¿Eran recuerdos, grabaciones? ¿Tenían motivos para volver?

—Nunca percibirá el rojo o el verde —Alan prosiguió despreocupado—. Solo acepta su existencia porque la mayoría lo hace.

Los fantasmas, ¿existían? ¿Acaso estas imágenes eran fantasmas?

Y en esa fotografía, en esa... ¿se había movido algo?

—Es probable que estos... *espectros* —empleó la palabra a propósito y asintió— nos rodeen y que solo el «agente de revelado», aquellos con la aberración específica, puedan verlos.

—O tal vez solo percibimos ciertas cosas cuando se supone que debemos hacerlo. Cuando dichas cosas necesitan que las veamos —Edith agregó. Se dio cuenta de que la miraba fijamente, se sonrojó y se volteó. Alan había sido su confidente, a quien le había compartido el secreto de que el fantasma de Mamá se le había aparecido. Él había sido testigo de la humillación a la que su hermana la había sometido cuando se enteró. Y había visto a Sir Thomas gozar cada palabra escalofriante de su manuscrito y pedir más.

—Conan Doyle habló de una «ofrenda». —Alan prosiguió—. De un gesto, una invitación a comunicarse. «Un toque significa “sí” o “toca mi mano si estás aquí”».

No sabía por qué Alan había sacado el tema a flote. No había hablado de la más reciente... aparición con nadie, de modo que era extraño que recordara un suceso tan doloroso del pasado. Por otro lado, había sido testigo de lo interesado que se había mostrado Sir Thomas en su historia de fantasmas. ¿Acaso era un intento por alejarla del inglés para competir por su cariño? ¿O se había percatado de que, como amigo, en el pasado no había apoyado su trabajo?

—Alan, nunca me habías hablado de estos intereses tuyos —confesó; esperó su respuesta.

Su semblante se ablandó.

—A veces siento, Edith, que solo me consideras tu amigo de la infancia con el que escalabas árboles frutales.

Se quedó pensando. ¿Era esta más que una invitación a conocer su consultorio?

—Edith, entiendo tu fascinación con los Sharpe, pero... —titubeó y después llegó a una conclusión—. Por tu bien, ten cuidado, es lo único que pido.

Estoy en lo cierto, dedujo, un poco aturdida. Alan me quiere.

—Puedo cuidarme sola, Alan. No saques demasiadas conclusiones —¿creería que estaba a la defensiva?—. Has estado ausente mucho tiempo y ahora... —intentó expresarse con más delicadeza— me las he arreglado.

Era difícil leer su expresión.

—Tienes razón, Edith. Lo siento. Mi preocupación más grande siempre has sido

tú. Si eres feliz, entonces yo también.

Y eres un verdadero amigo, consideró, agradecida de que la estimara tanto como para preocuparse por su bienestar. Sin duda le había dado motivos para reflexionar. Siempre había asumido que estas... ¿cómo llamarlas?, ¿visitas?, ¿pesadillas?, eran producto de una imaginación creativa. ¿Y si Mamá la había visitado?

Se quedó helada.

Esas imágenes no son evidencia, reflexionó, quizá anticipándose. El proceso para crear las imágenes pudo haberse manipulado. Y no conozco la postura de Alan sobre el tema. Es un científico, estudia el ojo, la vista y el saneamiento de las distorsiones. Dijo que Conan Doyle creía, mas no dijo que él lo hacía. Para él, esto bien podría ser un rompecabezas interesante.

Consideró seguir hablando del tema, pero anunciaron a otro paciente. Se retiró frustrada, aunque en mayor medida aliviada.

*

En su amplia sala de juntas Carter Cushing había reunido a un grupo de geólogos para estudiar la máquina de Sir Thomas. La miniatura del inglés estaba en marcha, también había llevado un modelo topográfico de Allerdale Hall, con colinas y valles y coronado con una reproducción de su casa. Los geólogos estaba impacientes.

—Los depósitos sin explorar yacen debajo de y en torno de nuestra casa —Sir Thomas detalló—, en este estrato se encuentra la arcilla más roja. La más pura. Y contiene mena suficiente para que luego de hornearlo adquiriera una firmeza propia del acero.

Cushing estudiaba a Sir Thomas mientras respondía preguntas y aprovechaba cada oportunidad para detallar sus planes.

Bill Ferguson se le acercó por la espalda y murmuró:

—No sé tú, pero estoy impresionado.

—Debo decir que yo también —Cushing respondió. *Aunque no del mismo modo, para nada.*

Sir Thomas le sonrió pues escuchó su intercambio. Cushing decidió dar el siguiente paso.

—Caballeros, continuaremos nuestra conversación esta noche en la cena, en mi casa —dijo con cordialidad, le sonrió a Sharpe, pero su estado de ánimo era todo menos cordial, más bien hostil—. ¿Quién sabe? Quizá sea necesario brindar.

El grupo se separó y salieron de la sala en grupos de dos y tres. Su secretaria lo llamó y lo llevó con el señor Holly, llevaba el documento adicional que le había pedido que consiguiera. Lo leyó con detenimiento. Así que era verdad.

—Bien hecho, Thomas —Ferguson le dijo a Sharpe cuando pasó a su lado al salir

—, bien hecho.

No tan rápido, Cushing pensó indignado.

CAPÍTULO SIETE



AL ATARDECER

Los invitados convivían y la servidumbre iba de un lado a otro ajetreada. La cena en la mansión Cushing sería un acto espléndido. Los aromas fragantes de carne y vino sedujeron a Thomas cuando se preparó junto con Lucille para entrar al comedor. La atmósfera estaba cargada con la misma emoción que había acompañado su demostración esa tarde. Sabía que por fin, el éxito sería suyo.

La casa de Edith era acogedora, muy distinta de la suya. Las velas emitían una luz amarilla y las lámparas de gas brillaban a través de los paneles de vitrales. Era el palacio de un hada y princesa. Thomas imaginaba a Edith de niña leyendo historias junto con su madre, sus cabezas rubias pegadas mientras estudiaban con atención las imágenes que exhibían todos los colores de las alas de una mariposa.

Vamos a conseguir los fondos gracias a estos buenos hombres de Búfalo, Thomas observó. *No hace falta ir a ningún otro lugar.*

Y ahí estaba Edith, dorada y radiante como el sol. Romeo había dicho lo mismo de Julieta; ese amor había tenido un destino funesto, pero para ellos...

A su lado, Lucille le murmuró al oído: «Dale el anillo».

El rubí Sharpe ya no adornaba la mano de su hermana. Thomas recordó cómo había relucido en su dedo alargado y delgado cuando había tocado el piano en el baile de los McMichael. El anillo había sido para Eunice, sin embargo, cuando conoció a Edith, supo en su alma que Eunice no había sido la elección correcta. Sabía que Lucille no estaba del todo convencida de la superioridad de Edith y que solo había accedido porque lo amaba.

Se sintió culpable cuando su hermana se apartó; no había sido del todo honesto. Le daría el anillo a Edith, claro que sí, pero no como lo habían planeado. No por esa

razón. La vida era nueva para él. Por fin el sol había salido y todos esos años en la oscuridad...

... esos secretos...

habían llegado a su fin.

Sintió cómo se quitaba un gran peso de encima, era como si él mismo tuviera alas.

Se sintió muy nervioso al acercársele:

—¿Me permite unas palabras?

Edith lo miró, luego a la multitud de invitados y de nuevo a él.

—¿Ahora Thomas?

Ha dejado de usar mi título, pensó satisfecho. Se lo había pedido y al principio había objetado. Escuchar su nombre en sus labios...

—Sí, ahora. Me temo que no puedo esperar —respondió. Suspiró nervioso y buscó el anillo en su bolsillo. Lo esperaba, atenta. Tenía que hacerlo bien.

—Señorita Cushing... Edith —se corrigió—, no tengo derecho a preguntar esto, pero...

Y de repente, en ese preciso momento, apareció el padre de Edith. Thomas volvió a guardar el anillo en su bolsillo.

—Sir Thomas, ¿puedo verlo en mi despacho? ¿A usted y a su hermana? ¿Sería tan amable de buscarla? —Cushing le pidió y luego se dirigió a su hija—. Querida, por favor asegúrate de que los invitados tomen sus asientos. En seguida estaremos con ustedes.

Thomas sintió un cosquilleo en la piel de la cara. Vio a Edith esfumarse en la distancia, como el sol que se oculta detrás del horizonte. Fue a buscar a Lucille como el señor Cushing le había pedido, no, para ser más exactos, como le había *exigido*.

*

Esto no me complace, Carter Cushing reflexionó cuando Sir Thomas y Lady Sharpe lo siguieron a su estudio. Lo cierto era que sí le complacía. Era un hombre que se había ganado su posición a base de trabajo y cada vez que salía triunfante de algún reto, disfrutaba la victoria. Quizás era malvado de su parte, pero era la verdad.

—Lady Sharpe, Sir Thomas —los miró a ambos. Eran tan pálidos y misteriosos, parecían casi gemelos—, la primera vez que nos conocimos en mi oficina.

—Lo recuerdo a la perfección, señor —le aseguró Sir Thomas.

Cushing arqueó una ceja.

—Imagino que no le resultó difícil darse cuenta de que no me agradó.

Sir Thomas tomó esa declaración tan franca con entereza:

—Lo dejó muy claro, señor, pero habría esperado que ahora, con el tiempo...

—Sir Thomas, le ha llegado la hora —*gracias a Dios*.

—¿Podría hablar claro, señor Cushing? —Lady Sharpe interrumpió— Me temo que no entiendo.

Le sorprendió su imprudencia.

—Lo haré, jovencita. Hablaré más claro de lo que ambos desearían. No tengo idea de cuál sea su implicación en el asunto, pero en estos días su hermano ha considerado pertinente mezclar los negocios con el placer al socializar con bastante frecuencia con mi hija. Mi única hija —añadió con énfasis.

—Señor, estoy consciente de que carezco de posición —dijo el joven en su defensa—, pero el hecho es que...

Titubeó y Cushing volvió a tomar la delantera.

—Ama a mi hija, ¿es eso? —contuvo su ira. No tenía caso. Tenía planeada una jugada final y cuanto más pronto la llevara a cabo, mejor.

Sir Thomas le sostuvo la mirada.

—Así es, señor.

—Representa bien su papel —era verdad—. Hace unos días mi hija me preguntó por qué no me agradaba. Honestamente, en ese entonces no lo sabía. Ahora lo sé. Obtuve documentación importante sobre ustedes. Títulos nobiliarios y registros de propiedad de Inglaterra.

Sacó el sobre que le había procurado el señor Holly con los documentos por los que había pagado una suma adicional y los deslizó en el escritorio, en dirección a los Sharpe. Como lo había previsto, la esquina de uno en particular llamó la atención de Sir Thomas.

—Este documento, el del Registro Civil, es el verdadero hallazgo —Cushing declaró, con lo cual cerró el asunto. Un solo vistazo al sello era suficiente, el joven palideció.

—Creo que es la primera reacción honesta que le he visto.

Reinó el silencio. Era imposible leer a Lady Sharpe, en cambio Sir Thomas era el epítome de la miseria. Preguntó:

—¿Lo sabe?

—No —respondió Cushing—, pero se lo diré si es lo que hace falta para que se marchen.

Sharpe se desplomó; se inclinó, quizá sin ser consciente, y dijo:

—Estoy seguro de que no me cree, pero...

—La ama. Ya lo ha dicho —abrió su chequera y llenó el de arriba—. Bien... —se lo entregó a Lady Sharpe— usted, querida, parece ser la más serena.

Abrió los ojos como platos al leer la cantidad. Cushing encontró un placer desagradable en su avaricia pues reforzó su opinión desfavorable sobre ese par nefasto.

—Es más que generoso, lo sé. Si quieren ese cheque, hay dos condiciones —les entregó dos boletos de tren—. Mañana a primera hora sale un tren hacia la ciudad de

Nueva York. Más vale que usted y su hermano lo aborden. ¿Está claro?

—Sí.

Estaba molesta y eso lo indignaba aún más. No tenía derecho a sentir nada más que vergüenza. Lucille tomó el cheque y el certificado civil. Ese maldito e incriminatorio certificado. Le asombraba su propia arrogancia, habían asumido que un americano ingenuo de un pueblo desfasado no se plantearía verificar su documentación. A cada santo le llega su día. Y como ya lo había señalado, sus días no solo estaban contados, habían terminado.

—¿Cuál es la segunda condición? —Lucille preguntó.

—Se refiere a mi hija —miró con dureza al parásito lujurioso de su hermano—. Esta noche debe romperle el corazón de manera rotunda.

*

El banquete estaba servido y Edith estaba ocupada asegurándose de que los invitados de su padre estuviesen cómodos. Desde la muerte de su madre, había sido su anfitriona y era bastante habilidosa. Esta noche, sin embargo, estaba preocupada. Era consciente de que Sir Thomas había empezado a plantearle una pregunta muy importante —quizá la más importante que se le hacía a una mujer en el curso de su vida— y luego había desaparecido con su padre para tener una conversación privada.

Lo cual significaba que su suposición sobre la naturaleza de la pregunta era correcta.

El corazón le palpitaba en el pecho; sentía legiones enteras de mariposas en el estómago. Le fue imposible leer la expresión de Thomas durante la cena, en la que él y Lucille ocuparon los asientos de honor y apenas comieron. Si no se *equivocaba*, entonces Thomas tenía todo el derecho de haber perdido el apetito. Según su interpretación de los hechos, los hombres que están a punto de pedir a alguien en matrimonio, tienden a ponerse muy nerviosos. ¿Sería posible que su hermana compartiera su ansiedad porque quería que fuera feliz? Aunque Edith nunca había tenido hermanos siempre los había deseado. Entonces Lady Sharpe podía ser su hermana. La idea la alegró.

Calma, Edith, se dijo a sí misma, pero hasta el aire a su alrededor se estremecía.

Su padre alzó su copa.

—Damas y caballeros, tenemos un anuncio inesperado que hacer. ¿Sir Thomas?

Dios Santo. Aquí viene. ¿No debería hablar conmigo primero? ¿Me equivoqué? Quizá no sea lo que creo. Quizás el anuncio se trate sobre su relación laboral. No debería emocionarme. Es muy pronto y ya estoy extasiada como heroína ingenua en una novela de Ann Radcliffe.

No, la miraba fijamente. Alzó su copa. La veía con esos ojos azules

conmovedores. Parecía un hombre a punto de anunciar una relación de otro tipo.

—Gracias, señor Cushing. Cuando vine a América, mi corazón rebosaba de alegría por la promesa de aventura. Aquí el futuro parecía tener significado.

Lo miró. Hablaba del futuro... ¿su futuro?

—Aquí he encontrado amabilidad y amistad y por ello estoy infinitamente agradecido —hizo una pausa. Edith vivió toda una vida en esa pausa.

Su expresión cambió, fijó su mirada de nuevo, pero esta vez reflejaba tristeza. Edith tuvo una súbita sensación de alarma. Algo estaba mal.

—Por ahora me despido, hasta que volvamos a encontrarnos. Quizás en otra costa. Mi hermana y yo salimos para Inglaterra, a tiempo para el invierno.

Su bromita arrancó risas y aplausos a todos los comensales salvo a Edith. No le estaba proponiendo matrimonio. Se estaba *marchando*. La estaba ignorando tal como había hecho con la pobre Eunice.

Pensé... pensé que... me amaba...

Desecha, se disculpó y escapó.

No se percató de que la había seguido hasta que lo escuchó decir su nombre.

—Edith.

Se tragó el dolor como lo había hecho en otro día nevado, cuando una muerte tan real como esta afligía su corazón roto. Había creído... había deseado...

—Nos deja —cada sílaba suponía un esfuerzo, pero no reveló nada. Su voz era tan firme como su mirada había sido hacía segundos al propinar el golpe mortal.

—Debemos volver de inmediato, ocuparnos de nuestros asuntos. La excavación debe comenzar antes de que entre el invierno —falta otro golpe— y nada nos retiene en América...

¿Podía ser más cruel? ¿Sabía que lo era?

—Ya veo.

Había llegado a las escaleras; se percató de su padre merodeando en el fondo. Su querido padre, al tanto de que su decisión la lastimaría, vigilaba en caso de que lo necesitara. Alguien sí la amaba.

—Su novela. Leí los capítulos nuevos. Me ocuparé de que se los entreguen por la mañana.

—Qué amable de su parte —su mente viajó a su primer encuentro, a su admiración por el aún desconocido autor de su novela. Entre ellos había habido una conexión, era *indudable*. El dolor se convirtió en agonía.

—¿Todavía quiere saber mi opinión? —preguntó.

Edith asintió. Thomas se mostró sorprendido. Respiró profundo como si la conversación fuera una tarea insufrible e innecesaria.

—Muy bien. Su sentimentalismo es irracional. Las penas que describe con tal sinceridad... el dolor, la pérdida. Y sin embargo, carece de experiencia vital. De hecho, parece saber solo lo que otros escritores le han contado.

No podría haberse sentido más avergonzada que si le hubiera escupido a la cara.

¿Qué estaba diciendo? ¿Cómo *podía* decir esas cosas en público? ¿Cómo podía humillarla en su propia casa?

—Señor, agradezco su franqueza —dijo con severidad.

Dio un paso al frente, un acto de agresión:

—No he terminado, criatura. Insiste en describir los tormentos del amor cuando queda claro que *nada* sabe sobre ellos.

¿Por qué era tan terrible? ¿Acaso sus gestos de familiaridad... esperanza... lo habían avergonzado? ¿Era ella... la consideraba como Eunice, arrogante, indigna de su afecto?

—Ha sido usted bastante claro —¿era esa su voz?, ¿eran sus palabras? Sonaba como una princesa de hielo, fría, dura y enojada.

Los invitados comenzaron a merodear, atraídos por la discusión, ahora eran testigos de su humillación. Era implacable, la encaraba, se burlaba...

—Le aconsejo que vuelva a sus fantasmas y fantasías, cuanto más pronto, mejor, Edith. Su entendimiento del corazón humano o el dolor que supone es casi nulo. No es más que una niña mimada jugando a...

Era demasiado. ¿Que *ella* no sabía nada? Por lo menos tenía sentimientos.

Le dio una buena bofetada; Thomas se encogió de dolor, pero no se apartó.

Edith se dio la vuelta y salió corriendo.

*

Oscuridad. Su habitación. Lágrimas.

La manija de la puerta se movió y Edith, recostada en su cama, se tensó.

Se abrió la puerta y vio la figura de su padre. Necesitaba que la consolaran, pero su orgullo femenino ya estaba destrozado. Su padre la había llamado una niña, igual que Thomas. No obstante, era una mujer que había soportado un rechazo humillante y su padre no era la persona indicada para consolarla en ese momento. Dudaba que alguien pudiera hacerlo.

—No estoy ciego, Edith —dijo con delicadeza—, sé que lo querías. Pero dale tiempo. Tal vez podamos ir a la costa oeste. Podrías escribir y yo... —dejó de prestar atención. Vislumbró un futuro en el que él era un viudo y ella una solterona que se hacían compañía. No lo pudo soportar.

—Te amo Papá, ¿pero acaso no te das cuenta? Cuanto más te aferres a mí, más miedo tendré —no quería decir lo que estaba pensando—. No quiero seguir hablando, no puedo —la invadió la fatiga—. Buenas noches.

Edith cerró la puerta, dejándolo fuera y afligido.

Por ahora.



«*Mi amor es como una rosa roja, roja...*».

A la mañana siguiente se escuchaba en el fonógrafo la agradable melodía romántica que le había dedicado a su esposa. Cushing estaba de pie en los vestidores del club de caballeros, ataviado en bata, pensativo y triunfante. Había impedido que Edith cometiera el mayor error de su vida. Si Sir Thomas Sharpe hubiera conseguido llevar a cabo su plan nefasto, Edith no hubiera tenido una vida digna. El escándalo la habría arruinado.

Aquella mañana Cushing se sentía particularmente cercano a su difunta esposa. Cuando vio su reflejo en el espejo del club de caballeros, le pareció ver su bello semblante. No el monstruo al que habían enterrado, sino la muchacha dulce con la que se había casado.

He cuidado a nuestra hija durante años, le dijo en silencio. *Aún está a salvo.*

Edith era heredera y suponía que habría otros como Sir Thomas Sharpe que se interesarían en ella por su dinero. Haría lo que fuera para protegerla. Sin embargo, esperaba no volverla a someter a tanto dolor y sufrimiento.

De mal humor, se preparó para rasurarse. El mozo llegó con toallas limpias, preparó todo para Cushing y abrió la llave del agua caliente del lavabo en el cuarto de baño.

—¿Cómo está el agua esta mañana, Benton? —preguntó fingiendo alegría.

—Muy caliente, como le gusta, señor —Benton respondió y abrió las llaves de la regadera también. El cuarto comenzó a llenarse de vapor.

—Muy bien, sea tan amable de pedirme jamón y huevos. Empezaré con café, si está caliente. Y un vasito de oporto.

—En seguida, señor. ¿Y el *Times*?

—Si fuera tan amable —es probable que la partida de Sir Thomas Sharpe, barón, de las bellas costas americanas y su regreso al Viejo Continente causara cierta decepción. Aunque después quedaría en el olvido.

El vapor le nubló la vista cuando se preparaba para quitarse la bata. Una sombra se movió muy rápido a sus espaldas, volteó para comprobar si Benton había vuelto.

No había nadie.

Pero alguien había pasado. Tuvo la certeza de que no estaba solo. Cualquier miembro del club se anunciaría. Era curioso y poco amable que no lo hubiera hecho.

Tal vez era su imaginación.

De todas formas...

Se sintió ridículo, pero revisó los vestidores. Por supuesto que estaban vacíos.

El agua caliente se empezó a desbordar del lavabo; se había distraído y no había

cerrado la llave. Se cayó su navaja de afeitar y luego su barra de jabón. Refunfuñó y se agachó para levantarlos, se cortó el dedo. Sangre del color de arcilla roja descendió por el desagüe en espiral.

Se percató de la sombra de nuevo. Entonces alguien lo sujetó del puño de la bata y de la nuca. Antes de tener tiempo de reaccionar, le golpearon la cabeza en la esquina del lavabo. No sintió dolor, solo asombro. Se tambaleó y cayó. La silueta se le acercó, lo tomó de la cabeza y lo azotó una y otra vez contra la porcelana. Escuchó cómo se rompían sus huesos cuando le destrozaron la nariz.

Edith.

Cuando le fracturaron la frente.

De nuevo.

Edi...

Cuando del cráneo despedazado le chorrearon gotas de sangre escarlata.

De nuevo.

E...

Cuando dejó de moverse y la sangre se mezcló con el agua hirviendo.

CAPÍTULO OCHO



ESA MAÑANA

Edith no tenía idea de cómo había logrado quedarse dormida. Poco a poco fue adquiriendo conciencia, despertó encima de las mantas, todavía vestida. Qué cliché tan trivial; se había quedado dormida llorando.

Annie estaba en su habitación, tenía en la mano un fajo de papeles que Edith reconoció de inmediato: el más reciente capítulo de su ahora odiado manuscrito. Thomas había cumplido su promesa de regresarlo y verlo reavivó todos los malos sentimientos que la persiguieron toda la noche.

—¿Qué pasa Annie? —Edith susurró.

—Esto llegó en la mañana, señorita. Pero no quise despertarla temprano.

—Está bien, Annie, gracias —señaló el cesto de basura, pero la sirvienta dudó.

—¿También la carta? —preguntó.

—¿La carta...? —Edith buscó sus lentes y se acomodó las puntas detrás de las orejas. Era un sobre de papel de pergamino grueso cerrado con un sello de cera roja. El sello era un escudo de armas en el que figuraba un cráneo. Su nombre estaba escrito en letra negrita y elegante. Edith no sabía si se atrevería a leerla, pero la abrió de todos modos. La habitación parecía estrecharse a medida que iba devorando las líneas:

Querida Edith:

Para cuando leas esto, me habré ido. Tu padre me dejó muy claro que, debido a mi situación económica actual, no estaba en condiciones de mantenerte. Estuve de acuerdo. También me pidió que te rompiera el corazón,

que asumiera la culpa. También estuve de acuerdo. A estas alturas habré logrado ambas labores.

Quiero que sepas esto: cuando pueda demostrarle a tu padre que lo único que le pido es su consentimiento —y nada más—, entonces, y solo entonces regresaré por ti.

Tuyo,

Thomas

La invadió la euforia. No la había abandonado, no era un canalla desalmado. ¿Cuándo habían entregado la carta? ¿A qué hora salía su tren?

¿Estaré a tiempo?

Desesperada, salió corriendo hacia las escaleras, gritándole a Annie. Corrió por el pasillo gritando: «¡Annie, mi abrigo!».

Corrió por las calles, dejando atrás los incontables monumentos al orgullo de su padre, atravesó el tráfico y el gentío, esforzándose por llegar al hotel en donde se habían quedado los Sharpe; esquivó todo a su paso hasta que cruzó el vestíbulo y por fin llegó a la recepción.

—¿Thomas y Lucille Sharpe? —preguntó sin aliento.

El gerente revisó el registro de los huéspedes.

—Ciento siete y ciento ocho, pero...

Edith salió corriendo, pasó a toda velocidad junto a huéspedes y un portero; por fin llegó a la puerta ciento siete y la encontró abierta...

... y a dos mucamas jóvenes de piel morena dentro de una habitación sin equipaje ni objetos personales, tendiendo la cama.

Una de ellas dijo:

—Salieron esta mañana, señorita, a tiempo para el primer tren.

Edith se quedó paralizada, jadeando, derrotada. No, no podía ser. No podía haberse enterado, *saber*, y no haber llegado a tiempo... era demasiado cruel.

—¿Está bien, señorita? ¿Señorita? —preguntó la otra mucama.

¿Alguna vez volvería a estar bien? ¿Podría...?

Se percató de otra presencia, alguien de pie cerca de ella. Volteó.

Era Thomas.

Una alegría inimaginable ardía en su interior. Cuando su adorado semblante buscó coincidencia en el suyo, logró refrenar su instinto de lanzarse a sus brazos. Perdón. Esperanza. Su corazón palpitaba en el silencio. Sin duda él podía escucharlo.

—Lucille se ha marchado, pero yo no podía. Tu padre me sobornó para que me fuera.

De su bolsillo sacó un cheque y lo rompió en dos.

—No puedo dejarte, Edith. De hecho, me descubro pensando en ti en los momentos más inoportunos del día. Siento que un vínculo, un lazo existe entre tu

corazón y el mío. Si ese lazo se rompe debido a la distancia o el tiempo... temo que mi corazón deje de latir y muera. Y pronto me olvidarías.

Edith recuperó el aliento para hablar.

—Nunca, nunca te olvidarías.

Lo miró a los ojos y se derritió. Estaba sucediendo. Era real, un sueño después de una pesadilla.

La acercó a él y la besó. Su mundo se redujo a Sir Thomas Sharpe, barón. Sus brazos, su latido desenfrenado. La suavidad de sus labios cuando rozó su boca y después presionó con más fuerza. Edith cerró los ojos, volvió a bailar vals, su deseo se había hecho realidad.

Edith sintió su reserva, como si se contuviera; estaba a punto de abrir los ojos para asegurarse que podía tomarse esas libertades. Le había roto el corazón y solo él podía repararlo. Volvió a relajarse en su abrazo y la levantó. Todo estaba bien, muy bien, en este mundo nuevo y hermoso, en este día dorado y reluciente. Quizás Ogilvie había acertado en pedirle una historia de amor. Los finales eran maravillosos.

Este no es el final de nuestra historia. Tan solo es el principio. Se me declaró en su carta. Me ha pedido que me case con él.

Salieron de la habitación tomados del brazo. A Edith no le importaba a dónde iban o qué harían. Imaginó que se presentaría a su padre y comenzarían de nuevo, en mejores términos. Seguro Papá daría su consentimiento una vez que se diera cuenta de que se trataba de un hombre honesto. Un hombre que no podía ser comprado y que la valoraba, a Edith Cushing, por encima de los medios que requería para concretar sus planes mineros. Pudo haber conservado el cheque y vuelto a Inglaterra, en donde una serie de mujeres jóvenes seguro esperaban formadas para convertirse en Lady Sharpe. Pero amaba a su plebeya americana con todo su corazón. ¿Qué padre no querría un hombre así para su única hija?

Soy tan feliz.

Pero al atravesar el vestíbulo, Edith reconoció al abogado de su padre, el señor Ferguson. Y su sirvienta, Annie, quien lo acompañaba, la señaló. Ella y Thomas caminaron más lento, su corazón latía con tal fuerza que sintió su pulso en las plantas de los pies. Sus semblantes de agonía, sus miradas de dolor, terror... sus ojos demacrados revelaban una tragedia. Había visto la misma expresión en la cara de su padre cuando le había dicho que el sufrimiento de su madre había terminado.

Cuando le había anunciado su *muerte*...

*

Muerte.

Estaba frente a la prueba de que se había cometido un error terrible: no era

posible que su padre, que amaba el esplendor y la elegancia, hubiera terminado en un lugar tan sucio y asqueroso. La morgue de la ciudad de Búfalo era más repugnante que un establo; era evidente para cualquiera. Nadie que lo conociera lo hubiera llevado a ese lugar. Se trataba de una equivocación y el pobre padre de alguien más yacía muerto ahí dentro.

Si bien sería sencillo entrar y señalar el grave descuido, no se sentía capaz. El miedo sofocaba su negación: el señor Ferguson no cometería semejante error y en el vestíbulo, Annie, quien llevaba tres años trabajando con ellos, se había soltado a llorar y tan pronto la había tenido cerca, la había abrazado.

Este es el día más feliz de mi vida. No puede ser. No.

Thomas y el señor Ferguson estaban a su lado. Sentía el calor del cuerpo de Thomas a través del bloque gélido de miedo que la apresaba.

Escuchó pasos, alguien que quería alcanzar al trío. Era Alan, sin aliento, su presencia legitimó la realidad que intentaba rechazar. Lo miró como a través de una tormenta, apenas conseguía distinguirlo. Le daba la impresión de que sus pies no tocaban el suelo. Empezó a sentir que se disolvía, tan incorpórea como uno de los espectros en las fotografías de espíritus de Alan.

—Lo lamento, vine tan pronto me enteré.

No, no digas eso, rogó en silencio. La mano de Thomas le inyectó sustancia de nuevo y una pizca de valor. Debía estar ahí para su padre, si se había cometido un error...

... Por favor, por favor, por favor que sea mentira. Dios, por favor.

Aguantó la respiración.

Alan se tambaleó cuando el forense abrió la puerta de la morgue. Edith dio la vuelta para seguirlo.

—Espera —le ordenó Alan—, no mires.

Edith tenía la garganta tan cerrada que hablar supuso un esfuerzo enorme.

—Me han dicho que debo hacerlo.

Alan le rogó al forense.

—No, por favor. Yo lo identifico. No la obliguen a mirar. Fui su médico —miró al abogado de la familia para buscar apoyo—. Ferguson, usted lo sabe.

No era cierto; quizá Alan le había prescrito lentes. Intentaba evitarle el disgusto.

A menos que Papá estuviera enfermo y no haya querido que nadie supiera... y eso fue lo que pasó... un ataque de algún tipo...

La posibilidad renovada de que todos debían estar ahí le oprimió el pecho aún más. Temía desmayarse.

No. No es él. Por favor, si no es él, haré lo que sea. Sacrificaré todo lo que poseo o quiero. No me casaré con Thomas...

Su corazón se lamentó de angustia ante la sola idea de perder al hombre que la mantenía de pie incluso en ese momento, cuyo brazo la rodeaba y protegía mientras daba un paso al frente.

El señor Ferguson apretó la mandíbula y sacudió la cabeza.

—Soy su abogado, doctor McMichael. Lo lamento. No es una mera formalidad legal. Me temo que es obligatorio.

Tengo miedo. Las palabras resonaban en su cabeza. Tenía tanto, tanto miedo.

Thomas estaba ahí y la amaba.

Alan estaba ahí y era su amigo más querido y antiguo.

Sin embargo, en su miedo, estaba completamente sola.

Le temblaron las rodillas. No era capaz de respirar para mantenerse consciente. Era incapaz de aspirar aire suficiente para mantener su cuerpo y alma unidos.

Tengo miedo.

Caminó con los hombres por el piso de loza, estaba sucio, resbaloso y lleno de hoyos. La habitación apestaba a sangre. Había moscas. Era un matadero. No había forma de que Carter Cushing yaciera debajo de esa sábana manchada, en esa mesa de acero.

Y sin embargo, el perfil era el suyo.

El tiempo se detuvo por completo. Ese momento debía durar para siempre. Debía vivir el resto de la eternidad atrapada en ese momento porque justo en él, su padre aún estaría vivo. En ese preciso momento estarían juntos, Thomas también los acompañaría. En ese latido, en esa respiración entrecortada, en esa luz ámbar. En ese instante en que su mundo pendía de una báscula, balanceándose hasta que el péndulo alcanzara el otro lado. Equilibrada en la punta de un alfiler. Ahí debía *permanecer* por siempre.

El forense tomó la sábana, hizo una pausa como si él también deseara que el mundo dejara de girar. Como si deseara evitarle el disgusto. Después la levantó.

Todo se petrificó, todo: corazón, mente, aliento. Edith se quedó mirando mientras Thomas le apretó la mano, más fuerte...

No se parecía a su padre...

No parecía humano.

Su cara destruida. Los huesos destrozados. La sangre encharcada y coagulada. El daño a sus facciones más allá de toda comprensión. Un error, un error. Ese no era su padre.

Lo es.

Dios mío, lo es.

Si dio una señal de que se trataba de su padre, no lo hizo de manera consciente. Pero la tensión en la habitación creció; sintió que un peso la jalaba hacia abajo, como si fuera a hundirse en el piso. Los hombres adquirieron un aspecto más sombrío, cambiaron de postura, alguien se aclaró la garganta, como en señal de que era hora de pasar a lo siguiente en aquel ritual infernal. ¿Acaso Thomas la mantenía de pie? No sabía. La vela que habían sostenido aquella noche que bailaron... *Las velas de la noche se extinguen. Thomas... ah, Thomas, esto no puede estar sucediendo.*

¿Qué había deseado cuando había soplado la vela en la pista de baile? ¿Por qué

no deseó que su padre gozara de una vida longeva?

—¿Cómo pasó? —Alan preguntó con voz ronca.

—Un accidente —afirmó el señor Ferguson—, el piso estaba mojado.

Alan frunció el ceño mientras estudiaba el cuerpo... su padre... Papá.

—¿Puedo, señor? —Alan preguntó al forense—. Ayúdeme a voltearlo.

Edith miró aturdida a Alan inspeccionado la pobre cabeza destrozada. La cabeza que no podía ser de su padre. Con ayuda de los demás, comenzó a voltear al difunto de lado y notó crema para rasurar en su mejilla. *Crema para rasurar. Un accidente. Un accidente. El piso mojado, como este. Se resbaló. Lavabo de porcelana.*

La sábana se resbaló para revelar...

Es mi padre. ¡Lo es, lo es!

—¡Basta! ¡Basta! —gritó y se acercó de prisa—. No lo manipulen así, por favor no lo hagan.

Alan retrocedió.

—Lo lamento, intentaba...

Se ahogó en su propio llanto. Thomas se acercó para tranquilizarla, aunque ni él mismo conseguía tranquilizarse. Tenía la cara pálida, estaba igual de horrorizado que ella. Sin embargo, Edith debía actuar, debía proteger a su querido padre de sus miradas, de sus empujones y manoseos. Cook y DeWitt habían rumorado sobre su madre...

... Negra como pata de codero quemada, así estaba. Voy a tener pesadillas muchos años, eso sí te digo. ¡Y el hedor! No me pagan tanto para acostarla; le dije a su moza que lo hiciera, no pudo, le pedí a los criados del sótano que lo hicieran. El patrón dice que la señorita no debe verla y tiene razón. Un vistazo y terminará en el manicomio, como le pasó a mi familia en Dublín. ¿Seguro que todos los espejos están tapados DeWitt? Porque uno nunca sabe. Eso que ni qué. Odian la tumba, los muertos. Y cuando dejas a una niña tan dulce como nuestra Edith... pues, no te vas.

—Es mi padre —dijo con devoción. Le pertenecía y lo dejó claro. Se abrió paso entre la confusión y asumió su papel de hija—. La... la próxima semana cumple sesenta y no quiere aparentar su edad. ¿Lo ven? Por eso... por eso se viste tan bien. Por eso le encanta pasear horas conmigo —tomó su mano y la besó—. Está helado, ¿por qué hace tanto frío?

La miraron con lástima. Y cuando por fin comprendió la terrible realidad —que su padre estaba muerto—, se desplomó.

CAPÍTULO NUEVE



CUATRO DÍAS DESPUÉS

El cementerio, de nuevo. Catorce años se esfumaron como fantasmas. Una vez más, Alan era testigo de la pena de su querida amiga. Le daba la sensación de que apenas ayer se habían reunido para enterrar a la madre de Edith, quien había tenido una muerte espantosa. Y ahora su padre también. Alan no compartía la causa de muerte del forense: el daño había sido excesivo y el ángulo para una caída era incorrecto.

Sin embargo, ese era un tema para otro día. Ahora debía acompañar a Edith. Nunca la debieron haber obligado a ver aquello. Al demonio con Ferguson y sus obligaciones. Una vez que veías ciertas cosas, no había marcha atrás. Así había sido en el anfiteatro de Londres cuando presencié su primera cirugía a un ojo humano, el cual habían obtenido del cadáver de una mendiga. Solo en la certeza de que mediante el estudio podía salvarle la vista a otros encontró fuerzas para permanecer en el anfiteatro, en cambio, su colega de al lado se cubrió la boca, se disculpó y salió corriendo por la puerta.

Recordó que Edith había acudido a él para buscar consuelo, ella tenía diez y él, once. Pese a que aún era un muchacho imberbe, había sabido identificar que sufría, así como ver sus lágrimas invisibles.

¿Qué había dicho Conan Doyle en su clase sobre espiritismo? «*De todos los fantasmas, los fantasmas de nuestros amores pasados son los peores*». Alan había amado a Edith Cushing toda su vida.

Sin embargo, hoy ni siquiera lo miraba. Había sido muy ingenuo en aquel entonces al pensar que se casaría con ella, este día también había acudido para enterrar sus esperanzas. En el dedo de Edith brillaba el anillo rojo que había adornado

la mano de Lady Sharpe la noche en que Edith había bailado vals con Sir Thomas. Era evidente que se trataba de una reliquia familiar, para Edith, su nueva adquisición. El anillo absorbía la luz tímida del día sombrío, no producía ningún reflejo. Alan entendía su significado: estaba comprometida con Sir Thomas Sharpe.

Sharpe se refugiaba debajo del paraguas de Edith, su rostro pálido e inglés parecía esfumarse en la lluvia cellisca. A manera de tributo al hombre que habría sido su suegro, el británico vestía de luto de pies a cabeza, al igual que Edith. Alan recordó que de niña había asegurado haber visto a una mujer vestida de negro en su habitación, probablemente su madre; Eunice se había reído de ella y la había llamado lunática. Ahora Edith era una mujer vestida de negro. Al mirarla apoyada en el pecho de Sir Thomas, aturdida y descentrada, Alan supo que lo perseguiría el resto de su vida.

Sir Thomas la rodeaba con el brazo, lo cual habría sido una infracción del decoro de no ser por su compromiso. Todo había ocurrido demasiado rápido, bajo circunstancias demasiado terribles y por tanto, incomprensibles. Quizá miraba desde el prisma de sus celos, pero cuando observó la manera en que Sir Thomas sostenía a Edith, le dio la impresión de que el hombre estaba resuelto a aferrarse a ella, no a consolarla. Parecía estar atrapada, no protegida.

Entonces Sir Thomas se percató de su mirada y la sostuvo sin parpadear. Se trataba de un duelo tácito. Edith no se dio cuenta de nada. Alan sabía que ya había perdido, así que hizo lo que exigían las circunstancias: lo saludó con su sombrero, como se saluda a los parientes afligidos del difunto. Agobiado por el paraguas y su prometida, Sir Thomas no pudo regresarle el gesto, de modo que se limitó a inclinar la cabeza. Sharpe era el modelo de solemnidad y melancolía. Alan se preguntó si estaba siendo injusto debido a sus celos. Los sentimientos de Sir Thomas por Edith podían ser puros. *Era* posible enamorarse profundamente de la noche a la mañana.

Bastaba preguntarle a Eunice.

*

Al cabo de tres semanas fugaces, algunos de los mismos invitados que lamentaron el deceso de mi padre asistirían a mi boda en la Iglesia Asbury-Delaware. Fue una ceremonia sencilla, cuyos detalles ahora me cuesta recordar.

*

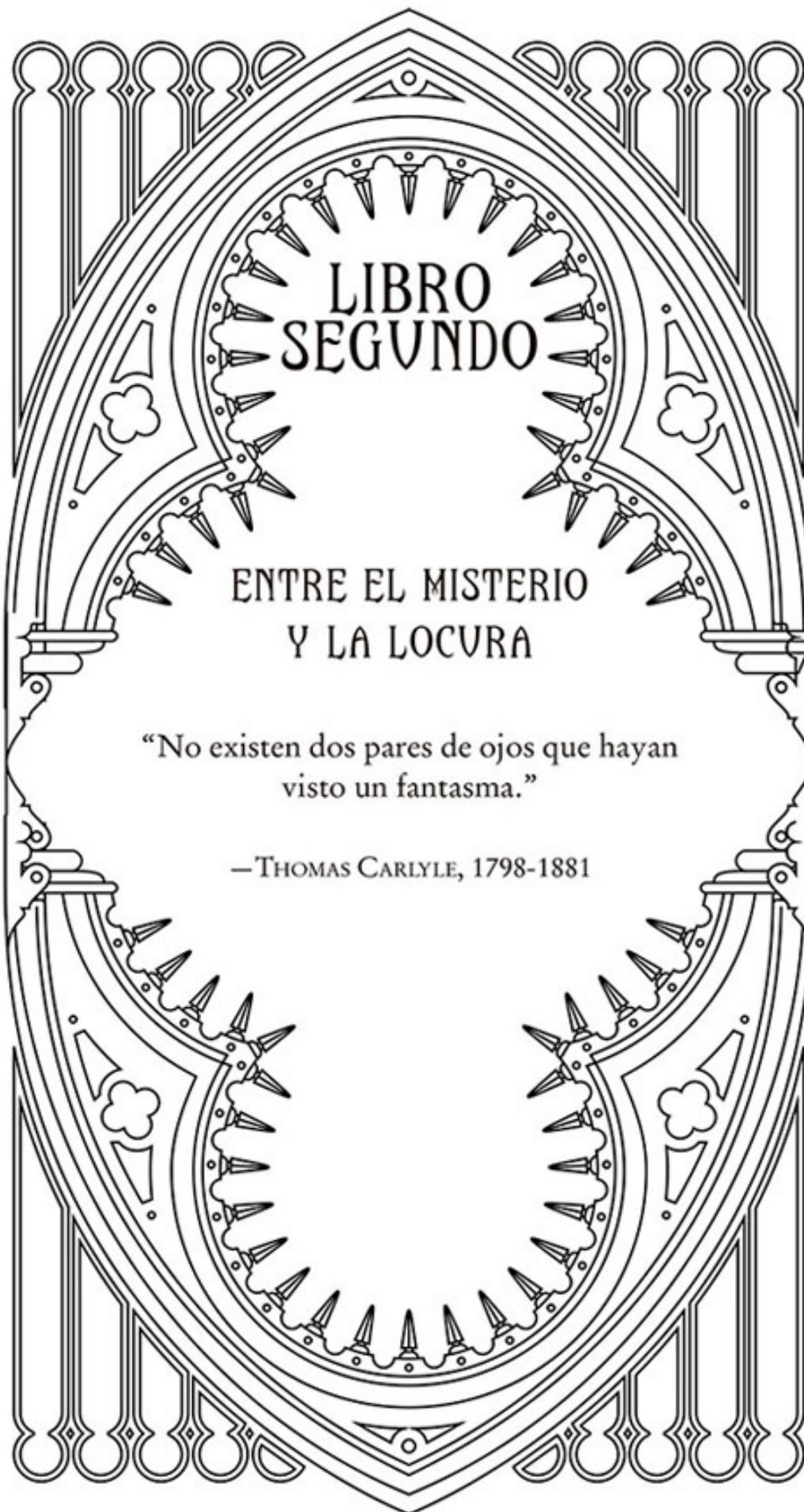
Edith, la novia, estaba ataviada en un vestido y velo blancos, como fantasma.

Ferguson la acompañaba al altar. El ramo de rosas rojas que sostenía le recordó a Alan a un corazón palpitante y a la canción favorita de su padre «A Red, Red Rose», la cual Cushing escuchaba casi cada mañana mientras se duchaba y rasuraba en su club. Edith lucía aturdida, como todos los presentes, Alan incluido; el novio llevaba una cinta de luto. Le resultaba macabro que hubieran decidido casarse en ese momento. Cuando el ministro preguntó si alguien conocía algún impedimento para que se celebrara su unión, Alan quiso hablar. Quiso decir que no estaba bien, su padre no había dado su consentimiento y Edith estaba cometiendo un grave error pero guardó silencio. De verdad le deseaba lo mejor.

Cuando Sir Thomas besó a la novia, su anillo rubí reflejó una luz roja en su mejilla pálida y lánguida que se asemejaba tanto a una herida, que Alan produjo un grito ahogado. Los invitados voltearon a verlo, Eunice incluida, quien le dedicó una sonrisa triste y tensa. Era una señal: debía aceptar que el beso los unía como marido y mujer y con ello, las esperanzas de los McMichael quedaban destrozadas. Eunice amaría de nuevo, de eso estaba seguro, e intentó transmitirle confianza sobre su futura felicidad tomándole la mano y apretándola.

De igual forma, él estaba seguro de que nunca dejaría de amar. Iría a la tumba casado, en el fondo de su corazón, con Edith Cushing. Quizá, si de verdad existían los fantasmas y las Moiras eran benévolas, podría cuidarla a ella, a sus hijos y a sus nietos y protegerlos del peligro.

Que sea feliz y yo seré feliz. Es todo lo que quiero en esta vida.



CAPÍTULO DIEZ



HACE APENAS UNAS SEMANAS, ALLERDALE HALL, CUMBRIA

Cumberland, al norte de Inglaterra.

Las montañas estaban estériles y el cielo, cubierto de niebla. Abrigada con mantas y su abrigo de viaje con el moño magenta, Edith dormitaba en el carruaje abierto, se perdió en un sueño difuso en el que iba a bordo de una carroza fúnebre con dirección al cementerio. No iba a bordo, más bien la llevaban al cementerio, lo que quería decir que ella había muerto. La última de los Cushing. Sin embargo, había dejado de ser una Cushing. Ahora era Lady Sharpe.

En medio del frío, sintió el calor de su esposo y supo que estaba soñando; se despertó. Su esposo dijo: «Edith, Edith, despierta. Hemos llegado».

Cuando abrió los ojos, se encontró con Thomas. Con su adorada cara, los ángulos afilados como las facetas de su anillo de rubí, sus ojos más azules que la exquisita hebilla de cinturón de camafeo que había visto, de compras en Londres, en Wedgwood, y después rechazado. Thomas la había animado a comprarlo, pero ella quería que todos sus fondos se invirtieran en su máquina para extraer arcilla. Tenía un ajuar estupendo que le bastaría hasta que su marido recuperara su fortuna.

Si tan solo su padre estuviera vivo para verlo.

El caballo acercó el carruaje a las rejas de la residencia solariega de los Sharpe y, de cierto modo, el lugar correspondía con los grabados que había estudiado en su libro. La estructura de la propiedad y la casa se conservaban. Columnas cortas sostenían un arco de hierro en el que predominaba el escudo de armas de la familia, al cual con frecuencia se le representaba en imágenes en un rojo brillante, como alusión a la arcilla carmesí de las minas Sharpe, e incluía la imagen de un cráneo encadenado, muy sombrío y gótico, desde su punto de vista. El escudo de armas había estado

impreso en el sello de cera rojo al reverso de la carta de amor desesperada de Thomas. Debajo del escudo, forjadas en hierro, se leían las palabras: ALLERDALE HALL.

La casa sombría se erigía al final de un sendero de arcilla roja, estaba rodeada de pasto café muerto y árboles esqueléticos; al fondo, se extendía el cielo plomizo. Lejos habían quedado los bulevares alineados con árboles y arbustos ornamentales. No había pórtico que refugiara a los visitantes aristócratas que descendían de sus carruajes porque no los había. Tampoco servidumbre, solo un hombre, le habían advertido. Thomas y Lucille no podían costear servidumbre, de modo que habían dejado de recibir visitas.

Lo cambiaré. Tras la muerte de su padre, la gestión de la fortuna familiar había pasado a sus manos. Restauraría Allerdale Hall y a su dueño para que recuperaran su antigua gloria. Las líneas de expresión en el rostro de su amado, debido a sus preocupaciones, desaparecerían para siempre. Bailarían vals en su propia casa rodeados de amigos y familia. E hijos.

Se sonrojó.

En cuanto a la residencia, dos chapiteles góticos de altura desigual dominaban la silueta asimétrica que estaba situada entre las versiones de tamaño natural del equipo de minería de Thomas. Su construcción se había completado en el curso de los siglos, en muchos estilos de ladrillo y piedra; había senderos en el jardín, torrecillas y torres, muchas deterioradas al grado de estar derruidas. Vitrales la miraban bajo cejas de ladrillo arqueado. Allerdale Hall parecía, al mismo tiempo, una construcción inconclusa y demasiado cansada para seguir, como si estuviera viva, pero muriendo lento. ¿Cómo era el dicho? Daba el último aliento.

Si bien Thomas la había preparado, enfrentarse a una propiedad que alguna vez fue magnífica y que ahora se encontraba en ruinas, la impresionó y entristeció. Al verla asimilando todo, su esposo transmitía una dignidad desesperada. Como su ropa hermosa aunque pasada de moda, su casa hablaba de una vida que había comenzado con refinamiento y elegancia, pero que se había quedado sin medios para mantenerla. Hablaba de pérdida. Recordó lo que le había contado a los capitanes de la industria de Búfalo: que poseía una voluntad indomable. Le daba la impresión de que Allerdale Hall se mantenía en pie únicamente por esa fuerza de voluntad, que si su propietario fuera un hombre inferior, habría desaparecido en la niebla como un espejismo.

El caballo detuvo el carruaje, el sirviente se acercó y recibió a Thomas con respeto, al ver a Edith, asintió con la cabeza. Estaba artrítico y muy viejo, tenía los ojos blanquecinos y su ropa hecha en casa estaba más deshilachada que el traje azul de Thomas.

—Hola, Finlay. ¿Cómo se encuentra? —Thomas preguntó con gentileza.

—Nunca mejor, Sir Thomas. Supe que era usted desde lejos.

—Finlay, esta es mi esposa.

—Lo sé, lo sé milord. Lleva muchos años casado —respondió el hombre.

Después le dio la vuelta al carruaje para recoger el equipaje.

Pobre hombre, pensó Edith. *Le falla la memoria*. Eso le ocurría a veces a la gente mayor.

Thomas la cargó para salir del carruaje y la dejó en el piso. Juntos, ascendieron los escalones frontales de la casa de la que ahora era señora. Thomas quiso decir algo, pero en ese momento, un perrito muy dulce salió corriendo debajo del carruaje y ladró emocionado al verlos.

—¿Quién es él? ¡No me hablaste de él! ¿O es ella?

—No tengo idea —murmuró Thomas.

Edith se inclinó para examinar a la criatura saltarina. Sintió sus huesos delicados debajo de su pelo enmarañado y gélido.

—Tiene collar. ¿Estará perdido?

—Imposible —respondió con el ceño fruncido—. La siguiente casa está a kilómetros de aquí y el pueblo está a medio día caminando.

—El pobre está en un estado deplorable. ¿Puedo quedármelo? Se ve hambriento.

—Como desees —dijo indulgente—. Ahora, Su Señoría, ¿me concede el honor? Con un ademán ostentoso, la levantó y la llevó cargando a la entrada de su hogar. Los dos se rieron alegres. *Casados*. Y por fin en casa, después de su luna de miel, si así se le podía llamar. Aún no habían compartido el lecho matrimonial. Estaba agradecida de que Thomas hubiera respetado su luto. Pero ahora estaba lista para ser su esposa formalmente.

En todo sentido.

La dejó dentro del recibidor y despacio se quitó su sombrero de copa. Edith se imaginó a un mago que desvelaba la cortina de uno de sus trucos. Por primera vez vio el interior de la mansión. El vestíbulo era enorme y estaba recubierto por paneles de madera oscura, por encima se alzaban tres plantas de balcones con patrones entretejidos y galerías italianizantes, un sinfín de pináculos y arcos góticos decorados con cuadrifolios. Los retratos de los ancestros centenarios Sharpe en sus marcos chapados en oro le dieron la impresión de que estaba ante el fantasma de Allerdale Hall, un recuerdo de vitalidad perdida; la que alguna vez fuera la casa había desaparecido. Había un elevador de jaula de tamaño moderado que parecía tener espacio para tres personas —el único toque de modernidad— y le recordó a la ingeniosa máquina extractora de Thomas. Este lugar *renacería*, se *adaptaría* al presente. Ella se encargaría.

—¡Lucille! —gritó Thomas, se produjo un eco—. ¡Lucille! ¡Lucille!

El perrito ladró alegre. Copos de nieve se filtraban por los agujeros en el techo, silenciosos y melancólicos. Edith recordó los pétalos de rosa que había esparcido sobre el féretro de su padre —su textura sedosa y aroma marchito— y sintió escalofrío.

—Hace más frío aquí dentro —dijo por encima del hombro.

—Es una desgracia absoluta —respondió Thomas—. Procuramos mantener la

casa en buen estado, pero con el frío, la lluvia y las minas subterráneas... es casi imposible evitar la humedad y la erosión.

Había evidencia del deterioro en todas partes: óxido, moho, manchas y charcos de arcilla roja. Su padre habría restaurado todo con su experiencia como ingeniero, no le quedaba duda. La invadió otra punzada de dolor, esta vez más fuerte, era tan palpable como si se le subiera por el cuerpo; se repuso por el bien de su adorado esposo.

—¿Cuántas habitaciones hay? —le preguntó.

Thomas parpadeó sorprendido.

—Bueno, no lo sé —le sonrió con el encanto que la había cautivado desde el principio—. ¿Quieres contarlas?

Edith se rio.

—Ah, lo haré. ¿Cómo pueden Lucille y tú hacerse cargo de esta casa solos?

El señor Finlay apareció con algunos de sus baúles.

—¿Los llevo a la planta alta, joven amo? —preguntó.

Edith sonrió ante la forma en que el anciano le hablaba a Thomas como si aún fuera un niño; su cariño era evidente. Su padre siempre le había dicho que si quería considerar el carácter de un hombre, debía observar cómo trataba a sus sirvientes. Thomas trataba a Finlay con mucha cortesía y percibía un lazo sincero entre ellos. Aquello le agradó.

—Sí, Finlay, por favor —Thomas respondió. Le rozó los labios a Edith con un beso y le dedicó toda su atención—. Nacimos con este privilegio y uno nunca puede renunciar a él. De algún modo lo conseguimos, querida. Mi taller está en el ático, ya quiero mostrarte.

Se dio la vuelta con un ademán que indicaba que lo esperara y desapareció en la penumbra. Edith supuso que iría a buscar a su hermana. Era asombroso que con tan solo un par de pasos se había esfumado. Parecía que la casa se lo hubiera tragado. Pese a su libro de grabados, no había sido consciente de la enormidad de la mansión. Albergaría varias mansiones Cushing y un par de copias de la residencia de los McMichael. No entendía la devoción servil de Thomas a la casa, no obstante, provenía de una familia de abolengo en un país plagado de tradición, costumbres y deber. Le resultaba imposible imaginar vivir en esa casa salvo por amor. Y el amor la mantendría ahí.

Con Finlay en la planta alta y Thomas buscando a su hermana, aparentemente estaba sola en el vestíbulo amplio y frío, salvo por el perrito, por supuesto. El cachorro estaba tan silencioso que casi se olvida de su presencia. Al mirarlo se dio cuenta de que tenía la cola entre las patas, un indicio de temor en los perros. Edith se sintió un poco intranquila y se cubrió con su abrigo. El perro seguía encogido. Edith recorrió la habitación con la mirada para intentar ubicar lo que veía el perro. No había nada. ¿A qué le temía?

A manera de respuesta, el viento azotó la puerta de entrada. Saltó y el perro se encorvó más.

Con la puerta cerrada, el amplio vestíbulo se sumió aún más en la penumbra, dejó de ver los detalles arquitectónicos. Era enorme y se le ocurrió que uno podía mirar desde arriba sin ser visto. No tenía idea de lo que eso significaba, e intentó quitarse de encima el presentimiento de fatalidad. Estaba muy cansada, habían llegado a su destino final luego de un viaje helado que había durado un día. A partir de ahora, esta era su casa.

Se quitó el sombrero y los guantes para sentirse cómoda y encontró un espejo grande, en donde se revisó el cabello. Quería lucir presentable para Lucille pues apenas la conocía. Como había vuelto a Inglaterra el día de la muerte terrible de su padre, se había perdido la boda.

Su pelo lucía bien. Edith recordó el día que había visitado al señor Ogilvie con manchas de tinta en los dedos y la frente. Había ocurrido demasiado desde entonces, la única constante es que seguía trabajando en su novela. Había empacado papel suficiente y la exquisita pluma de oro que su padre le había obsequiado, además del anillo de rubí con el que Thomas le había propuesto matrimonio, la pluma era su posesión más preciada.

El perro seguía encogido y al mirar al cachorrito escuchó un zumbido suave y extraño. Miró la bandeja bajo el espejo y, para su sorpresa, encontró un puñado de moscas moribundas. Frunció el ceño; era raro e inesperado. Las moscas eran una peste propia del verano, que depositaban sus huevos en la comida putrefacta y la suciedad. Era inconcebible que hubieran terminado en esa casa gélida y que estuvieran muriendo en ese preciso momento. Las estudió y buscó en las sombras restos de comida o quizás un animal muerto. Las ratas eran una molestia común, tal vez un roedor muerto había sido su festín.

El perrito regresó trotando a la habitación, la asustó, pues no se había dado cuenta de que se había ido. Un aspecto peculiar de la casa era la absorción del sonido.

El cachorro llevaba una pelota de goma roja y brillante en la boca, trotaba moviendo la cola para invitar a su nueva amiga a jugar.

—¿Dónde encontraste eso? —le preguntó. No imaginaba razón alguna para que en aquella ruina hubiera una pelota para perro.

El perro insistió. Estaba a punto de estirar la mano cuando distinguió en el espejo la silueta oscura de una mujer al otro lado de la habitación. Por fin aparecía la hermana de Thomas. Edith se sintió nerviosa. Eran dos desconocidas que ahora eran familiares.

Levantó la mano, pero la silueta estaba muy lejos, tan inmersa en las sombras que Edith no podía distinguir su apariencia. Su caminar era peculiar... o tal vez se debía a uno de los vestidos victorianos de Lucille con corsé ajustado que restringían el movimiento. Edith prefería las faldas largas y las blusas con mangas abullonadas más modernas propias de la Nueva Mujer, las cuales coincidían con la imagen que tenía de sí misma como novelista.

—¿Lucille? —dijo para saludarla.

La mujer se fue y Edith se quedó perpleja. ¿Debía seguirla? ¿Existía alguna razón por la que Lucille no le hablaba? Dios mío, ¿acaso estaba *fumando*? La luz captó una especie de rastro, hilos apenas visibles que parecían brillar al flotar hacia arriba. Era incomprensible que una mujer refinada como Lucille Sharpe fumara cigarrillos.

—Disculpe —Edith la llamó, caminando en su dirección. No era Lucille, eso le quedaba claro. Para empezar, no tenía la misma altura.

La extraña ignoró a Edith y entró al elevador. El mecanismo cobró vida con un zumbido y ascendió. Edith corrió para alcanzarla y se asomó hacia arriba. Demasiado tarde, solo vislumbró la parte inferior de la cabina.

Thomas volvió. Edith sacudió la mano al elevador cuando se detuvo en la planta alta de la casa. O por lo menos eso asumía. La máquina había dejado de zumbar, pero no estaba segura de que la puerta del elevador se hubiera abierto.

—Una mujer, en el elevador —le dijo.

Levantó la ceja.

—¿Te refieres a Lucille?

—No, no, Thomas, no era Lucille —insistió.

—Ese aparato tiene vida propia —Thomas respondió, casi con cariño—. La humedad de la casa deteriora el cableado. Se conecta con las minas de arcilla. Prométeme ser cuidadosa al usarlo y nunca, nunca, descendas más allá de este nivel. Las minas son muy inestables.

Quería aclararle que había visto una *mujer* en el elevador. No había «decidido» subir por su cuenta.

Estaba abriendo la boca cuando el perrito comenzó a ladrar y se dirigió al vestíbulo. La puerta se abrió y Lucille entró, llevaba guantes y estaba envuelta en lanas densas. Abrió los ojos de par en par al ver al perro.

—¿Qué hace esta cosa aquí? —preguntó con brusquedad— Pensé que lo habías...

—Querida Lucille —Thomas la interrumpió alegre—, ¡es un placer verte!

Al acercarse a ella para abrazarla, Lucille se quitó la capa y se lo impidió. Después miró a Edith con frialdad.

—Ya veo que lo lograste —le dijo; un recibimiento bastante raro—. ¿Qué tal Londres?

—Un sueño —Edith respondió, ignorando sus dudas sobre aquella mujer. Quizá Lucille había contratado a alguien del pueblo para que preparara la casa para recibirlos. Y Londres había sido un *sueño*. Pese a la fortuna y posición social de su padre, Edith no había viajado mucho. Ella y Thomas habían visitado muchos sitios que había visto en su libro sobre Inglaterra, habían sido tal como las imágenes. Y Thomas había parecido encantado de mostrarle su país.

Thomas añadió contento:

—Lucille, fuimos a Albert Hall. A un concierto. Fue excelente, maravilloso.

En efecto habían escuchado un programa de Chopin y Thomas había comentado que Lucille lo habría disfrutado mucho. Durante sus excursiones, había mencionado

mucho a su hermana y a Edith le había conmovido su devoción hacia ella. Le había recordado a Alan y Eunice y se había sentido nostálgica. A menudo se descubría hablando de su padre y se interrumpía porque no quería que Thomas pensara que no era feliz. Pero Thomas la animaba a seguir hablando de él, le recordaba que aún estaba de luto.

Lucille se mostró un poco resentida.

—Ya veo, pues yo fui a la oficina de correos. Las piezas de tu máquina llegaron de Birmingham. Son dos contenedores pesados. Necesitarás que Finlay vaya por ellos —habló con rigidez, sin duda celosa de su paseo. Pero uno se iba de luna de miel con su esposa, no con su hermana. Seguro Lucille lo entendía. Quizá podían irse de viaje las cuñadas Sharpe mientras Thomas trabajaba en su máquina. Sin embargo, sería difícil separarse de él aunque fuera un par de días.

Lucille ladeó la cabeza.

—¿Edith? ¿Te sucede algo?

Thomas también la miró. Se disipó su semblante cálido.

—Danos un momento, está un poco sobresaltada —le dijo a Lucille.

Lucille colgó sus prendas de invierno.

—Dios santo, ¿qué sucede?

Thomas se encogió de hombros.

—Vio algo. Una sombra, un reflejo. La asustó.

Lucille le dedicó una sonrisa condescendiente.

—¿Una sombra? Ah, querida. Esta casa está habitada por sombras, reflejos, crujidos y gemidos. Lo mejor será que de ahora en adelante controles esa rica imaginación tuya.

Edith reflexionó. Estaba cansada y en efecto Allerdale Hall estaba *llena* de «sombras, reflejos, crujidos y gemidos». Había imaginado que la mujer fumaba, sin embargo, no había olido el humo.

Se dio la vuelta y vislumbró su reflejo en otro espejo, debía admitir que pese al estado presentable de su cabello, era todo un espectáculo: complexión pálida, ojeras, apenas se reconocía.

Decidió no pensar más en ello, por lo menos no ahora que recién llegaban a casa y necesitaba crear un vínculo con su cuñada. Sin embargo, la casa había resultado más inquietante de lo que había imaginado; *sin duda* tendría que controlar su imaginación.

—Necesito una bienvenida en forma, es todo —respondió y abrazó a Lucille—. De ahora en adelante, esta casa albergará amistad, amor y calor.

A partir de la postura de Lucille, dedujo que su cuñada miraba a Thomas por encima de su hombro. Esperaba que le estuviera sonriendo en señal de que su propuesta le agradaba.

—Calor sería un comienzo extraordinario. Thomas, tu esposa está helada —dijo Lucille.

Lucille desenganchó el llavero de su cintura y se dio la vuelta para retirarse. Lucía agobiada y algo cansada.

Thomas le sonrió a Edith.

—Te llevaré arriba, querida. Prenderé la chimenea de inmediato y te puedes dar un baño caliente. Necesitas dejar que el agua corra. Al principio la tubería expulsará arcilla roja, pero después el agua se limpiará.

Avergonzada de que Lucille se ocupara de las labores domésticas mientras ella se daba un baño, Edith consideró rechazar la oferta para ayudarla. Sin embargo, lo cierto era que *estaba* congelada y tan cansada que no le sería útil a nadie. Se prometió aliviarle la carga a Lucille o por lo menos, cumplir con la parte que le correspondía. No estaba acostumbrada a realizar las labores que por regla general le incumbían a la servidumbre, pero estaba dispuesta a aprender y sabía cómo gestionar una casa.

—Lucille, cuando sea conveniente, ¿me podrías dar una copia de las llaves de la casa, por favor?

—No las necesitas —Lucille respondió de inmediato. Después, en un tono más mesurado, agregó—, no de momento. Hay zonas de la casa que son inseguras. Te tomará algunos días familiarizarte con la propiedad. Si para entonces aún sientes que las necesitas, pediré que saquen una copia.

Edith se convenció con su respuesta, sin embargo, se prometió serle útil a Lucille. Ella había llevado la carga de mantener aquella mansión demasiado tiempo y a Edith le quedó claro que la casa llevaba la delantera.

Juntas cambiaremos el curso de las cosas, prometió.

Después siguió a su esposo hacia el elevador, anticipando un buen baño caliente y después, quizás... la habitación nupcial.

CAPÍTULO ONCE



POCO TIEMPO DESPUÉS

Observaba.

La novia estaba en el baño, de pie en su camisola y corsé, abriendo las llaves. De ellas salió vapor y los primeros chorros eran rojos como la sangre.

«Dios mío», gritó.

Aquí no existe Dios, pensó. Abandonen la esperanza, todos quienes entren aquí.

Renuentes, los calentadores en ambos lados de la tina comenzaron a agitarse, las tuberías vibraron produciendo un traqueteo mortal, horrible, cada vez mayor. Tosco y exigente. Después el agua salió limpia y caliente. No todo estaba en ruinas y decadente. Aún no.

Se quitó los lentes y los colocó en el lavabo. Se metió a la tina. Qué cosa tan exquisita. Pelo rubio, vaya distinción. Americana. Una novedad.

Encima de sus lentes, en el espejo, apareció una huella dactilar.

Así que esta noche había mucho que hacer, había que inspeccionar a la novia. ¿Cómo era?



En el sótano, en la trascocina, hizo otra anotación:

—¿Qué es esto? —preguntó la hermana. Su voz tensa por la preocupación, revelaba un dejo de pánico—. ¿A qué juega?

—No tengo idea —respondió el hermano; graduaba la flama en el calentador de

cobre. Ah, con que preocupado por la comodidad de la inocente en la tina. Asegurándose de que su baño estuviera caliente, lo mismo que su agua para té. Ocupado preparando las trampas. Estos dos eran siniestros. Los amaba. Provocarlos...

—El perro —dijo la hermana agitada. Tenía gotas de sudor en la frente—, dijiste que habías matado al perro.

A él se le tensó el rostro. ¿En señal de disculpa o excusa?

—Lo dejé solo —confesó—, pensé...

—¿Cómo ha sobrevivido tanto tiempo? —se preguntó en voz alta—. A base de sobras, supongo, como nosotros.

Su rostro se suavizó y demostró el amor que le tenía a su hermana:

—Ya no tendremos que hacerlo —su voz indicaba promesa, certeza.

—¿Ah, no? —frunció el ceño—. El dinero no está aquí, ¿o sí?

—Aún no, pero pronto.

Ella caminó hacia la estufa dando pisotones fuertes y preparó una tetera con agua hirviendo. Después seleccionó la lata roja de té —no la azul— y vertió el agua a través de las hojas en la tetera. Inspeccionó las tazas y apartó una despostillada, seleccionó una taza y un platito perfectos. El servicio de té era de esmalte alveolado, una reliquia familiar. Precioso. Quedaban muy pocos tesoros.

Lucille se acercó a su hermano, con la cercanía que su esposa guardaría, y él no se hizo a un lado. Distraído, quizá, mientras ella preparaba la bandeja para que la subiera a Edith. O quizá... culpable.

Perseguido.

—En cuanto firme los documentos finales, desaparecerá. Entretanto, no cometes otro error —Lucille advirtió.

Con aspecto afligido pero sin decir nada, él guardó la lata de té rojo y levantó la bandeja.

*

Si bien Edith nunca habría creído que sería posible, empezaba a calentarse dentro de la tina de patas de león. La habían limpiado a conciencia y había añadido un puñado de sales de baño finas que había empacado en su ajuar. El aroma a rosas le trajo recuerdos vagos de su boda. Durante la ceremonia se había conducido como sonámbula, desearía poder recordar más. Aún había estado conmocionada.

El viento soplaba del otro lado de las ventanas, rugía con fuerza; en lo alto, los cristales emplomados de la ventana redonda temblaban. Edith se hundió un poco más en la tina.

Le pareció escuchar un ruido, un susurro tal vez, ¿o era el llanto de alguien?

Intentó escuchar pese al repentino martilleo de su corazón. Lucille estaba en lo cierto, debía controlar su imaginación. Se recargó e intentó relajarse en el vapor. Pero no podía dejar de repasar el episodio con el elevador. *Era* una casa enorme y Edith no había estado en el vestíbulo cuando llegaron. Era probable que alguien entrara mientras Finlay descargaba el carruaje. Si bien no había otras casas a kilómetros a la redonda y el pueblo estaba lejos, pudo haber sido algún sirviente insatisfecho o alguien más... Thomas y Lucille no se habían mostrado para nada curiosos ante la posible presencia de un intruso.

Han vivido aquí toda su vida, se recordó.

Se percató de un crujido en la habitación. Se sobresaltó y escuchó.

—¿Thomas? —llamó, le había prometido llevarle té.

El perrito entró trotando y se acercó al borde de la tina con la pelota de goma en la boca.

—Ahora no —Edith murmuró.

Sin embargo, el cachorro adorable gimió y movió la cola insistente. Edith sonrió, entendía por qué esa cosita valiente había sobrevivido en el páramo.

—Está bien —extendió la mano, el aire era vigorizante, y tomó la pelota—. ¡Ve por ella! —lanzó la pelota y el perro salió disparado del baño y se internó en la penumbra.

Edith creyó escuchar un susurró de nuevo. Sin embargo, Thomas aún no aparecía. Quizá no la había escuchado llamarlo. Aún tenían que... *familiarizarse*. Ni siquiera la había visto en bata. Los misterios del lecho matrimonial perduraban. Sin embargo, ahora, en su casa... tal vez estaba poniendo una botella de agua caliente en las sábanas y atizando el fuego. La conmovió que un barón desempeñara labores domésticas. No duraría mucho tiempo. Tan pronto pudiera transferir sus fondos, los Sharpe vivirían como alguna vez lo habían hecho, de manera señorial.

El perro regresó victorioso, mordiendo la pelota con su quijada miniatura y una vez más, dejó el premio en la base de la tina.

—*Shh*, silencio —le ordenó, atenta a la llegada de Thomas. Se preguntó qué hacer. No había llevado toda su ropa de dormir al baño, había asumido que podría entrar a la habitación para arreglarse un poco y estar más presentable. O no, si Thomas tenía en mente...

El perro ladró y golpeó sus uñas en el piso, impaciente.

—Está bien, ve por ella —lanzó la pelota otra vez. El cachorro salió volando como un rayo y pronto reapareció con la pelota en la boca, ladrando, aún más emocionado.

Volvió a lanzar la pelota y el cachorro fue por ella *de nuevo*. Esperó, con un oído atento a los sonidos de la habitación. Aún percibía la presencia de alguien. Dios santo, ¿sería Finlay? Si era el único empleado, podría estar desempacando su ropa. La idea la avergonzó. Tenía que hacer algo, pero primero tomaría al perro y lo llevaría con ella. No había modo de saber qué partes de la casa eran inseguras, como Lucille

había dicho. No quería que el cachorro se cayera por una sección irregular del piso o se perdiera en un laberinto de habitaciones abarrotadas.

Transcurrieron los segundos y el perro no regresaba. Probablemente había pasado un minuto completo. Empezó a sentirse ansiosa. Se levantó a medias del agua, segura de que alguien estaba en la habitación. Alguien que a esas alturas debía haber anunciado su presencia.

Qué raro, esto no está bien.

Recordó a la mujer del elevador y le dio escalofrío en todo el cuerpo, incluso sumergida dentro del agua hirviendo. Por fin el perro volvió trotando al baño. Solo que en esta ocasión no llevaba su juguete. Se sentó, esperando que lo elogiaran.

—¿Perrito? Vamos, bobo. ¿En dónde está la pelota? —lo provocó. El cachorro se limitó a mirarla contento.

Escuchó un *golpe*.

Y la pelota volvió rebotando.

Por su cuenta.

*

Observaba.

Una silueta delgada se movía en la habitación, en las sombras era imprecisa. Siniestra, fantasmal, se desplazaba con torpeza, los brazos largos y esqueléticos tanteaban el aire como un mendigo ciego, sus movimientos, espectrales y desarticulados. Tambaleante, encorvada de manera poco natural, como si este tiempo y espacio no fueran su tiempo ni su espacio.

En su inocencia, la novia se levantó como Venus de la tina y alcanzó sus lentes. Temblaba, por tanto, sus movimientos eran torpes. Tiró los lentes. Retumbaron en el piso duro, pero por suerte no se rompieron.

La figura se sacudía en la habitación. Atraída por el sonido, se asomó en la esquina, casi tímida, y abrió la puerta corrediza.

¿Se verían?

La novia consiguió recuperar sus lentes mojados y empañados y los colocó detrás de sus orejas. Cuando la condensación se hubo dispersado, salió de la tina y se envolvió en una bata.

Escondida, la figura la miró acercarse y se acuclilló.

En todo caso ella la vería.

Pero ¿por qué? Otros no la habían visto.

No la veían.

La figura salió deslizándose.

La novia entró a la habitación y no vio a nadie, hasta que su esposo entró con una

bandeja.

—Lucille te preparó té —le comunicó con una sonrisa. Después la miró fijamente—. ¿Te encuentras bien? Estás muy pálida.

No le dijo. No se lo confió. Si bien lo amaba, no lo conocía tan bien. Aún tenía mucho que demostrar.

Mucho qué descubrir.

*

Avanzaba a rastras, avanzaba a rastras, avanzaba a rastras.

Bañadas en la luz azul de medianoche, las hojas se dispersaron en los pisos de las galerías; las cortinas se movieron. Rechinidos y gemidos, reflejos y sombras.

En la nieve, en el páramo, Allerdale Hall se erigía sola contra las montañas, albergaba oscuridad en su interior.

*

Edith estaba aliviada y feliz de estar acurrucada en la cama con Thomas, quien preocupado por ella, avivaba el fuego, le servía y le llevaba el té en una taza preciosa que reflejaba los objetos exquisitos y los tiempos mejores que los Sharpe habían vivido. Edith le dio un trago y lo encontró amargo. Thomas levantó una ceja al ver su gesto y ella se sintió avergonzada por decepcionarlo.

—¿No te gusta? —preguntó.

—¿Qué es? —en Londres nunca habían probado nada así.

—Bayas de Pyracantha, te caerá muy bien.

—Sabe un poco amargo —confesó. Su cara adquirió aquella expresión poseída, triste, que parecía asentarse en ocasiones extrañas, muchas veces, cuando debía estar más contento. Edith desconocía qué le causaba melancolía, pero se prometió borrarla de su cara para siempre. Lo haría tan inmensamente feliz que él olvidaría lo que fuera que ensombrecía su espíritu.

—Me temo que en estas tierras no crece nada dulce, Edith. Necesitas una porción de amargura para no ser devorado. Para sobrevivir.

Era muy raro, las palabras que pronunciaba contrastaban con el tono en que las decía. La asustó un poco, le recordó lo que había dicho Lucille en el parque Delaware cuando había recolectado mariposas para alimentar su capullo. Que lo único que tenían eran insectos que prosperaban en el frío y la oscuridad. Palomillas. ¿También moscas invernales? Las crías de las moscas eran larvas. ¿Así que Cumbria producía

palomillas, larvas, bayas amargas y arcilla de un rojo sangriento?

¿A qué lugar había llegado?

A modo de respuesta, un gemido discreto y agonizante invadió la habitación. Se propagó de inmediato de un extremo al otro de la habitación, le erizó los vellos de la nuca. Edith se asustó tanto que al aferrarse a su esposo, casi tira su taza.

—¿Qué es eso? —gritó.

—Cuando el viento del este se levanta, las chimeneas forman un vacío y, con las ventanas cerradas, la casa —contrajo los músculos de la cara, como avergonzado—, bueno, la casa *respira*. Es espantoso, lo sé.

Se estremeció. Era *espantoso*. Era demasiado para ella. El sonido era abominable, pero sus implicaciones eran demasiado extrañas. Una casa que respiraba, qué horror, sobre todo para un niño. ¿Cómo lo había soportado de niño?

—¿Se puede hacer algo? —preguntó esperanzada. Estaba segura de que si a ella le molestaba tanto, Thomas podría repararla, lo haría. ¿Y qué había de sus propios hijos? ¿Recibirían esa bendición una vez consumado su matrimonio?

—Nada —respondió—. De niño lloraba cada que lo escuchaba. Aprenderás a ignorarlo.

De modo que *sí* lo había asustado de niño. Concluyó que no le alegraba estar de vuelta en casa y eso la entristeció. Como su esposa, la labor de su vida era traerle alegría. Él la había sacado del abismo cuando su padre murió. Haría todo lo posible por alejarlo de aquel lugar oscuro y solitario en el que ella se había encontrado.

El ruido infernal cesó y se acurrucaron de nuevo. Ella se tomó el té amargo y él colocó una caja de madera de buen tamaño frente a ella con un gesto inesperado. Miró la caja y luego a él, alegre de verlo sonreír de nuevo. Era como si el sol se filtrara a través de las nubes, la reconfortó.

—Pero por favor, ¿qué es esto? —preguntó.

A él se le marcaban hoyuelos al sonreír.

—¡Ah! Es una sorpresa, me esforcé por encontrar el regalo de bodas adecuado.

Su consideración la conmovió. La boda había sido precipitada y él no tenía muchos recursos. Había comprado un atuendo de luto hermoso para el funeral de su padre, insistió en que no soportaría la humillación de que ella tuviera que comprárselo por caridad. Y de algún modo había costado comprarle un regalo de bodas.

La caja tenía una placa grabada con las iniciales E. S. ¿Cómo había conseguido eso con tal prontitud?

—Edith Sharpe —aclaró, sin que fuera necesario. Por supuesto que ya había practicado escribir sus nuevas iniciales, como cualquier joven colegiala haría al aceptar a un pretendiente. Esto también le agradaba y permaneció sentada un momento, saboreando el sonido de su nombre en sus labios.

Abrió la caja y cuando vio el contenido se quedó sin habla: se trataba de una máquina de escribir sólida. De inmediato la invadió el recuerdo de su primer

encuentro y se sintió sofocada por la emoción. Lo abrazó; él la apartó para mirarla muy de cerca. Thomas aparentaba alegría y al mismo tiempo... ¿arrepentimiento? Ah, sí, él también parecía recordar su primer encuentro. Había sido en la oficina de su papá, ella mecanografiaba su manuscrito y él había asegurado que era muy bueno. Después él y su padre habían peleado. Su pobre padre, bajo tierra, con su madre.

Mi madre, quien después de muerta se paseaba por los pasillos de nuestra casa. Quien me advirtió que tuviera cuidado con la Cumbre Escarlata. ¿Era ella? ¿Qué fue lo que vi?

Contuvo las lágrimas, pero una vez en sus brazos, lloró suavemente debido a su bondad. Estaba a salvo, protegida. Thomas cerró los ojos y Edith se dejó caer en la cama con él. Ahora, ahora sucedería. Tenía un poco de miedo, pero se empezó a apoderar de ella la pasión y el amor más tierno hacia aquel hombre.

Sus besos eran vacilantes. Aún se mostraba reticente. Quería decirle que lo deseaba, aunque quizás ese no era el momento. Su momento aún no llegaba.

—Ha sido un viaje agotador, será mejor que descanses —murmuró.

Thomas se puso de pie y la apartó con firmeza. Tal vez pensaba que era lo mejor para ella y Edith era demasiado tímida como para contradecirlo. No sabía mucho sobre esos temas, no había tenido una madre con quien hablar sobre asuntos maritales y no le encontraba mucho sentido a lo que las demás muchachas decían. Una vez, Eunice se había robado un libro de una pila que había encontrado en un baúl cerrado con llave en el ático de los McMichael y le había leído fragmentos a un grupo nervioso de jovencitas que había incluido a Edith. Describía sobre todo azotes y latigazos. Edith había afirmado con absoluta certeza que esos actos no eran normales entre los matrimonios. Había sido tan vehemente que Eunice había hecho a un lado el libro y le había dicho: «Entonces cuéntanos todo al respecto, Edith, ya que sabes tanto. Cuéntanos una historia que comience: “Érase una vez, una virgen nerviosa que se casó con el lord fantasmal de un castillo embrujado”».

Aquí estaba, a más de un mes de casada y lo único que sabía era que cuando Thomas se acercaba, cuando la tocaba, Edith sentía calor y deseo y quería descubrir todo.

—Me daré un baño. Termínate tu té. Si te quedas dormida, querida, no te despertaré.

A lo que casi responde: *Pero quiero que me despiertes, te quiero a ti.*

Sin embargo, cuando Thomas la miró una vez más, Edith ya había empezado a cerrar los ojos.

CAPÍTULO DOCE



MEDIANOCHE

Observaba. La hermana espiaba su habitación por el ojo de la cerradura. Veía a su hermano negarse a cumplir sus deberes como marido. Sonrió y se apartó.

Observaba el aliento de la casa dispersar las hojas secas que entraban de fuera. Las paredes sangraban de las fisuras en el papel tapiz. ¿Heridas de puñaladas o una hoja de afeitar que cortaba despacio una vena? Las palomillas salían y las larvas se alimentaban.

La cima de la casa se pudría y la noche envolvía la luna con sus alas, dejando rastros de filigranas en los pisos. En el ático, las palomillas bailaban porque hacía frío, porque estaba oscuro. Porque tenían hambre.

Por la mariposa.



El reloj marcó la medianoche. Edith dio vueltas en las sábanas azules de elegancia desgastada.

Otro ruido y abrió un ojo. Alguien sollozaba de nuevo. Esta vez era seguro. Volteó la cabeza hacia el lado de Thomas, pero no estaba.

Escuchó más sollozos y susurros frágiles. Recorrió la habitación con la mirada. La habitación se sentía ajetreada, percibió siluetas e intentó dilucidar qué eran, veía caras y manos por todas partes; aseguró que solo se trataba de sillas, su nueva

máquina de escribir, las pinzas de la chimenea y el servicio del té. Pero agua helada le corrió por las venas cuando el recuerdo del fantasma de cara negra en la mansión Cushing se filtró en su conciencia, exigía que lo dejara entrar. Se negó, no pensaría en él, sin embargo, su subconsciente exploró el terror profundo e incontenible que nunca la había abandonado desde aquella noche en su habitación. Solo había estado inactivo, esperando resurgir.

—¿Thomas? —lo llamó. Tal vez era él quien lloraba. Lo escuchó con claridad, sí, era llanto. Recordó que desde que habían llegado a Allerdale Hall, por momentos, Thomas había parecido estar triste. Un británico —un barón de sangre azul— no podría mostrar tal debilidad frente a su mujer, así que desde luego, se ocultaría.

Después escuchó pasos y la puerta de la habitación se abrió despacio.

Edith se puso de pie. No había nadie. Razonó que la puerta floja era otra prueba más de la decadencia de la casa; la cerró.

Se volvió a abrir produciendo un rechinido largo y pausado. Sintió escalofrío y dio un paso atrás. Después se armó de valor y salió al pasillo. Su perrito, que había estado durmiendo cerca de la chimenea, la siguió. Recordó la pelotita roja del cachorro, los sonidos que salían de la habitación cuando se dio un baño y a la mujer del elevador.

En una casa que respiraba.

*

Observaba.

Con un candelabro en mano, la novia salió al pasillo con el perro que debía haber muerto, paseando a su lado. ¿En qué momento la curiosidad se convertía en terror? Era una pregunta que esperaba respuesta, pese a que se la había planteado cientos de veces dentro de las paredes de Allerdale Hall.

El piso estaba frío como una cripta, los tablones y mosaicos helados como ataúdes de piedra. Los retratos miraban fijamente. Las estatuas no se movían hasta que uno veía a otro lado. Y después... ¿había sido solo la luz?

Las polillas aleteaban, aleteaban y bajaban en picada. Hambrientas.

Delante de la novia, una sombra dio vuelta en una esquina. Arrastrándose, cojeando. Conocía el terreno. No siempre lo había hecho. Sin embargo, había un motivo por el que caminaba de modo tan raro. Tal vez la novia lo descubriría esta noche.

Pero no, se la perdió. No la vio.

¿O acaso *no podía*?

Siguió avanzando. Con su cabello largo y trenzado y su bata blanca, parecía un fantasma. Como si perteneciera a Allerdale Hall. O lo haría pronto.

¡Pum! Se azotó una puerta.

La novia saltó y reprimió un grito. Permaneció inmóvil para intentar ubicar la fuente, para darle sentido. A lo mejor pensaba que su esposo debió haber cerrado esa puerta. Aunque no lo llamó por su nombre. El miedo la mantenía en silencio. No quería llamar la atención.

La curiosidad se convertía en miedo.

O quizá seguía pensando que su puerta se había abierto porque la madera se estaba pudriendo y las bisagras estaban oxidadas, porque como el elevador, la humedad y los años descomponían las cosas. Rechinidos y gemidos, cortinas, nieve, una casa que respiraba. Había ratas.

La luz de la luna se filtraba por las ventanas. Abrió una puerta en el pasillo. La luz de su vela parpadeó al cruzar la puerta. Había muebles cubiertos con sábanas y en una chimenea había una pila de cenizas. En la repisa de la chimenea había un candelabro envuelto en telarañas densas y dos copas de cristal frente a un jarrón de rosas secas.

Cerró la puerta e intentó la siguiente. Una estatua de mármol blanco sin rostro sostenía un cráneo humano, tal vez reflexionaba sobre los misterios del descanso eterno. En la base de la estatua sobresalían letras talladas en relieve, algunas ocultas por manchas rojas grumosas: QUER ESPA. *Querida esposa*. Sin duda un monumento funerario. Quizá se preguntaba si habían movido algunos de los cuerpos del lote familiar debido a la actividad minera. Era evidente que la estatua la inquietó pues cerró esa puerta con más fuerza.

Abrió la siguiente puerta. La habitación estaba completamente vacía, salvo por el piso sucio de hojas y excremento de ratas. La cuarta habitación también.

La observaba abrir cada puerta en el pasillo. La novia era estricta. El perro se retiró, tal vez aburrido, pero la novia prosiguió, el pelo y la bata le volaban debido a los suspiros de Allerdale Hall. Debía tener los pies helados. Casi distinguía su aliento en el frío estigio.

Llegó a la última puerta. De pie frente a ella, reaccionó ante los arañazos y gemidos desesperados.

Provenían del otro lado de la puerta.

—Perro tonto —lo reprendió con voz temblorosa. Se esforzaba por ser valiente—. ¿Cómo te quedaste encerrado?

Estiró la mano y la colocó en la perilla, jaló la puerta...

... detrás suyo, el perrito ladró. Se asustó y volteó a mirarlo...

... detrás de la puerta, un clóset de blancos, no era una habitación; encerraba algo, algo, *algo carmesí*...

... gemía; gemía y rasgaba sin cesar.

Por supuesto que aquello veía, por supuesto que aquello sabía qué era:

Los ojos en blanco, mandíbula repiqueteando, miedo escarlata, la figura de una mujer color carmín, rasguñando con dedos de hueso. Un rastro de sangre fresca y

brillante flotaba hacia arriba, hacia la parte superior del clóset, desafiaba el espacio así como aquella aparición monstruosa desafiaba el tiempo.

Quería, necesitaba ser vista; ansiaba que ella dejara de ver al perro y volteara. Sin embargo, no lo hizo. No vio.

La puerta se cerró de un portazo.

Eso llamó la atención de la novia. Se quedó mirando la puerta y por una fracción de segundo, la aparición estuvo segura de que saldría corriendo a su habitación y se metería en las cobijas. Otros lo harían.

Otros *lo habían hecho*.

Respiró profundo y se armó de valor. ¡Excelente adversaria!

Hasta que por fin abrió la puerta de par en par.

El clóset de blancos carecía de sábanas y fundas de almohada —¿cuántas necesitaban dos personas si las sábanas de Allerdale Hall podían venderse por suficientes peniques para comprar un par de cubetas de carbón?—, solo contenía una caja. La historia de cómo había terminado ahí era muy interesante, pero sería mejor contarla otra noche.

La novia examinó los objetos en la caja y murmuró: «cilindros de cera». Era una criatura del nuevo mundo, sin duda sabía que contenían grabaciones, quizá de música.

O de algo más.

Estiró la espalda cuando volvió a escuchar sollozos. Dejó los cilindros en el clóset y volvió al pasillo, regresó por la misma dirección por la que había ido.

Eso la miró mientras ella miraba.

Del piso salió un espectro escarlata, un retornado grotesco, apareció despacio y con esfuerzo, rezumaba su esencia por el piso: primero la espina dorsal, parecía un chicloso, después la nuca, al mismo tiempo, un brazo salía como de un fango viscoso y pegajoso. Huesos rojos se estiraban y adoptaban formas antinaturales, extrañas y articulaciones imprecisas; la mano dio un manotazo como para apoyarse. Cada una de sus partes era roja; el segundo brazo se levantó para desenterrarse. La novia miró, paralizada, aterrorizada y el espectro empezó a arrastrarse hacia ella. Sin rostro, de prisa. Implacable, iba hacia ella, por ella.

Se acercaba.

Salió corriendo. El perrito que debía estar muerto entró corriendo al elevador y ella lo siguió. Con manos temblorosas giró la llave y empujó la palanca.

La cosa se acercaba.

Observaba.

El elevador no se movió.

—¡Abajo! ¡Maldita sea! ¡Abajo! —la novia ordenó al elevador. No suplicó: tomó nota.

El elevador se quedó inmóvil como cómplice de su destrucción. Estaba atrapada.

El terror carmesí se arrastraba hacia ella, una mano sobre otra mano y otra mano.

Casi llegaba.

De repente la jaula se sacudió, se balanceó y comenzó a descender despacio.

Cargó al perro; se agitó en sus brazos como si lo estrangulara. Pasaron la segunda planta, después la primera; se internaron en la oscuridad del sótano y después, en los muros cavernosos. El elevador se detuvo a medio metro del piso con una ligera sacudida.

La novia bajó al perro histérico e intentó mover la palanca con las manos temblorosas, pero el elevador no se movió ni medio centímetro.

En esta casa las cosas tienen vida propia.

Por lo menos algunas.

La novia se esforzó por recuperar el aliento y la cordura, era fácil leer su expresión: ¿Esa cosa bajaría hasta acá? ¿Qué era? ¿Qué había visto?

Goteaba sangre hacia arriba, como la materialización en el clóset de blancos, porque el fantasma existía en el tiempo, de forma irracional. Era un cazador de la oscuridad, provenía de un lugar en donde los ángulos no se encontraban y las leyes naturales no funcionaban.

*

Edith se obligó a continuar, el sonido del agua goteando producía eco en las tinieblas. A tientas, sacó las manos por las rejas y encontró un interruptor. Le dio la vuelta a la perilla y un puñado de focos color sepia alumbraron con una luz tenue. Con miedo, miró hacia arriba y salió del elevador al piso de barro.

¿Vi eso? ¿Lo vi?

Las vías para los carros empleados en la minería ascendían para internarse en un túnel. Sintió una corriente. Arcilla roja como la sangre se filtraba por las paredes, cubría grandes porciones del espacio cavernoso. Seis contenedores enormes descansaban en el piso de mosaico, tres en cada lado de un hoyo encharcado con arcilla escarlata. Más adelante, había un revoltijo de equipaje y una pila de ropa y zapatos de mujer, cajas de papeles y un robusto baúl de viaje.

Inspeccionó la ropa de forma superficial, después se dirigió al baúl. La placa de latón en la cerradura leía «ENOLA». Las iniciales en el baúl leían: E. S.

Sus iniciales.

Intentó abrir la cerradura. Hacía falta una llave que por supuesto no tenía. Bajo sus pies se movieron varias piedras; levantó una de ellas y encontró dijes de oro de mujer: cadenas, un broche, un reloj de dama; debajo de otra piedra halló huesos de animales, ¿conejos?, ¿perros?

¿Qué significaba? Casi había llegado a su límite para asimilar información. Siguió mirando hacia al techo y luego al elevador. Temblaba de la cabeza a los pies...

Tap tap tap.

Edith se sacudió. ¡La había seguido! ¡Estaba ahí!

Tap tap tap.

Estaba en la caverna. Temblando, recorrió la cueva con la mirada, escuchando con atención, el perrito se escabullía pegado al piso. La mente de Edith iba a toda velocidad, trabajaba en dos partes, una mitad repasaba con obsesión lo que había sucedido arriba, la otra se enfocaba en el ruido. Intentaba darle sentido, se esforzaba por *entender*. Era un derviche de confusión y miedo.

¿Quién estaba ahí? ¿Qué sucedía? ¿Por qué aquel esperpento...?

Se quedó petrificada. Había identificado de dónde procedía el golpeteo.

De *dentro* de uno de los contenedores.

De un contenedor cerrado.

Había algo ahí dentro que intentaba salir.

En pánico, Edith salió corriendo.

*

Mientras observaba.

CAPÍTULO TRECE



BÚFALO, NUEVA YORK

¿Por qué accedí a hacer esto? Cuando los trabajadores robustos cargaron la carreta estacionada fuera de la mansión Cushing con otro contenedor, el nudo en el pecho de Alan se convirtió en un puño. Libros, instrumentos de ingeniería, incluso la entrañable biblioteca de la infancia de Edith se estaba subastando. Era como si Edith quisiera borrar su existencia entera en Búfalo. Sin duda, en gran parte esta era trágica debido a las muertes horripilantes de sus dos padres. Si bien Alan había abandonado toda esperanza de que algún día se casaran, quería pensar que ella tenía *algunos* recuerdos alegres de sus años como confidentes y amigos. ¿Le resultaba tan fácil sacarlo de su mente? Él nunca la olvidaría, jamás.

Se acercó a las cajas que contenían sus libros y sacudió la cabeza. Tomó un artículo de papelería, emitió un pagaré por una cantidad considerable y en otro papel escribió: VENDIDO AL DOCTOR ALAN MCMICHAEL, NO EMPACAR. Con el tiempo, Edith se arrepentiría de haberse desprendido de esos libros. Dios mediante, tendría hijos propios. La imaginaba sentada en la guardería —la de Allerdale Hall debía ser un encanto— leyéndole cuentos de hadas a una pequeña cautivada y a un niño soñador.

Deseaba con todo su ser que esos niños fueran suyos, pero como diría su madre: soñar no cuesta nada.

El señor Ferguson, el abogado de la familia Cushing, lo miró con seriedad e interés. Cuando vio el letrero de «vendido», asintió con la cabeza en señal de aprobación. Era natural que el hombre hubiera sido el encargado de cerrar la casa. También había ejecutado el testamento de Carter Cushing. Edith, su única heredera, se había convertido en una mujer muy adinerada. Alan se había ofrecido a revisar las

pertenencias de los Cushing; gracias a su historia íntima y remota con la familia, podía ayudar a catalogar y ponerle precio a los objetos.

—Pasé buena parte de mi infancia en esta casa —dijo Alan, mirándolo—. En aquel entonces nuestras familias eran muy cercanas.

Ferguson suspiró, estaba igual de afligido que él.

—Es una pena. Liquidar todo esto. Tan rápido. Tan pronto.

Alan ladeó la cabeza.

—Demasiado rápido, ¿no le parece?

Pero Ferguson era un empleado muy discreto. Respondió con neutralidad:

—En realidad es cuestión de perspectiva.

Alan se dirigió al escritorio de Cushing y comenzó a transferir los contenidos de sus cajones a una caja. Encontró la chequera de Cushing.

Y en el registro se percató de que el último cheque que había emitido antes de su muerte había sido para Thomas Sharpe, barón, y por una suma cuantiosa. Verificó la fecha de emisión del cheque: 11 de octubre; sintió escalofrío.

Un día antes de que Cushing muriera.

O lo asesinaran, consideró; era una sospecha terrible que tenía en mente.

Se disculpó con Ferguson, salió de la mansión y condujo hasta el club de Cushing. Fue sencillo entrar a los vestidores —era conocido del secretario del club— para examinar el escenario de la muerte de Cushing. Habían instalado un lavabo nuevo. Lo estudió, después el piso; intentaba reconstruir cómo era posible que una simple caída le hubiera causado esas heridas tan graves. Incluso si se hubiera golpeado directamente con la porcelana, el ángulo no era el correcto. Si bien Alan había intentado explicárselo al forense, el hombre se había sentido insultado y había actuado a la defensiva. Y es muy difícil conseguir que un hombre razone con esa actitud.

Debí haber logrado que Edith me escuchara, él se reprendió a sí mismo. *No quise presionarla*. Sharpe había enloquecido su cabeza y... capturado su corazón. En duelo ella era vulnerable. En el cementerio ella se estremecía bajo el brazo de Sharpe — más parecida a una mariposa moribunda pinchada a un tablón, que a una desconsolada mujer protegida por su amado.

Esto está mal, todo esto, pensó.

Salió del club consternado.

*

Un piano.

Una canción de cuna.

En esos momentos vagos entre el sueño y el despertar, Edith se imaginó en su

guardería; su madre, hermosa, tocaba para dormir a su hija activa. *Duerme, hija mía, y que la paz te acompañe toda la noche.*

Después abrió los ojos y vio la cabeza de Thomas en la almohada a su lado. Su primer impulso fue despertarlo para contarle lo que había sucedido... ¿pero *qué* había sucedido? Thomas había descartado su aseveración de que había visto a una mujer en el elevador. ¿Qué le diría si le contara que un esqueleto deforme y cubierto de sangre había brotado del piso en la segunda planta de su casa? No tenía pruebas... aunque podía mostrarle el baúl en la mina de arcilla.

Salvo que era probable que ya supiera de su existencia. ¿Qué había del golpeo en el contenedor?

Una vez más... no tenía pruebas.

Tal vez estaba soñando. Tal vez estoy enloqueciendo. Quizá había tenido fiebre; se tocó la frente. Su piel estaba húmeda y pegajosa. Tampoco se sentía muy bien. Quizá la cena le había sentado mal. Sabía que a Lucille no la habían criado para cocinar y que ambos estiraban hasta el último centavo para cubrir los gastos de comida. Quizá la carne se había echado a perder. Aunque los Sharpe parecían bien.

Soy una Sharpe. Soy Lady Sharpe.

Quizás había bebido demasiado vino, entonces; habían abierto dos botellas para celebrar su matrimonio y después habían seguido con brandy. Edith no estaba habituada a las bebidas alcohólicas; en ese sentido, su padre había sido conservador y como su anfitriona, había seguido su ejemplo.

Thomas dormía tranquilo, no quería molestarlo con sus extravagancias. Había estado leyendo su novela y le había confesado que lo había atemorizado; entonces era de esperarse que la autora de dicha pieza estuviera igual de afectada. A la primera luz de la mañana, comenzó a dudar de sí misma. En el desarrollo frenético de los hechos recientes había olvidado enviar su manuscrito a *The Atlantic Monthly* y ahora se alegraba de no haberlo hecho. La historia aún no terminaba.

Le quedaba más de lo que imaginaba, aseguró. Falta de sueño, nervios, las sombras de la casa: no había podido ver lo que creyó ver. Una aversión... ese golpeo.

El piano siguió tocando. Luz radiante se filtraba por las ventanas, arrojaba rayos de sol y revelaba una mañana en duermevela. Sin duda sería tarde. El estómago le gruñó; sintió un calambre y decidió levantarse. Se puso su bata y salió de la habitación. El perrito se quedó con Thomas.

Siguió las notas hasta bajar las escaleras, entró a una habitación espaciosa llena de libros y vitrinas de curiosidades. Al centro, Lucille tocaba en un piano de cola antiguo. Óleos la miraban desde las paredes. Debajo del escudo de armas de los Sharpe sobre la chimenea, una inscripción en latín leía: *Ad montes oculos levavi.*

—A las colinas levantamos la vista —dijo Lucille sin dejar de tocar.

Edith hizo una mueca a modo de disculpa:

—Cuánto lo siento, te interrumpí. Quería...

—Todo lo contrario —respondió Lucille—. ¿Te desperté?

Edith se masajeó la sien y confesó:

—Dormí poco...

—¿Sí? ¿Por qué?

Decidió que tampoco le revelaría las visiones de anoche a Lucille, si en efecto había percibido dichas visiones...

... *Quizá mi madre haya golpeado dentro de su ataúd. Quizá en esta casa los espejos no se cubrieron con crepé negro después de fallecimientos.*

Estos pensamientos llegaron de manera espontánea y la desconcertaron. Eran evidencia de una imaginación febril. La frente y el labio superior se le cubrieron de gotas de sudor.

Lucille aún esperaba una respuesta.

—Aún estoy exhausta —lo cual no tenía ningún sentido. Quien estuviera exhausto, dormiría sin problemas, ¿no es así? Lo mejor sería cambiar de tema—. Esa pieza musical, ¿qué es?

—Una antigua canción de cuna —respondió Lucille—, solía cantársela a Thomas cuando éramos niños.

Era un tema de conversación más alegre.

—Los imagino aquí en su infancia, tú jugando mientras Thomas se ocupaba con sus inventos.

Lucille levantó la barbilla y la miró con los párpados caídos. Su expresión se tornó distante.

—No nos permitían estar aquí de niños, estábamos confinados a nuestra guardería, en el ático.

Permaneció un momento en ese otro lugar, viendo cosas inaccesibles para Edith. Presintió que Lucille se aferraba a recuerdos preciados que no quería compartir. Había imaginado que las dos reirían de las historias del niño travieso que había sido Thomas, que establecerían vínculos familiares e históricos. Sin embargo, hasta ahora, Lucille había protegido todos sus recuerdos con la misma fuerza con la que había resguardado las llaves de su casa y Edith se sentía excluida.

Lucille continuó:

—Madre pidió que trajeran este piano de Leipzig. A veces lo tocaba. La escuchábamos a través del piso —se tragó otro sentimiento—. Así sabíamos que estaba en el país.

Le pareció muy triste. ¿Acaso una madre no acudiría corriendo a sus hijos, con los brazos abiertos, para abrazarlos? Tal vez tocar era su forma especial de anunciar su regreso, como un código secreto entre los tres. En el caso de su madre, al tocar el piano le había transmitido una especie de código: *No temas, estoy aquí.*

Edith le tuvo compasión a Lucille. Era obvio que sería posesiva con Thomas. Solo se habían tenido el uno al otro. Debía ser difícil hacerse a un lado. Edith esperaba mucho demasiado pronto.

Lucille hizo un gesto para mostrarle la pintura de una mujer mayor que no sonreía, con la piel curtida estirada sobre un rostro delgado parecido a un cráneo. Tenía la mirada más fría que Edith había visto jamás y la boca dibujaba una línea severa y molesta. Al mirarla, Lucille estuvo a punto de flaquear, pero se recuperó.

—Madre.

Edith estaba atónita. La mujer parecía más una abuela o una tía solterona. Thomas le había contado que su madre había fallecido cuando este tenía doce años, casi la misma edad que ella había tenido cuando su propia madre había muerto. Y su madre había sido joven y bella.

Hasta el cólera. Ahora sé qué aspecto había tenido al morir. La vi.

Y también vi algo anoche.

Por fin. Lo había dicho. Lo había admitido.

—Se ve... —Edith se arriesgó a opinar, aunque no tenía idea de cómo terminar la frase cortésmente.

—¿Horrible? —Lucille preguntó con rencor—. Sí, el parecido es asombroso.

Edith se acercó a la pintura y leyó una pequeña etiqueta de latón en el marco: *Lady Beatrice Sharpe*. En seguida identificó un enorme anillo granate en el dedo anular de la mano izquierda y marchita del retrato. Era el anillo de compromiso que Thomas le había regalado. Ahora lucía en su mano. Lo miró. Sí. Era el mismo anillo. La inquietó.

—Thomas quería que lo retiráramos, pero no quise —dijo Lucille—. Me gusta pensar que nos observa desde lo alto. No quiero que se pierda nada de lo que hacemos.

¿Acaso sonreía? Lucille le sonrió a la pintura como si ella y la mujer de aspecto funesto compartieran un chiste privado.

—Creo que esta es mi habitación favorita en la casa —Edith comentó; aunque quería cambiar de tema, también era cierto.

—La mía también —Lucille apenas sonrió, pero era una sonrisa más cálida que la que le había dedicado al retrato de su mamá—. He leído todos los libros que he encontrado. Sobre todo los de entomología.

—Insectos —Edith concluyó.

—Insectos, sí. Jean Henri Fabre. No hay nada azaroso sobre los insectos. Y lo admiro. Hacen lo que es necesario para asegurar su supervivencia. Incluso su belleza o gracia sirven para preservar su especie.

Por favor, no empieces a hablar de cómo las palomillas se comen a las mariposas.

—¿Todos estos son tus libros? —preguntó de prisa.

—Madre seleccionó la mayoría, los encargó de muy lejos. Verás, no tenía mucha movilidad. Así que requería que el mundo viniera a ella.

Thomas no había mencionado nada de eso, aunque a la hora de hablar de sus padres se había mostrado muy prudente. En ese entonces había asumido que no

deseaba hablar de un tema tan indiscreto a tan poco tiempo del fallecimiento de su padre. Los británicos eran mucho más indirectos que los americanos. Uno debía estar atento a las sutilezas. A Edith no le molestaba. Podía escuchar hablar a Thomas todo el día. Tal vez podía encontrar un modo más discreto de contarle sobre sus experiencias en la casa. Debía lograr que le hablara de las leyendas e historias de fantasmas en torno a la casa, o del pasado de la propiedad. Quién había muerto ahí, cómo y por qué...

Mientras meditaba sobre esto, miró por encima un par de títulos de las docenas o centenas de libros y recordó que había hecho lo mismo en el consultorio oftalmológico de Alan. En varias ocasiones había considerado escribirle a su amigo, aunque no lo había juzgado adecuado. Ahora estaba segura de que había albergado esperanzas, por tanto, era —había sido— rival amoroso de su marido. No sería apropiado mantener correspondencia con tal persona, sin importar el lugar que había tenido en su vida pasada. Sería deshonesto.

Aun así, deseaba que la etiqueta dictara lo contrario...

—*Oratoria del peregrino* —leyó del lomo de uno de los ejemplares.

Lucille casi esboza una sonrisa.

—Suenas muy virtuoso, ¿no lo crees? —hizo una pausa como para conseguir un efecto dramático—. ¿Sabes lo que es una ilustración al canto?

Edith sacudió la cabeza y Lucille tomó el libro.

—Son imágenes ocultas en el canto de un libro, disimuladas con cautela para aparentar ser patrones hasta que doblas las páginas para...

Dobló la punta del libro para que se doblara con lo cual reveló una pintura colorida de una pareja japonesa *in flagranti delicto*, realizándose actos sexuales el uno al otro. Edith se quedó perpleja.

—Vaya, ¿todos los libros son...? —¿Son los que había ordenado la madre de Thomas?

—A estas alturas ya no te sorprenderá. Ahora que Thomas y tú...

Edith sacudió la cabeza. Comenzaba a sentirse cercana a Lucille. Le agradaba poder hablar con una mujer.

—No, no. Se mantuvo muy respetuoso de mi luto. Incluso viajamos en cabinas separadas.

Lucille pareció alegrarse de ello o quizá lo encontraba divertido.

—Qué considerado —respondió pausadamente—. Bueno, querida, con el tiempo todo volverá a la normalidad.

De ser ciertas, eran palabras reconfortantes.

Será mi canción de cuna, Edith consideró y le sonrió a Lucille. Sin embargo, la otra mujer había vuelto a tocar el piano y no la vio sonreír. Edith miró de nuevo el retrato de Lady Beatrice Sharpe y estuvo agradecida de que aquella mujer tan hosca no estuviera viva para ser su suegra, sin importar lo insensible de su pensamiento.

CAPÍTULO CATORCE



MÁS TARDE

Lucille siguió tocando y Edith volvió a su habitación. Se encontró con que Thomas se había vestido y salido. Se asomó por la ventana y lo vio con Finlay y un par de hombres del pueblo en la base de su segadora. Sabía lo que era. Había crecido cerca de aparatos similares. De hecho, en la propiedad había varias máquinas, enormes; el castillete, similar a una grúa, se elevaba por encima de todas. Distinguió la perforadora y la segadora, las cintas transportadoras, una de ellas colocada detrás de un horno cuya función era hornear la arcilla hasta producir ladrillos brillantes como el que Thomas había mostrado en la sala de juntas de su padre. El caos industrial y tosco no correspondía con el jardín de aquella casa antigua. Era una mezcla singular. Sin embargo, las apariencias engañan. El verdadero caos reinaba dentro de la casa. La distribución del equipo era eficiente y lógica y una vez que se extrajeran esquistos de arcilla, los resultados serían extraordinarios.

Thomas era un visionario, un hombre que podía ver lo que otros no. Se recordó que lo amaba, que era su marido y que su deber era protegerla. Acudiría a él. Quizás al preguntarle sobre la historia de la casa —quién había muerto ahí, cómo y por qué— podría comprender sus propias visiones.

Se puso uno de sus vestidos favoritos, uno de terciopelo verde oscuro con aplicaciones color calabaza, y se recogió el pelo. Era una inconveniencia, por decir lo menos, no contar con doncella. Recordó su hogar. Annie ya tenía empleo, como toda la servidumbre de los Cushing. Pronto la residencia de su familia se pondría a la venta con todos sus contenidos.

Me habría gustado conservar mis libros ilustrados, reflexionó. Tal vez podría escribirle al señor Ferguson para detener la venta.

Regresó a la cocina y se encontró con que Lucille había hecho un poco de avena. Edith probó un poco y después comió un pedazo de pan con mermelada mientras preparaba unos sándwiches de pan de centeno algo rancio, jamón frío y queso, y hacía un poco de aquel terrible té amargo de bayas de *Pyracantha*. No se encontraba mejor del estómago y comenzaba a tener dolor de cabeza. Decidida, guardó todo en una canasta y salió.

Copos de nieve caían suavemente del cielo gris plomizo. El aire se sentía frío y vigoroso por lo que sospechó que el té sería muy bien recibido. El perro trotó a su lado con paso enérgico, entraba y salía de las montañas de nieve. Edith observó a Thomas trabajar concentrado en el modelo a escala real de la máquina que había mostrado en Búfalo. Si Papá no hubiera sido tan sobreprotector, sin duda habría financiado el invento.

—Edith, cariño —Thomas la saludó. Intentaba conectar una de las piezas con el resto de la máquina. A juzgar por la expresión de frustración en su rostro, no estaba saliendo bien—. ¿Qué haces aquí?

—Quiero verte. Necesito hablar contigo.

Levantó la mirada para verla. Parecía que Finlay había puesto en marcha el motor. Los dos estaban muy ocupados.

—Desde luego, desde luego.

—No sé por dónde empezar —respiró profundo—. Thomas, ¿ha muerto alguien en esta casa?

Su respuesta fue una sonrisa de incredulidad.

—Por supuesto, querida. ¿Qué clase de pregunta es esa? Esta casa tiene cientos de años de antigüedad. Me atrevería a decir que muchas almas han ido y venido.

—Entiendo —respondió con paciencia—, pero me refiero a muertes específicas. Muertes violentas.

Thomas parpadeó.

—Este no es un buen momento, Edith. Este aparato infernal no arranca. Es un fiasco absoluto. Llevamos toda la tarde intentándolo.

Retomó su tarea. No obstante, no la desanimaría.

—¿Thomas, podemos tomarnos un momento? —le pidió con mayor insistencia—. Te traje algunos sándwiches y un poco de té.

—¿Té? ¿Hiciste té? —hizo una mueca y siguió trabajando. Luego recordó un comentario que Thomas había hecho en Búfalo: que los americanos no tenían idea de cómo hacer una taza de té decente. Tenía que ver con hervir el agua o remojar las hojas el tiempo correcto—. ¿Qué lata utilizaste?

—¿Perdona?

—¿Qué lata utilizaste? —repitió—. ¿La roja o la azul?

—No lo sé. Es lo mismo, ¿no crees? El té es té —salvo si uno es británico, supuso.

—Intenta de nuevo, Finlay —Thomas le pidió a su empleado.

Finlay atizó el fuego en el motor de vapor y giró una válvula. La máquina vibró. Algunos engranes rotaron ligeramente, pero se convulsionó con violencia. Edith recordó las llaves de la tina y pese a su frustración por no poder hablar con él, cruzó los dedos para que aquel estruendo cesara. Thomas se aferró a una válvula con fuerza.

Funciona, funciona, Edith le dijo a la máquina.

El estruendo era diez veces mayor y su esposo no soltaba la válvula. Chorros de agua caliente y vapor comenzaron a salir de las juntas entre las tuberías. Y de la propia válvula. Con valentía, Thomas se aferró a ella intentando mantener la máquina unida con su propia mano. Edith se daba cuenta de que se hacía daño. Sin embargo, la seguía sosteniendo con firmeza. Se le puso la cara roja debido al esfuerzo. De pronto la máquina despidió un géiser de vapor que alcanzó la mano de Thomas, quien gritando, retrocedió de un salto, y se le desfiguró la cara pálida por la agonía.

*

Con la ayuda de Finlay, Edith llevó a Thomas a la cocina. Estaba cubierto en arcilla roja que parecía sangre. Hizo todo lo posible por mantener la calma cuando la sofocaron imágenes de la muerte de su padre. Incluso después de haber retirado la arcilla de su mano derecha, su piel había adquirido un color escarlata radiante debido a las quemaduras.

Como se acostumbraba en muchas residencias británicas en el campo, los Sharpe tenían una alacena de bálsamos y remedios. Con docilidad, Edith le aplicó a su esposo los productos que le procuraron. Recordó que alguna vez Cook le había contado que en Irlanda usaban miel para las quemaduras. También revivió la imagen macabra de las hormigas que se amontonaron en la mariposa durante su paseo en Delaware Park; trató de olvidar aquella imagen.

—Listo —le dijo a su amado paciente cuando hubo terminado de vendarle la mano.

—Mis manos se empiezan a hacer rugosas. A tu padre le gustaría —dijo con pesar. Edith asintió en silencio. ¿Comprendía Thomas la aflicción tan grande que le había causado verlo herido? ¿La ansiedad que le provocaría de ahora en adelante si continuaba trabajando directamente en su invento? Lo notaba tan angustiado que consideró difícil cambiar el tema de conversación para hablar de lo que le interesaba: visiones. Muertes. Fantasmas.

—La máquina nunca funcionará —refunfuñó—. Nunca. ¿Por qué sigo engañándome?

—Deberías tener esperanza —dijo para apoyarlo, pese a sus temores. Creía en él y cuando le faltara confianza en sí mismo, ella debía respaldarlo.

—¿Esperanza? —suspiró—. Edith, la esperanza es el sentimiento más cruel de todos. Procuero mantenerlo a raya.

Así como ignorar aquello que no quieres ver, pensó.

Thomas se sentó a su lado. Como siempre, su cercanía la distrajo pues avivaba una llama particular.

—Pero ahora, algo ha cambiado en mí —la miró—. ¿Por qué te traje aquí? —buscó su rostro—. ¿Por qué te casaste conmigo, querida? ¿Con un fracasado?

—Eres todo lo que tengo —inmersa en su amor por él, lo besó. Sintió su habitual rigidez, respetuoso de su luto, y después... *cedió*. Se rindió. Estaba consiguiendo que hiciera a un lado su cautela.

Thomas se apartó, ansioso de seguir trabajando.

—Los hombres se marchan al caer la noche y la nieve está en nuestra contra —los dos se pusieron de pie y se dispusieron a regresar. Se prometió que esa noche hablaría con él.

Salieron de la cocina y llegaron al vestíbulo.

—Dentro de poco no podremos avanzar. Entonces entenderás por qué a este lugar le llaman la Cumbre Escarlata.

Se quedó helada.

—¿Qué dijiste? —preguntó con firmeza.

—La Cumbre Escarlata —respondió—. Así le llaman. La mena y la arcilla roja suben desde el suelo y manchan la nieve. Adquiere un color rojo brillante. De ahí el nombre: la Cumbre Escarlata.

Edith se quedó petrificada mientras Thomas se retiraba. Se le revolvió el estómago.

Me advirtieron, dos veces, recordó atónita.

Y aquí estoy.

En la Cumbre Escarlata.

*

Vio al hermano separarse de la novia. Después este escuchó un ruido, se detuvo en el vestíbulo y volteó.

Sí, había visto una sombra... y escuchado un ruido... pero no había nadie. Se dio la vuelta y salió.

Nada que *pudiera* ver al menos.

CAPÍTULO QUINCE



BÚFALO, NUEVA YORK

Flores en una tumba, en la nieve. Las pertenencias de los Cushing estaban empacadas, sin embargo, Alan no tenía la sensación de rotundidad.

Alan colocó su ramo al pie del monumento Cushing, se preguntó si los muertos descansan en paz. Ni siquiera una muerte serena le habría impedido al padre de Edith cuidarla y protegerla, si es que existían los fantasmas. Alan recordó que en su infancia, Edith había insistido en que el fantasma de su madre se le había aparecido poco tiempo después de su muerte tan espantosa. Edith había estado al borde de la histeria y Alan había fingido creerle.

Había sido el único. Su padre había tranquilizado a su hija temerosa al recordarle que poseía una imaginación «febril», la cual la señora Cushing había alimentado con una dieta constante de cuentos de hadas. Había insistido en que los fantasmas no existían y le había regalado libros con temas más razonables, como de administración del hogar.

—Pero sí existen —Edith le había confesado a Alan un día en su «guarida de piratas», en la cima del manzano en el jardín de Alan. Fingían ver a través de unos lentes de espías que formaban con sus manos—. Mamá vino, lo sé —se había estremecido y arrugado la cara, al borde del llanto— y me dio mucho miedo.

Alan la había escuchado y había asentido; había intentado hacerla feliz. Su madre le había advertido que debido a su pena, Edith podía intentar llamar la atención inventando historias descabelladas o enfermedades. Era un hecho que a partir de ese momento su familia se encontraba «desequilibrada». Carecían de la presencia amorosa de una madre y las niñas necesitaban una influencia materna para convertirse en mujercitas razonables.

La señora McMichael había considerado que el daño era demasiado. Alan, por su parte, alarmado, había intentado hacer todo en su poder para traerle alivio a su compañera pirata. Incluso, y muy a su pesar, había jugado en secreto con ella y sus muñecas al té.

En cambio, su hermana se había burlado de Edith y le había contado a todas sus amigas su historia de fantasmas. Las niñas podían ser muy crueles. Eunice y las demás habían esperado a Edith en la escuela, la iglesia —y ahora que lo pensaba, en todas partes— para asustarla.

La habían atormentado y acosado hasta que un día cercano a su undécimo cumpleaños, le confesó: «Alan, en cuanto a Mamá, me temo que me equivoqué».

No lo mencionó durante años y él casi lo había olvidado. Hasta que un buen día Edith comenzó a escribir su novela y se dio cuenta de que solo había enterrado el recuerdo. Le había mostrado aquellas imágenes de visitas espectrales a modo de estrategia para hablar del tema, aunque para ese entonces ya se había enamorado de Sir Thomas Sharpe. En todo caso las había visto con mucho interés, se preguntó qué había pasado por su mente.

Si pudieras volver del inframundo, le dijo a Carter Cushing, ¿me explicarías cómo moriste? ¿Por qué le emitiste un cheque a Sharpe por una suma tan grande la noche antes de que dejaras este mundo?

El crujido de pisadas en la nieve interrumpió sus reflexiones. Había llegado el señor Ferguson.

—¿Quería verme? —el abogado entrado en años preguntó al tiempo que se saludaron con sus sombreros. En seguida observó la tumba—. Tal vez todo haya terminado bien. Edith parece haber encontrado la felicidad, ¿no le parece?

Alan entendió que Ferguson estaba midiendo el terreno.

—No he sabido nada de ella —respondió.

—Yo sí. Me pidió que le transfiriera todos sus bienes a Inglaterra.

Le cederá su fortuna a Sharpe, Alan lo comprendió atónito. Desde luego, como mujer casada, estaba en su derecho. Sin embargo, era inevitable juzgarlo equivocado y peligroso.

—¿Y lo hará? —preguntó.

—Cada centavo —Ferguson intentaba mantenerse neutral, pero era evidente que también estaba preocupado—. Le he enviado los documentos, únicamente espero su firma. Parece que lo invertirá todo en sus minas de arcilla y no tengo recursos para desobedecerla.

Alan decidió ser más directo aprovechando la franqueza de Ferguson.

—La forma en que murió Cushing, el golpe que recibió en la cabeza. Tenía crema de rasurar en la mejilla. Lo más probable es que estuviera de pie frente al espejo. No concuerda con las heridas diagonales que se hizo en la esquina del lavabo —hizo una pausa pues estaba a punto de entrar a territorio acusatorio.

—Y el último cheque que emitió fue a nombre de Sir Thomas Sharpe, en la noche

que anunció su despedida. Estuvo ahí. La noche que Edith lo abofeteó.

Ferguson cambió su expresión, parecía abandonar su aire de imparcialidad y bajar la guardia, igual que Alan.

—Si me permite —Ferguson se acercó—. Antes de la muerte de Cushing contrató a un hombre de Nueva York, un tal señor Holly. Es muy difícil rastrearlo. Investiga hechos desagradables, acude a sitios que no son aptos para un caballero —el abogado se ruborizó—. Me temo que en alguna ocasión he solicitado sus servicios. El hecho de que Holly esté involucrado me hace actuar con cautela.

Alan estaba atento.

—¿Qué quiere decir?

—Mire, doctor, Cushing no era tonto. Y usted le agradaba. Siempre insistía en que usted merecía toda su confianza —hizo una pausa y añadió con énfasis— y para ser honesto, la de su hija.

Alan se sintió conmovido y angustiado. El misterio distaba de resolverse. ¿Acaso era el indicado para desenmarañarlo?

—Me encantaría visitar a Edith —Ferguson aventuró—, pero estoy viejo y cansado. Un viaje como este requiere de un hombre más joven que yo —miró a Alan de reojo y este asintió.

Estaban de acuerdo. Habían cerrado un pacto en ese preciso momento.

Y Alan no fallaría.

CAPÍTULO DIECISEÍS



ALLERDALE HALL, CUMBRIA

*C*on la llegada del invierno y el transcurso de los días, me invadió una sensación peculiar de libertad. Incluso retomé la transcripción de mi novela, inspirada por los secretos que Allerdale Hall parecía resguardar.

*

Algo había cambiado en Thomas y a Edith le alegraba. Sabía que había limitado sus muestras de cariño por respeto a su luto, sin embargo, un hombre tenía... necesidades y ella lo entendía. Y lo acogía. Quería ser su esposa en todo sentido. Quería intimidad. Y entonces, tal vez, podría contarle las cosas terribles que había visto y escuchado, aunque ya no se habían vuelto a presentar. Habían cesado.

Que las haya visto no quiere decir que hayan estado ahí o que lo sigan estando. O que se pueda hacer algo al respecto. Como Thomas había apuntado, la casa tenía siglos de antigüedad. Mucha gente había muerto en la propiedad y sin duda, algunas de esas muertes habían sido violentas. Él y su hermana habían desacreditado la sombra que Edith había visto a su llegada a Allerdale Hall. En parte, seguía siendo aquella niña que le confió a sus amigas el encuentro aterrador que tuvo con el fantasma de su madre y se rieron de ella.

Alan me mostró esas imágenes. No estoy segura de que les diera crédito. Es probable que las considerara fenómenos científicos, presencias persistentes, recuerdos. Mencionó un llamado, una invitación a comunicarse. ¿Se refería a eso en

particular o a la necesidad de crear un estado mental, un estado especial de recepción, que nos hiciera abrir los ojos?

¿Estoy viendo cosas que realmente existen?

Hoy se había vestido en satén dorado reluciente y se había arreglado el pelo muy similar a como lo había lucido la noche del baile en casa de los McMichael. Aguardó un momento antes de entrar al elevador, después se subió y bajó la palanca. Examinó la casa a medida que ascendía. Era probable que la estructura decadente estuviera liberando sus fantasmas del mismo modo que las palomillas y las moscas parecían brotar de las grietas en las paredes. Del mismo modo en que respiraba, la casa estaría exhalando las historias viejas y venenosas que no tenían nada que ver con el mundo moderno.

El elevador se detuvo con una sacudida. Como en el viaje más aterrador a la mina, la base de la cabina no había quedado alineada con el piso. Tuvo que descender. Se sintió algo mareada; se encontraba en el punto accesible más alto de la casa. Le parecía un error grave situar una guardería ahí. ¿Cómo lo había expresado Lucille? «Confinados». Como prisioneros.

No le quedaba ninguna duda de que había llegado a la guardería. El tapiz enmohecido y moteado representaba a un niño pequeño que parecía caerse. ¿Jack y Jill? Las palomillas omnipresentes colgaban de las flores pintadas y cuando Edith se acercó, no se dispersaron.

La primera habitación a la que entró estaba polvorienta y se encontraba en un estado de negligencia asombroso. En una esquina cercana a una ventana había una cuna y un baúl de juguetes. Un pizarrón y un pupitre le recordaron sus primeros días de aprendizaje sentada en las rodillas de su madre, antes de que estuviera en edad de ir a la escuela con otros niños. Había muchas más palomillas que vibraban pegadas en las paredes y el techo, formaban una gran mancha color café. Se despezaron y se fueron volando a toda velocidad, rozándole la cabeza. Bajo el tragaluz había una silla de ruedas de mimbre muy vieja. Al voltear la cabeza, le dio la impresión de que motas de polvo se agruparon en la silla hasta formar una silueta; cuando volvió a voltear, la ilusión había desaparecido.

Escuchó el zumbido de un taladro y se internó en la oscuridad para seguir el sonido hasta encontrarse en una habitación estupenda llena de herramientas, relojes y maravillas mecánicas. La recibieron autómatas de todo tipo: payasos, una mujer con un vestido francés tocando el acordeón, un hombre con peluca tocando la flauta, un patito muy cómico.

Y sentado de espaldas a ella, Thomas, el inventor diligente de siempre, refinaba el prototipo de su máquina de extracción. La nieve había imposibilitado trabajar en el modelo a escala real. De modo que no había perdido la esperanza. Se cubría la espalda con una manta de lana con lo cual descartó la sospecha de que su vigoroso marido británico fuera inmune al frío.

—¿Te gusta Edith? —le preguntó sin mirarla.

—Es maravilloso —levantó las cejas—, ¿cómo supiste que estaba aquí?

Se dio la vuelta y le sonrió de forma cautivadora.

—Por el crujido en la duela, el cambio en la luz. Es fácil darse cuenta cuando uno no está solo en esta casa.

Una vez más estuvo tentada a hablarle de las cosas que él no había visto y ella sí, sin embargo, se mordió la lengua. Decidió señalar el conjunto de inventos asombrosos.

—¿Tú hiciste todo esto?

Inclinó la cabeza.

—Solía fabricar juguetes para Lucille, hacía chucherías para que estuviera contenta.

Querido Thomas.

—¿Estaban solos? —le preguntó—. ¿Aquí? ¿Siempre?

—Padre siempre viajaba. La fortuna de la familia no se terminó sola. Papá se esmeró en conseguirlo.

Consintió su muestra de rencor pues la compartía. La casa se había deteriorado muy rápido; el libro que había consultado en Búfalo con los grabados del salón no era tan antiguo. El mantenimiento de una casa como esa debía ser constante; bastaba un par de años de negligencia para que la casa mostrara su edad; tras un par de décadas parecía que una enfermedad la hubiera desfigurado. Allerdale Hall estaba muriendo y se preguntó si su fortuna sería suficiente para rescatarla.

Pese a todo, esa habitación emanaba felicidad y su ocupante parecía realmente alegre de verla contemplarlo todo. Se le acercó mientras ella investigaba la figurilla de un caballero de cara blanca y pelo negro, en el contorno de su ojo izquierdo tenía dibujado un diamante rojo en forma de rombo y llevaba dos cuencos dorados en las manos.

—Es el mago. Se requieren cincuenta y ocho movimientos de cuerda para que haga su truco. Para parecer humano. Para cautivar a su público.

Jaló una palanca y el muñeco pasó los cuencos por encima de una pelotita dorada. Fascinada, Edith siguió la trayectoria de la pelota debajo de los cuencos hasta que de repente se escuchó un ¡plop! y la pelotita apareció en su boca, después fingió dejarla caer en uno de los cuencos. Desde luego había otra dentro de los cuencos, pero Edith se rio ante la hazaña ingeniosa de prestidigitación. Thomas le sonrió y después le tocó el pelo. Una tristeza que ya le era familiar se apoderó de su rostro, seguida de deseo masculino.

—Eres tan diferente —murmuró, aún la tocaba. La estudiaba como si quisiera memorizarla.

—¿Diferente de quién? —preguntó con suavidad.

Parpadeó y despertó de su ensimismamiento.

—De todos, supongo.

Y después, por fin, la besó, la besó con verdadera pasión. Piel sobre piel, boca

sobre boca, se desplazó a su mejilla, a su frente, a su cuello.

Se dice que las mujeres no sienten deseo, no del mismo modo que los hombres. No obstante, si Thomas sentía más de lo que ella sentía en ese momento, entonces no entendía cómo era posible que se hubiera contenido tanto tiempo. Ella lo deseaba completamente, totalmente. Su deseo no le permitía respirar. Era un dolor, una necesidad insaciable que se había acumulado en aquel espacio que él había creado entre ellos. Edith estaba lista para salir del capullo de su inocencia, arrojarse a sus brazos y a su corazón. Él debía meterse en su piel para acompañarla y *estar* con ella. Olvidar la muerte y la tragedia y la pérdida. Era su esposa y era su deber y su privilegio transformarlo mediante su devoción y su amor.

Puso las manos en sus senos, los cuales estaban levantados por los huesos en la parte superior de su corsé. Edith arqueó la espalda jadeando.

—Edith, sigues en duelo y...

—No. Es hora. Es hora —insistió.

Tiró las herramientas y los mecanismos de su mesa de trabajo y la recostó sobre la superficie, le besó la cara y por encima del cuello del vestido. Edith sabía que la deseaba, se levantó la falda mientras él se movía para fundirse en uno mismo y ella lo acomodó, ah, sí...

De repente se detuvo y se alejó. Parecía casi... *asustado*.

—¿Qué sucede? —Edith preguntó mientras se sentaba.

—Escuché un ruido —dijo abruptamente y se apartó—. Pensé...

—¿Qué? —descendió de la mesa; esperaba su respuesta—. ¿Qué pensaste?

En seguida Lucille entró a la habitación. Llevaba una bandeja con el servicio del té. La tetera *cloisonné* era una belleza.

—Esperaba encontrarlos aquí —dijo la hermana de Thomas con la máxima calidez de la que parecía ser capaz—. Les preparé té.

A los británicos les encantaba el té. Edith observó a Lucille mientras colocaba la bandeja y le daba una taza caliente. Había una cuchara en su taza, mas no en las otras, Edith supuso que sería para servir el azúcar. Lucille no hizo ningún comentario sobre el desorden en el piso. ¿Acaso era demasiado cortés o era desinterés?

Thomas lucía nervioso. Se acomodaba la ropa y evitaba verla a los ojos, Edith creyó que parecía avergonzado. Estaría preocupado de haberla puesto en una situación vergonzosa. Si Lucille hubiera entrado después... Era todo un caballero.

Sin embargo, hubiera deseado que se arriesgara.

—Qué amable —Edith le dijo a Lucille.

—Por favor, no es nada. Escuché el elevador y necesitaba compañía —señaló el tazón con los cubos de azúcar—. ¿Uno o dos terrones?

*

Estaba enferma. Muy enferma.

Edith despertó por las náuseas. Había experimentado un episodio de mareo en el viaje de Nueva York a Londres pero esto era diez veces peor.

—¿Thomas? ¿Thomas? —murmuró con urgencia.

La luz de la luna reveló que estaba sola. De prisa, prendió una vela en el candelabro de plata y descubrió horrorizada una mancha de sangre en su almohada, junto a su boca. Se tocó los labios.

Escuchó el roce de seda.

En el aire, reconoció la esencia de:

—Jazmín —dijo. No era su fragancia. Ella usaba esencia de rosas.

Su perro gruñó.

Y de repente, supo con toda seguridad que había algo en la habitación. Algo les hacía compañía.

O alguien.

No vio nada. Examinó su *boudoir* con cautela, estaba igual que siempre. En la cama arrugada, la marca de su cuerpo. Y a un lado, la evidencia de que Thomas había ocupado su lugar en la cama. Su taza de té vacía. Junto a la chimenea, un vaso medio lleno de vino de Borgoña intenso. De Thomas, supuso. Un libro. Quería ver qué había estado leyendo, pero de pronto, temió cruzar la habitación.

Lo sintió, sintió su mirada sobre ella, una caricia delicada en la nuca. La sacudieron temblores nerviosos y le golpearon la caja torácica, dentro del cráneo. Sintió cosquillas en las mejillas y la frente; se le durmieron los labios. ¿Estaba detrás de ella? ¿A su lado?

¿Podía tocarla?

Se le ocurrió que si en ese preciso momento alguien tomara una fotografía en la habitación, ¿acaso revelaría una cara estirada y borrosa que la veía de frente, de nariz a nariz? ¿O un cuerpo carmesí pegado a su espalda, acariciándole el pelo, rociándola con pétalos de rosa fantasmales, tarareando una canción de cuna? Vio un desfile de imágenes dentro y fuera de foco, como un caleidoscopio: lápidas mortuorias deterioradas durante siglos, muertos inquietos levantándose con la neblina en el páramo y algo ahí dentro, en ese mismo momento, algo que estaba hecho de hambre y deseo y amor no correspondido. De furia y venganza y malicia insatisfecha.

Se sentía tan mal, ¿deliraba?

¿O estaba al borde de la muerte y por tanto podía entrar en contacto con los muertos de Allerdale Hall? ¿Por eso había podido ver a su madre? ¿Debido a una enfermedad que había desconocido toda su vida?

¿Por qué estoy sangrando? ¿Por qué estoy tan enferma?

Las sombras de la luna se filtraron por las cortinas; ¿el vino en la copa de Thomas había producido olas en el borde?

Se arrastraba, caminaba de puntitas, se deslizaba. ¿Acaso había sentido presión en el dobladillo de su camisón? ¿Alguien había hecho el experimento de levantar un rizo

de su cabellera larga y suelta?

La ansiedad de la que era presa era insoportable. Le provocaba calambres en el estómago y comenzaba a sentir dolor en la sien. Si una fuerza invisible intentaba contactarla, ella también debía hacer un esfuerzo. Recordó a su conejito de peluche. Los conejos y las mujeres enfermas eran susceptibles a morir de miedo.

Tragó saliva y extendió la mano. ¿Cómo lo había llamado Alan? Una ofrenda, una invitación.

Invitaría.

—Si estás aquí, conmigo —empezó. Casi se detuvo por el miedo, pero no podía detenerse. No se quedaría inmóvil para siempre; tal como cuando la habían obligado a identificar el rostro desfigurado de su padre: ignoraría su terror y actuaría.

—Dame una señal —dijo con claridad—, toca mi mano.

Nada salvo el sonido de su respiración y los gemidos débiles de su mascota. Sin embargo, la habitación *albergaba* algo y estaba atrapada con ello. Dudó, sintió muchas náuseas.

Y esperó.

Nada. Relajó los hombros, sin embargo, no sintió alivio, ninguno.

Bien, concluyó, entonces es solo mi imagina...

De repente algo la tomó de la mano y la azotó contra el piso con una fuerza y violencia inconmensurables. El impacto la dejó sin aliento, vio puntos amarillos. Si hubiera tenido tiempo de resistirse, su esfuerzo hubiera sido inútil. Tal era su poder. La vela se apagó.

Temblando, se puso de pie e intentó encenderla. *Hay algo aquí. Dios mío, no hay duda...*

Del baño salieron gritos de dolor: agudos, horribles. Sin pensarlo un segundo Edith corrió a toda velocidad y abrió las puertas de par en par. Nada, oscuridad, nada, y de repente:

Ahí:

En la tina.

Una pesadilla.

Una locura.

Sumergido, apenas visible sobre el agua carmesí que casi llegaba al borde:

Putrefacto, un cuerpo humano apenas reconocible: un contorno, borroso, transparente y luego sólido, en pedazos y desprendiendo hilillos rojos, estelas como de humo que fluían hacia arriba como lo *otro* había hecho, el otro *cuerpo*; bullía sangre coagulada; muerto, muerto, muerto; ojos muertos y boca muerta y podrida, abierta; manos de piel curtida, estirada, tensa, distribuida sobre nudillos, articulaciones, huesos. Sumergido, se sujetaba de los costados de la tina, la cabeza inclinada y el cráneo...

... El pánico paralizó a Edith...

... La hoja de un cuchillo de carnicero le había partido la cabeza en dos, lo tenía

clavado con fuerza en lo más profundo del hueso. Distinguía el cerebro rojo, los fragmentos de hueso, larvas se regocijaban en la sangre.

Edith era incapaz de producir sonido alguno; solo podía mirar fijamente, solo *ver*. *Lo estoy viendo. Puedo verlo.*

La figura abominable se retorció y se movió. Se levantó y el agua escarlata salió brotando por los costados de la tina. Su cara retorcida y pechos caídos estaban cubiertos de sangre.

Edith supo quién era.

—Dios bendito, ¡no! —gritó.

Salió corriendo de la habitación y recorrió el pasillo.

—¡Thomas! ¡Thomas!

Una voz fantasmal reverberó en el pasillo:

—¡Tú! ¡Vete, ahora!

Ahora corría a toda velocidad hacia la cosa de la que había escapado. Se detuvo en el otro extremo del pasillo: una arpía desnuda y roja con un cuchillo de carnicero en el cráneo. Sus ojos despedían furia y locura. Señaló a Edith con uno de sus dedos esqueléticos.

—¡Edith! ¡Vete, ahora! —advirtió con voz ronca.

Edith retrocedió, al llegar a las escaleras cambió de dirección atropelladamente y chocó con Thomas mientras este daba la vuelta en una esquina. Su salvador, su protector. Estaba a salvo, a salvo. Llorando, se lanzó en sus brazos.

—Edith, Edith, ¿qué pasa? —la abrazó.

Edith se concentró. Examinó los alrededores temerosa y se encontró... con nada. Sabía que podía estar ahí, seguir ahí, atacarlos, en ese preciso momento. Se negaba a ser vista. La había tocado.

Podía matarlos.

—¡Esa cosa, esa cosa espantosa! —gritó.

—Tienes la mano helada —le tocó la frente—. ¿Tienes fiebre? Mírame.

Cuando lo miró, se quedó boquiabierto. Debió haberse percatado de lo aterrada que estaba.

—¿Qué demonios?

—Vi a una mujer —se apresuró a contarle para evitar que la contradijera—. No era una sombra, no era una ilusión óptica. Escarlata y furiosa. Tenía la cabeza abierta por una herida espantosa, enorme —sentía la piel electrizada, como si intentara escabullírsele del cuerpo. Sus rodillas eran de hule, si Thomas no la estuviera sosteniendo, se caería. Tenía que sacarlo de ahí.

Thomas estaba atónito, pero continuó.

—Aunque tenía la cara distorsionada, retorcida, la reconocí —miró fijamente a su esposo, invitándolo a que escuchara. A que viera en sus palabras lo que había visto con sus propios ojos—. Era la mujer del retrato. Era tu madre.

Thomas le permitió que la arrastrara por el pasillo hasta el sillón frente a la

chimenea grande, en donde las sombras no los podían acechar. Lucille preparó té. Edith temblaba, estaba a punto de perder la cordura de nuevo, sin embargo, necesitaba sacarlo todo. Para ellos, estaba enferma y decía incoherencias. Nada de lo que describió los sorprendió.

—Había tanto odio en sus ojos. E inteligencia. Sabía quién era. Y quiere que me vaya —pronunció estas palabras con verdadera tristeza, conmocionada, desesperada porque la ayudaran. Los susurros cadavéricos aún retumbaban en sus oídos, como una concha de mar que susurraba historias de viajes nefastos y marineros ahogados. De los terrores que se avecinaban.

—Es absurdo, querida —Lucille la tranquilizó—. No irás a ninguna parte. Tuviste una pesadilla. Eres sonámbula —le sirvió una taza caliente del líquido ámbar.

—Tengo miedo de enloquecer si me quedo —flanqueada por sus únicos dos parientes en el mundo Edith sintió que una vez más comenzaba a ser presa de la histeria.

—Estás imaginando cosas —insistió Thomas—. Mañana saldremos —le habló como si fuera una niña—. Iremos a la oficina de correos. El aire fresco te sentará bien.

¿A la oficina de correos? No podía creer lo que escuchaba. Había cruzado un océano para estar con él.

—No, quiero irme —exigió. En caso de que no la hubiera entendido, agregó, suplicó—, quiero irme de aquí.

Le temblaban las manos. Lucille le ayudó a calmarse para que pudiera tomarse su té, la obligó a que tomara la taza. Le dio un punto al que sujetarse para no desfallecer.

—Edith, no tienes a dónde ir —le dijo con cariño, como uno le hablaría a un lunático—. Este es tu hogar. No tienes a dónde ir.

*

Vio a la hermana mirar al hermano. Estaba asustada. Igual que él.

Su mirada parecía preguntar: ¿Qué clase de *trampa es esta*?

En efecto, ¿qué clase de trampa era esa?

Por supuesto, el té tenía algo para provocarle el sueño a la novia. Cuando perdió el conocimiento, los dos se reunieron en el pasillo, sus prendas oscuras se movían en la penumbra de la noche azul, como dos palomillas.

—¿Qué está haciendo? —la hermana susurró furiosa—. ¿Cómo es posible que sepa?

—No le dije nada —el hermano juró.

Eso asustó aún más a la hermana.

—¿Qué intenta hacer Thomas? —como si reformular la pregunta produciría otra

respuesta.

—No sé —respondió el hermano—. Está fuera de sí. Mañana iré a la estación para recoger las piezas de la máquina. La llevaré conmigo para que tome un poco de aire fresco.

—Sí —la hermana estuvo de acuerdo—. Llévatela —lo miró—. Tan pronto firme los papeles, quiero que esto termine.

A su alrededor, *a través* de ellos, se movieron cosas, sin embargo, no las vieron. Como la novia había apuntado, que no las pudieran ver, no quería decir que no existían.

A través de un espejo amenazante, érase una vez...

CAPÍTULO DIECISIETE



AL DÍA SIGUIENTE

Por la mañana. En Cumberland. Era tan distinto de Búfalo. La nieve enfangada exhibía los rastros de las ruedas de los carruajes y las residencias no eran más que casuchas. No eran inusuales los techos de paja y el aire que se asomaba entre los copos de nieve tenía un turbio color grisáceo y café. Un par de edificios de ladrillo se mantenían en pie incondicionalmente, sin embargo, sus paredes estaban cubiertas de musgo y humo. Había un *pub* de nombre Red Hand cuyas ventanas estaban empañadas. Cuando su carruaje se detuvo frente a la puerta tras una sacudida, Edith inhaló el olor grasiento a carne y col hervidas.

Thomas le había asegurado que era mucho más agradable en la primavera. Después había fruncido el ceño para volver a enfocarse en los bosquejos de una libreta que tenía en las piernas. En el trayecto no había hablado mucho y ella no había sido capaz de iniciar una conversación seria sobre el terror que había supuesto ver el cuerpo masacrado de su madre y su exigencia de que Edith se fuera de Allerdale Hall. Igual que Lucille, Thomas había sido condescendiente y le había sugerido que todo se debía a una pesadilla. Después le expuso una teoría ridícula según la cual el pan de centeno echado a perder era susceptible de provocar alucinaciones. En días recientes habían comido pan de centeno. Edith lo había usado para prepararle sándwiches. ¿No era así?

—Sí, y *tú* no has tenido alucinaciones —había argumentado.

—Tal vez sea porque estoy habituado —la había mirado de manera peculiar—. ¿Has estado trabajando en tu novela?

Sabía que así era. Había leído fragmentos en voz alta hacía un par de días y la había encontrado estupenda. De modo que ahora recitaba: «se trata de tu imaginación

vívida», razonaba ¿era eso lo que le pasaba? Sugería que tal vez *no* había visto un cuerpo grotesco que había gritado su nombre. Pan de centeno, nervios, esa casa enorme y deteriorada.

Esa mujer en el elevador. Él y Lucille se habían mostrado despreocupados. Tal vez los dos han visto cosas inexplicables y no me quieren asustar con la verdad. Pero si pueden verlas y saben que ahora yo también, ¿no sería más razonable que lo admitieran?

Thomas no estaba dispuesto a hablar del tema y Edith se rindió. Pensó en una cita del libro de Jeremías de la Biblia: «No hay peor sordo que el que no quiere escuchar; no hay peor ciego que el que no quiere ver». Sobre el tema de las apariciones en su mansión, para Thomas era imposible contemplar otra opción más que Edith se había asustado por cuenta propia.

Entonces se lo demostraré, juró.

La nieve caía más rápido y con mayor densidad. El almacén de la oficina de correos estaba lleno de coches de caballos de las granjas que cargaban y descargaban paquetes y cajas para adelantarse a la tormenta inminente. Finlay permaneció al lado de Thomas mientras este le señalaba a Edith la parte trasera del almacén, en donde había una pequeña oficina de correos. Tenía que responder las noticias más recientes de Ferguson.

Estaba contando las monedas para pagar los timbres cuando el empleado se percató de su nombre y su dirección.

—¿Es usted Lady Sharpe? Permítame, señora, hay unas cartas a su nombre. Una de ellas llegó esta mañana.

Desapareció un instante y regresó con algunos sobres. Cuando se los entregó, recalcó:

—Dos de ellas son de su abogado y tienen certificado legal y la otra proviene desde Italia.

Edith frunció el ceño dudosa, examinó el matasellos en la carta italiana: Milán.

—No es mía —informó al empleado.

—¿Es usted Lady Sharpe? —señaló el nombre escrito a mano y la dirección en el sobre—. ¿Lady E. Sharpe?

Asintió.

—Pero no conozco a nadie en Italia.

—Con todo respeto, Su Señoría, todo parece indicar que sí. Ábrala y averígüelo.

Lo consideró ligeramente entrometido, de modo que se llevó las cartas sin abrirlas. Afuera, la tormenta esperada había llegado; se dispuso a reunirse con Thomas, la idea de regresar a Allerdale Hall le resultó mucho más desconcertante que antes. No quería volver a poner un pie en ese lugar tan espeluznante y viajar en medio del aluvión era más de lo que podía soportar.

Encontró a Thomas y a Finlay en el muelle. Orgulloso, Thomas le mostró a Edith los contenidos de varios contenedores de madera que Finlay transportaba a la carreta

con diligencia.

—Este es un controlador de válvula —le dijo mostrándole una pieza brillante. Por haber crecido con su padre, reconoció su función—. Pedí que la fabricaran por separado en Glasgow. Esto podría ser lo que faltaba. Piensa positivo, Edith. Las minas Sharpe podrían reabrir si esta cosa coopera.

Se rio y la abrazó, ella sujetó sus cartas con firmeza. Thomas estaba tan emocionado con las piezas que Edith no quería cambiar de tema para mostrarle la carta extraña de Italia.

O de eso se convenció. Como Thomas no le creía, se empezaba a producir un distanciamiento entre ellos. Creyó que sería solidario pero se había burlado gentilmente de ella. El matrimonio decretaba que dos mitades se convertían en un todo, sin embargo, se sentía separada de él. No consideraba que pudiera hablarle de sus miedos para buscar consuelo. Así que debía armarse de valor, como fuera, para combatirlos.

—Mira la tormenta —dijo sin aliento—. ¿Lo ves? Justo a tiempo. En un par de días no podremos salir de la casa.

La posibilidad la horrorizó. No había nada en este mundo que deseara menos. El agente marítimo lo escuchó y se acercó respetuosamente.

—La tormenta está empeorando. Su señoría, sugiero que pasen aquí la noche. Tenemos una habitación pequeña en la planta baja si desean.

Thomas miró a Edith y esta asintió con gusto. Haría lo que fuera por alejarse de la tormenta.

Y de esa casa.

*

En efecto *era* una habitación pequeña, como el hombre les había advertido, aun así, era cálida y acogedora, tenía una cama con un edredón humilde y una fogata en la chimenea. Para Edith era la habitación más maravillosa en la que se había encontrado, contando los hoteles suntuosos en los que se habían hospedado en Londres.

Estaban recostados en la cama, vestidos. A Edith le dio vergüenza la idea de prepararse para dormir de manera más íntima. Aún no habían estado *juntos*.

El encargado del almacén les había llevado té, caldo y pan; Edith estaba famélica y los devoró. Asumiendo que tenía que entretenerse en el viaje de regreso a casa una vez que Thomas tuviera que examinar sus válvulas y engranes nuevos, había llevado su manuscrito. Thomas lo había visto y le pidió que lo leyera; Edith se sintió tanto halagada como avergonzada. El tema de la novela solo serviría para reforzar su creencia de que Edith había imaginado la visita espeluznante del fantasma de su

madre. Pero insistió en leer las páginas más recientes, así que comenzó a leer en voz alta.

—Una casa tan antigua como esta, se convierte, con el tiempo, en un ser vivo. Puede que tenga vigas en vez de huesos, ventanas en vez de ojos, y que ahí sentada, sola, pueda terminar enloqueciendo. Dentro de su paredes, comienza a aferrarse a las cosas, a mantenerlas vivas pese a que no deberían estarlo. Cosas como recuerdos, sentimientos, personas —hizo una pausa y continuó—. Algunas son buenas, otras malas... y otras... otras no deberían mencionarse nunca más.

La besó en la frente.

—Es muy bueno. Me alegra que sigas escribiendo. Y este tipo «Cavendish», tu héroe, ¿no tiene temores?, ¿dudas?

Edith lo miró fijamente.

—Desde luego que sí, es un hombre atormentado.

—Pues me gusta. Transmite cierta oscuridad. ¿Al final sobrevive?

Se encogió de hombros.

—Depende por completo de él.

—¿A qué te refieres? —sonrió confundido.

—Los personajes te hablan. Se transforman. Toman decisiones —respondió.

—Decisiones —repitió.

—Sobre en quién se transforman.

Guardó silencio y luego señaló la habitación.

—Me temo que esto es deplorable, por lo menos es cálido.

Edith se acercó, esperando acortar el distanciamiento.

—Me gusta más.

—¿Más que qué? —preguntó.

Sin duda Thomas sabía a qué se refería.

—La casa.

Se quedó pensando y después se rio. Su aspecto era casi infantil, libre de preocupaciones.

—Es *mucho* mejor, ¿cierto? También me encanta estar lejos.

—¿Lejos de Allerdale Hall? —insistió. Quería que lo dijera. Que se diera cuenta de que era una posibilidad real. Lo sería todo para ella.

—Así es —exhaló—, siento que puedo respirar. Se abrazaron y Edith apoyó la cabeza en su pecho. El corazón le latía con fuerza, cada vez más rápido. Quizá su cercanía le estaba afectando.

—Podrías vender la casa —cruzó los dedos en su mente, quería que considerara la posibilidad que los liberaría a ambos. Quería que abandonaran ese lugar frío, húmedo, aterrador, y que vivieran en el mundo grande y soleado.

—¿Venderla? Imposible —guardó silencio como si lo estuviera reconsiderando—. En su estado actual no vale nada.

Recuperó la esperanza. Lo *estaba* considerando.

—Entonces abandónala —cerrarla y dejarla. ¿Por qué no? El dinero que habían planeado destinar a su restauración podía invertirse en las operaciones de la mina. O en viajar por el mundo. Thomas podía contratar a directores como su padre había hecho para supervisar los proyectos en lugares remotos.

—Me temo que eso también es imposible —Thomas respondió—. Es todo lo que tenemos: nuestro apellido, nuestra herencia, nuestro orgullo.

—Yo dejé todo lo que tenía —replicó en tono cálido. Quería hacerle ver su punto de vista. Se trataba de una discusión muy seria—. Abandoné lo que era —esperó a que lo asimilara y continuó—. Podríamos vivir en otra parte.

—¿En otra parte? —parecía francamente confundido, como si nunca se le hubiera ocurrido antes.

—Londres, París —lo tentó.

Su expresión se reblandeció y adquirió un aire de ensueño, parecía considerar su futuro desde otra óptica.

—París. París es maravilloso, sí.

—En donde quieras —recordó la carta y añadió con énfasis— Milán...

Thomas se sobresaltó.

—¿Por qué Milán?

—O Roma —fingió no darle importancia, pero entendió que Milán era importante. ¿Qué decía esa carta?—. ¿Has visitado Italia?

—Sí, una vez —en seguida su expresión cambió. Se ensombreció. Como si de nuevo llevara el peso de Allerdale Hall en los hombros—. Pero no puedo dejar a Lucille. Ni la casa. La casa es todo lo que somos. Nuestra herencia. Nuestro apellido.

Decía lo mismo una y otra vez.

—El pasado. Thomas. Siempre estás viendo al pasado —murmuró—. No me encontrarás ahí. Estoy aquí.

—Yo también —respondió en voz baja.

Sí, Thomas. Sí.

Esperaba que su amor lo incitara a escuchar; con osadía, se colocó encima de él. Su vestido le colgaba del cuerpo, su deseo la alentaba mientras lo besaba y hacía movimientos ondulantes encima de él. Sí, era casta, pero también era la esposa de ese hombre. Así que lo besó con pasión y lo abrazó; sintió su respuesta. La deseaba igual que ella a él.

No, más.

Como en su taller, se avivó la pasión de ambos. Thomas ignoró su mano quemada y vendada y la recostó en la cama; se desabrochó los pantalones, se libró de ellos deslizándolos para tomar su cuerpo; Edith se dispuso a recibirlo y en seguida se internaba en ella, *por fin, por fin*. El placer era indescriptible.

Mi Thomas, mi amor...

Eran uno mismo. Por fin hacían el amor. El éxtasis la elevó a las estrellas y pensó que todo estaría bien. Amarían y vivirían.



A la mañana siguiente, el mundo era otro. Hubo más besos y más relaciones sexuales, té chino y pan recién salido del horno. La luz del sol infundió al pueblo con un brillo encantador; si bien seguía nevando, era una nevada suave.

A Edith no le molestó tanto el viaje de vuelta; ella y Thomas hablaron durante todo el camino. Estaban juntos, no había barreras entre ellos, las cosas serían distintas. *Se irían. Viajarían.*

Cuando la ayudó a descender del carruaje frente a la casa, la besó, absorbió su cara. A regañadientes se separó de ella para ayudar a Finlay con los contenedores. Entró a la casa y levantó la vista hacia la abertura en el techo. Los copos de nieve brillaban en su descenso, suaves como plumas. Se quitó el sombrero.

—¡Lucille! —saludó a su cuñada—. ¡Lucille!

No hubo respuesta, pero se escuchaban ruidos en la cocina. Habían comido pan y té hacía horas, así que les sentaría bien algo más sustancioso. Y algo para entrar en calor luego de ese viaje largo por el campo. Incluso aquel té amargo.

Entró a la cocina vacía con un par de paquetes —algunas cosas que había comprado como guantes más cálidos y una bufanda— y los colocó en la mesa. Encontró un sartén desatendido en la estufa. Las papas en el sartén se estaban quemando; las retiró del fuego.

—¡Ya volvimos! —gritó.

Lucille se acercó desde el lado opuesto de la cocina, con el semblante pálido y demacrado. Y ojeras visibles.

—¿En dónde estaban? —preguntó con voz cansada. Se desplazaba como uno de los autómatas de Thomas, como si cada uno de sus músculos hubiera sido estirado al límite.

—Nos atrapó la tormenta, entonces...

—¡No regresaron anoche! —Lucille gritó. Tomó el sartén y lo azotó en la mesa de madera.

Edith se quedó perpleja.

—Yo... nosotros...

—Debieron haber vuelto anoche —insistió.

—Pasamos la noche en el almacén —Edith explicó.

Lucille parpadeó, después comenzó a servir la comida, quemada, en platos.

—¿*Durmieron* ahí?

Su angustia era desconcertante. No podía sorprenderle que por fin Thomas hubiera hecho valer su privilegio como esposo. Aun así, daba la impresión de que

Lucille consideraba que debieron haberle consultado al respecto.

—Así es. ¿Qué hay de malo en eso, Lucille? Es mi esposo.

No había modo de apaciguarla.

—Estoy hablando en serio. ¿Te parece gracioso? ¿Qué puede resolverse con una sonrisa? ¡Estuve preocupadísima!

—Preocupada.

—¡Los dos viajando en la tormenta! —gritó Lucille.

Desde luego. Como la propia Edith, Lucille no era ajena a la tragedia. Sus padres estaban muertos. Sabía que le podían ocurrir cosas terribles a sus seres queridos. Hasta que uno sufría por ese motivo, no se entendía ese miedo. Edith lo entendía.

—No sabía si habían tenido un accidente. Estaba sola. Sola. Y no puedo estar sola...

La casa rechinó. Goteaba arcilla de las grietas entre la pared y el techo. Edith creyó conocer otro motivo por el que Lucille estaba furiosa: había estado sola en la casa después de que esa aparición monstruosa amenazara a Edith. Era probable que ella también había presentido algo. Incluso pudo haber visto algo. Estaba alterada.

Edith quería que Thomas viera el estado en el que se encontraba su hermana. *Tenemos que irnos de esta casa. Todos.*

—La casa —Lucille prosiguió como si le hubiera leído la mente— se está hundiendo. Cada vez es peor. Debemos hacer algo para evitarlo.

No, debemos dejarla, Edith pensó. *No podemos redimir este lugar tan horrible.*

Se apoderó de ella un mareo repentino y agudo. La cocina se ladeó, estiró y tornó borrosa... al mismo tiempo que la cara de Lucille.

—Necesito sentarme, no me encuentro bien —tenía la frente cubierta de sudor y no podía enfocar la vista. Era como si la casa apareciera y desapareciera, perdiendo su rastro, como si olvidara mantenerse sólida.

¿En qué estoy pensando? Esto no tiene ningún sentido.

—Te prepararé té, estará listo en seguida.

Lucille estaba más serena. Se concentró en lo suyo mientras a Edith se le revolvía el estómago. Identificó las llaves de Lucy, las cuales, desde luego, debía haberle entregado. Lucille había peleado celosamente por conservarlas. Tal vez se sentía suplantada.

Se percató de que una de las llaves tenía grabado un nombre: *ENOLA*. El mismo que el baúl en la mina. *Era* un misterio. ¿Acaso había existido una Enola Sharpe? ¿Un pariente? En el almacén le habían entregado a ella, *Edith Sharpe*, una carta dirigida a E. Sharpe. Sacó las cartas y las revolvió para encontrar la de Milán. No tenía nombre, solo la inicial. ¿Era posible que hubiera varias E. Sharpes en su familia? De ser así, le pareció peculiar que nadie lo hubiera mencionado.

Mientras Lucille llenaba la tetera, a escondidas, Edith sacó la llave del llavero y luego lo volvió a poner en la mesa. Después colocó la carta al fondo de la pila para poder resolver ese rompecabezas por su cuenta.

Se volvió a marear y la habitación comenzó a dar vueltas. El estómago se le acalabró. Había estado tan contenta con Thomas en el pueblo que había minimizado lo terrible de la situación en la casa. Sentía que las paredes empapadas de arcilla se cerraban, no concebía volver a bañarse en aquella tina.

Lucille colocó la tetera llena en la estufa y vio las cartas de Edith. Examinó la primera en la pila.

—¿Es de América?

Edith asintió con debilidad. Con atrevimiento, Lucille la tomó y leyó el sobre.

—Es de tu abogado —dijo alegre—. Debes leerlas. Descansa. Te prepararé el té. Me ocuparé de todo.

Su sonrisa era forzada. Edith se preguntó si algún día le agradecería a Lucille. No podía pensar en eso ahora. Estaba enferma, muy enferma, y por amargo que era el té de bayas de *Pyracantha*, la opción de tomar algo para aliviar sus síntomas resultaba muy atractiva.

No así la idea de regresar a su habitación. ¿Acaso tenía otra opción? Como Lucille había dicho, esta era su casa.

Por lo menos de momento.

*

Observaba.

En el baño decorado con mosaico verde de Allerdale Hall, la pelota roja de goma rodó bajo la tina con patas de león; el cachorrito gimió y brincó, intentaba meterse debajo del fondo curvo de la tina. Para su tormento, la pelota estaba fuera de su alcance. Ladeó la cabeza con la expresión anhelante de un niño mirando el escaparate de una juguetería en Navidad.

El cachorro se sentó en sus patas traseras y comenzó a ladrar eufórico y sin control.

La pelota salió rodando debajo de la tina.

Después la pelota salió volando del baño. El animal se escabulló por la madera y salió tras ella ladrando. Siguió la pelota a la habitación y estaba a punto de meterse debajo de la cama para recuperarla cuando de pronto se detuvo en seco. Llevó las orejas hacia atrás, mostró los dientes y comenzó a gruñir.

En el baño, una araña cayó del techo a la tina. Aterrizó en la orilla de la porcelana y rebotó hacia arriba para llegar al centro. Empezó a tejer su telaraña como una hilandera en su rueca. De la cañería salió una mosca aletargada, emitiendo zumbidos al azar; descendió en espiral a la telaraña. Las moscas son una peste propia del verano; no se encuentran en climas nevados. La araña hambrienta seguía tejiendo sin perder de vista su premio, trabajaba sin cesar para completar la trampa a tiempo para

atrapar a la mosca. En la habitación contigua, el perro gemía y su ama enferma empeoraba.

La mosca que debía estar muerta y el perro que debía estar muerto en la casa que debía estar muerta y la novia que moriría pronto.

Observaba con aprobación, reconociendo las complejidades —y fragilidades— de la vida.

CAPÍTULO DIECIOCHO



BÚFALO, NUEVA YORK

Alan entró al vestíbulo del hotel y se sintió rodeado de fantasmas. Era el hotel en donde Ferguson le había comunicado a Edith la muerte de su padre, y era probable que hubiera estado acompañada del asesino de Cushing. Imaginó que su adorada se había derrumbado en segundos, cómo habría pasado de la euforia del enamoramiento a la desolación de la pérdida. No podía concebir cómo se había sentido. También se preguntó qué había estado haciendo a solas en el hotel con Sir Thomas. Annie, su doncella, había asegurado que a primera hora de la mañana su señora había recibido un fajo grande de papeles mecanografiados en su casa y que había salido a toda prisa. Annie había encontrado una carta escrita con una caligrafía hermosa entre esos papeles y había ansiado leerla. El problema es que no sabía leer.

Cuando el señor Ferguson había llegado a la mansión Cushing para comunicarle a Edith la muerte de su padre, Annie se había enterado de que su joven señora había salido para encontrarse con un hombre. Sin compañía.

Todo había sido tan impulsivo, tumultuoso. Alan no se consideraba imperturbable, aunque suponía que Edith así lo percibía. Él jamás pondría en peligro su reputación ni la alejaría de su entorno a tres semanas de la muerte violenta de su padre. Esto era lo que él pensaba y por fin lo había dicho.

—¿Está seguro de que es la dirección del destinatario? —preguntó al gerente del hotel al tiempo que revisaba la información por escrito.

—Thomas y Lucille Sharpe. Sí. En Cumberland, señor.

Suponía que cuando uno era aristócrata, esa era la única dirección que uno necesitaba.

—Gracias —respondió.

Tomó asiento en un sofá redondo y calculó qué tan pronto podría emprender el viaje. En breve un hombre —más joven de lo que Alan había imaginado— se acercó con decisión.

—¿Señor Holly? —preguntó. El recaudador de información de Carter Cushing. Como Ferguson le había explicado, Holly era un hombre difícil de rastrear.

—A sus órdenes, señor —el señor Holly era respetuoso, mas no servil.

—¿Tiene la copia de la información?

—¿Trajo la suma? —Holly replicó.

Alan le entregó un paquete cuantioso de billetes y Holly los guardó en su bolsillo. El hombre se aproximó y habló en tono conspiratorio.

—El señor Cushing, que Dios lo tenga en su gloria, era un cliente leal y honesto, señor —se inclinó—. Me veo obligado a exigir el motivo de su consulta puesto que no divulgo la información de un cliente, incluso tras su muerte.

Alan se mantuvo firme ante una extorsión evidente.

—Señor Holly, ya le he pagado. Ahí tiene la primera razón. La segunda es que el bienestar de una persona muy querida puede estar en juego. Y por último, tiene usted la razón de que lo golpearé hasta que cumpla con lo acordado, señor.

Holly contempló sus argumentos durante poco tiempo y le entregó un fólder.

—Esta es la información más reciente que he obtenido —también le entregó una carpeta de piel llena de recortes de periódicos; Alan la abrió. Holly señaló la primera página—. Agosto de 1879. Se sabía que Lady Beatrice Sharpe era sumamente estricta con sus hijos. Sin embargo, nadie se atrevía a hacer nada al respecto. Ahora bien, esto. Noticia de primera plana. Horripilante. Tanta sangre.

A Alan le repugnó el dibujo en tinta de una mujer masacrada. Yacía con la cabeza inclinada y cortada casi en dos. La víctima era Lady Beatrice Sharpe, viuda de Sir James Sharpe, Barón. Sir James había muerto hacía dos años en un accidente mientras cazaba.

Leyó el artículo; el asesinato había ocurrido en la tina de la planta alta en Allerdale Hall, la residencia familiar de los Sharpe. El nuevo hogar de Edith. De estar viva, esta mujer habría sido la suegra de Edith. Los únicos en casa durante el asesinato habían sido Thomas, en ese entonces de doce años, y Lucille, de catorce. No obstante, el periódico enfatizaba que no había sospechosos. ¿Los niños habían quedado absueltos?

¿Sir Thomas había revelado este secreto familiar a su prometida antes de su matrimonio? ¿Acaso este escándalo tan atroz lo había marcado del mismo modo que la pérdida materna de Edith la había marcado a ella? Edith era fantasiosa, romántica y poseía una imaginación muy vasta. ¿Cómo había reaccionado un niño que en apariencia había sufrido en manos de su madre y luego la había perdido en un asesinato violento?

Le resultaba inconcebible que Carter Cushing permitiera que alguien relacionado, aunque fuera remotamente, a una familia tan nefasta, estuviera en la misma ciudad

que su hija única y adorada, mucho menos lo invitaría a cenar a su propia casa.

—¿Cushing vio esto? —Alan preguntó.

—No —respondió Holly—. Me tomó tiempo conseguir estos recortes. La única información relevante que pude entregarle al señor Cushing fue este documento civil. Pero fue suficiente para impedir cualquier tipo de relación entre Sir Thomas y la señorita Cushing —hizo una pausa para comprobar si Alan lo seguía—. En otras palabras, se trata de información que debió haber impedido su matrimonio.

Alan *no* lo seguía. No entendía el significado del documento. Era evidente que el lenguaje legal era británico, no americano.

—¿Por qué?

Holly señaló el fragmento importante.

—Porque como puede ver, Sir Thomas ya está casado.

CAPÍTULO DIECINUEVE



ALLERDALE HALL, CUMBRIA

A solas en la habitación, con el té recién hecho por Lucille a un lado, Edith tranquilizó a su perro, que parecía nervioso. Abrió la primera de sus cartas. Era del señor Ferguson.

Mi querida Edith:

Te informo que se ha completado la primera transferencia de la herencia de tu padre. El restante depende de tu firma.

Tuyo,

Sr. William Ferguson.

Bien, concluyó. Pero la invadió una sensación nerviosa y extraña que casi podría calificar como pánico. Era lo que quería. Era su voluntad. Sin embargo, tenía que admitir que la carta le otorgaba un carácter definitivo al asunto: lo había abandonado todo por Thomas. Extrañaba Búfalo y a sus amigos. Extrañaba la belleza de su hogar, a la servidumbre y a sus libros.

No debí haberle indicado al señor Ferguson que vendiera todos mis libros. Frunció el ceño. Guardé tan pocos recuerdos. Deseaba tanto invertir en el invento de Thomas.

Tosió en el pañuelo que llevaba sus iniciales.

Vio horrorizada el rastro de sangre. Otro más. Dios, ¿será tisis? Los pulmones se infectaban, se perdía peso y se tosía sangre... para después morir. La humedad y la

contaminación de la casa podían ser los causantes. Podían ser la razón de su enfermedad.

Necesitaba que Thomas la llevara lejos. Necesitaba sol y aire fresco, no putrefacción, deterioro y brisas con olor a arcilla.

Y fantasmas.

Se dirigió a la ventana para observar a su esposo mientras trabajaba en su máquina con Finlay, la cual se proyectaba hacia el cielo como un revoltijo de pirámides de metal en un oasis de nieve. Estaba tan decidido, concentrado, trabajaba sin cesar, aunque de momento no había obtenido resultados. Su padre se había negado a subsidiarlo y con el tiempo, los otros empresarios que se habían mostrado interesados, también se habían retractado. Si lo lograba, no tendrían que vivir aquí. Tendría que estar presente para supervisar la construcción y el perfeccionamiento de las operaciones, pero ah, si funcionara, serían *libres*...

*

Observaba.

Observaba al observador.

La novia estaba tan absorta en sus pensamientos que le había dejado de prestar atención al perro, el cual se había movido al centro de la cama para seguir algo, seguía el sonido de algo debajo del colchón. Con la nariz pegada a las sábanas azules, los ojos casi bizcos, olfateaba perplejo. No lograba entender que no había nada dentro del colchón.

Había algo bajo la cama.

La novia seguía mirando por la ventana.

¿Qué tal si aquello emergía debajo del colchón y la tomara del tobillo?

*

Thomas nunca había estado tan cerca de alcanzar su sueño. Saboreaba la victoria. Cuando lo lograra, sería una persona completamente distinta. Contrataría a docenas de contratistas para restaurar Allerdale Hall y una vez más se conocería a los Sharpe por su riqueza y elegancia. Sabía que cuando él o Lucille iban al pueblo, la gente susurraba a sus espaldas. Muchos celebraban su caída y no se alegrarían al verlos resurgir.

No es nuestra culpa, recordó. Su padre había sido la plaga del norte de Inglaterra debido a su gusto por la prostitución y las apuestas. Su madre, confinada en la casa...

... Su madre...

No pensaría en eso. En lo que Edith aseguraba haber visto.

La nieve caía suavemente, cubría el paisaje sombrío de blanco impoluto. Finlay y otros trabajadores del pueblo estaban montados en la segadora como hormigas. La primera tormenta de nieve había pasado, pero habría otras. Dentro de poco estarían incomunicados del resto del mundo y tendrían que vivir con el dinero de Edith hasta que en primavera pudieran recuperar su inversión. «La inversión», se refería a la máquina, desde luego, no al viaje a América para buscar a su novia.

Había planeado cortejar a Eunice McMichael, sin embargo, había habido... complicaciones. Y cuando conoció a Edith, lo había deslumbrado, como la luz de una vela ciega atrae a una palomilla. Ella brillaba tanto como el sol y él no podía evitar voltear su rostro hacia ella.

Finlay jaló las palancas en lugar de Thomas, quien debido a su herida no podía hacerlo. *Ah, que funcione*, Thomas cruzó los dedos de su mano no quemada.

¿Cuántas veces había dicho esa oración? ¿Cuántas fortunas había invertido? Todas hubieran valido la pena si acaso hubiera funcionado.

Se sacudió, escupió. Finlay lo miró y Thomas asintió en señal de que volviera a intentarlo.

Una vez más el hombre jaló la palanca. Thomas se mordió la mejilla por dentro. Una fantasía le cruzó por la mente: la máquina funcionaba, una visita a la Corona, una patente real para la máquina. Sin duda, un título de caballero y podrían dejar de vivir en la miseria y la vergüenza.

Nada. La válvula de escape no emitió un chillido de vapor. Ningún sonido metálico que indicara que los engranes embonaban. Thomas hizo un gesto de dolor cuando el estómago se le hizo nudo. No se rendiría. De esto dependía demasiado. Le indicó a Finlay que lo intentara de nuevo.

Los dioses se mostraron generosos: la máquina resucitó tras una sacudida. Thomas se quedó perplejo, casi incapaz de entender que funcionaba. Estaba tan habituado al fracaso que no era capaz de asimilar el éxito. La nieve le hacía cosquillas en la nuca y durante un momento, creyó que lloraría. ¡Éxito al fin! Luego de tantos años.

Finlay y los hombres sonrieron y se felicitaron. Les había prometido una botella de ginebra y un soberano si hoy la hacían funcionar, y lo cumpliría.

Debo contarle a Edith.

En su euforia, no se dio cuenta de que sus pisadas estaban manchadas de rojo, la arcilla brillante se filtraba por la nieve. Del subsuelo brotaba rojo y arrojaba una luz roja a la segadora y al semblante de bruja de Allerdale Hall. Como si el mundo de Sir Thomas Sharpe estuviera recubierto de sangre.

Como si la Cumbre Escarlata estuviera a punto de revelarse muy, muy pronto.



Al observar el triunfo de su esposo por la ventana, se desvaneció su miedo de padecer tisis. Escuchó el ritmo electrizante de la máquina, vio girar el volante, a los hombres celebrar y darse palmadas en la espalda. No era un fracaso; ella siempre lo había sabido. Solo necesitaba suficiente capital para trabajar; más dinero —el de ella— significaría la oportunidad de mejorar su invento. Firmaría los documentos de Ferguson de inmediato.

Tomó asiento para hacerlo, colocó el documento en su carpeta de papel secante y se preparó para plasmar su firma nueva: *Lady Edith Sharpe*. Se lo mostraría cuando subiera a la habitación para compartir sus buenas noticias, lo cual sucedería en cualquier momento.

Con absoluta formalidad, levantó el bolígrafo hermoso que le había obsequiado su padre y lo destapó. Pasó la mano por encima del formato legal. La distrajo la esquina de la carta dirigida a *Lady E. Sharpe*. Descansó la pluma y revisó el sobre. La dirección del remitente no tenía ningún sentido.

Tal vez sea de Alan que está en su Grand Tour, especuló. Descartó la punzada de melancolía que sintió. ¿Estaba mal extrañar a un viejo amigo?

Sacó su abrecartas y abrió el sobre. Extrajo la carta. No era de Alan. Estaba escrita en italiano y no iba dirigida a ella. Como le había intentado explicar al empleado de la oficina de correos, estaba dirigida a alguien más.

—Enola —leyó en voz alta, desconcertada. Nadie le había mencionado a un pariente de nombre Enola.

Tosió de nuevo en su pañuelo e intentó traducir del italiano. Si bien había estudiado un poco —muy poco—, bajo ningún concepto podía traducir la carta por su cuenta. Quizás encontraría un diccionario de italiano en los estantes de la biblioteca.

Desde que el cuerpo medio desmembrado de Lady Beatrice le había exigido que se fuera había evitado esa habitación a propósito. Temía que si miraba el retrato, el flameante monstruo rojo descendería del cuadro para atacarla. Recordó el poder de la fuerza invisible que la había arrastrado por la habitación. El veneno en el edicto ronco que le exigió que abandonara Allerdale Hall.

Miró al perrito que estaba oculto bajo las sábanas. Después salió de la habitación y se dirigió a la biblioteca.

Cuando entró a la habitación espaciosa las polillas la inspeccionaron. Motas de polvo se arremolinaban bajo la luz azulada del sol como criaturas diminutas con mente propia.

No miró el retrato de Lady Beatrice.

Sin embargo, estaba convencida de que el retrato la miraba a ella. Que sus ojos

seguían cada uno de sus movimientos mientras recorría el estante de los diccionarios y sacaba el de italiano. El canto del libro no tenía imágenes escandalosas —se cercioró— y regresó a la habitación; el cachorro la recibió moviendo la cola. Lo levantó, estaba a punto de regresarlo al suelo, pero retorció su cuerpecillo y dio un salto a la cama.

Sacó la máquina de escribir que Thomas le había regalado y le quitó su estuche. E. S., sus iniciales. Aunque también las de Eleonora.

Se mantuvo alerta de la llegada de Thomas. Sin duda la visitaría pronto para compartirle el éxito de la prueba. Esperaba que no hubiera habido fallas en el segundo intento.

Tenzamente abrió el diccionario y se dispuso a buscar las palabras italianas adecuadas y su traducción al inglés.

*

Observaba.

La novia estaba tan concentrada que no vio a la figura salir a rastras por debajo de la cama y apoyarse de los brazos para avanzar hacia la puerta medio abierta. El perro saltó de la cama y se subió a una silla como si fuera una persona pequeña. La novia le sonrió y este ladró emocionado. Así que no había visto el cuerpo monstruoso y distorsionado deslizarse por el suelo para salir de la habitación.

Cautivada por su amiguito, retomó su trabajo y no se dio cuenta cuando la puerta emitió un rechinado al cerrarse.

*

Edith se acomodó los lentes y continuó traduciendo la carta. Empezaba a sentir un ligero dolor de cabeza. El perro ladeó la cabeza cuando le daba vuelta a las páginas del diccionario. A Edith le encantaba su compañía. Sin embargo, estaba un poco decepcionada de que Thomas no la hubiera buscado aún para celebrar el viaje inaugural de su segadora. Recordó los hábitos de su padre: una vez que uno de sus proyectos estaba encaminado, no era común que se tomara el tiempo de disfrutar su logro. En cambio, de inmediato volvía a empezar y se concentraba en mejorarlo. Quizás ese había sido el secreto de su éxito y le funcionaría a Thomas del mismo modo.

El perro se puso a ladrar sin parar una y otra vez, lo cual la sacó de sus casillas. Miró por encima del hombro más de una vez. Luego de un rato, consiguió transcribir

algunas líneas desconcertantes.

¿Por qué, querida prima, no respondes mis cartas? Mi pequeña Sofía ya camina y habla y aún no tiene ninguna noticia de su tía favorita.

Desde que conociste a ese hombre te has distanciado. Tus únicas comunicaciones tienen que ver con temas financieros y no son muy frecuentes. Por favor, Enola, escribe. Tienes una familia que te ama y quiere que vuelvas.

¿Qué significa esto? Estaba decidida a averiguarlo. No podía negar que la duplicación de sus iniciales en el baúl en la mina la inquietaban. No esperaría para investigar. Tomó la llave grabada *ENOLA* —¿acaso era una abreviación de Eleonora? — y salió de la habitación. Le palpitaba la cabeza y tenía las manos húmedas.

Al pasar frente al baño, creyó escuchar un *tintineo*. El estómago se le hizo un nudo. Siguió caminando. No tendría la llave para siempre, incluso si le pertenecía por derecho. Lucille era posesiva de todo... incluyendo de su hermano. Edith no entendía por qué Lucille quería seguir siendo la señora de Allerdale Hall. Supervisar esa casa no podía ser satisfactorio ni suponer un puesto de honor.

Se le aceleró el pulso cuando entró al elevador y descendió, una oleada de vértigo agravó su nerviosismo. ¿Qué le ocurría?

El elevador se detuvo casi un metro por encima del suelo de la mina. Quizá sí tenía mente propia. Salió con cautela y examinó el entorno. La nieve llegaba hasta ahí. El frío y la humedad en ese lugar se le meterían por los huesos. La arcilla era impermeable, asfixiante. Estar dentro de la caverna era como estar dentro del cuerpo de un ente herido para ver sus capilares, tendones y carne sin piel.

El sonido del agua goteando resonaba en la penumbra. Pensó en el paisaje sombrío e inhóspito del exterior. Inspeccionó el túnel y las vías que los mineros habrían usado para empujar los carros cargados de arcilla: niños pequeños con espaldas encorvadas en compañía de madres exhaustas y padres de rostro pálido. El invento de Thomas terminaría con esa miseria humana.

Algunas secciones de la mina eran tan oscuras como una tumba. Pensó en la estatua que había visto en la habitación de la planta alta, se asemejaba a una lápida. ¿Habían desplazado las tumbas debido a la mina de arcilla? Tal vez los muertos deambulaban por los pasillos de Allerdale Hall porque, como ella, no tenían a dónde ir.

¿La estatua era la lápida de su madre? Era probable que la hubieran rescatado. Pese al aparente desagrado que Lucille sentía por Lady Beatrice, la noción de que sus hijos hubieran preservado su monumento le atraía a Edith. Eso significaba que sus infancias no habían sido tan espantosas. La suya había sido maravillosa... solo que demasiado corta.

De lo poco que había logrado averiguar, no creía que su padre hubiera estado en Allerdale Hall cuando murió. No estaba segura de qué le había sucedido y nunca había preguntado. Ahora le parecía ridículo no haber querido ser impertinente. Como si saber la historia de la familia con la que había emparentado —y del padre de sus

futuros hijos— supusiera invadir la privacidad de Thomas.

Pues ahora estaba ahí y si eso era una invasión a la privacidad... que así fuera.

Reunió todas sus fuerzas y caminó hacia el baúl. Las sombras se movían, la desconcertaban. Nada estaba en paz en esa mansión intranquila.

Insertó la llave en el cerrojo y al abrirse produjo un ¡clic!; el sonido resonó en el espacio vasto y gélido.

Abrió la tapa y descubrió que el baúl era un escritorio portátil, se conservaba limpio y organizado, contenía pilas de papeles y fólders apilados de forma ordenada. Seleccionó un paquete y revisó sus contenidos. Dentro había una carta de un banco. En Milán. Estaba dirigida a un nombre que reconocía:

—Enola —murmuró— Sciotti. Ató los cabos: Enola Sharpe. Lady Sharpe. E. Sharpe. E. S.

Examinó los contenidos del cajón. Había tres sobres, cada uno portaba timbres fechados y cancelados: 1887, 1893, 1896. Los tomó. Y:

—Un fonógrafo —recordó los cilindros de cera que había encontrado en el clóset de blancos vacío la noche de su primera... aparición. Por fin había pronunciado aquella palabra, aunque en silencio.

Aparición.

¿Quién había querido que los encontrara?

Sacó el fonógrafo. Por suerte no pesaba tanto como había previsto. Lo colocó en el piso para cerrar el baúl cuando...

Tap. Tap. Tap.

Era el mismo sonido de la vez anterior y produjo el mismo efecto: sintió escalofrío en todo el cuerpo y se preparó para otra aparición terrorífica. Como la primera vez, el sonido provenía de los contenedores. Caminó de puntitas en esa dirección, rodeó el piso encharcado; permanecía alerta, procurando ignorar el latido de su corazón. Provenía del último contenedor. Como con los otros, la tapa estaba cerrada con candado.

A medida que se acercó, el sonido cesó.

Miró a su alrededor y encontró una piedra de buen tamaño. La levantó y golpeó el candado. Una, dos veces. Se rompió. Lo retiró y abrió la tapa.

El contenedor estaba lleno de arcilla, fresca y maleable, espesa como la crema de un pastel. Al apoyarse se le cayó la llave y se hundió en el contenedor. Preocupada, lo consideró un instante: se quitó la blusa y metió el brazo en el líquido, el cual era menos denso de lo que había supuesto. La sustancia era fría y resbaladiza. Asustada, se apoyó más hasta que metió el brazo hasta el hombro, aspiró el aroma a tierra, le invadió la nariz y la garganta. Era una labor extenuante y se estaba poniendo nerviosa. Sentía escalofrío en todo el cuerpo; tenía la cara helada aunque sofocada. El golpeteo en el contenedor se había detenido al acercarse; ¿y si encontraba... *algo*...?

Dejó de sentirse valiente. Sin embargo, debía recuperar la llave. Si Lucille se enteraba de que la había tomado...

¿Qué?, pensó desafiante. *Soy la señora de la casa. Esa llave me pertenece.*

En todo caso, empleó todo su valor para seguir buscando. ¿Qué tal si algo la sujetaba y la jalaba? O si algo procedía detrás de ella y la empujaba...

Por fin.

Envolvió lo que tenía que ser la llave con los dedos. Sacó el brazo de la arcilla. Abrió la mano y se enfocó en su palma. Sí, la tenía.

Siguió el sonido del agua goteando y descubrió una tubería rota bajo la cual se enjuagó a conciencia. Fue difícil quitarle la arcilla a los dientes de la llave, pero lo consiguió. Se revisó, tomó el fonógrafo de nuevo y entró al elevador. Aunque la palanca se resistió, logró subir.

*

La novia no vio el esqueleto deforme flotar en la superficie del contenedor abierto. Huesos manchados de sangre. Unas fauces se contorsionaron hasta producir un grito ahogado. Ojos hundidos mirando, buscando. Los recuerdos y el terror lo hicieron flotar.

La fuerza de voluntad lo hizo flotar.

Tap tap tap.

Como teclas de una máquina de escribir.

*

Thomas le había pedido a Lucille que saliera para compartir su dicha. Y ahí estaba, igual de nerviosa y emocionada que él. Su suerte dependía del éxito de la segadora y esta había producido resoplidos satisfactorios; con algunos ajustes la había resucitado. Esta era la prueba de fuego para comprobar si encendía y funcionaba sin ajustes ni manipulaciones constantes.

Mientras Lucille observaba, Thomas le pidió a Finlay que encendiera la máquina de nuevo. El carbón se consumía; el agua hervía; funcionaba gracias a la presión del vapor. Las distintas piezas de la máquina se movían con la precisión de un autómatas y la banda de la segadora transportaba las cubetas de arriba a abajo en perfecto orden. Era una verdadera belleza y las piezas mecánicas relucían bajo el débil sol invernal.

La felicidad de Thomas no tenía límites.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Lo logramos! ¡Podremos reabrir la fábrica en primavera!
¡Lucille, podemos empezar de nuevo! ¡Podemos empezar de nuevo!

Era claro que estaba conmovida; lo abrazó con fuerza. Tras los afanes, las

decepciones, por fin había llegado la victoria, la reivindicación... *no* era un fracaso.

—Ah, si tan solo Edith pudiera verlo —dijo de repente. Las palabras salieron de su boca antes de que se diera cuenta.

Lucille se apartó. Lo miró incrédula.

—¿Edith? —le temblaba la voz—. *Hice* esto contigo. Para ti. *¡Yo lo hice!*

La abrazó de nuevo intentando recuperar el momento, retractarse. Haber mencionado a Edith en un momento tan decisivo había sido un error estúpido. No quería lastimar a Lucille, nunca.

Ni a Edith, consideró en un arrebato, presa del pánico. *A nadie*.

—Desde luego que sí —intentó controlarla—. Hicimos esto juntos. Nadie más.

—Lady Sharpe —Finlay interrumpió—. Necesitamos más carbón para probar la máquina de vapor.

Ahora Edith es Lady Sharpe, observó, aunque también era mejor guardarse ese pensamiento.

—¿Te importaría? —Thomas preguntó a su hermana quien, en el papel de señora de Allerdale Hall durante tantos años, había mantenido un control riguroso sobre sus provisiones— ¿Que utilizáramos un poco más de carbón?

Tomó su llavero con frialdad, sus movimientos revelaban su pesar e incertidumbre. Thomas se preguntó si Edith se había percatado de que la única habitación de la casa que se mantenía caliente con regularidad era la suya. Lucille bajó la vista para seleccionar la llave que abría el contenedor del carbón. Se quedó boquiabierta y sin decir ni media palabra, salió corriendo con dirección a la casa.

*

Observó la mirada aterrada de la hermana. La observó mientras salió huyendo para entrar a la casa. Sabía lo que ella sabía: que faltaba una llave. Que alguien la había tomado. Al mismo tiempo que la hermana corría para enfrentarse al culpable —pues quién más podría haberla tomado—, la ladroncilla inocente salió del elevador y dio algunos pasos. Hasta ese momento se dio cuenta de que sus botines de botonadura alta estaban manchados de arcilla roja. Escuchó a la hermana gritar: «¡Edith! ¡Edith! ¡Edith!» desde algún punto distante de la casa; los desabotonó con las manos temblorosas y los llevó cargando junto con el fonógrafo de E. S. por el pasillo hasta su habitación.

La hermana subía por las escaleras a toda velocidad. Estaba enloquecida, fuera de control, presa del pánico.

La novia entró de prisa a la habitación nupcial, lanzó sus botas sucias y el fonógrafo bajo su sofá y se tiró encima con una manta que cubrió su ropa. Cerró los ojos pretendiendo dormir, pero se percibía su pecho jadeante y sus brazos

temblorosos a través de la manta.

Después dijo adormilada:

—Aquí estoy.

La hermana entró a la habitación deslizándose, esforzándose por recuperar el aliento para no revelar que había corrido. Un semblante serio, aprendido a base de engaños, suplantó su expresión violenta.

—Quiero disculparme por mi comportamiento de esta mañana —dijo la hermana como si su única preocupación fuera que reinara la paz entre ellas—. ¿Te sientes bien criatura?

Igual de experta en la actuación, la novia se quejó y se dio la vuelta con debilidad. La hermana dejó su llavero y le puso la mano en la frente para tomarle la temperatura. Miró de reojo el documento que el abogado de la novia le había pedido firmar.

No lo había hecho.

—Me sentí un poco mal —murmuró la novia—. Es todo. ¿Te importaría traerme un poco de agua fría?

—Desde luego, desde luego —replicó la hermana, una actriz consumada.

A propósito dejó las llaves en la habitación y bajó a la cocina por un poco de agua. Tenía una expresión seria, congelada.

Mientras estaba en la cocina, la novia regresó la llave al llavero y se volvió a recostar en el sofá.

La hermana regresó con el agua. Se la dio a la nueva esposa de su hermano y dijo en tono amable:

—Te dejo descansar. Pronto te sentirás mejor.

Después tomó el llavero. Una inspección veloz reveló que ya no faltaba la llave marcada «ENOLA».

Que la novia la había regresado a escondidas.

Que había grumos de arcilla roja en el piso del elevador.

Y que la hermana *sabía*.

*

Había caído la noche el día del mayor triunfo de Thomas y este había acudido a la habitación de Lucille para hablar a detalle de todo lo que había sucedido en esa ocasión tan significativa. La habitación de Lucille era un vivario para sus colonias de insectos vivos y una cripta para los muchos desafortunados que había elegido matar y exhibir. Una variedad de herramientas de montaje, alfileres y cuchillos estaban amontonados en todas las superficies planas, vitrinas de curiosidades contenían cachivaches peculiares como la cabeza reducida de un habitante de Borneo, un

muñeco de vudú de la ciudad americana de Nueva Orleans y fetos de animales deformes suspendidos en formaldehído. Sin embargo, su cama carecía de propensiones singulares, siempre la mantenía limpia y con un aroma dulce. Había conservado los blancos más finos que albergaba Allerdale Hall y los rociaba con hierbas para mantenerlos blancos.

Su hermana alimentaba todas sus pasiones idiosincráticas.

Conversaban frente a frente. Era inusual pero esa noche parecía animada; frenética como en otros tiempos, en sentido negativo; cuando le preguntó qué ocurría, no quiso revelar nada. Su mirada transmitía necesidad y miedo. Recordó todo lo que había hecho por él. Lo que había tolerado por él. Tenía que estar ahí por ella. Eso habían pactado.

—Solo para mí Thomas. Di que me amas.

La miró.

—*Estrellita, ¿dónde estás?* —comenzó a cantar y Lucille se sentó a escuchar, dichosa.

*Estrellita, ¿dónde estás?
Me pregunto qué serás.
En el cielo y en el mar,
Un diamante de verdad.
Estrellita, ¿dónde estás?
Me pregunto qué serás.
Cuando el sol se ha ido ya
Cuando nada brilla más
Tú nos muestras tu brillar
Brillas, brillas, sin parar
Estrellita, ¿dónde estás?
Me pregunto qué serás.*

Ahora esos rituales le parecían *extraños*. Habían despertado juntos casi toda su vida hasta... hasta que habían dejado de hacerlo, habían creado ritos y ceremonias, habían soñado con otras vidas: con fiestas, amigos y navidades. Durante las épocas difíciles habían hecho todo lo posible por brindarse consuelo, por mantenerse cuerdos.

Ya no estaba seguro de que hubiera funcionado.

Extendió los brazos y Lucille acudió a su abrazo para que la guiará en un vals. Chopin resonó en su mente y se descubrió recordando Búfalo. Tan distinto, no tan frío, no tan oscuro, no tan muerto.

¿Por qué alejé a Edith de ese mundo? ¿Por qué seguí *adelante con esto?*

Le dio vueltas a su hermana, hermosa, morena, por todo el ático; giraban en un círculo mientras las polillas volaban a su alrededor. Las llamaba acompañantes del

hada negra. Había cultivado generaciones de polillas para que adquirieran el color negruzco de los cuervos.

Lucille lo miraba a los ojos, Thomas percibía su hechizo. ¿A qué edad se había rendido por primera vez? La fuerza de voluntad de Lucille era enorme, mucho mayor que la suya. Era tanto una bendición como una maldición. Gracias a Lucille habían sobrevivido. Ahora comenzarían a prosperar. Ella había diseñado el plan y salvo por un par de obstáculos menores inesperados —baches, nada más— todo marchaba bien.

Bailaron. Lucille era su pareja perfecta. Cuando bailaban vals, su abrazo encerraba una vela que nunca, nunca se apagaba.

Uno-dos-tres, uno-dos-tres.

La Danza de la muerte en la oscuridad.

CAPÍTULO VEINTE



EL OCÉANO ATLÁNTICO, LA SEGUNDA NOCHE EN ALTAMAR

Hlan llevaba su sombrero de copa y abrigo de castor grueso sobre su ropa de noche, estaba de pie en el barandal del buque trasatlántico. La cena espléndida había terminado, aunque a decir verdad, no había comido mucho. Había demostrado ser un compañero de mesa decepcionante, de eso estaba seguro: circunspecto, meditabundo, taciturno. Una joven y su madre estaban en busca de un esposo apropiado y sin duda la noche anterior lo habían tachado de la lista. Incluso a pesar de que había logrado ser encantador, su decepción rotunda al conocer su profesión había resultado casi cómica.

Algunos de los pasajeros de primera clase compartían cigarros y oporto en el salón para fumadores, pero él no tenía ganas de conversar y estaba muy cansado. Desde que había abordado la noche anterior el tiempo se le escabullía a causa de una nueva urgencia: la certeza de que Edith no estaba bien, él no podía esperar para estar a su lado.

Observó el agua oscura y turbulenta, recordó su primer viaje a Inglaterra, cuando acudió a la escuela de medicina. De vuelta a casa había reflexionado sobre la naturaleza de la visión y había estudiado algunas fotografías espeluznantes que le había comprado a un compañero de clase. Médiums conducían sesiones espiritistas por toda Inglaterra y a muchos se les había expuesto por fraudulentos. La gente ansiaba creer en la vida después de la muerte, en donde sus seres queridos seguían existiendo.

En cambio, lo que había hablado con Edith era por completo distinto. No se trataba de existencia continua sino de *expresión* continua. Un sentimiento, una presencia, repetidas continuamente aunque ignoradas por la mayoría hasta que

alguien con los medios mecánicos u orgánicos era consciente. Asimismo, efluvios radiantes de ectoplasma indicaban dichas manifestaciones. También había visto fotografías de ese tipo de fenómenos. Sin embargo, un espíritu con voluntad y propósito era una entidad distinta, ¿no es así?

El aire del Ártico le picaba la cara. Estaba absorto jugando con la parte posterior de sus guantes cuando percibió el aroma del humo de un puro en la brisa helada.

—Se oculta mucho más abajo de la superficie —una voz grave declaró cerca de su codo. El acento británico pertenecía a un caballero distinguido unos diez años mayor que él, también vestido en pelaje, llevaba un sombrero de cosaco grande que casi le cubría toda la cabeza. Bajo su sobretodo se ocultaba un pecho vasto, tenía las mejillas rosadas y la barba pintada de canas. El hombre señaló una montaña enorme de hielo que flotaba en el agua. Su cercanía era peligrosa, sin embargo, esa tarde habían pasado varias más a una distancia similar.

Alan saludó con el sombrero sin decir nada. Era evidente que el hombreapestaba a brandy.

—... del iceberg —continuó el pasajero—. Se estima que lo que vemos encima de la superficie equivale a una décima parte de la masa total. Debajo del agua se oculta noventa por ciento que se extiende hacia todas partes.

Cuando el hombre le dio una calada a su puro grueso, se le formaron lágrimas en los ojos; ¿del aire frío o del humo? ¿O era el sentimentalismo efecto del alcohol?

—Estoy convencido de que navegamos demasiado cerca —le confió nervioso—. Si lo rozamos, produciría un hoyo en el casco —se aferró al barandal, se asomó al mar negro y brillante y se estremeció—. Vaya lugar tan deplorable para morir.

—El capitán sabrá lo que hace —replicó Alan con intención de tranquilizar al pobre hombre.

El hombre gruñó.

—Solo espero que Dios lo sepa —metió la mano a su abrigo de pelaje y sacó una cantimplora plateada. Desenroscó la tapa y se la ofreció a Alan—. Brandy Napoleón, lo mejor de lo mejor.

—Le agradezco, señor, pero no —Alan objetó—. Es una experiencia única y no quisiera nublar mis sentidos.

—Es la única manera en que puedo soportarlo —el hombre tomó un trago y conservó la cantimplora abierta en la mano—. Dios Santo, hay más de estas endiabladas cosas más adelante.

En efecto, bajo la luz de la luna brillaba una familia completa, grandes y pequeños. Esquivarlos de forma segura sería todo un reto. La expresión en la cara del hombre dejaba claro que comenzaba a entrar en pánico. Alan se dispuso a distraerlo.

Extendió su mano.

—Soy Alan McMichael. A riesgo de sonar condescendiente, he cruzado en esta época del año y todo terminó bien, señor.

—Ya veo —el hombre esbozó una sonrisa débil e inclinó la cabeza en señal de

agradecimiento por la amabilidad de Alan—. Soy Reginald Desange —seguía viendo los icebergs con la misma expresión.

—¿Su destino final es Southampton? —Alan preguntó, intentando entretenerlo una vez más.

—Tengo asuntos que atender en Londres —Desange respondió, retiró la vista del horizonte y miró directamente a Alan por primera vez—. ¿Y usted?

—Viajo a Cumberland —Alan respondió; el hombre hizo una mueca.

—En esta época del año, el clima al norte de Inglaterra es bestial. De hecho, todo el año lo es. La palabra apropiada es «brutal».

Alan sonrió con resignación.

—Y sin embargo debo ir.

—Me aventuraré a sonar descortés, pero ¿cuál es el motivo de su viaje?

Aunque la pregunta le resultó un poco atrevida, Alan se percató de que la distracción le ayudaba a tranquilizarse y, a decir verdad, a él también le caería bien distraerse. Se permitió pensar un momento en Edith y en todos sus libros y sueños fascinantes.

—Soy Sir Galahad y he jurado proteger a una querida dama en apuros —se encogió de hombros, avergonzado por su intento de hacer poesía. Era un hombre de ciencia, no un escritor fantasioso como Edith.

—¿En Cumberland? —el hombre se mostraba incrédulo.

—Sí.

—No encontrará castillos en esa zona. Aunque recuerdo haber leído sobre unas ruinas romanas. Yacimientos mineros o algo por el estilo.

Alan asintió.

—De hecho, mi destino concierne una mina de arcilla.

El hombre levantó una ceja.

—Hay una mina antigua. Ahora recuerdo. La familia terrateniente de una propiedad cercana a un sitio de excavación antiguo donó un par de ánforas, bastante rojas, al Museo Británico —miró de reojo a Alan y este cayó en cuenta de que no debía dar más detalles para no revelar demasiado de la identidad de la dama en cuestión. No quería causar ningún escándalo.

—Interesante —afirmó con poco interés.

El caballero debió haberse percatado de que Alan no quería hablar más del tema. Guardó la cantimplora en su bolsillo y golpeó el barandal suavemente con su mano enguantada.

—Bueno, Sir Galahad, le deseo suerte en su búsqueda. Y le invito a arroparse para su viaje al norte.

—Gracias por el consejo —respondió Alan—, lo tendré en cuenta.

El hombre ladeó la cabeza.

—Es usted un tipo amable. ¿Le gustaría acompañarme por una bebida en forma al Gran Salón?

El aire nocturno era intenso y Alan decidió que se había anotado una victoria por haber tranquilizado a aquel hombre. Si bien no estaba seguro de que a su nuevo compañero le sentaría bien más brandy, respondió:

—Sería un honor, señor Desange.

CAPÍTULO VEINTIUNO



ALLERDALE HALL, CUMBRIA

Edith esperó agitada a que Thomas se acostara a su lado. Su perro estaba intranquilo, no paraba de moverse y la había despertado varias veces cuando se encontraba a punto de quedarse dormida. Tenía calambres en el estómago y su jaqueca había empeorado. Le picaban los ojos y tenía la boca seca como algodón.

Sospechaba que estaba en su taller en el ático, trabajando en sus modelos. No era sencillo juzgar cuándo podría entrar en la habitación. ¿Y qué con eso? No era una prisionera, podía ir y venir a su antojo.

Se levantó de la cama y salió al pasillo. Frotándose los brazos por el frío y temerosa, miró de arriba abajo el pasillo ostentoso, con sus arcos con mainel. La luz de la luna pintaba el aire de un azul sombrío. Las polillas que descansaban en las paredes resultaron ser sombras en el tapiz. Casi podía ver rostros humanos, incluso letras que formaban palabras indescifrables.

¿Eso había sido el elevador? Más le valía poner manos a la obra o perdería su oportunidad. Se dirigió al clóset de blancos con cautela y esperó todo un minuto frente a él para armarse de valor y abrirlo. La caja de cilindros de cera seguía ahí. Aceptó la posibilidad de que los había encontrado gracias a una guía sobrenatural. Con qué fin, eso no le quedaba claro aún. Asimismo, había llegado a la conclusión de que ni Thomas ni Lucille podían ver a esos fantasmas o espectros o lo que fueran. Ignoraban su existencia.

A menos que Lucille sea mejor actriz de lo que creo. Sin duda es incapaz de disimular que me considera una intrusa.

Tomó los cilindros y bajó a la cocina de puntitas. Con cada ruido, cada crujido y movimiento en la casa, su estómago adolorido sufría un espasmo. Era posible que

algo le hiciera compañía. Podría estar detrás suyo u oculto bajo la mesa.

A la luz de la luna acomodó los cilindros para tocarlos en el fonógrafo. Examinó los sobres que recuperó del baúl con su escritura casi descolorida:

Pamela Upton, Londres, 1887. Margaret McDermott, Edimburgo, 1893. Enola Sciotti, Milán, 1896.

Recordó la primera reunión fatídica de su padre con Thomas. Carter Cushing lo había visto a la cara y había afirmado: «Ya ha intentado —sin éxito— recaudar fondos en Londres, Edimburgo, Milán».

Se le cerró la garganta y casi se tambalea, sin embargo, colocó la aguja en el cilindro y escuchó:

«No puedo soportarlo más». La oradora era una mujer con acento italiano. «Soy una prisionera. Si pudiera dejarlo lo haría. Si tan solo pudiera dejar de amarlo. Provocará mi fin. Ya, ya...».

Entonces, cuando terminó la grabación irregular, se produjo el llanto y el susurro de un bebé. Parpadeó atónita.

No he visto a ningún bebé. Esos objetos en el ático... asumí que eran de Thomas y Lucille. ¿Acaso aquí vivió un niño? Reconfirmó la fecha. *Tendría cuatro años.*

Consideró la pelota roja de goma. Podría haberle pertenecido a un niño, no a un perro. Eso tendría más sentido, en vista de que los Sharpe no tenían perro.

Ese día en la tina cuando ella y el perro habían jugado a la pelota y la pelota había regresado rodando por su cuenta... y había escuchado algo en su habitación... ¿Pudo haber sido un niño pequeño?

Tal vez algo le ocurría. A él. Quizá la oradora era su madre y el niño estaba enfermo o malformado y su madre se había quedado a su lado en vez de abandonarlo. Quizás ella había muerto y lo había dejado solo en esa casa y Lucille se lo había ocultado a Thomas.

O tal vez Thomas sabe. ¿Y si todos esos autómatas que ha fabricado son para un niño y no le pertenecieron a Lucille en su infancia?

Temblorosa Edith sacó el cilindro del perno y puso otro. Luego otro y por último el tercero. Y cuando hubo terminado...

No.

... su corazón y su alma se paralizaron por lo menos un minuto entero. Sencillamente no podía creer lo que había escuchado. No porque no quisiera, sino porque no podía.

Érase una vez:

Era como un cuento de hadas terrorífico. Como *Barba Azul* y su castillo embrujado y la habitación a la que su esposa tenía prohibido entrar.

La habitación con la llave prohibida. Thomas le había pedido que no entrara a la mina de arcilla.

El baúl de Enola Sciotti estaba en esa mina.

Érase una vez:

Había tres mujeres jóvenes. Una de nombre Pamela, otra Margaret y la otra, Enola. No se conocían. Cada una se había enamorado de Sir Thomas Sharpe y había abandonado todo para mudarse a Inglaterra, a Allerdale Hall, para ser su esposa.

Como yo, reflexionó Edith.

Y cada una había sido feliz al principio, se había sentido amada. Después todas habían enfermado. Se habían debilitado, se habían sentido cada vez peor al grado de no poder salir de Allerdale Hall. Habían sufrido amargamente. Habían llorado. Habían maldecido el nombre de Thomas. Habían intentado advertir a otras con esas grabaciones... o por lo menos dejar una huella en el mundo: *Estuve aquí. Me asesinaron.*

Dios. Comenzó a temblar de pies a cabeza. El corazón le latía a toda velocidad, estaba a punto de estallarle la cabeza. Sentía como si alfileres filosos le recorrieran las venas. Un miedo intenso y el terror más profundo que había conocido la rodearon en brazos invisibles para llevarla a aquella habitación oscura y funesta en la que no debía haber entrado. No podía ser. Este no podía ser el secreto de Allerdale Hall que esos espectros de huesos rojos querían que viera.

No podía ser porque era demasiado horripilante.

Thomas no.

Temblando, revolvió las pilas de fotos que había encontrado en los sobres y las contrastó con las voces en los cilindros. En todas aparecían Thomas y una de las tres mujeres sonriendo orgullosas.

Pamela Upton, de 1887, era delgada y aparecía sentada en una silla de ruedas con una taza de té en el brazo. Edith se sobresaltó al estudiar el medio de transporte. ¿Era la que había visto en la guardería del ático?

La fotografía de Margaret McDermott estaba fechada en 1893. Era un poco mayor que Pamela y que Thomas, quien estaba de pie a su lado. Margaret ya empezaba a lucir canas, pero del tipo «atractivo»; llevaba un sombrero de paja. Sostenía una taza de té.

Un momento. Volvió a ver la fotografía de Pamela Upton. También bebía té. ¿Las tazas eran las mismas?

Lo eran.

Y era la misma taza en que Lucille le servía el té.

La garganta se le cerró a tal grado que no podía tragar saliva. Estaba a punto de gritar desquiciada, sin embargo, por pura fuerza de voluntad se sentó en la silla e imaginó a su cuñada en esa misma cocina poner una tetera. Vio las hojas cocerse al vapor en la tetera. Vio la taza en la bandeja que le presentaron.

En ese mismo día, en ese primer día, cuando Thomas le había explicado lo que eran las bayas de *Pyracantha* y la había alentado a tomar el té. Y se había mantenido alejado argumentando que por respeto a su luto cuando en realidad no había querido hacerle el amor a un cadáver.

No, debo estar equivocada. Estoy cansada y asustada.

«Pusieron veneno en mi té», susurró con absoluta claridad, obligándose a enfrentarlo, a creerlo. *A su té*. Se le contrajo en el estómago. Identificó el amargor en el paladar, el olor le quemaba la nariz mientras asimilaba el terror; la habían asesinado. Ni siquiera era capaz de contar cuántas tazas había consumido desde su llegada a Allerdale Hall. Recordó con toda claridad que cuando había preparado sándwiches y té para Thomas, él le había preguntado qué lata de hojas había utilizado, ¿la azul o la roja? Recordó su expresión cautelosa, la cual evidentemente había ocultado su miedo de beber aunque fuera una sola taza. ¿Alguna vez le había servido él una taza? ¿Había bebido la muerte que él mismo le había preparado?

Se obligó a ver la siguiente fotografía. Por la fecha supo que se trataba de Enola Sciotti. También con té... y a su lado, el cachorrito que ahora le pertenecía a ella, a Edith.

Recordó lo que Lucille había dicho al volver de la oficina de correos: ¿Qué hace esa cosa aquí? Habían fingido no reconocerlo porque lo habían dado por muerto. Habían creído que todo rastro de la mujer italiana... de la *esposa italiana*... había sido borrado.

Thomas lo había soltado en el páramo, anticipando que la naturaleza haría lo propio. No le había importado que muriera de hambre o cayera por un desfiladero o se ahogara en un arroyo helado. El dulce cachorrito se le había acercado esquelético y medio congelado. *Y Thomas lo había permitido*.

Más agitada se obligó a ver la siguiente fotografía.

Enola.

Cargando a un recién nacido.

Tenía que ser el bebé en la grabación, el que Enola había consolado cuando este lloraba. ¿Acaso había un niño de cuatro años oculto en esa mansión enorme?

Hay partes de la casa que son inseguras. Eso había asegurado Lucille. ¿Inseguras para quién?

Dios santo, no. La habitación comenzó a dar vueltas. *Toda la evidencia borrada... no serían capaces*.

Pero lo serían.

Y lo fueron.

Lo fueron.

La última fotografía era del bebé, solo.

Con los ojitos cerrados, la boca abierta y las mejillas teñidas de gris.

Edith se ahogó, tosió. Una gota de sangre escapó de sus labios y una mancha ensombreció la imagen del bebé. Su terror era tan grande que se sentía incapaz de reaccionar. No podía pensar ni moverse. Su mente se negaba a hacerle frente a lo que su alma ya conocía. Lo que habían *hecho*...

No habían podido matar a un perro, pero...

De cierta forma, estaba frente a grabaciones de espíritus, fotografías de espíritus. Imágenes que provenían más allá de la tumba y que contaban sus historias. Le

contaban *sus* historias.

Le advertían que tuviera cuidado con la Cumbre Escarlata.

«No puedo permanecer aquí», dijo en voz alta para obligarse a regresar al mundo de las ideas. «No puedo».

Puso manos a la obra, metió los sobres al estuche del fonógrafo y ocultó todo en una alacena. Después tomó su abrigo del perchero y se lo puso encima de su camión. Intentando reprimir la histeria y el pánico abrumadores, se dirigió a la puerta de entrada y la abrió de par en par.

La nieve se apilaba a montones en la entrada, alcanzaba más de medio metro. Salió tambaleándose, conteniendo el miedo, paralizada al grado de no sentir el frío. Salió, la luz de la luna alumbraba la nieve, se quedó helada.

La nieve era de un color rojo reluciente y se extendía más allá de la reja de entrada; el manicomio estaba rodeado de un anillo escarlata que parecía una fosa de sangre fresca.

Había demasiada y se sentía demasiado enferma —demasiado *envenenada*— como para aventurarse a salir. Estaba atrapada. Tal como había asegurado Lucille: no tenía a dónde ir. A ninguna parte e iban a matarla como a las demás.

Thomas, ayúdame. Vio sus ojos azules, con frecuencia tristes, atormentados. ¿Acaso nunca la había amado?

No lo creo. No. Esa noche en el almacén cuando hablaron de una vida nueva...

Hicimos el amor. Era amor. Lo era. Lo era. Me amó. Aún me ama.

¿Pero importaba? Era un asesino. Y la mataría.

Recordó la noche en que bailaron. Había viajado a América por Eunice, no por ella. ¿Por qué había cambiado de opinión?

Alan. Alan, ayúdame. Le había recomendado proceder con cautela. De haberse tratado de su hermana, habría empleado palabras más duras. Y la posibilidad de su injerencia sin duda había salvado a Eunice de este destino infernal.

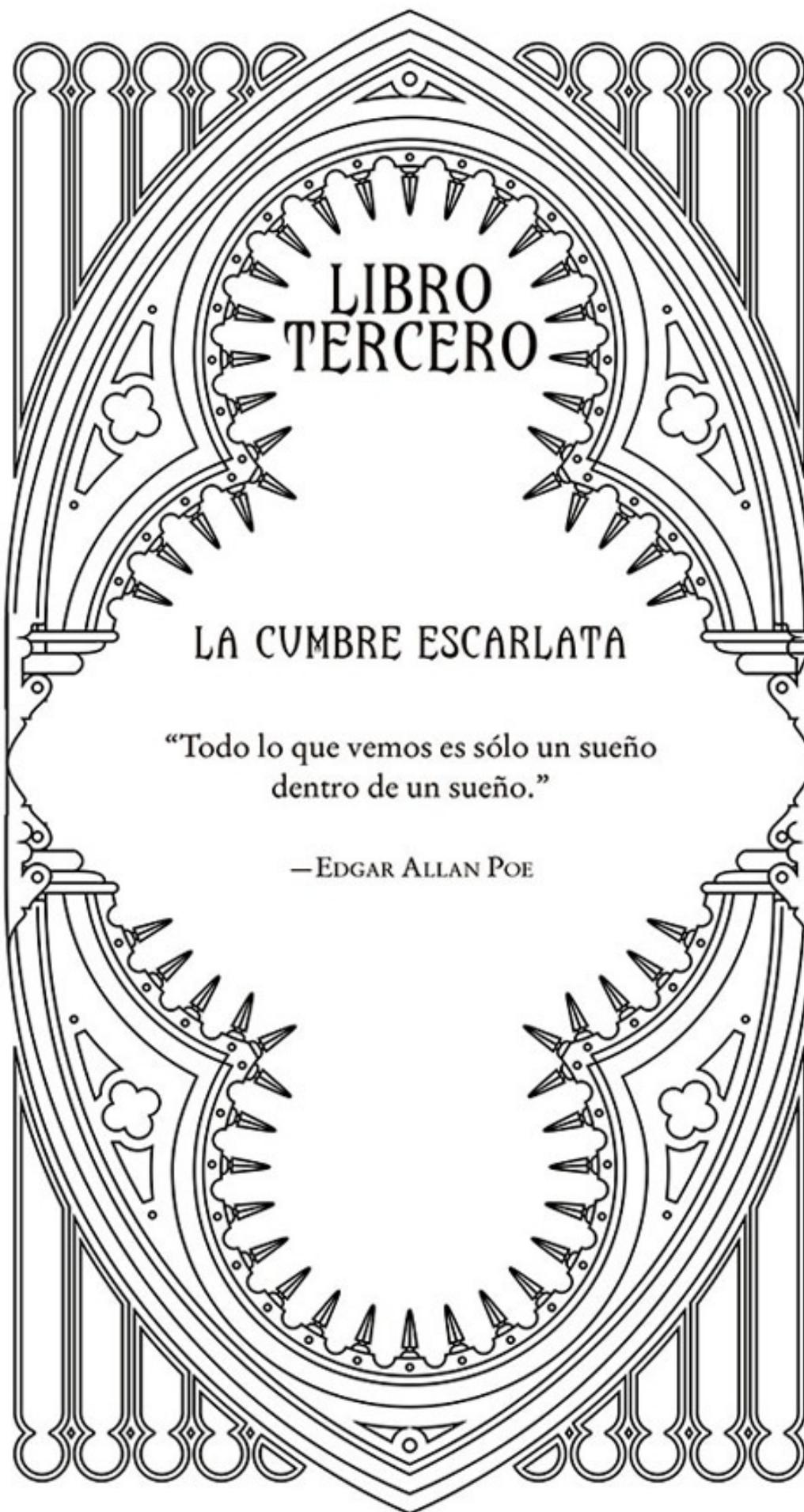
Ten cuidado con la Cumbre Escarlata. Su madre había regresado de su tumba para advertirle. Ahora lo sabía. Y no la había escuchado.

Porque no lo había *sabido*.

Edith se alejó de la puerta, un espasmo de tos la hizo doblarse de dolor. De su boca salió sangre a borbotones, tan roja como la nieve. Como si la propia Allerdale Hall hubiera sido envenenada y estuviera desangrándose bajo la luna fría e indiferente.

«No, no, no...», suplicó. Tenía que salir. Tenía que escapar. Tenía que irse.

Pero se desmayó y perdió el conocimiento.



CAPÍTULO VEINTIDÓS



Luz amarilla le cubría la cara. Edith abrió los ojos para encontrarse con la derrota. Estaba de vuelta en la habitación que compartía con Thomas, arropada debajo de varias cobijas que le apretaban las piernas. Lucille estaba ahí, esperando, sostenía una bandeja. Cuando vio que Edith despertaba, sonrió preocupada, dulce.

—¿Edith? —dijo alegre—. ¿Edith? ¡Querida! Te encontramos cerca de la puerta. ¿Te sientes mejor?

Enferma, mucho más enferma. Y en peligro mortal. Edith intentó levantarse. La habitación se inclinó excesivamente. Incluso en su semidelirio, sabía que no debía revelar nada. Su vida dependía de su ignorancia. Aún no había entregado su fortuna y debía convencerlos de que lo haría. La mantendrían en condiciones de sostener un bolígrafo y garabatear su firma. De escribirle a Ferguson e indicarle que le entregara a Thomas hasta el último de sus centavos.

Y después la matarían.

De cualquier modo la náusea y los calambres excesivos superaban su capacidad de resistir en silencio.

—Necesito ir al pueblo... ver a un doctor —arrastró las palabras.

—Desde luego —Lucille la tranquilizó—, pero me temo que estamos atrapados por la nieve. Tal vez en uno o dos días.

Lucille se sentó y extendió una cucharada de avena, tentando a Edith como uno haría con un niño.

El bebé, ese pobre bebé. Sacudió la cabeza. Había visto fotos de un bebé anoche, ¿cierto? Estaba atontada. Confundida. Exhausta. Tenía que irse.

Alejarse de la Cumbre Escarlata.

Tengo que recuperarme. Necesito pensar con claridad. Sintió un espasmo en el

corazón y temió sufrir un infarto.

—Debes comer, querida. Debes recuperar la fuerza —Lucille intentó darle avena—. Cuidé a Mamá en esta cama. También puedo cuidarte, mi cielo.

Edith la escuchó pero no dio señales de querer comer. Decidida, Lucille dejó el tazón y le sirvió una taza de té.

—Verás, Padre odiaba a Madre. Era un salvaje. Le rompió la pierna. Se la rompió en dos con el tacón de su bota.

Edith se quedó boquiabierta. Nunca había escuchado tal cosa. ¿Lucille lo estaba inventando? ¿Con qué fin?

—Nunca se recuperó del todo. Estuvo postrada en la cama durante mucho tiempo. Yo la cuidé. La alimenté. La bañé. Le cepillé el cabello. Se recuperó gracias a mí. Haré lo mismo contigo. Te recuperarás gracias a mí.

Mantén la calma, Edith se advirtió. Sin embargo, estaba aún más temerosa. La legacía Sharpe implicaba una intensidad de violencia y locura que nunca había soñado. Si lo que Lucille le acababa de revelar era cierto, no era de extrañar que los muertos merodearan los pasillos y que el suelo sangrara.

Lucille estaba a punto de decir algo más cuando Thomas entró a la habitación empujando una silla de ruedas de mimbre. Edith sintió mucho miedo. Era la silla de ruedas en la que Pamela Upton había estado sentada en la fotografía. Con Thomas. Sosteniendo la taza de té que Lucille había empleado para servirle un sinnúmero de tazas de té de bayas de *Pyracantha*. Demasiadas para llevar la cuenta. Le estaban quemando los órganos, torturándola, matándola.

—¿Qué es eso? —Edith preguntó con voz aguda.

—Para ayudarte a desplazarte —Thomas respondió fingiendo alegría. Sin embargo, no lo conseguía. Su sonrisa no se le extendía a la mirada y titubeó. Miró a su hermana—. Me haré cargo de Edith. Déjalo.

Lucille le lanzó una mirada desafiante, pero Thomas se negó a cambiar de parecer. Lucille accedió, se levantó y le plantó a Edith un beso amoroso en la frente al tiempo que colocó la taza del té mortal en sus manos.

—Pronto saldrás de esta cama —murmuró—. Lo prometo.

Salió de la habitación. Thomas tomó asiento y le retiró la taza de té.

—No lo tomes.

La esperanza la invadió como los vientos helados que inyectaban aire a través de las chimeneas y con ello daban aliento a Allerdale Hall. No quería lastimarla. Le perdonaría la vida. Lo haría. Pero estaba tan *enferma*...

Y quizá por eso le había retirado el té. No porque se hubiera arrepentido, sino porque tenía que mantenerla viva hasta que le diera su dinero.

Le dio la avena poco a poco. Con amabilidad. Como un esposo amoroso cuidaría a su joven esposa enferma. Sabía muy dulce, tenía un chorrito de miel y mantequilla.

—Come —insistió—, necesitas recuperar la energía.

—Necesito ver a un doctor —suplicó.

Se mostró afligido y luego se le iluminó la mirada. Parecía... transformado. Como si le hubieran quitado un peso considerable de encima. Todo en ella esperaba. Todo en ella rezaba, incluso sus uñas y pestañas.

—Finlay está ausente en el invierno pero yo mismo limpiaré una senda para llegar al camino principal. Te llevaré al pueblo.

Gracias, Dios, gracias, Dios, se apresuró. Thomas, ámame. Sígueme amando. Sálvame.

—Sí, sí —dijo entusiasmada, casi enloquecida debido a su desesperación—. Me gustaría mucho irme. Los dos. Solos.

Le dio otra cucharada de avena. Y después su semblante cambió. Edith estaba aterrada, creía que lo había malinterpretado... o que había cambiado de opinión.

—¿Thomas? —hizo todo lo posible por no revelar su terror—, ¿qué sucede?

—Esas apariciones de las que hablas —hizo una pausa—, hace mucho que siento su presencia.

Lo miró aturdida.

—¿En serio?

Inclinó la cabeza.

—Al principio de un vistazo. Furtivas, casi tímidas. Después las sentí. Figuras, de pie en una esquina oscura. Ahora también las siento, moviéndose, arrastrándose, mirándome. Listas para mostrarse.

—Es hora. Quieren que las veas —declaró—. ¿Pero por qué? ¿Quiénes son Thomas?

Parecía estar mirando a un punto inaccesible para ella. ¿Estaría repasando su vida con cada una de las mujeres que no había rescatado? ¿A quién había asesinado él mismo? ¿Eran ellas los espectros? ¿Qué había del fantasma malvado y furioso de su madre que le había exigido a Edith que se fuera?

—Están atadas a esta tierra. A esta casa. Igual que yo. Con el tiempo te contaré todo. Ahora come. Mejórate. Debes marcharte de este infierno tan pronto como sea posible.

No sabía por qué había decidido rescatarla. No sabía qué significaba ni cómo lo conseguirían. Sin embargo, haría lo que le pedía: comería, se recuperaría y se iría. Si bien era un sacrificio enorme porque se sentía muy mal, se obligó a comerse la avena empalagosa.

Cuando el estómago se le contrajo y sintió el abdomen arder, también se obligó a no llorar.

*

A Thomas le temblaba la mano mientras alimentaba a Edith, aunque ella no parecía

notarlo. Se encontraba en un estado deplorable. Casi había muerto congelada afuera en la nieve y la habían encontrado con la boca cubierta de sangre. El veneno estaba surtiendo efecto. Rezó porque no fuera demasiado tarde para revertir el efecto. El final siempre era agonizante. Después de Pamela se hizo a la costumbre de nunca estar en casa cuando sucedía. Había salido a cabalgar cuando Margaret y al pueblo cuando Enola. Lucille se había quedado con ellas. Lucille se había encargado.

Cuando Edith se terminó la avena, Thomas llevó la bandeja a la cocina. Lucille estaba ahí, caminando de un lado al otro; se preguntó cómo demonios sacaría a Edith de la casa sin que ella se diera cuenta. Lo detendría. Tendrían que diseñar un plan.

¿Cómo puedo hacerle esto a Lucille? Edith le confesará al mundo entero.

—Sabe todo —los ojos oscuros de Lucille brillaban mientras lavaba la taza de té. Estaba agitada. Thomas conocía las señales de sobra.

—Está enferma —Thomas dijo de inmediato—, tal vez esté muriendo.

Lucille lo miró como si hubiera perdido la razón por completo. Estaba tan atónita que movió los labios sin emitir palabras.

—Por supuesto que se está muriendo, me aseguré de eso —declaró, lo escudriñó para asegurarse de que la escuchara bien. Después prosiguió—. Se robó la llave del baúl —le mostró el llavero—. ¿Lo ves? La regresó pero está mal colocada. Bajó a las minas también. Y creo que ha dejado de tomar el té.

Lucille enumeró las faltas que le atribuía a Edith, pese a que había sido Thomas quien impidió que Edith siguiera tomando el té. Había visto a Lucille hacer lo mismo en otras ocasiones, en circunstancias distintas. Cuando aún tenían servidumbre, Lucille había despedido a una de las sirvientas por haber despostillado una taza de té que ella misma había tirado. La muchacha se había defendido, insistió que la señora *sabía* que ella lo había hecho y en respuesta a su insolencia, Lucille había descontado del salario de la muchacha el precio de la taza y unos centavos más para cubrir el té que se había desperdiciado. Incluso había culpado a Finlay de omitir reparar las bisagras de la puerta de su habitación, aseguraba que se abría en el transcurso de la noche. Lo había «amonestado» por esa falta y le había advertido que de ocurrir de nuevo, Thomas lo despediría.

Thomas había visto a Finlay reparar la puerta mientras los dos hablaban de la segadora. Le había devuelto su salario y le había ofrecido disculpas.

Thomas no desafiaba a Lucille de frente. Simplemente la evitaba. Eso hacía ahora, con Edith. Mas nunca había llevado su duplicidad a tales extremos.

Lucille volvió a recorrer la cocina, más rápido, cerró los puños.

—No importa en lo absoluto. Puse el veneno en la avena —comenzó a lavar el servicio del té.

Thomas se quedó estupefacto. ¿Por qué no lo había considerado? Entonces había llegado la hora. Debía decir algo, desafiarla.

—Lucille... basta —dijo. Casi le faltó valor, pero insistió. Durante años Lucille

había sido su defensora, su campeona. Se había llevado la peor parte de la furia de su padre, el abuso y la degradación de su madre para salvarlo. Gracias a ella, no había muerto de hambre. Había sido ella quien lo había alentado a modernizar el proceso de extracción y también a quien se le había ocurrido el plan de casarse con una heredera. ¿Por qué no? Es lo que había hecho su padre. Y se habían vengado por ello.

Habían acordado nunca separarse. Y en muchos sentidos, matar a quien intentara hacerlo. Si bien él solo tenía ocho años cuando sellaron esa promesa, siempre tuvo presente el recuerdo de ese día. Lo había atormentado durante toda su vida.

CAPÍTULO VEINTITRÉS



ALLERDALE HALL, HACE VEINTICINCO AÑOS

«¡Locos de atar!», Sir James Sharpe, barón, vociferaba en contra de los tres hombres sangrando que se encogían de miedo ante él. Thomas, que tenía ocho, y Lucille, que tenía diez, estaban ocultos detrás de las cortinas pesadas en la biblioteca. Thomas observaba entre los paneles a su padre, enorme y fornido, aterrador como un ogro. Sir James tenía una melena desordenada de pelo negro y grueso y cejas que hacían juego, vestía en su conjunto de caza: abrigo rojo, pantalones y botas negras grandes. Los hombres no estaban sangrando. Estaban cubiertos de arcilla roja.

Lucille le había estado mostrando a Thomas que al doblar las páginas de varios libros en la biblioteca como si fueran un abanico, se podían ver las imágenes más indecentes posibles. Thomas había estado ansioso. Después su padre había entrado atropelladamente junto con los mineros y Lucille había jalado a Thomas para ocultarse.

—¡Intenten calentar sus estufas con arcilla! —su padre prosiguió. Golpeaba la fusta en su bota. *Tap tap tap*—. El grisú es un gas que se encuentran en las minas de carbón. Y en mis tierras no hay minas de carbón.

—Pero señor, algo pasó —el mayor de los tres hombres afirmó. Estaba encorvado e inclinado—. Algo explotó. Hay niños quemados.

—Por amor de Dios, hable como un ser humano —los golpeteos se agudizaron, cada vez golpeaba la fusta más fuerte en la bota de piel.

—Con todo respeto, Su Señoría. Nuestros hijos se quemaron y queríamos que Lady Sharpe viniera o llamar a un doctor.

—¡Como un ser humano! —gritó con los ojos en llamas—. ¡Y Lady Sharpe no

bajará a curar a sus mocosos! Lady Sharpe es una cretina, está arriba atiborrada de láudano, y no le es útil a nadie, sobre todo a mí.

—Entonces el doctor, señor —el señor imploró—, los niños están muy mal.

—¡Dios santo! ¡Largo de mi casa! ¡Su ignorancia ha lesionado a sus mocosos y ahora me quieren robar para arreglarlo! ¡Largo antes de que sean *ustedes* quienes necesiten un doctor!

Empezó a azotar al anciano, quien levantó los brazos para protegerse la cabeza mientras los otros dos lo sacaban de prisa de la habitación. Thomas estaba tanto horrorizado como emocionado; en su euforia, jaló la cortina y esta se vino abajo.

—¡Qué demonios! —gritó su padre.

—Debajo —Lucille le susurró a Thomas bajo las cortinas y lo empujó hacia el sofá de dos plazas acolchado y con patas muy largas—. ¡Ahora!

Thomas salió como una flecha en el momento en que la fuerte estampida de las botas de su padre se acercó. Se escabulló bajo el sofá y se asomó. Sir James había estado jalando la tela de damasco y la lanzó a un lado cuando encontró a Lucille debajo. Levantó la vista aterrorizada. La tomó de la muñeca y la puso de pie de un jalón. Tenía los ojos abiertos de par en par. Y la cara pálida.

—¿Qué estás haciendo? ¿Con un demonio, qué...?

Se apartó. Estaba inclinado, mirando. Los libros. Los vio. Levantó uno y lo sujetó un momento. Después volteó para mirar a Lucille como si nunca en la vida la hubiera visto.

—Maldita *perra* —dijo en tono furioso y tenso—. ¿Cómo has podido?

Respiraba con dificultad.

—Lo siento, Papá. Yo-yo... —se soltó a llorar—. Por favor no me lastimes. Lo siento mucho.

—¿Dónde está tu hermano?

—En la guardería —respondió rápido sin mirar a Thomas.

—¿Vio esto?

—No, no, es un niño bueno.

—Y tú eres malvada, muy malvada —levantó la fusta por encima de la cabeza—. Dilo.

Lucille se encogió.

—Soy malvada —lloró—, por favor Papá.

—Otra vez.

—Soy malvada —las lágrimas le cubrían el rostro.

El fuste cayó con fuerza en su hombro y se desplomó. Thomas contuvo la respiración.

De nuevo y se cayó sobre una rodilla. Se acomodó para hacerlo de nuevo, Lucille le lanzó una mirada de advertencia y dijo:

—¡No!

—¿No? ¿Te atreves a contestarle a tu padre?

—No, Papá, quise decir que no me atrevo —dejó caer el fuste en sus manos mientras Lucille se cubría con ellas la cabeza. Gritó—, ¡por favor, Papá!

—Eres igual de mala que tu madre. Es una ramera inmoral. ¡Dilo!

—¡Es una ramera inmoral! —Lucille gritó.

—¡Ven conmigo para que se lo digas a la cara!

Se inclinó, tomó un libro y la sujetó del antebrazo. Lucille miró en dirección a Thomas y sacudió la cabeza en señal de que se mantuviera oculto.

Iba llorando cuando salieron de la biblioteca. Cuando estimó que era seguro, Thomas salió del sillón a toda velocidad y abandonó la biblioteca de puntitas. Jadeando y temeroso subió las escaleras y se ocultó en el ático, en donde se sentó sin moverse hasta que oscureció y las palomillas salieron de sus escondites.

Seguía esperando a Lucille, sentía muchísimo que la hubieran castigado por algo que habían hecho los dos. Aunque lo cierto era que también se alegraba de no haber sido descubierto. Su vergüenza estaba en conflicto con su alivio.

Decidió hacerle un regalo. Observó a las palomillas revoloteando y cortó dos pedazos de papel negro de su colección de materiales de arte. Le hizo una palomilla cuyas alas abrían y cerraban al jalar un cordón que conectaba las alas con un hilo en la espalda de la palomilla.

Justo la terminó cuando Lucille entró tambaleándose. Se veía muy mal, tenía el cabello castaño despeinado hacia todas partes y tenía los ojos y la nariz inflamadas de tanto llorar.

—¡Lucille! —gritó y la abrazó. Lucille se dobló de dolor.

—Thomas, nunca debes confesar que estuviste en la biblioteca o tendré que pagarlo. Papá piensa que eres el bueno y si descubre que no lo eres, me castigará por ello.

Le tembló el labio inferior.

—¿No soy el bueno?

—No —respondió con tristeza—, no me habría metido en problemas si no me hubieras pedido ver los libros.

—¿Ver...? —frunció el ceño—, pero *no* pedí ver los libros.

—Sí, me lo pediste —respondió con seguridad—. ¿No recuerdas? Dijiste que Polly te habló de ellos, así que los sacamos y te enseñé cómo verlos.

—¿Sí? —estaba perplejo. Polly era una de las sirvientas y era muy bonita, pero no recordaba nada de aquello.

—Y Papá quiere más a Polly que a ti. O a mí —añadió con amargura—. Te culpará a ti, no a ella, por portarte mal.

—Pero yo no... —comenzó a decir, aunque no estaba seguro. Estaba confundido. Tenía las mejillas rojas y las manos sudorosas.

—Esta palomilla es hermosa —murmuró Lucille, tomó el juguete que le había hecho—. ¿Cómo la hiciste?

—Pegué el cordón así para que cuando lo jales, las alas se extiendan —sonrió

expectante—. Te la hice porque lamenté que te lastimaran. Eso debe significar que soy bueno. ¿No Lucille? ¿Que soy bueno porque lo lamento?

Lucille sacudió la cabeza. Hizo que la palomilla aleteara.

—Papá le dijo a Mamá que quiere mandarnos lejos. Tú irás a un internado y yo a una academia para señoritas en Suiza.

—¡No! —estaba aterrado.

—No podemos permitirlo. Debemos prometer que no dejaremos que nos separen, nunca.

—¡Lo prometo! —Thomas gritó y extendió la mano—. Lo prometo con todo mi corazón.

Lágrimas plateadas descendieron por las mejillas de Lucille.

—Tu corazón es muy pequeño. Eres mi dulce niño, pero ¿qué podemos hacer para detenerlo?

—Cortarlo en pedacitos. ¡Empujarlo a la mina y que explote!

—Ay, Thomas —sonrió a través de las lágrimas—, si tan solo pudieras.

*

Dos años después, en presencia de Thomas al filo de una madrugada en la que su padre saldría de cacería, Lucille había cortado casi en dos la cincha de la silla de montar de su papá y había sacado dos clavos de la herradura de su caballo. A su padre se le había roto el cuello a causa de la caída. A Thomas le había quedado claro que Lucille también lo había drogado para asegurar la caída.

—Mamá me enseñó —le dijo a Thomas en el tono más dulce.

Y dos años después, Mamá había muerto.

*

Thomas despertó de su abstracción. Lo había provocado tantas veces y siempre había hecho lo que ella le había indicado, como uno de sus autómatas. Y les había funcionado a ambos. A él.

Sin embargo, ahora... los cimientos mostraban grietas. No estaba de acuerdo con ella. Al mirar a su hermana, al percibir su energía irradiar como el vapor que había expulsado su máquina, se sintió singularmente mareado y muy asustado.

—¿Debe ser así? ¿Edith? ¿Debemos...?

Lo volteó a ver incrédula, se secó las manos. Identificó en sus ojos castaños la fuerza de voluntad suprema que le había asegurado a Carter Cushing que él mismo

poseía. Sin embargo, Lucille había sido la titiritera detrás de su actuación tan compleja.

—Sí, Thomas. Debemos. Y yo lo haré.

No lo podía soportar. Edith no era como las demás. Esas mujeres que lo adoraron habían sido como Eunice McMichael: atraídas por sus dotes sociales, enamoradas de su título. Cuando lo miraban arrobadas, veían al Príncipe Valiente, como debían hacerlo. Eunice había sido la más ilusa de todas. Le había preguntado las cosas más ingenuas, como qué debía ponerse cuando la Familia Real lo llamara, algo que nunca había sucedido, y si tenía una corona.

Edith, en cambio, había visto a un hombre y a uno listo. *Era* inteligente. *Era* ingenioso. Como su padre, a quien Thomas había admirado tanto. Como buen americano, aquella nación de constructores, en donde a una persona se le definía por sus logros y no por su apellido. Edith tenía sus propios sueños. Y había deseado ayudarlo a cumplir los suyos. Había sido él quien había quedado hipnotizado. Se había enamorado de ella y ese amor lo estaba cambiando. ¿Acaso podría *ser* diferente? ¿Oprimir un botón y actuar diferente? ¿El mago de la planta alta podía inventar trucos nuevos?

No.

Pero yo sí puedo. Tengo voluntad propia.

Era una noción aterradora.

Lucille interpretó la negación en su semblante y él, *su* terror.

—No tienes idea de lo que harían —Lucille dijo en tono agudo—. Nos llevarían lejos de aquí. Nos encerrarían. Perderíamos nuestra casa... nos separarían. Te colgarían.

Tenía razón, a ella no la colgarían. Rara vez ejecutaban a las mujeres. En cualquier caso él asumiría la culpa. Solo si los descubrían. Solo si se conocía su historia. ¿En dónde terminaría Lucille en ese caso?

Siempre había tenido razón. Sabía qué era mejor para ellos. Y él se lo debía todo.

¿Pero era capaz de entregarle la vida de Edith?

Ardía por dentro, hielo y fuego, tentaciones puras, intenciones mancilladas. Imaginó la sangre escarlata de su linaje corriendo por sus venas; la aristocracia había puesto ese componente en su sangre, pero la suya estaba completamente podrida. Era todo lo que conocía, todo lo que era.

Se le llenaron los ojos de lágrimas; estaba perplejo. No sabía qué hacer. ¡Ah, Edith! Si supiera lo que he vivido, si tan solo supiera. Entendería, ¿no es así?

—Juntos, nunca separados —Lucille entonó. Había sido su voto en las largas noches de tormento. La locura de sus dos padres. Nadie en sus vidas había intentado ayudarles. Institutrices e instructores, clérigos y médicos habían visto la miseria en sus caras, el vacío en sus ojos y nadie se había atrevido a hablar. Su padre era demasiado poderoso y su madre demasiado aterradora.

Nadie salvo Thomas había visto las marcas del látigo y los moretones en el

cuerpo de la pobre Lucille. Su madre había disfrutado castigándola, ni siquiera se molestaba en averiguar de quién había sido la culpa antes de atacar a Lucille. Una vez que su hermana confesaba la infracción en turno, era como abrirle las puertas a la ira de su madre.

Lucille siempre se culpaba: *fui yo*.

Y el pequeño Thomas siempre había estado demasiado asustado como para hablar.

Ahora, en la cocina, también lloraba.

—Lo sé, lo sé.

Lucille parecía pequeña y asustada, como él en aquel entonces, cuando le había permitido recibir los castigos. Cuando no se había atrevido a hablar. Cuando no había sido un hombre.

Tenía que serlo, por Edith. Por fin había llevado luz a esa casa, a su mundo. A su *alma*. Podía salvarla como no había salvado a Lucille.

Aunque la amaba, de verdad la amaba; había sido su mundo durante toda su vida.

—¿No podrías dejarme, o sí? —Lucille le preguntó.

—No podría, no podría —respondió entre el llanto.

Le limpió las lágrimas con sus besos. Se aferraron el uno al otro, huérfanos que pudieron haberse sentido liberados después de la muerte de sus padres, casi demoniacos, pero que en cambio, vivían atormentados. Carentes de todo salvo de oscuridad. Demasiado tarde, ¿era demasiado tarde para ver la luz?

*

Observaba, se regocijaba. Los tenía donde quería.

¿Qué había de los espectros insignificantes y tristes que exigían justicia?

Intrascendentes.

Y deliciosos.

Fuera, el anillo escarlata de nieve se hacía más grande, una ciénaga succionadora hecha de arcilla sangrienta, los pecados de los Sharpe eran visibles para todos.

He aquí que les muestro un milagro.

Ante ustedes el séptimo círculo del infierno.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



ESA MAÑANA

Había estado nevando en Búfalo cuando Alan comenzó su viaje hacia casi dos semanas.

En Londres le habían dicho que las nevadas habían registrado niveles históricos. En Cumberland se vivía lo peor; una más en una serie de nevadas críticas que había cerrado la mayoría de los caminos. No había visto otra alma en días.

Para cuando llegó al almacén de la oficina de correos y descendió de su carruaje cubierto, estaba más que congelado. Pese a haberse criado en Búfalo, nunca había sentido tanto frío. Deseaba quedarse un rato para comer una comida caliente y darse un baño aún más caliente, sin embargo, nada lo detendría para llegar con Edith ahora que estaba tan cerca. Desde la revelación de Holly de que Sir Thomas Sharpe ya estaba casado, Alan se había encontrado en un constante estado de temor por ella. Cushing había sabido que Sharpe era un cazafortunas, ¿acaso había sabido que el hombre también era bígamo? ¿Su supuesta hermana, Lady Sharpe... era en realidad su esposa?

Entumido dejó su equipaje un momento y se dirigió a un hombre que parecía funcionario:

—Necesito indicaciones para llegar a Allerdale Hall.

El hombre negó con la cabeza.

—En ese caballo no puede llegar. Y no tenemos ninguno. Cerramos durante el invierno.

Alan gruñó para sí. Los británicos eran demasiado rígidos.

—¿Puedo llegar caminando?

El hombre hizo una mueca y miró con énfasis a la tormenta.

—Está a más de dos horas por ese camino.

Alan apretó la mandíbula.

—Entonces más me vale salir de inmediato.

Se dispuso dejar almacenado su baúl, pero decidió llevarse su maletín médico. Cuando el empleado del correo le entregó un recibo, los habitantes del pueblo se le quedaron mirando, desaprobaron la ignorancia testaruda de aquel joven. Algunos susurraron y logró escucharlos. Un americano que no tenía idea de lo que sucedería si el clima empeoraba *en serio*. Un hombre que llevaba una bufanda amarilla brillante argumentó que alguien debía acompañarlo, mas no se ofreció a hacerlo.

Molesto y más que un poco preocupado de si sobreviviría la caminata, Alan se envolvió la cara con la bufanda, se acomodó el sombrero y regresó a hacerle frente al clima. La nieve caía más fuerte y para empeorar la situación, había empezado a caer aguanieve.

Un hombre mayor salió tras él con la mano levantada, pero se arrepintió. Detrás de Alan la puerta del almacén se cerró y se encontró solo en un mundo de nieve y hielo.

*

Horas después, ráfagas de aguanieve golpeaban a Alan a medida que avanzaba tambaleante por el camino.

«*Los árboles se mueven, los cadáveres asienten, las alas se baten, las voces se escuchan claramente: “¡Oh, caballero justo y leal de Dios! ¡Sigue cabalgando! ¡El premio está cerca!”*».

Adoptó una expresión ceñuda, tensa. Si tan solo supiera cabalgar.

Había estado recitando el poema de Tennyson sobre Sir Galahad una y otra vez para mantenerse activo. Estaba cubierto en sudor congelado y sediento como nunca había estado. Y cansado. Muy, muy cansado. Para caminar tenía que levantar el peso de la nieve con las puntas de las botas, cada paso era un esfuerzo y la nieve seguía cayendo, llenando y ocultando las huellas que iba dejando atrás.

No le quedaba más remedio que seguir adelante, pese a la tentación de colapsar en el aguanieve. Debió haber escuchado al hombre del almacén, debió haber descansado y comido. Si Edith estaba en apuros, ¿cómo iba a ayudarla? Ella pagaría el precio de su arrogancia. No era ningún caballero en armadura reluciente.

Su pie derecho atravesó una capa granulada de nieve y se resbaló en cristales de hielo. Empezó a caer hacia delante, giró los brazos a toda velocidad y tiró su maletín. Rozó el tronco larguirucho de un árbol con su mano derecha y se aferró con fuerza. Se sujetó con la izquierda y recuperó el equilibrio.

Los músculos de sus muslos le temblaban, hizo una mueca y respiró con

dificultad. Después se percató de que su apoyo no era el tronco de un árbol sino un poste marcado y maltratado, con nieve incrustada.

La parte superior estaba rota así que no había señal de su propósito original, salvo que estaba plantado frente a un cruce en el camino. Frunció el ceño. Las indicaciones que tenía para llegar a Allerdale Hall no incluían ninguna intersección de ese tipo. Una oleada de ansiedad le descendió por la nuca; uno por uno sacó los pies de los trozos de nieve apilados y azulados y examinó el extremo dentado del letrero. Inspeccionó la zona para buscar la parte superior del poste, pero un recorrido visual no reveló más que un par de ramas y piedras grandes. El viento servía de contrapunto para el crujido de sus botas; a desgana rodeó el poste y para comprobar, pateó algunos trozos de nieve. Los primeros tres se colapsaron, pero el cuarto resistió. Se arrodilló para levantarlo.

Ansioso, desenterró con las manos los restos del letrero de madera. Había estado oculto bajo la nieve durante tanto tiempo que se había podrido. Leía: dale 5 κΙ. ¿Quería decir que Allerdale Hall estaba a tan solo cinco kilómetros de distancia? Una hora, entonces, si mantenía un ritmo constante.

Y si tomaba el rumbo correcto. ¿Debía ir hacia la derecha o izquierda de la intersección? El letrero no lo indicaba. Intentó sostenerlo pero al hacerlo, el fragmento mojado y fibroso se deshizo en sus manos.

Alan maldijo y tiró las piezas, el viento fuerte e implacable se las llevó y las mezcló con la nieve. No se imaginaba abriéndose camino entre capas de nieve y ráfagas afiladas como rastrillos un kilómetro y medio más, mucho menos cinco. O diez si descubría que había elegido el camino equivocado.

¿Acaso había una figura humana de pie frente a él? Entrecerró los ojos para examinar una mancha espesa cuyo relieve intenso contrastaba con el paisaje blanco. Entonces sintió el peso de todas las noches en vela en el barco de vapor. Esperó. Cada molécula de su cuerpo temblaba de ansiedad. Necesitaba ayuda; si los muertos intervenían en los asuntos de los vivos, rezó porque lo hicieran ahora. Jadeaba debido al frío y la fatiga, estaba listo para la revelación.

Sin embargo solo era el poste. Tensó la mandíbula, se sintió ridículo y desesperado. Había tanta nieve que temía ahogarse en ella. Tenía los tobillos enterrados y ya empezaba a cubrirle las espinillas. *Dios santo*, estaba exhausto. Si tan solo pudiera recostarse para recuperar la fuerza.

Si te recuestas, no te volverás a levantar, se dijo con severidad. *Muévete, hombre, de lo contrario morirás aquí*.

Miró a la izquierda, estudiando el horizonte sin árboles... se percató de que la vista a su derecha estaba cubierta de bosque. Si bien estaba oculto bajo la nevada densa, se percibía que la tierra estéril a su izquierda descendía a un cuenco. No era natural; el resto del área consistía en montes bajos y ondulantes. Se quedó pensando. ¿Qué le había dicho el señor Desange? Que los romanos habían cavado otra mina. Y que la mina se localizaba a un lado de la propiedad de los Sharpe.

Parpadeó. ¿Estaba viendo bien? Avanzó tambaleante. Charcos de sangre manchaban la nieve. Se acercó deprisa.

No, era arcilla. Claro que era arcilla. El tesoro escarlata que había motivado a Sir Thomas Sharpe al fraude y quizás incluso a asesinar.

A la izquierda entonces.

«*Los árboles se mueven, los cadáveres asienten, las alas se baten...*».

Alan siguió caminando.

*

Edith despertó, si bien estaba débil y mareada, agradecía seguir con vida. Entonces se le hicieron mil nudos en el estómago y sintió un dolor abrasador. Gruñendo, se tambaleó hasta llegar al baño y cayó de rodillas frente al excusado. Vomitó gotas de sangre, sintió espasmos despiadados en el estómago hasta que temió que no le quedaba más sangre.

Pensé que me había rescatado. Se llevó el té. Lo había jurado. Había prometido...

Sin embargo, se encontraba más enferma que nunca. El dolor era más de lo que podía soportar y le desconcertaba que Thomas hubiera considerado hacerle esto a ella.

Que se lo hubiera *hecho* a otras mujeres. Más bien, que le hubiera permitido a Lucille hacerlo.

Volvió tambaleándose a la habitación, se preguntó si él había logrado dormir pese al ruido que había hecho. No era posible que se hubiera quedado en la cama ignorándola. Ningún ser humano podía ser tan cruel.

—Thomas —dijo con voz ronca—. Thomas, estoy muy enferma. Necesito ayuda.

Descubrió las sábanas. No había nadie.

La silla de ruedas: se dejó caer en ella y comenzó a empujar las llantas con la poca fuerza que le quedaba. Era incapaz de pensar más allá de su necesidad inminente de pedir ayuda. Asesinarla era una cosa pero ¿hacerla sufrir de ese modo?

Las llantas rechinaron. Tuvo que detenerse y volver a empezar muchas veces. Apenas había conseguido llegar al pasillo y ya tenía el cuerpo empapado de sudor, los brazos le temblaban por el esfuerzo.

A medida que avanzaba lentamente, la invadió una sensación amenazante: si alguien iba tras ella, no podría escapar. Era un blanco desafortunado. Aunque siempre lo había sido.

Empujó las llantas, consternada por su debilidad creciente. No podría meter la silla en el elevador y nunca podría llegar al pie de las escaleras a menos que las bajara rodando. En todo caso, no importaba, no podía marcharse.

Pero sí podía ir a la cocina y poner algo en su estómago que absorbiera el veneno.

Pan. Había crema para el té. Necesitaba recuperar su fuerza.

Necesitaba, necesitaba.

¿En dónde estaba Thomas? ¿La había abandonado? Edith se había atrevido a creer que sobreviviría. Y ahora que el veneno terrible le laceraba los órganos casi deseaba morir. Sin embargo, no le daría el gusto, ni se daría permiso de rendirse. ¿Él y Lucille seguían en la casa? Si así era como asesinaban a sus víctimas — abarrotándolas de veneno y después dejándolas morir solas— era el método de los cobardes.

El método de Thomas.

¿Para qué prometerle ponerse de su lado y después no hacer nada? ¿Se regocijaba alimentando falsas esperanzas? Tal vez se había arrepentido.

O tal vez estaba fuera limpiando el camino. Enganchando el caballo al vagón.

Debe ser más rápido, se me termina el tiempo.

No podía morir ahí. No podía quedarse atrapada y grabar advertencias para la siguiente novia desprevenida.

A menos que sea la última. Con mi dinero tendrá los medios para su máquina. Al imaginar su rostro exultante frente al cuerpo destrozado de su padre se apoderó de ella una furia maligna. Thomas había sonreído muy poco en su presencia. No había enmascarado su malicia con tal naturalidad como Lucille. No había disfrutado lastimarla.

En cambio, Lucille sí.

No le daré la satisfacción de mi muerte. Y si Thomas mató a mi padre, no le tendré piedad.

Empujó las ruedas con las muñecas doloridas. Quizás acudiría pronto para ver cómo se encontraba. O quizá Lucille lo haría. Esa posibilidad la incitó a moverse más rápido, hizo un gesto de dolor cuando el esfuerzo le lastimó los músculos del estómago.

El pasillo se extendía frente a ella como el túnel interminable de una mina entre azul y gris. ¿Qué catástrofes merodeaban tras esas puertas esa noche? Se preparó para pasar frente a ellas, haciendo un esfuerzo con su cuerpo enfermo, luchando por no perder el control frente a fantasías atormentadas. Era imposible que Edith se encontrara más asustada.

De pronto un susurró flotó por el pasillo. Entrecortado, antinatural. Resonaba desde todas partes y ninguna.

Edith se sobresaltó cuando sintió que aire fresco le sobrevoló la cabeza como un suspiro gigante. Sílabas humeantes se entrelazaban por las cortinas y desperdigaban las hojas negras que cubrían el piso. Las telarañas vibraban como pelo muerto.

No había nadie. No apareció nadie.

Entonces se trataba de un vocero de la muerte.

Edith empujó la silla de ruedas y sintió un frío lacerante acompañado de unos dedos que se hundieron en su tórax y le oprimieron el corazón. Las sílabas se

convirtieron en palabras:

«*Lasciare ora. È necessario lasciare ora*».

Dejó de darle vueltas a las llantas y escuchó con atención. Era italiano. *Ora* significaba *ahora*.

Había algo en las escaleras. Sintió escalofríos de pies a cabeza, como si una mano tocara las teclas de un piano. La cosa se movió. Edith no conseguía verla; pensó en las fotografías de espíritus de Alan y se concentró.

Ver para creer. Yo creo.

Se materializó, volaba en el aire: un fantasma escarlata. Era una mujer cubierta de sangre que cargaba a un bebé, su larga cabellera flotaba como si estuviese sumergida en el agua. Tenía que ser Enola Sciotti. El bebé estaba enredado en su pelo y su semblante indicaba turbación extrema, como si le temiera más a Edith que Edith a ella.

Tal vez era así.

Edith reunió todas sus fuerzas, se levantó de la silla y caminó hacia el fantasma. El dolor que la desgarraba era físico, pero a juzgar por la expresión del fantasma escarlata, su agonía era más profunda, le llegaba al alma. Enola transmitía tal dolor y rabia que Edith casi mira a otro lado. Le dio la impresión de estar observando más de lo debido, de invadir la privacidad de la difunta.

Enola Sciotti, quien había amado tanto a Thomas Sharpe que había abandonado su casa y su familia y había permitido que la aprisionaran en esta casa.

Tal como Edith.

Habían matado a esa mujer y a su hijo. Le habían arrebatado la vida con cada una de esas tazas envenenadas y había muerto vomitando sangre. ¿Había cargado a su pobre bebé en el momento de su muerte? ¿Esa pena inimaginable sería la razón por la cual había deambulado todos esos años?

¿Cómo fueron capaces? ¿Cómo diablos?

Miró fijamente a Enola. Eran hermanas en esta locura infame. Sus destinos estaban entrelazados y Edith haría todo lo posible por aliviar el sufrimiento de esa mujer muerta.

—Ya no tengo miedo —le dijo—. Eres Enola Sciotti. Dime qué quieres de mí. Dime qué necesitas. *Confía en mí, cree en mí.*

Enola seguía suspendida en el aire y la miró. Levantó la mano y señaló el pasillo en donde se había aparecido el fantasma de Beatrice Sharpe y le había ordenado a Edith que se marchara de Allerdale Hall. Edith comprendió que quería que fuera hacia allá. Pese a su debilidad, Edith empezó a caminar y el fantasma desapareció.

Se encontró sola una vez más.

Escuchó a alguien tararear y reconoció la tonada que Lucille había tocado en el piano de la biblioteca. Inquietante, triste y sin embargo, tierna. Una canción de cuna. ¿Para el bebé muerto?

La melodía se filtró por la galería facetada que tenía delante, llena de tracerías

azules y polillas aleteando. Parecía no tener fin. La invadió la sensación peculiar de que los objetos detrás de todas esas puertas habían sido reacomodados desde el día que había tomado los cilindros. Todos los objetos, vistos como un todo, le podían contar una historia.

¿Qué había querido Enola que viera con tanta urgencia?

Siguió la tonada y por fin ubicó el sonido en el ático, detrás de una puerta. Inhaló profundo y abrió la puerta.

Encontró a Thomas de pie abrazando a una mujer, vio su rostro de perfil en contraste con la larga cabellera castaña de la mujer. El hombro desnudo de la mujer posaba para sus labios, sus caricias. Thomas tenía la cara enterrada apasionadamente en el hueco entre su pecho y su hombro. Ella se aferraba a él.

¿Quién era? ¿Una amante?

La mujer en el elevador. Su secreto. Por fin la conozco.

Thomas se sobresaltó, volteó, y al hacerlo, también lo hizo ella.

Edith se quedó boquiabierta. Era Lucille.

Y aquella era su habitación, llena de polillas y cosas muertas, un refugio para el secreto terrible de Thomas: Lucille era su amante.

CAPÍTULO VEINTICINCO



FUERA DEL ÁTICO

Thomas y Lucille escucharon a Edith respirar con dificultad y voltearon a mirarla al unísono. No podía creerlo, el rostro de Thomas era la imagen del pánico y la culpa.

¿Pero acaso habló?

Ni una sola palabra.

Lucille se le fue encima y Edith retrocedió, después salió a toda velocidad y en su salida chocó con una mesa de trabajo. Un equipo de montaje cayó ruidosamente; jarrones rodaron y se rompieron, liberando palomillas y mariposas que acosaron a Edith mientras aumentaba la velocidad y salía corriendo.

Esto no puede ser. No lo vi.

Lucille se acercaba.

El elevador. Era su mejor alternativa para escapar. Oprimió el botón y rezó para que llegara. Fue inútil: Lucille la alcanzó y la jaló con brutalidad del cuello de su camisón y del cabello. Edith sintió su histeria desmedida. Intentó soltarse, pero Lucille era más fuerte. Tenía el rostro desfigurado por el odio y la ira.

—Todo ha salido a la luz —Lucille afirmó triunfante, la volteó para encararla. La espalda de Edith azotó contra la reja de la galería—. No hace falta fingir. Esta es quien soy. ¡Este es él!

Después tomó a Edith por la mano e intentó arrancarle el anillo de compromiso granate del dedo. La reliquia de la familia Sharpe, atesorada por los muertos. El metal le rozó la piel y le quemó como si estuviera fundido.

Lucille lo jaló una y otra vez. Empujó a Edith al borde del balcón; sus talones rozaron en la madera podrida y se tambaleó, a punto de caer. Miró hacia el piso de

parqué y se aferró para sobrevivir. Este no podía ser el fin. Enola Sciotti no la había enviado a su tumba.

Sonó el timbre de la entrada.

En ese preciso instante Thomas apareció en el pasillo, con la mano tendida hacia Lucille y Edith. Su rostro pálido e inexpresivo, los ojos hinchados. Sus rasgos, desfigurados por el miedo, ¿por Edith o porque los había sorprendido?

—¡Alguien toca! ¡No lo hagas! —gritó.

La fuerza de Lucille era extraordinaria. Su rostro demostraba resolución implacable. Edith se resistió lo mejor que pudo, se aferró a ella, pero Lucille la superaba y Edith comenzó a soltarse. Enferma, inestable y luchando por su vida, cuando la luz iluminó la piedra roja entendió por fin que el anillo era importante para Lucille no porque fuera una reliquia familiar sino por su significado: la unión matrimonial con Thomas.

—¡Lo sabía! ¡Siempre lo supe! ¡No eres su hermana!

Por fin Lucille le quitó el anillo y abofeteó a Edith con fuerza descomunal.

—Qué delicioso —se burló de ella—, lo soy.

Después empujó a Edith de espaldas por el balcón. A medida que el piso la iba alcanzando, Edith sintió el impacto prolongado del golpe, su violencia. Cayó de cabeza, la siguió su camisón como si fueran alas. Las palomillas se escabulleron cuando cayó en picada. Esta sería una muerte mejor, más limpia, que la que habían planeado. Por lo menos se había salvado de eso.

Vio un barandal en cámara lenta, pero no pudo eludirlo y cayó con fuerza encima de él. El aire salió expulsado de sus pulmones. El piso de parqué se acercó deprisa para recibirla y se estrelló en las tarimas podridas. En el impacto, un destello de luz invadió su campo de visión. Debajo su cuerpo rezumó arcilla, ¿o eran su propia sangre y cerebro?

El timbre no dejaba de sonar. El sonido molesto la despertó. ¿O acaso el zumbido era producto de su imaginación?

Necesitaba tomar aire, pero no le quedaba nada. Estaba completamente vacía y cuando intentó inhalar, no hubo respuesta. Su pecho no se movía y la asfixia la oprimía como si una mano le estuviera cubriendo la boca.

El timbre volvió a sonar. Era real, no era una ilusión; sonaba fuera, no en su interior.

Encuéntrame, rescátame, imploró a quienquiera que había llegado. *Ven, por favor.*

Vio a Lucille, su mirada emitía locura y victoria y después todo se nubló.

*

En el sueño de Edith, el sol brillaba en un prado verde e iba de la mano de sus padres. Su madre a un lado y su padre al otro. Mamá la miró y le dijo: «*Thomas y Lucille no tienen siquiera esto. No tienen recuerdos felices a los que remitirse*».

Cuando abrió los ojos de nuevo sabía que seguía soñando. Alan McMichael la miraba fijamente y no podía ser real. Estaba en Búfalo... ¿o había viajado a Italia? ¿Por qué a Italia?

La carta de Enola Sciotti, recordó, y todo volvió de inmediato.

—Hola, Edith —dijo cariñoso, aunque en tono moderado y profesional—. Por favor no intentes hablar ni moverte. Estás bajo el efecto de sedantes potentes.

Alan, escúchame, Dios mío. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que seguía en Allerdale Hall. Thomas y Lucille estaban a su lado, observando. Dos buitres rodeando a su presa. Dios santo, ¿qué le harán a Alan?

Intentó advertirle, pero era demasiado para ella.

Su rostro estaba fuera de foco; ¿acaso ya era un fantasma?

—Apuesto a que te asombra verme aquí —le dijo a Edith y volteó en dirección a Thomas y a Lucille—, discúlpenme por llegar sin previo aviso.

Lucille sonrió con afectación, era la viva imagen de una cuñada preocupada:

—Caído del cielo.

—Llegué a Southampton ayer, debí haber enviado un telegrama —les sonrió a los tres—, pero supuse que disfrutarían la sorpresa.

Dile, dile, se ordenó, sacudiéndolo. Sin embargo, perdía y recuperaba la conciencia. Una parte de ella estaba con él en su guarida de piratas en su jardín trasero y otra, intentaba contarle sobre Enola Sciotti. Y Eunice estaba presente, riéndose de ella.

No, no Eunice.

Lucille.

—No sabíamos qué hacer. Es un milagro —Lucille le dijo a Alan—. Ha estado enferma, delirante.

Edith bajó la vista. Tenía la pierna vendada e inmovilizada. Debía ser obra de Alan.

—Me habló... —dijo.

—¿Quién te habló? —Alan le preguntó con delicadeza.

—Mi madre me estaba advirtiéndome —*tenía* que hacerlo entender—. La Cumbre Escarlata...

Extendió la mano y él la miró. Edith siguió su línea de visión. Era su dedo anular, rojo e inflamado después de que Lucille le había sacado el anillo.

—Delirante, ¿lo ve? —Lucille murmuró—. Pobre criatura.

Alan miró a Lucille.

Lleva puesto el anillo, mira el anillo, Edith le imploró. Incluso si lo hacía, para él no significaría nada. Era probable que nunca la hubiera visto lucirlo, aunque se lo había puesto en el momento en que Thomas le había propuesto matrimonio. Los

hombres no se fijaban en esas cosas.

Lágrimas de miedo y frustración corrieron por sus mejillas, y al mismo tiempo, la invadió un gratitud inmensa. Alan había dejado su trabajo, cruzado el mar y recorrido los páramos tempestuosos de Inglaterra para encontrarla, pese a poner su vida en riesgo. Edith no había entendido la fortaleza de su carácter ni la profundidad de lo que sentía por ella sino hasta ahora, y se arrepintió por no haberse permitido verlo antes, ya que siempre lo había tenido enfrente, como el aire a su alrededor y la tierra bajo sus pies. Debido a su ceguera, Alan, al igual que ella, era una mariposa para que esas dos palomillas la devoraran. Si descubría lo que ocurría, también lo matarían. Si lo convencían de dejarla con ellos, la matarían.

—Bebe —le puso una taza de té en los labios. *La taza.*

—¡No, no, no! ¡Por favor no! —gritó, haciéndola a un lado. Iba a desmayarse. Moriría, igual que él.

Alan...

*

Cuando Edith recobró el conocimiento, su «cuñada» fingió estar sumamente preocupada por ella. Alan guardó su equipo con énfasis mientras consideraba qué hacer.

—Lamento que la haya tenido que ver así. Pese a que se crio en la ciudad, la vida en las montañas le estaba sentando bien —hizo una pausa—. ¿Se quedará con nosotros? Hay que esperar a que pase la tormenta.

—Si insiste —Alan respondió pese a que la etiqueta exigía que por lo menos fingiera negarse. No era momento de guardar las formas—. Aunque... —cuando Lucille levantó las cejas supo que no debía revelar su terrible sospecha de que la caída de Edith había sido maquinada. ¿Pretendían que creyera que se había desplomado desde el piso más alto? Era un milagro que siguiera con vida, al igual que él—. Necesito un momento a solas con mi paciente —concluyó.

Lucille palideció y Sir Thomas dio un paso al frente nervioso. Su rostro revelaba aprensión y culpabilidad evidentes. Alan tuvo que contenerse para no golpearlo.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Sharpe.

—¿Le importaría? —Alan preguntó en tono amistoso e inocente—. Solo un momento. Debemos hacer todo lo posible para que sobreviva.

Lucille jaló a Sharpe de la manga.

—Bien, lo dejaremos doctor McMichael —afirmó—, con su paciente.

*

Una vez lejos del doctor McMichael, Lucille se tornó implacable, subió las escaleras con tal prisa que se saltó la mitad. Thomas la siguió, la aprensión lo tenía paralizado. Todo se estaba saliendo de control a una velocidad vertiginosa. Cuando había visto a Edith caer...

... Le agradeció a la Providencia que la duela estuviera podrida y el barro viscoso hubiera amortiguado su caída.

—¿A dónde vas? —le preguntó a Lucille. Sin embargo, lo sabía: al ático. La siguió, como siempre hacía.

Se dio la vuelta para verlo de frente.

—Alguien tiene que detenerlo. Solo quiero saber, hermano, ¿lo harás tú en esta ocasión? ¿O seré yo, como siempre?

Se le descompuso el semblante. Era incapaz de reconocer las emociones que se apoderaron de él: vergüenza, terror, desconcierto. Al llegar a su habitación, Lucille revolvió un cajón y sacó un cuchillo que conocían muy bien. Thomas retrocedió y ella resopló.

—Eso pensé —le dijo molesta.

*

Alan sabía que a Edith le quedaba poco tiempo. Le tocó la mejilla, le preocupaba lo húmeda y pegajosa que la tenía. Su mente iba a toda velocidad, repasaba situaciones hipotéticas para sacarla de ahí de inmediato. Esa gente debía tener caballos. ¿Podía Edith llevarlo al establo? ¿Tendría tiempo de enganchar un caballo a un carruaje o carreta? ¿Qué tan lejos irían para detenerlo?

Harán lo que sea, consideró.

Edith se levantó un poco. Era buena señal. Sería ideal si le ayudaba a escapar.

—Edith, escúchame. Vine para llevarte conmigo. ¿Me escuchas? Te llevaré conmigo ahora.

Lo miró a los ojos. Sin embargo, no estaba seguro de que podía entenderle. Le revisó las pupilas y luego el pulso, notó que luchaba por recuperar el control sobre su cuerpo.

—Ayúdame, ayúdame —respiraba con dificultad, estaba muy agitada—. Son unos monstruos. Los dos. *Alan*. Alguien tiene que detenerlos.

Intentó tranquilizarla.

—Sh, sh, lo sé. *Lo sé*. No les permitiré que te hagan más daño. ¿De acuerdo? Nos vamos.

La tomó del brazo.

—Tienes indicios de envenenamiento. Estás debilitada, así que debes

demostrarme que te puedes poner de pie.

De repente un perrito ladró a sus pies, dándole el susto de su vida. Alan lo silenció, cayó en cuenta de que los Sharpe lo habrían escuchado. Se les había agotado el tiempo.

Comenzaron a caminar, pero Edith se tambaleaba y tropezaba.

—Guarda silencio —la previno—, saldremos de aquí de inmediato.

Perdió el equilibrio, mala señal, así que la cargó y la llevó por el pasillo. Edith lloró en su hombro, aferrándose a él. Dios santo, había llegado justo a tiempo. De haber llegado demasiado tarde... Alan la miró, solo un par de centímetros separaban sus caras, el beso que había estado soñando toda su vida estaba a su alcance.

—Veo que las cosas se están tornando demasiado emotivas, doctor —Lucille Sharpe dijo desde su punto de observación en la escalinata. Su hermano la acompañaba, pero Alan se dio cuenta de inmediato que a quien tenía que temerle era a ella.

Levantó la guardia y asumió una conducta más autoritaria, la de un doctor y amigo preocupado por su paciente.

—Está exhausta, tiene síntomas de anemia. La llevaré a un hospital de inmediato.

Lucille avanzó como un animal salvaje al acecho de su presa. Alan recordó que era sumamente peligrosa.

—No será necesario —dijo con frialdad. Thomas Sharpe la siguió, no le quitaba la vista de encima a Edith.

Alan la miró un momento, sopesó sus opciones. Esta mujer no estaba interesada en jugar al gato y al ratón. Muy bien.

—Lo es. La han estado envenenando, lo sé todo.

Dejó a Edith un momento y sacó su carpeta de recortes de periódico. Le mostró al hermano y a la hermana el dibujo horripilante que Holly le había enseñado: una mujer masacrada recostada en una tina, con la cabeza abierta.

—Estoy seguro de que lo recuerdan. Primera plana de *The Cumberland Ledger*. Lady Beatrice Sharpe fue asesinada en la tina. De un golpe fulminante que casi le parte la cabeza en dos.

Señaló el subtítulo: *Asesinato con un hacha en Allerdale Hall*.

Desde donde se encontraba, Edith se quedó boquiabierta. Si bien a Alan le desagradaba alterarla, quizás la conmoción la orillaría a despertar.

—No arrestaron a ningún sospechoso. No había nadie en casa salvo los niños. La verdad era demasiado aterradora.

Edith miró a Sir Thomas como si nunca lo hubiera visto en su vida. Alan sospechó que *nunca* lo había visto. Al menos no al verdadero Thomas.

—¿Tú? —Edith le dijo al hombre, al monstruo— ¿Tú lo hiciste?

El hombre se quedó inmóvil, asqueado de sí mismo y devastado.

—¡Deténgase, por favor!

—Usted, Sir Thomas, solo tenía doce años en aquel entonces. Luego de que la

policía lo interrogara, lo enviaron a un internado —Alan miró a su hermana—. En cuanto a usted, Lucille, a sus catorce años, su historia es más nebulosa. Según las noticias, la enviaron a un convento en Suiza. Aunque sospecho que se trató de *otro* tipo de institución.

Lucille miró a su hermano, preso de un ataque de desesperación. Entrecerró los ojos.

—¿Qué esperas?

—Sir Thomas ya está casado, Edith. Tu padre obtuvo una copia del certificado, no soportó la idea de mostrártelo. Se casó con Pamela Upton...

—Y Enola Sciotti, *E. S.* —Edith interrumpió, su pecho helado jadeaba— y Margaret McDermott. Se casó con las tres por su dinero.

—Edith —Sir Thomas imploró. ¿Por qué? Se preguntó Alan. ¿Quería que lo perdonara pese que ella lo abandonaría o que lo absolviera porque nunca la dejaría marcharse?

Con valentía, Alan le dio la mano a Edith y caminó alejándose de los Sharpe. Estaba resuelto, aunque temblaba un poco, estaba consciente del peligro que corrían.

—Edith y yo nos vamos —anunció al tiempo que abrió la puerta de par en par.

La nieve formaba montañas y Edith solo llevaba su camisón. Prefería enfrentarse a los elementos que esperar su muerte ahí dentro. Alan dio un paso adelante...

Lucille reaccionó rápido y lo apuñaló en la axila. El dolor era abrasador, como hierro fundido. Edith gritó y se cayó. Alan arqueó la espalda con el cuchillo enterrado. Intentó quitárselo, moviéndose hacia delante, se dio cuenta demasiado tarde de que Edith ya no estaba a su lado.

Entonces se percató de un destello blanco, era Edith que intentaba alcanzarlo. Escuchó un golpe seco y volteó; Lucille había lanzado a Edith contra la pared.

¡No! Protestó, aunque era incapaz de hablar. Solo podía suspirar. Temía que la punta del cuchillo hubiera cortado el lóbulo superior del pulmón.

No podía dejar a Edith en sus manos. Se le lanzarían como perros rabiosos y la despedazarían. Hizo un esfuerzo por mover su cuerpo débil. Sangraba mucho y mostraba síntomas de conmoción. Su pulso había aumentado, respiraba con dificultad y se sentía mareado. Edith lloraba, gritaba su nombre, aunque su voz sonaba muy lejana, como si le llamara desde las profundidades del agua.

Tenía que hacer algo para rescatarla. Sin embargo, el dolor era insoportable y no podía pensar con claridad.

Bajó las escaleras cubiertas de nieve tambaleándose, se ordenó no sacar el cuchillo. Si había alcanzado una arteria, la presión del metal podría estar deteniendo el flujo sanguíneo. Si lo retiraba, podía morir desangrado.

No lo hagas, no lo hagas; no pudo contenerse. Sacó el cuchillo. Como había temido, la sangre salió a borbotones y cayó en las escaleras. Había tanta, tanta, perdió el equilibrio y se cayó, se produjo un golpe seco. El cuchillo rebotó en los escalones de piedra. No escuchó el estrépito.

Lo único audible eran los gritos de Edith, que lo llamaba.

Y lo único visible era la asesina que se cernía sobre él en el centro de un infierno de nieve escarlata.

CAPÍTULO VEINTISEÍS



Observaba mientras la hermana atacaba al héroe. Respiraba el odio, el miedo y la locura; su alma estaba envenenada como el cuerpo de la novia.

Tal vez Allerdale Hall había sido una casa alegre, llena de niños regordetes y padres prósperos. No recordaba esos tiempos y su locura se duplicó, triplicó, ante la idea de que esas alegrías hubieran invadido esas paredes que después se llenaron de tormento.

Exhaló la arcilla, la arcilla escarlata, y el anillo se expandió en la nieve. Que todos se ahoguen y caminen por siempre junto con las esposas asesinadas, la madre y el hijo, junto con los pecados de los Sharpe, que absorban vida de la tierra, de ellos, *parásitos*.

Palomillas que se alimentan de carroña y mariposas.

El carnívoro de la muerte que acechaba al héroe; cada paso era un repique de la campana de su funeral.



Alan se dio la vuelta y Lucille levantó el cuchillo con toda calma. Thomas iba detrás y el perrito de Edith brincaba de emoción. Alan se arrastró hacia atrás, entendió que en cierto nivel, era probable que estuviera muriendo, que si no escapaba, moriría, aunque nada en el mundo lo haría abandonar a Edith.

En vez de rematarlo, Lucille retuvo a Edith y le entregó el cuchillo a Thomas.

—¡Tú puedes! —le gritó—. ¡Ensúciate las manos!

Alan gritó:

—¡No! ¡Edith no puede morir aquí! —había visto el semblante atormentado de Sharpe, comprendió que el demente amaba a Edith. Era la única arma que Alan poseía de momento: recurrir al alma fragmentada que Sharpe aún poseía para salvar a la mujer que amaba.

Paralizado, Sharpe miró el cuchillo que tenía en la mano y Alan deseó haberlo convencido.

—Nunca has hecho nada por nosotros —su hermana gritó, asqueada—. ¡Mírate!

—Edith es más fuerte que los dos. No puede morir aquí.

Furiosa, Lucille empujó a Sharpe hacia Alan. Cambió de objetivo, dejó a Edith para concentrarse en él. Bien, que así sea.

—¡Hazlo! —Lucille gritó.

Alan se preparó, lamentó con todo su corazón no haber podido hacer más por Edith. Se preguntó si debido a su amor y a causa de un milagro sería capaz de salvarla desde el más allá.

Cuando se acercó a Alan, Sharpe estaba apesadumbrado, sucio y lleno de sangre. Lejos había quedado el cazafortunas sofisticado, quizá también era una víctima en ese asunto, como la madre que su hermana había masacrado. Apeataba a miedo.

—No se detendrá —Sharpe susurró—, su fuerza de voluntad es más grande que la mía. Lo siento. Tengo que hacerlo.

Sharpe se ocultó de su hermana, de pie detrás suyo a cierta distancia; se acercó a Alan y para su sorpresa, lo alentó a que guiara el cuchillo.

—Eres doctor —añadió y respiró profundo—, muéstrame dónde.

En dónde apuñalarme para que no sea fatal, tradujo Alan. Me perdonará la vida. Si puede, le perdonará la vida a Edith también.

Así que él, Alan, *debía* sobrevivir. No podía pensar con claridad. Todo él era una punzada enorme de agonía que se marchitaba por dentro.

Sharp envolvía la mano de Alan en torno al mango. Se trataba de la apoteosis de su duelo en el funeral de Cushing: en ese día oscuro, él y Sharpe habían intercambiado miradas, Alan había cedido con un toque de su sombrero. Hoy sus posiciones se habían invertido. Sharpe había renunciado a todo. Si tan solo se atreviera a clavarle el cuchillo a su hermana... pero no era lo suficientemente hombre. Esto era lo mejor que Sir Thomas era capaz de hacer.

Temblando, Alan imaginó su cavidad abdominal: el colon, el intestino, el apéndice.

Aquí, justo aquí. Esto causará el menor daño posible.

Acomodó la mano dispuesta de Sir Thomas un par de centímetros a la derecha, lo miró fijamente y asintió una vez, casi de forma imperceptible.

El arrepentimiento en la mirada de Sharpe era claro.

Y entonces enterró el cuchillo.

*

El perro ladró frenético cuando el doctor se dobló de dolor y colapsó. La novia se desplomó llorando y el hermano se dio la vuelta de su hazaña sangrienta, desviando la mirada.

—¡Son unos monstruos! ¡Los dos! —la novia lloró.

La hermana casi soltó una risita ahogada.

—Qué gracioso, fue lo último que dijo Madre.

Lo último.

El último de los Sharpe.

Se acercaba el fin.

La casa derramó un río de sangre, una zanja de relleno para ahogar a las criaturas desgraciadas a medida que se revolcaban en la nieve en sus últimos momentos de vida. No tenía cimientos; se hundía, sí, en la mina, alegre y furiosa y ocupada. E igual de demente que los Sharpe.

CAPÍTULO VEINTISIETE



Por fin.

Orgullo, alivio, alegría. Su hermano, su amada alma gemela había salido de su capullo. A través de la abertura había cortado el cuerpo de McMichael, había emergido como una palomilla hermosa y de alas negras. Su corazón había renacido cuando el americano entrometido se había colapsado en el piso y la sangre salía a chorros en todas direcciones. Thomas se había independizado, por fin, por fin.

Durante años, ella había llevado la carga, había hecho todo lo necesario para mantenerlos a salvo. Tenía que aceptar su responsabilidad por haberlo malcriado y protegido, por lo que este momento le resultaba más delicioso: McMichael había venido para rescatar a Edith y Lucille había alentado a Thomas para que lo matara frente a ella, un acto mediante el cual Edith desecharía cualquier sentimiento que todavía albergara por Thomas. La perra estúpida había sido testigo del asesinato y ahora estaba completamente sola. Lucille no dudaba que Edith Cushing nunca saldría viva de esa casa.

Edith también lo sabía. Aturdida como estaba, había sido fácil para Lucille inmovilizarla y arrastrarla hasta su habitación. Ahora, retorció las manos como princesa en un cuento de hadas.

Lucille nunca habría permitido que a *ella* le sucediera algo así.

Apenas era capaz de ocultar su buen humor; vio a Thomas arrastrar el cadáver del doctor al elevador. ¡Se veía tan seguro de sí! Atrás había quedado su «Thomas titubeante»; en su lugar, se encontraba un *hombre*. Todo estaba terminando a la perfección. No habría necesidad de más mujeres una vez que Edith firmara los documentos que transfirieran su fortuna completa a Thomas. Y *firmaría*.

Thomas jaló la palanca y el elevador se tambaleó como siempre, después

comenzó su descenso hacia la mina y los contenedores, en donde habían sumergido a otras personas... inconvenientes. No importaba si Alan le había contado al pueblo entero de sus planes para llegar hasta ahí. Lucille había buscado un caballo y un carruaje y había deducido que el tonto había *caminado*. Había atravesado una *tormenta*. Merecía morir.

Y hablando de morir...

Aún tenía el cuchillo de carnicero y el perro ridículo seguía vivo.

—Ven aquí perrito —dijo con tono dulce—, ven a ver lo que tengo.

*

La sangre es escarlata solo cuando está fresca, Thomas reflexionó mientras intentaba que el doctor McMichael se sintiera lo más cómodo posible en los confines de la mina. *La sangre es café porque ha dejado de fluir*. Había poca sangre café mezclada con la roja. Thomas deseó que hubiera dejado de sangrar porque estaba espesando... no porque McMichael estaba muriendo.

Lucille no sabía y no podía saber que el hombre seguía vivo. Se daría cuenta de que Thomas la había traicionado... y después mataría a McMichael ella misma. ¿No era consciente de que el último acto de su terrible *Grand Guignol* había concluido?

Thomás miró al hombre a los ojos.

—¿Puedes esperar?

McMichael asintió débilmente y Thomas le dio su pañuelo como si eso pudiera detener el flujo de la sangre. Había demasiada. Thomas rezó porque el doctor lo hubiera guiado correctamente y que sus heridas, aunque horripilantes, no fueran letales.

—Debo irme. Lucille se ha llevado a Edith a su habitación. Tiene los documentos, tan pronto los firme, morirá —se sentía diferente, como si por fin se hubiera convertido en hombre. La llave en su espalda había desaparecido y se movía bajo su propia voluntad por primera vez en su vida.

—Voy a sacarlos de aquí.

*

Las cosas en los contenedores de arcilla se balanceaban y golpeaban. Las cosas bajo las piedras se movían.

Relució un objeto muy filoso.

Y esperó a que lo usaran.

CAPÍTULO VEINTIOCHO



LA HABITACIÓN DE LA MUERTE

Edith estaba mareada. Lucille la había golpeado una y otra vez y la había arrastrado a su habitación, después la había obligado a sentarse en una silla demasiado acolchada mientras ella se iba a buscar algo. Edith casi había reunido la fuerza suficiente para levantarse cuando Lucille volvió y le lanzó un fajo de papeles en el regazo.

—No hace falta que los leas, solo fírmalos.

Edith no se inmutó. Sabía que estaba conmocionada. Thomas había apuñalado a Alan frente a ella.

Lo siento, Alan, lo siento tanto. Por favor perdóname. Quería llorar pero aún no podía permitírselo. Debía sobrevivir.

Debía detener a Thomas y a Lucille Sharpe a como diera lugar. Alan no moriría en vano, estos monstruos no debían lastimar a nadie nunca más.

Helada, húmeda, la habitación de Lucille era como una cripta, rebosante de cadáveres de insectos indefensos y docenas de palomillas con aspecto de murciélagos. Las vivas aleteaban a través de motas de polvo y sobrevolaban la cabeza de Edith como una corona de espinas negras y polvorientas.

Edith miró la sentencia de muerte que tenía ante ella: los documentos legales de Ferguson mediante los cuales le transferiría todos sus bienes a Thomas. Lucille le entregó otro tipo de arma: el bolígrafo fuente de oro que su padre le había obsequiado. Quienquiera que haya dicho que el bolígrafo era más poderoso que una espada no se había enfrentado a una demente con un cuchillo afilado y sangriento.

Edith sostuvo el bolígrafo. En su mente volvía a ser la pequeña Edith y la figura ennegrecida de su madre se materializaba frente al reloj de pie. Tembló, más aterrada

ahora de lo que había estado en ese entonces.

—¿Qué esperas? —Lucille la instó furiosa—. No tienes nada por qué vivir. Nunca te amó. A ninguna de ustedes. Solo me ama a mí.

—No es verdad —Edith replicó, mareada y herida. Thomas *había* intentado rescatarla. Había querido cambiar. Sin embargo, estaba atrapado en un vals lunático con esa casa y con esa mujer y no podía dejar de bailar hasta que la música dejara de sonar. Estaba maldito y la maldición aún no se rompía.

Comprendió una realidad terrible, el único modo de que la maldición se rompiera sería a través de su muerte.

¿Sería capaz llegado el momento?

La pregunta era irrelevante, primero tenía que sobrevivir a esos momentos con Lucille. Edith leyó la demencia en sus ojos y se preguntó cómo no la había notado antes, como nadie lo había hecho. Lucille no había permanecido mucho tiempo en Búfalo, solo lo suficiente para tenderle la trampa.

Mirándola con furia, Lucille tomó las páginas de la novela de Edith. Con un giro de la muñeca comenzó a lanzar el manuscrito al fuego, hoja por hoja. Era una jugada calculada para lastimarla y nada más.

—Es cierto, sin ninguna duda. Todas las mujeres que encontramos, en Londres, Edimburgo, Milán...

—América —Edith le recordó.

—América —Lucille coincidió como por darle gusto a Edith, como si en el fondo ella no contara.

Siguió lanzando las hojas a la chimenea. A medida que las llamas se levantaron para destruir la historia de Edith, Lucille se puso de mejor humor. Era una sádica, lo disfrutaba. Sin duda habría celebrado la muerte agonizante de cada una de las herederas con gusto.

—Sí, América. Todas tenían lo necesario: dinero, sin sueños y ningún pariente vivo. Todas ellas fueron asesinadas por piedad.

Edith se dio cuenta de que no dijo «todas *ustedes*». Aún no estaba incluida entre las víctimas. Thomas había dicho que era diferente. Lo había considerado un elogio nacido del amor verdadero, que era única porque era su alma gemela. Sin embargo, la verdad horrorosa era que sencillamente había violado el patrón mediante el cual elegían a sus presas: había tenido padre. Lo habían matado para que no tuviera protección, solo un abogado que cumpliera sus órdenes.

No habían tenido en cuenta a un amigo como Alan. Un hombre que la había amado toda su vida, a quien ella había subestimado, a quien había dado por sentado porque siempre había estado a su lado. Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero no lloró. Había demasiados motivos para llorar, demasiadas muertes.

Alan había puesto en duda la causa de la muerte de su padre. Edith se había percatado de su ansiedad y la había descartado. Le había pedido cautela y también lo había ignorado. Y su padre había pagado el precio. ¿Quién lo había hecho, Thomas o

Lucille? ¿Acaso el hombre que la había besado con tal pasión había destruido a su padre con semejante brutalidad?

—¿Eso seré? ¿Así te excusas? —le preguntó desafiante. Estaba furiosa. Odiaba a esa mujer.

—Hice lo que tenía que hacer —Lucille respondió absolutamente impenitente. Otra página y otra. El número de páginas certificaba que cuando habían elegido a Edith, esta sí había tenido sueños. Había perseguido su sueño de convertirse en novelista con todo su corazón.

Y con el apoyo de Thomas. Eso había sido genuino; le había encantado leer su historia de fantasmas. Se había visto reflejado en Cavendish y había seguido su camino a la redención con interés.

Para Thomas no habría redención.

—¿Y la mujer italiana? Mataron a su bebé.

Lucille se quedó helada, con la mano extendida a medio camino del fuego. No miró a Edith mientras dijo:

—¿Su bebé?

Sin embargo, Edith vio su expresión sombría, sus ojos llenos de lágrimas. Así que Lucille *tenía* corazón.

—¿No mataron a su bebé? —Edith insistió con la esperanza de indagar en ese corazón, ablandarlo.

—No, ninguna de ellas cogió con Thomas. ¿No entiendes?

Edith no comprendía. Ninguna de ellas... salvo ella. ¿Y si él no era el padre...?

—¿Entonces?

Lucille clavó la mirada en el horizonte y dejó caer los hombros. Con la mirada en el suelo dijo:

—Era mío.

Edith se quedó sin palabras. ¿Acaso implicaba, acaso sugería...?

—Nació mal. Debimos haberlo dejado morir en el parto. Pero yo... yo lo quería. Ella me dijo que podía salvarlo —endureció su tono de voz—, mintió.

—No —Edith susurró. ¿Lucille había dado a luz al hijo de su hermano? No había creído que podía sentirse más repugnada. Sin embargo, este secreto... todos sus secretos... cuando estuvo con ella...

—Todo este *horror*... ¿para qué? ¿Por dinero? ¿Por conservar la mansión? ¿El apellido Sharpe? ¿Las minas?

Lucille se le acercó.

—Cuánta vulgaridad cabe en los americanos. Los matrimonios fueron por dinero, desde luego, algo completamente aceptable para gente como nosotros, de hecho desde hace generaciones eso se espera de nosotros. ¿Pero el *horror*?

La locura se apoderó de ella de nuevo.

—El *horror* fue por amor.

Se dirigió a un mueble de cajones estrechos y abrió uno de ellos para sacar un

equipo reluciente de herramientas de disección y una fila de tijeras dispuestas en perfecto orden. Sacó un bisturí delgado.

—Las cosas que hacemos por amor son desagradables, dementes, llenas de sudor y remordimiento —caminó hacia Edith, quien se contuvo para no gritar.

—Este amor te quema y te mutila y te retuerce de adentro hacia fuera. Es un amor monstruoso y nos transforma en monstruos.

Lucille se le lanzó y la tomó por el pelo. Después le cortó un rizo con el bisturí y se apartó, lo trenzó con sumo cuidado. Edith jadeaba.

—Debiste haberlo visto de niño —suspiró—, a Thomas. Era tan... *frágil*, como un muñeco de porcelana. No tenía nada que darle. Nada. Más que a mí misma.

Abrió otro cajón y colocó el mechón trenzado junto a otros cuatro. Uno de ellos era gris y estaba cubierto de sangre. Edith supuso que le había pertenecido a Beatrice Sharpe. ¿Se trataba de la primera persona a la que habían asesinado? ¿O la primera por la cual los habían descubierto?

—¿Sabes cuántas veces fui castigada en su lugar? No soportaba que las cicatrices marcaran su piel hermosa y pálida. Era inmaculado. Perfecto —sonrió como ante un recuerdo.

—Así que ante sus pequeñas infracciones, el fuste para cabalgar de mi padre y el bastón de mi madre, lo protegí.

Sacó un par de tijeras para cortar huesos, refulgentes. Tantos objetos afilados, lacerantes.

—Y cuando ella nos descubrió... pues, también lo protegí.

Mató a su madre. Fue Lucille. Y ahora está aquí a mi lado.

—Todo el amor que Thomas y yo recibimos fue el que nos brindamos el uno al otro. Y el único mundo en el que ese tipo de amor puede sobrevivir es este. Estas paredes podridas. En la oscuridad. Ocultos.

Edith ya no escuchaba, miraba su bolígrafo fuente, la única arma con la que contaba.

—¡Firma tu nombre! ¡Firma tu maldito nombre! —Lucille gritó.

Edith quería romper en llanto pero reprimió sus emociones. No dejaría que la derrotaran. No lo haría.

—Mientras puedo... ¿mataste a tu madre? ¿Qué hay de mi padre?

Que no haya sido Thomas. Por favor. Por lo menos concédeme eso.

La sonrisa triunfal de Lucille se lo concedió. Edith sostuvo el bolígrafo con más fuerza.

—Vaya hombre tan ordinario y condescendiente. Sin embargo, te amaba. Debiste haber visto su tristeza cuando le destruí la cara en el lavabo...

¡No! Edith gritó en silencio. Le negaría a Lucille ese motivo para sonreír. Le negaría la victoria, su vida.

Firmó con ademán ostentoso y mientras Lucille se regocijaba, Edith le encajó la pluma dorada en el pecho. La sacó y la volvió a insertar con toda su fuerza en el

mismo agujero. Sintió la punta incrustarse cada vez más profundo. Y de nuevo, una tercera vez. Más profundo.

Lucille retrocedió. Se cubrió las heridas, atónita ante la sangre que cubría su mano.

—¡Nadie me lastima! ¡Nunca! —las palabras salieron con dificultad de su garganta. Sangraba demasiado, palidecía. ¿Acaso estaba muriendo? ¿Era tan sencillo?

*

Observaba.

Acábala, acábala...

*

Edith se puso de pie de un brinco y corrió hacia la puerta, chocó con las vitrinas, las tumbas que encerraban insectos; alas disecadas de mariposas cayeron del cielo agitándose.

Detrás de ella, Lucille se rasgó el vestido, con lo cual dejó caer una cascada de sangre. Se tambaleó hacia el lavabo y se echó agua en la herida, era un agujero visible y sangrante.

Casi se desmaya.

*

Derríbala y hazla perder el control...

El juguete favorito de la casa todavía tenía un as bajo la manga. Y kilómetros que recorrer antes de dormir.

*

Al dirigirse a las escaleras, Edith no caminó, más bien se colapsó hacia enfrente; sabía muy bien que Lucille seguía viva. Las escaleras se ladearon vertiginosamente; era consciente de que no sobreviviría a otra caída. Tenía que mantenerse con vida. Tenía que detenerlos. Si pudiera incendiar la casa, lo haría, y moriría dentro si eso

suponía destruir a Thomas y a Lucille.

Entonces lo vio caminando hacia ella e intentó gritar. Thomas extendió las manos en señal de inocencia y rendición.

—¡Edith, espera! —gritó.

Titubeó únicamente porque estaba demasiado débil para moverse.

—No puedes ir por las escaleras. Tienes que usar el elevador. Ven conmigo.

Sin decir nada, levantó el bolígrafo, su arma. Su rostro era impreciso.

—¡Me mentiste! —lo acometió.

—Sí —confesó, abriendo los brazos de par en par.

—¡Me envenenaste!

—Sí.

—¡Dijiste que me amabas!

—Te amo —volvió a ver su cara con nitidez y vio la verdad: la amaba. La había amado y aún lo hacía.

Se colapsó y él la sujetó, la abrazó como lo había hecho al bailar vals... el baile de la muerte. Todas las velas se habían apagado. Con su luz, había atraído no a una palomilla sino a una mariposa y ahora esta se encontraba al borde de la aniquilación.

—Te llevaré con McMichael —le dijo sin perder tiempo, con seriedad y honestidad—, está vivo —asintió como para asegurarse de que Edith registrara sus palabras. Se sentía abrumada. ¡Alan! ¿De algún modo Thomas le había perdonado la vida?

—Pueden irse por la mina. Yo me encargo de Lucille —le prometió.

A último momento, un héroe. No era un caballero en armadura reluciente, sino alguien que por fin había visto la luz. ¿Quién había dicho que el amor era ciego?

Entraron, Edith se apoyó en él. Casi terminaba. Tenían que llevar a Alan con un médico de inmediato y el pueblo estaba lejos. Aunque con Thomas de su lado sus oportunidades de lograrlo mejoraban.

Se percató del bolígrafo en su mano temblorosa y le cambió la expresión.

—Espera, ¿firmaste los documentos?

—No me importa, ven con nosotros.

—No, es tu fortuna entera —insistió. Edith entendió que creía que su hermana sobreviviría y saquearía su fortuna para luego asesinarla. Su miedo la asustó; en esa casa embrujada, ¿Lucille era indestructible? ¿Inmortal?

—Iré por ellos. Voy a terminar con esto. Espera aquí.

No podía hacer otra cosa, estaba demasiado cansada y necesitaba descansar. Se recargó en la parte trasera del elevador y lo vio salir corriendo. Por fin, un hombre reformado, un alma redimida. Y Alan vivo: clemencia, bendiciones. La esperanza era real. Se aferraría a ella.

CAPÍTULO VEINTINUEVE



Amor mío, Thomas susurró al entrar a la habitación de Lucille. Vio la destrucción de sus especímenes entomológicos, el caos. En esa casa decadente, Lucille había catalogado sus especies como una diosa delicada y él había construido juguetes. Ella había puesto trampas y él había rescatado a las palomas heridas.

¿Cómo pude haber pensado que esto estaba bien? ¿Cómo no me di cuenta de que somos unos monstruos? ¿Cómo justificar amar a mi propia hermana?

Dolor.

Terror.

Tormento y crueldad y nunca saber cuándo sucedería de nuevo. Abuso que ningún niño debía sufrir y nadie que le pusiera fin. Nadie salvo Lucille, quien sufrió por los dos. Era lo menos que Thomas podía hacer; Lucille se lo había dicho una y otra vez. Era lo único que quería, lo mínimo. Quería reabrir la mina y restaurar la casa. Superar el derroche de su fortuna y la deshonra de su apellido.

Lo había amado más allá de toda razón y cordura; había asumido que otras mujeres también lo harían. Y así había sido. Y habían muerto por ello.

Lucille no estaba en la habitación, pero los documentos del banco sí, estaban desperdigados en el piso. Vio la página con la firma de Edith, en donde transfería hasta el último centavo a Sir Thomas Sharpe, sus herederos y cesionarios. Con la mano temblorosa dejó su cuchillo en una mesita y comenzó a reunirlos. Se arrodilló con la cabeza inclinada, como si le rogara al universo que aceptara su expiación. Después lanzó los documentos al fuego, una ofrenda a las Parcas.

Ya había una pila acumulada en la chimenea. Se había quemado una gran cantidad de papel, se preguntó qué sería.

Contrajo la mandíbula. Era la novela de Edith, supuso que Lucille la había

quemado por puro rencor. Con las primeras tres —Pamela, Margaret, Enola—, tanto él como ella habían sido amables, las habían consentido mientras bebían taza tras taza de té envenenado y perecían, perecían. Lucille había monitoreado su correspondencia y desde luego, las únicas cartas que les había permitido enviar habían sido solicitudes legales de dinero. Nadie había preguntado por ellas, por lo menos no que Thomas supiera.

Gracias a Dios por la llegada de Alan McMichael. Suplicó que el doctor sobreviviera. Un hombre que le haría bien a Edith. Desde luego que él, Thomas, la dejaría marcharse. Su matrimonio era legal ya que él no era bígamo, como Carter Cushing había asumido, por la sencilla razón de que había asesinado a Pamela Upton. Debido a que en Inglaterra el divorcio era inusual, y no habían reportado la muerte de Pamela, él y Lucille no habían contado con el documento del Registro Civil. Se había casado con Enola en Italia y con Margaret en Escocia. Podían culparlo de adulterio incestuoso, sin embargo, era más probable que Edith quedara libre mediante la viudez, pues lo *colgarían* sin lugar a dudas. Si estaba en sus manos ahorrarle el escándalo por otra vía, lo haría sin dudarlo.

De una esquina salió una sombra y durante un momento pensó que se trataba de uno de los fantasmas que Edith había visto. Era Lucille, su propio fantasma negro, tenía el corsé cubierto de sangre. Thomas abrió los ojos como platos debido a la conmoción.

—¿Qué demonios estás haciendo? —Lucille preguntó con voz entrecortada.

La sangre empapaba la tela. Se puso de pie para tocarla.

—Lucille, estás herida.

Lucille blandió el cuchillo. Contra él. Tenía la mirada agitada, pero la mandíbula tensa. Conocía esa mirada. Sabía lo que significaba. Era una mirada que indicaba que podía matar y lo haría. ¿Pero a él?

—No te muevas, ¿los quemaste?

La negó por tercera ocasión.

—Sobreviviré. No puedes tocarla.

Separó los labios sin dejar de blandir el cuchillo. Su mirada producía la misma incisión que produciría el cuchillo de alcanzarlo.

—¿Me estás dando órdenes?

—Podemos irnos, Lucille. Irnos de Allerdale Hall —liberarse de aquella maldición horrible...

—¿Irnos? —repitió como si no lograra entender la palabra. Él mismo no habría podido entenderla de no ser porque Edith le había hablado al corazón. Le había dado esperanza. Le daba la impresión de ver el mundo desde otra perspectiva. Mientras miraba a su hermana y compañera en pecado mortal, se tambaleó, mareado, emocionado y aterrorizado. Podían encontrar la redención. Estaban al borde del precipicio y por primera vez en su vida, comprendía que podían remontar el vuelo desde la Cumbre Escarlata. Las alas no solo eran para las mariposas ni las palomillas.

Las gárgolas también las poseían.

—Sí —insistió—. Piénsalo. Tenemos dinero suficiente. Podemos empezar una vida nueva.

Lo miró boquiabierta.

—¿Dónde? ¿A dónde iríamos? —lo escuchaba, tal vez le creía. Tal vez albergaba la posibilidad de que estuviera en lo cierto. Que podían llevarlo a cabo.

—Adonde sea. Podemos dejar esto.

—Adonde sea —dijo, poniendo a prueba la palabra, explorando a tientas como si estuviera ciega. Estaba de pie detrás de él en ese precipicio que desafiaba a la muerte.

Thomas estaba exultante. Estaban salvados. *Había* esperanza.

—Que el apellido Sharpe muera con las minas. Que este edificio se hunda bajo tierra. Tantos años sosteniendo estas paredes podridas. Seríamos libres, Lucille. Libres de esto. Todos podríamos estar juntos...

—¿*Todos*?

Hasta ese momento se dio cuenta de lo que había dicho. Se dio cuenta de que había dicho algo inapropiado en el peor momento posible.

—¿La amas? —la agonía de su rostro le apuñaló el corazón. Recordó las veces que había recibido golpes con el bastón, bofetadas, y cómo lo había mirado mientras lloraba, soportando el embate, amándolo. En esta ocasión su cara revelaba mucho más dolor del que había mostrado todas esas veces juntas. No quería herirla. Sin embargo, para liberarla, para darle una vida, una oportunidad real, tenía que ser cruel para ser noble. Era la imagen contraria que Carter Cushing le había exigido, y sabía, por desgracia, que era bueno fingiendo.

En todo caso, debía reprimir su ira por el bien de Edith y la supervivencia de Alan McMichael. Lucille había resistido la tortura que le habían infligido sus padres. La sangre en su vestido no garantizaba que no haría lo que se había propuesto. Y eso incluía llevar su plan a buen fin.

Matando a Edith.

Hablaron al mismo tiempo:

—Este día tenía que llegar.

Lo interrumpió como quien quiere callar noticias terribles que una vez dichas, no pueden rectificarse:

—¿La amas? Dime, ¿la amas?

—Llevamos años muertos, Lucille. Tú y yo en este lugar putrefacto... con un nombre maldito. Somos fantasmas.

Lucille estaba pálida. Estaba perdiendo sangre, estaba conmocionada y escéptica.

—¿La amas más que a mí?

—Ella es vida. *Vida*, Lucille. Y no la detendrás.

Su respiración se avivó. Le dio la impresión de que la había tirado del precipicio y estaba cayendo.

—Prometiste, *prometimos*, que no te enamorarías de nadie, no nos

enamoraríamos de nadie...

Emitió la sentencia de muerte.

—Sí, pero sucedió.

*

Sí, pero sucedió.

Quien observaba gimió, exhaló su veneno en el corazón y la mente del último Sharpe. El hermano había dejado de ser un Sharpe; había renunciado a su nombre, a su legado... y a su maldición.

Así que la casa se reservó su amor para la hermana, la asesina, quien serviría y adoraría el mal por el resto de sus días. Quien no renunciaría a llenar los pasillos y las paredes de fantasmas. Le susurró: *hazlo, hazlo...*

Dio un alarido y apuñaló a su hermano en el pecho. Él intentó detener el cuchillo pero ella le cortó los brazos y las manos sin control. Se filtró arcilla de la duela y los fantasmas vertieron lágrimas escarlatas desde todas las prisiones en las que los Sharpe los habían encerrado mediante su maldad y sus crímenes. Las rejas de la prisión se cerraban una vez más. Serían igual de libres que los títeres y las figuritas en el ático, a los que se les daba cuerda una y otra, y otra vez.

—¿Así termina? —la hermana gritó en agonía—. ¿La amas? ¿La amas?

Ódialo, se rio a carcajadas.

*

Thomas se miró el estómago mientras se desangraba; de su boca salió un sonido débil, una expresión de sorpresa discreta, un suspiro delicado, casi casual:

—Oh, Lucille...

Lo apuñaló de nuevo, como si tuviera que demostrarle que esa había sido su intención, lloraba de dolor e ira.

El dolor era tan grande que se quedó entumecido, lo cual era más de lo que merecía. Él lo había hecho... a ella, a ellas. A todos ellos. Aun así, intentó salvarla, evitando que lo destazara, porque debía salvarla, y a Edith, y al doctor.

—No, detente, por favor. No puedo... —se fue apagando. *No puedo*, la letanía de su vida. *No puedo*, entonces ella se había visto obligada. Él la había convertido en esto.

Su expresión, ¿sería lo último que él vería? Sabía que lo único que ella quería era que guardara silencio, que dejara de mirarla. Le dolía todo; el entumecimiento había

desparecido, y sintió cada golpe, bofetada y patada que ella había soportado en su nombre al mismo tiempo y con toda su fuerza. Se lo tragó. Flotaba en un contenedor burbujeante de arcilla escarlata y el sufrimiento lo succionó para sumergirlo en un infierno escarlata.

Gritó y le clavó el cuchillo por última vez; con firmeza se alojó en su mejilla, casi llegó hasta el final. *Eso lo sintió*. Se alejó de ella tambaleándose. Dio un par de pasos hacia delante. Sacó el cuchillo, aunque el esfuerzo le costó, y se dejó caer derrotado en una silla. La oscuridad bañaba todo.

En los recovecos lejanos de su mente, escuchó la canción de cuna que le había tocado a lo largo de los años. Recordó a su hijo, una pobre criatura enferma nacida de un amor muy enfermo. Enola había arrullado a ese bebé. Lucille había llorado amargamente.

Ella no podía perder otro hijo: a él.

No podemos vivir en las montañas,

No podemos vivir en el mar.

¿Dónde, oh, dónde, oh, mi amado, iré a buscarte?

Después escuchó la melodía transformarse en el vals de Chopin que había bailado con Edith. Había sostenido la vela, la llama había parpadeado, mas no se había extinguido.

Oh, Lucille, Lucille.

—Todo... todo estará bien —le prometió—. O... yo... lo que hacemos... —la miró y durante un momento creyó estar viendo el sol. Era una ilusión, palomillas rondaban la cabeza de Lucille y mientras la miraba a los ojos, su vista comenzó a nublarse. ¿Ahora qué podía hacer por Edith? ¿Cómo podía salvarla? Debía hacerlo. Era la única forma de seguir adelante.

—Oh, hermana, me mataste —murmuró.

Después vio una luz blanca y en ella...

CAPÍTULO TREINTA



Lucille lo tenía en sus brazos, lo imaginaba pequeño y asustado, y ella, apenas dos años mayor que él, le cantó mientras tocaba el piano.

No podemos vivir en las montañas,

No podemos vivir en el mar.

Sin embargo, no la escuchaba. No cantaba con ella.

Porque estaba... porque lo había...

Edith Cushing lo ha asesinado, concluyó. Todo estalló en su interior. Le cambió el semblante. Se le llenaron los ojos de pura rabia. Tomó el cuchillo y lo arrastró por el piso, con ello abrió las venas de la casa, haciéndola sangrar.



Edith abrió los ojos en el elevador, algo se *extendía* por la casa. Recuperó el conocimiento de un sobresalto. Parecía haberse desmayado contra las rejas mientras esperaba a Thomas; no tenía idea de cuánto tiempo llevaba ahí, pero sabía que no se podía demorar. Si ella y Alan iban a sobrevivir, Alan necesitaba ayuda, igual que ella.

Más allá de la reja esquelética del elevador, detrás de la cerca protectora de filigranas de acero, vio que alguien avanzaba en su dirección. Su corazón cansado se emocionó. No pudo contenerse y gritó: «¿Thomas?».

No era él.

Lucille emergió de la media luz como un espíritu vengador, con su cuchillo ensangrentado levantado por encima de la cabeza. Cuando sus miradas se

encontraron, Edith volteó ante la promesa de una muerte brutal y un orgullo desvergonzado y diabólico.

No, ¡lo mató! Ha enloquecido.

Dios santo, Thomas...

Desesperada, Edith cerró la puerta frágil del elevador y jaló la palanca hacia abajo.

No pasó nada.

Nada.

Temerosa, volteó a ver a Lucille, quien aceleraba el paso, amenazaba con alcanzarla antes de que el elevador reaccionara. En la oscuridad y bajo una capa de sangre, el cuchillo destellaba. Edith recobró el aliento y levantó la palanca para bajarla de nuevo, dejando caer todo su peso. No pasó nada.

El miedo la asaltó por los pies descalzos y le recorrió el cuerpo como una onda eléctrica, amenazando con despegarle la parte superior de la cabeza. Estaba atrapada en una jaula que no le brindaba protección alguna contra el ataque; las rejas estaban demasiado separadas como para bloquear el golpe de un cuchillo y la parte posterior del elevador diminuto estaba demasiado cerca de la entrada: no tenía en dónde refugiarse. Sin importar en dónde se pusiera de pie o en qué rincón se refugiara, la haría pedazos. Si no conseguía que el elevador se moviera, entonces tenía que salir *ahora*. Tendría que correr más rápido que Lucille. Si bien su adversaria estaba herida, sin duda se encontraba en mejor forma que ella: envenenada y sedada, con la pierna herida inmovilizada por una férula. ¿Cómo esperaba escapar de una mujer demente y furiosa?

Edith se aferró a las rejas, estaba decidida a abrir la puerta; el embate de pisadas la hicieron levantar la vista. Era demasiado tarde. Lucille estaba cada vez más cerca, el nauseabundo aroma a cobre de la sangre —¿de Thomas?— se desplazaba por el aire gélido. No había forma de que Edith saliera del elevador y sobreviviera.

Lamentándose, jaló la palanca una vez más. Por fin el elevador se sacudió. Se produjo un sonido metálico, después una sacudida y el elevador comenzó a alejarse del descansillo.

La hermana de Thomas se apresuró, se abalanzó sobre la cerca inferior, extendió la mano, esforzándose por encajar la punta de su cuchillo en carne cálida, pero el elevador y Edith se alejaron. Lucille acuchilló el aire.

Eso no detuvo la cacería de la harpía; al contrario, la frustración la exaltó aún más. El elevador descendía con una lentitud angustiosa, Edith vio a Lucille bajar la amplia escalinata de caoba a toda velocidad, su vestido voló detrás suyo cuando le dio la vuelta al poste en el descansillo, con una mano se sujetó del barandal lustrado y en la otra levantaba el cuchillo sangriento en el aire. Corría para alcanzarla antes de que llegara a la planta baja y a la libertad.

Por encima del zumbido errático de los engranes y las poleas del aparato, una sarta de maldiciones ofrecían un contrapunto gutural a las pisadas que descendían por

la escalinata como un rayo, flotaban a través del vacío extenso del pasillo de entrada de Allerdale Hall. Si bien Edith le ordenó al elevador que se apresurara, continuaba descendiendo a ritmo letárgico, tal vez Thomas estaba en lo cierto, la máquina nacida para ser una esclava, había desarrollado mente propia y había decidido ayudarle a su hermana a quitarle la vida.

Tal vez Thomas no esté muerto. Esa noción le arrojó una punzada de afecto al pecho. *Ha arriesgado todo para salvarme. Su honor. Su futuro. Su propia vida.* Quería creer en su arrepentimiento con todas sus fuerzas, en una transformación que ella había provocado, en su necesidad de encontrar redención. Una idea la llevó a otra. *Si no es su sangre, ¿entonces la sangre de quién ha manchado la hoja? Tal vez Lucille solo lo hirió. Si no aparece, volveré por él si puedo.*

El piso se elevó para recibirla, decidió que su siguiente jugada sería encontrar un arma. Lucille se había quedado atrás, era evidente que estaba malherida, pero tenía un cuchillo. Edith sabía que debía aprovechar su mejor oportunidad para armarse. Inspeccionó el recibidor y la chimenea principal con la mirada y descubrió un atizador en la repisa de la chimenea. Con su pierna herida, alcanzarlo le tomaría una eternidad y se exponería a ser atacada por todos los frentes. La cocina parecía mejor opción. También estaba en la planta baja; si conseguía llegar al pasillo de la entrada antes que Lucille, solo podría atacarla desde una dirección. Una vez ahí, tendría acceso a una variedad de cubertería, sartenes, tijeras de cocina y brochetas para rostizar con las que esperaba defenderse. Su plan era tomar algo que pudiera serle útil y volver corriendo al elevador por la misma ruta. Se dio cuenta de que si Lucille veía a dónde se dirigía y corría tras ella, tendría que enfrentarla para volver al elevador.

Edith detuvo el elevador en la planta baja y sin dudar, abrió la puerta. Salió y caminó sin hacer ruido por el pasillo, cojeando, descalza, con el corazón desbocado, mirando hacia atrás una y otra vez, esperando lo peor. Una vez en la cocina, inspeccionó las repisas y tomó la primera arma que encontró. Un cuchillo de carnicero, bastante usado, pero el filo manchado era enorme. Con cuidado tocó la punta con el dedo, estaba bien afilado de principio a fin. Lo tomó por el mango y lo probó con un golpe hacia abajo que aterrizó en una tabla para picar. Perforó la madera con facilidad y a tal profundidad que tuvo que jalarlo por el mango para liberarlo. Servirá. Sí, servirá bien.

Edith se alejó de la barra de inmediato. *No hay tiempo que perder, debo encontrar a Alan.* Y Lucille iba tras ella. Si aún no la había encontrado, pronto lo haría, de eso no había duda.

Regresó por el pasillo cojeando con su pierna herida, con el cuerpo tenso y la punta del cuchillo levantada para protegerse de un ataque frontal, no hubo tal. Cuando al fin entró al elevador, se sintió aliviada. Su escape por lo menos parecía posible, si no factible.

Edith cerró la puerta y se sobresaltó al ver la cara de Lucille del otro lado, a poco más de medio metro de distancia. Tenía los ojos entrecerrados, las comisuras de los

labios hacia arriba y enseñaba los dientes. Su expresión era triunfal, no había duda, su presa no podía escapar. Los dedos manchados de sangre y la mano firme que sostenía el arma eran inconfundibles. El asesinato no era solo la forma de vida de esta criatura, sino la pasión que la dominaba. Sin importar a cuánta gente había asesinado Lucille Sharpe, su sed rapaz era incontrolable.

A Edith se le escapó un grito y la mujer se abalanzó contra la barrera demasiado endeble que las separaba. La mano roja clavó el cuchillo en los espacios entre las rejas. Edith se replegó en la parte posterior del elevador e intentó utilizar su propia arma para repeler el ataque, pero sin éxito. Estirada desde la barrera protectora, Lucille casi alcanzaba la pared trasera con la punta de su cuchillo, dobló la muñeca para girar el filo del cuchillo y dar cortes diagonales. La arremetida de cuchilladas desenfrenadas esquinó a Edith, se encogió para ocupar el menor espacio posible, pero no era lo suficientemente pequeño.

El cuchillo se impulsó y retrocedió una, dos, tres veces, Edith sintió el tirón en la manga de su camisón, el roce del acero afilado en su piel desnuda y dolor agudo, todo a la vez. Luego de tres cortes precisos y superficiales comenzó a sangrarle el brazo. Lucille estaba jugando con ella, como un gato con un canario enjaulado. Un juego unilateral que podía prolongarse. La idea de ser despedazada lentamente le dio pánico. Cuando el cuchillo se le acercó, Edith sujetó la hoja a mano limpia. Solo consiguió detenerlo un segundo y luego Lucille se lo arrebató, el filo le hizo una cortada profunda en la palma de la mano. Sin embargo, el esfuerzo que le supuso retroceder hizo que Lucille se tambaleara.

Desesperada por aventajarla, Edith abrió la reja de un portazo. Cuando la mujer se inclinó, Edith se esforzó por tomar la delantera e hizo su jugada: la sujetó por la muñeca y aprovechando el impulso de Lucille, le jaló el brazo hacia el elevador y lo atoró en el borde de las rejas de hierro.

Durante un segundo se invirtieron los papeles: Lucille era la indefensa. Edith se ayudó de la mano que sostenía el cuchillo para bajar la palanca del elevador. Luego de la acostumbrada sacudida, el carro comenzó a descender. Dentro de poco el brazo de Lucille se rompería o desprendería a la altura del hombro, cuando el techo del elevador pasara el nivel del piso de parqué. Edith se apoyó en el brazo atorado para mantenerlo en su lugar. Los dedos ensangrentados le jalaban el camisón desesperados. Aunque la rozaban, no podían alcanzarla. No le importaba. ¿Acaso Lucille se había compadecido de ella cuando la había envenenado día tras día, con una sonrisa en la boca? ¿Y qué había de las otras mujeres asesinadas? Aquellas cuyos espíritus angustiados merodeaban detrás de las paredes y pisos podridos. ¿Qué había de Alan y Thomas?

A medida que el elevador descendía, el brazo ascendía y se acercaba al techo. Cuando le rebasó el hombro, Edith ya no pudo utilizar su peso para sujetarlo. Le encajó las uñas en la muñeca y lo jaló con toda su fuerza.

En el último momento, desquiciada por evitar que el elevador le amputara o

destrozara el miembro, Lucille consiguió zafarse y retirar el brazo. El elevador siguió descendiendo y Edith escuchó aullidos de frustración arriba. Deseó haber aguantado un poco más. Si bien la idea de sujetar un brazo desmembrado la aterrorizaba, Lucille no se merecía menos. Y sin duda le habría puesto fin al asunto.

Los gritos de angustia fueron debilitándose a medida que descendía. Para cuando el elevador llegó a la mina de arcilla, había dejado de oírlos. La invadió una ola de frío y humedad, comenzó a temblar sin control. Inspeccionó los alrededores, una vez más tuvo la impresión de haber sido devorada por un animal moribundo, inmenso, de carne roja. Intentó descartar esa visión confusa.

Cuando abrió la puerta se dio cuenta de que una vez más, el elevador se había detenido medio metro por encima del piso. Si bien antes había sido fácil saltar, ahora tenía una pierna lastimada. Inhaló y descendió. Aunque intentó aterrizar en su pierna sana, la otra absorbió parte del impacto.

Dio un grito de dolor y se le cayó el cuchillo. Su única defensa se escabulló por el piso, con impotencia vio mientras desaparecía por una rejilla. Como no podía sacarlo intentó levantar la cubierta del desagüe con los dedos, pero estaba cubierta de arcilla y la nieve que excretaban las paredes, además, pesaba tanto que no podía moverla en su estado debilitado.

Se puso de pie y con trabajos identificó a Alan desplomado en una esquina. No se movía. Corrió a su encuentro y se arrodilló a su lado, un dolor terrible le subió por la garganta. Había perdido el color de la cara y estaba malherido. En la parte derecha de su pecho tenía una herida punzante y la tela que la circundaba se había tornado morada y negra debido a la sangre coagulada. Había más sangre encharcada cerca de su codo. Era difícil asegurarlo, pero parecía que el sangrado se había detenido. Tenía los ojos cerrados y la mandíbula distendida. No sabía si seguía respirando. Cuando le tocó la mejilla sintió su piel helada, como la mano sin vida de su padre en ese lugar deplorable al que se atrevían a llamar morgue. Colocó la mejilla cerca de su nariz y boca y sintió una ráfaga débil pero inconfundible de aire cálido. ¡Seguía vivo!

Con cuidado lo sentó, le acarició el pelo, intentando despertarlo con delicadeza y firmeza al mismo tiempo. Después de un par de segundos, abrió los ojos y al verla, su expresión se iluminó. En seguida su sonrisa se convirtió en mueca, cerró los párpados y volvió a palidecer.

—Tenemos que salir de aquí —le dijo mientras lo ponía de pie—. Lo haremos. Confía en mí.

El sonido de su voz resonó en los muros de la mina. Comenzaban a caminar hacia el elevador cuando escuchó pisadas veloces que se aproximaban. Estas también resonaban.

Tenía que ser Lucille.

Edith se detuvo, apoyó a Alan en el muro húmedo y rugoso.

Las pisadas disminuyeron y después se detuvieron.

Si bien Lucille no podía verla y viceversa, eso no detuvo a la mujer desquiciada

de lanzar acusaciones.

—¡Thomas ha muerto por tu culpa! ¡Lo mataste! —gritó.

La declaración insensata se repitió una y otra vez hasta que se desvaneció en la distancia, a Edith se le heló la sangre. ¿Decía la verdad? Si Thomas había sido asesinado, había sido a manos de su hermana. Internó a Alan en la profundidad de las sombras. Abandonarlo era una de las cosas más difíciles que tendría que hacer, pero si Lucille la encontraba con él, no habría pelea, no habría esperanza. Sería una masacre y los dos perecerían.

Se flexionó y observó a Lucille deslizarse como un fantasma hasta llegar a la pila de objetos a un lado del baúl de Enola Sciotti. En el silencio Edith se percató de nuevo del sonido de agua goteando, *plip, plop, plip, plop*, como el tictac de cientos de relojes fuera de sincronía. Lucille se inclinó, refunfuñó mientras forcejeaba con algo a sus pies. Al principio Edith no sabía bien qué hacía, después se dio cuenta de que levantaba una de las piedras del piso.

—Antes de que me encerraran, conservé un recuerdo de Madre —Lucille gritó por encima del hombro, hacia su público invisible. Después, del hoyo en el piso sacó un cuchillo de carnicero que parecía ser el de la ilustración de la primera plana de *The Cumberland Herald*, el mismo que le habían clavado a Beatrice Sharpe en la cabeza. La misma cresta horripilante que llevaba el espíritu de la fallecida.

Lucille se puso de pie, dio la vuelta y comenzó a caminar hacia ella; en un segundo la tendría encima...

Edith retrocedió para ocultarse. Necesitaba alejar a la asesina de Alan y después encontrar algo para pelear contra ella. Miró a su alrededor frenética, con la respiración entrecortada...

En el perímetro de la caverna mal iluminada, la entrada al túnel de la mina se internaba en la oscuridad. En el piso vislumbró el brillo tenue de metal y recordó lo que era. Vías empotradas diseñadas para transportar carros que los mineros cargaban con arcilla y trasladaban a la superficie. La luz que se reflejaba en las vías provenía de arriba.

Se armó de valor para hacerle frente al calvario y salió de su escondite. Ya no importaba que Lucille la viera, era inevitable. Tenía que cruzar frente a ella y llegar antes a la entrada. Salió de prisa pese al dolor, llegó a las vías y se adentró en el túnel, miró hacia el tenue flujo de luz. Identificó su fuente: un rectángulo diminuto y resplandeciente a la distancia. Qué tan lejos, no podía saberlo. Parecía como un timbre postal.

Un alarido furioso a sus espaldas la hizo correr. Mientras corría por la pendiente del túnel se tropezó, se tambaleó en su pierna lastimada y agitó los brazos para no perder el equilibrio. En ambos lados, las vías estrechas y oxidadas estaban pegadas y se fijaban al substrato sólido mediante traviesas perpendiculares de madera. Si bien estaban cubiertas de fango y por tanto eran escurridizas, los bordes ásperos le lastimaban los pies, ya de por sí adoloridos. El techo bajo y oscuro se sostenía gracias

a vigas y soportes viejos y podridos, de él goteaban lágrimas rojas que le caían en la cabeza y los hombros; los muros estaban reforzados con tablones empapados para evitar que los costados de la mina colapsaran hacia dentro y los trabajadores desafortunados quedaran enterrados vivos.

Procurando llevarle la delantera a Lucille, Edith forzó las piernas, tanto la sana como la herida. Y cuando las dos comenzaron a temblar y a fallar, se apoyó en las manos y los brazos para avanzar, enterrando los dedos en el fango. Durante un instante sintió la mirada de Alan, alentándola. Imploró que sin importar lo que pasara, se mantuviera en silencio, si Lucille descubría que seguía vivo, no lo estaría por mucho tiempo.

Si sigue con vida. Dios mío, ¿y si está muerto?

¿Entonces para qué vivir?

No pienses en eso ahora, ¡sigue!

Su respiración gutural y gemidos de dolor le zumbaban en los oídos —salvajes, animales, inhumanos—, era lo único que escuchaba. La atmósfera subterránea era igual de venenosa que el té, un miasma miserable de arcilla acre y deshielo que se filtraban por la boca y la garganta. Al inhalar, sentía el peso frío y mojado de la atmósfera llenarle los pulmones, lo cual le dificultaba respirar aún más. Sin voltear a ver por encima del hombro, no sabía si Lucille padecía la misma dificultad. Sin embargo, sabía que la mujer la alcanzaba: con el rabillo del ojo percibió la silueta oscura y agitada a sus espaldas.

Sigue. La orden era casi un susurro en el oído de boca de alguien más. *¿Mamá? ¿Pamela? ¿Enola? ¿Margaret? ¿O acaso era la voz de su propio espíritu que luchaba por sobrevivir?*

El sudor le escurría por la cara y le picaba los ojos; tenía los brazos, del hombro al codo, resbalosos por la arcilla putrefacta. El rectángulo de luz al final del túnel era más grande y más luminoso, vislumbraba las vigas que enmarcaban la salida, sin embargo, la pendiente era más pronunciada, cada metro en picada era una agonía. El dobladillo de su camión voluminoso se le enredó en las piernas, estaba empantanado de fango, tenía enterrados clavos y astillas de madera, parecía hacerse más pesado a cada paso. Su cabello largo y trenzado se le metía en los ojos, pero no se atrevió a detenerse para quitárselo de la cara.

No quiero morir aquí. No quiero morir aquí.

Lucille la alcanzaba, lo sentía. De repente sintió un jalón por la espalda —con fuerza y resolución— y sabía que Lucille la tenía por el camión.

Edith volteó para descubrir que estaba a unos metros de distancia. Inclino la cabeza y con una patada hacia atrás y un esfuerzo desesperado se soltó. Frenética se arrastró para salir por la boca roja del túnel.

Sin embargo, no había escapado del infierno.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO



El calor del sol de la tarde a punto de ocultarse había derretido la nieve, solo quedaba una capa fina en el suelo, y la condensación mezclada con la brisa helada había causado que se levantara una capa de niebla densa y asfixiante que se aferraba a la cumbre redondeada. La visibilidad se había reducido a un perímetro de no más de cinco metros a la redonda. En los bordes de la niebla, dedos de neblina color carmesí acariciaban la caldera de la segadora de Thomas, se filtraban por las piernas esqueléticas del castillete, se ocultaban para luego desvelar la cinta transportadora, varada desde hacía tiempo, y el horno en donde se horneaban los ladrillos.

Una ráfaga de viento penetrante le arrancó el aire a Edith de los pulmones y le abofeteó directo en la cara; gimió por el impacto. Intentó avanzar, pero se dio cuenta de que tenía las articulaciones entumecidas debido a la ráfaga de frío intenso, de repente se encontró llevando las botas de hierro de las hermanastras de Cenicienta. El aire gélido penetró los huesos de su pierna herida. Era como si le cortaran la propia herida con una sierra, la cual se movía al unísono con el latido de su corazón. Al frente y atrás. Al frente y atrás; el dolor, intenso, profundo e insoportable.

Entonces Lucille salió de la mina a unos cuantos metros detrás suyo. Tenía el pelo apelmazado por la arcilla roja, la cara y los brazos también manchados de guache carmesí. En el centro del pecho le brotaba la sangre sin cesar de la herida que Edith le había infligido. Aún llevaba el obsceno cuchillo de carnicero en la mano.

Cuando Lucille comenzó a tambalearse para alcanzarle los pies, le recorrió el cuerpo una ráfaga de miedo. La adrenalina la animó como si fuera un títere o un muñeco de cuerda. Se puso de pie de un salto y corrió a toda velocidad para ocultarse en la niebla. El aire dentro era tan denso como sopa, respirar le quemaba la nariz.

Necesito un arma.

Inspeccionó el andamiaje del castillete con la mirada, los contenedores llenos de nieve de la cinta transportadora y se subió a la segadora. La máquina revivió, el resoplido de su corazón se equiparaba al suyo.

Tras haberse revelado su escondite, descendió. Lucille sabría en dónde estaba.

Dios mío, por favor, que encuentre un martillo fuera de su lugar, una llave, no, algo para hacer palanca, algo que supere a Lucille en fuerza y velocidad.

Vislumbró el rostro destrozado del hombre que le había enseñado sobre ingeniería mecánica.

¡Una pala!

Tomó la herramienta y la sujetó con las dos manos. La unión entre la pala y el mango se sentía sólida y el borde de la pala parecía adelgazado y afilado por el uso. Volvió la vista a la boca del túnel, por donde podía ver a Lucille aproximarse. Utilizó la pala como muleta y avanzó a saltos con la pierna sana, ahorrando fuerza y aliviando el dolor, caminó a tientas entre las diversas capas de niebla turbulenta; al llegar adonde se apilaban las máquinas, la niebla adelgazó y se convirtió en neblina.

—¿Qué quieres Lucille? —gritó.

—Quiero aplastarte la cara con una piedra, después contar tus dientes mientras los destrozo —gritó una voz perdida en la neblina.

Edith ya conocía la respuesta a su pregunta, le interesaba el sonido y la dirección de la voz.

Sujetaba su pala con las dos manos, como una lanza, avanzó por la oscuridad turbia. A medida que la luz del día se filtraba desde arriba y luego desaparecía, sombras y siluetas borrosas e imprecisas parecían moverse por su propia voluntad en la neblina. Se defendió con su arma para definir la frontera desde la que podía hacerlo con facilidad. El borde del acero era demasiado amplio, la punta, demasiado chata como para apuñalar, sin embargo, podía cortar como con machete hasta el hueso. No podía permitirle a Lucille que se apoderara de la pala. Le quitaría su única ventaja.

—... cortarte en pedazos y desaparecerte. Eso quiero. ¿Me lo puedes conceder? ¿O debo tomarlo yo misma?

La voz de Lucille parecía provenir de todas partes y de ninguna. Edith se acercó a la segadora cuya base estaba cubierta por pilas de nieve limpia. Lucille emergió de la niebla roja y la cortó con el cuchillo. Edith no consiguió levantar la pala para bloquearla a tiempo. Sintió un dolor agudo en la mejilla, debajo del ojo, y antes de que pudiera atacar, su adversaria desapareció en la niebla.

Se le encogió el corazón ante la velocidad y precisión de Lucille. Tal vez no estaba tan malherida. Por la mejilla le cayó un hilito de sangre caliente. Volteó al escuchar un sonido a sus espaldas. Sujetó el borde del mango y lo balanceó con las dos manos como si fuera un sable medieval.

Moverla era más fácil que detenerla una vez en movimiento. Antes de que se pudiera recuperar del golpe malgastado, a su izquierda, una silueta oscura emergió de

la niebla. Lucille le rozó la cadera y la cortó de nuevo con el cuchillo. Edith intentó golpear a su atacante en la espalda, pero estrelló la pala contra el costado de la caldera. Era imposible seguirla con la pierna herida, debía limitarse a esperar a que su torturadora desapareciera en la niebla densa.

El silencio se apoderó del claro nebuloso, era un silencio agudo y malévol. Edith agudizó el oído y la vista, dio varias vueltas, el entorno de máquinas averiadas y tierra sangrante giró a su alrededor. No sabía en dónde estaba Lucille, de dónde saldría. No sabía si Alan seguía vivo.

Los segundos se convirtieron en minutos, la tensión producida por permanecer en guardia comenzó a consumirle los últimos gramos de fuerza que le quedaban. Arqueaba la espada por el peso de la pala y le temblaban los brazos del hombro a la muñeca. Cuando ya no podía cargarla, la arrastró detrás suyo mientras buscaba. No era una trampa para atraer a Lucille, pero funcionó como tal.

Un ser humano oscuro apareció de entre el revoltijo de máquinas, después volvió a internarse en la niebla, pero ya no corría, parecía que la estaba poniendo a prueba, midiendo sus vulnerabilidades. Edith dejó de girar y escuchó, sostuvo el mango de la pala con las dos manos, preparada para el ataque que no tardaría en llegar.

Lucille salió de la niebla blandiendo el cuchillo de carnicero frenéticamente, aterrizó en el lado débil de Edith, el de su pierna herida. Edith logró evadirla esta vez, retrocedió y se escudó del filo del cuchillo con la pala. El acero de las armas chocó, al instante se apagó el estrépito seco, la niebla circundante lo amortiguó. Al blandir, incluso con las dos manos, la pala se sentía muy larga y lenta. Edith insistía porque no tenía otra opción, esquivaba con fuerza cada vez que Lucille atacaba. Al retroceder, vio el destello del cuchillo cuando descendió con velocidad abrumadora, despostilló el mango de madera que sostenía en las manos y golpeó la parte de la pala. Antes de que se pudiera recuperar, la cortó de nuevo. Desesperada, bateó la pala, intentando golpear a Lucille en la cara y los ojos. De nuevo, había sido demasiado lenta, incluso más lenta que la última vez porque los brazos se le debilitaban. El cuchillo se clavó dentro de su espacio de defensa, esta vez le hizo una herida más profunda y la manga de su camión se manchó de sangre caliente.

Edith sabía que no podía soportar los ataques mucho más tiempo. Retrocedió con la pala en alto, siguió retrocediendo, se internó en la neblina hasta ocultarse, temblando y goteando sangre en las montañas de nieve limpia. No le sirvió de consuelo que Lucille no la hubiera seguido. Estaba segura de que acabaría con su presa y disfrutaba demorar el asunto obscuro todo lo posible.

Edith agradeció que su camión ocultara buena parte de sus heridas, temía que si se daba cuenta de lo grave de estas, se desanimaría y colapsaría para esperar lo inevitable. Más que nunca necesitaba creer en sí misma. Necesitaba hilar una historia tan potente que le permitiera sobrevivir. *Había una vez:*

Amor.

Muerte.

Fantasmas.

Y un mundo cubierto de sangre.

Niebla escarlata ocultaba el campo de la muerte y se filtraba por los pozos mineros, codiciosos y famélicos, hasta internarse en los contenedores atormentados, llenos de arcilla color burdeos, que bullían y jadeaban en el piso sucio de mosaico color marfil. Por los muros de barro se filtraba tierra carmesí. Allerdale Hall tenía un contorno rojo y brillante, era una mancha que se abría paso hacia los pies desnudos y maltratados de Edith.

Sin embargo, ese era el menor de sus problemas.

La criatura del mismo infierno, Lucille Sharpe, la perseguía. Implacable, imparable, un ser incitado por la locura y la furia que había mutilado y asesinado y lo haría de nuevo, a menos que Edith atacara primero. Pero estaba débil, tosía sangre y se tambaleaba, y el monstruo se había cobrado otras vidas —otras almas— más fuertes y sanas que la suya.

Los copos de nieve le cegaban los ojos azul aciano e inflamados; gotitas rojas le salpicaban el pelo dorado. Tenía la mejilla derecha cortada; el dobladillo de su camisón transparente estaba empapado de sangre y podredumbre.

Y arcilla carmesí.

Se preparó para la última batalla, el duelo de la muerte. A donde quiera que miraba encontraba sombras amenazantes, rojo sobre rojo sobre rojo. Si sobrevivía, ¿se les uniría? ¿Rondaría este sitio maldito para siempre, furibunda y asustada?

Los fantasmas existen. Es todo lo que sé.

Sabía mucho más que eso, desde luego. Lo sabía todo, toda la historia atroz. Si tan solo la hubiera descifrado antes, prestado atención a las advertencias, seguido las pistas. ¿Lo había descubierto demasiado tarde como para salvarse y salvar a Alan, que había arriesgado tanto por ella?

Detrás de la nieve y el crepúsculo escarlata, percibió el destello de pies corriendo. Lucille atacaría.

Edith esperó detrás del monolito de la máquina excavadora de Thomas, cerca del horno de ladrillos, llorando. La pierna le punzaba y se moría de frío, pese a ello, sus entrañas le quemaban con tal intensidad que esperaba que por la boca le saliera humo negro en cualquier momento. Retrocedió, se movió en círculos, buscando con la mirada, su respiración era un sonido ronco que le salía por la garganta. El tiempo se detuvo e intentó recordar cómo fue que ella, Edith Cushing, había llegado aquí para luchar por su vida.

Le parecía demasiado desear vivir feliz por siempre.

Lucille emergió de la neblina y caminó hacia ella, ya no había necesidad de artimañas. Los ojos castaños transmitían odio, locura y deseo de venganza. Lucille había asesinado a Thomas, pero en su mente enferma, Edith había propinado la puñalada mortal porque él la había elegido por encima de su propia sangre.

—No me detendré —dijo Lucille con la respiración entrecortada— hasta que me

mates o te mate.

—Lo sé... —respondió Edith con voz temblorosa, de cansancio, no de miedo. No importaba, a estas alturas estaba a un paso de la muerte.

No puedo darle batalla sola.

Y después... presintió que no estaba sola. *Alguien* o *algo* la acompañaba, aunque no podía ver nada en la neblina densa. La locura de Allerdale Hall se elevaba sobre ellas, pero no era la fuente de aquella... presencia.

Una presencia que sabía no quería lastimarla.

¿Era Enola? ¿Pamela Upton? ¿Las tres novias asesinadas?

Edith desvió la mirada de la cara desfigurada de Lucille para enfocarse en el éter turbio. No se atrevía a creer en lo que no podía ver.

—Si están aquí, conmigo... —extendió la mano— muéstrense. Denme una señal.

Aquí estaba. La invadió la alegría al ver quién había venido a ayudarle, por amor. Estaba lista.

Se acercó a Lucille arrastrando la pala como un vikingo *berserker* exhausto que arrastraba su hacha tras la batalla, se impulsó para dar un golpe final, desesperado.

Lucille no parecía ver al espectro, estaba radiante, anticipaba el triunfo.

—Nadie te ayudará —se le abalanzó. Su sonrisa era cruel y vengativa; implacable—. No veo a nadie, ¿tú?

—¿Ah no? —Edith sonrió—, porque yo sí. Solo se dejan ver cuando quieren que los veas. Solo cuando es momento —levantó la barbilla—, y uno de ellos... —titubeó, exhausta— Uno de ellos quiere que lo veas ahora. Es hora.

Miró a Lucille mientras un espectro luminoso emergió de la niebla.

Thomas.

Su fantasma era pálido. De la mejilla le salía una nube de sangre que ascendía en el aire en forma de espiral como si fuera humo. Sus ojos y labios eran dorados, irradiaba luz solar interna. Había dejado de ser una criatura de la noche, un morador de Allerdale Hall, había dejado atrás la locura y el salvajismo de su familia apasionada y trágica.

Lucille lo miró asombrada.

—¿Thomas? No...

El encuentro la hizo tirar su arma. Las lágrimas le corrieron por las mejillas. La presencia del fantasma de Thomas era lo único que podía derrotarla, que podía sofocar su ira.

Edith le habló en voz baja.

—¿Lucille?

Lucille volteó al escuchar su nombre. Al hacerlo Edith le golpeó el costado del cráneo con la pala. El impacto repentino la tomó por sorpresa y retrocedió, intentó desafiar la gravedad con unas rodillas que ya no podían sostener su peso. Verla flaquear le inyectó una ráfaga repentina de fuerza. Era ahora o nunca. Aprovechar la ventaja. Terminar con esto o morir en el intento.

Balanceó la pala y le pegó en la cabeza con la parte posterior. Solo hasta que Lucille se desplomó hizo una pausa para tomar aire.

Aunque en el piso, Lucille no estaba muerta. Espetó:

—No me detendré. No lo haré —buscó a tientas el cuchillo que había tirado, abriéndose paso a ciegas en el fango escarlata—, hasta matarte o...

Edith ya estaba blandiendo la pala de nuevo, soltó un golpe que tomó fuerza desde las plantas de sus pies descalzos y ascendió en espiral por sus muslos y cadera. Antes de que Lucille pudiera terminar, la pala se impactó en su cabeza con un golpe seco que resonó en las paredes de la mansión y le proyectó la cara a la nieve ensangrentada. No había necesidad de otro golpe. Muy cerca del cuchillo, sus dedos extendidos temblaron en un espasmo frenético y después se quedaron quietos para siempre.

—Te escuché la primera vez —dijo Edith, recuperando el aliento.

Se apoyó en la pala y se asomó para ver el cuerpo de Lucille Sharpe, quien alguna vez había sido un bebé diminuto e inocente en brazos de su madre. Una niña que solo había querido amor y calor, sentirse segura y querida.

¿O acaso Lucille «había nacido mal» como su pobre bebé? ¿El hijo de Thomas?

El rostro de Edith se iluminó de repente con una luz cálida y radiante. El fantasma de Thomas se acercaba, bañado de luz dorada, a diferencia de la criatura oscura y demente que yacía muerta en el fango.

Por primera vez le sonrió con el corazón; recordó cuando habían bailado el vals de Chopin y la llama había proyectado su reflejo en sus ojos; el resplandor de la luz en su rostro en el humilde santuario en el almacén durante su luna de miel. La necesidad lo había conducido a la oscuridad, pero el amor lo había devuelto a la luz. Lo había redimido.

Dejó caer la pala y extendió los brazos para abrazarlo una última vez, sin embargo, la figura diáfana se disolvió en la neblina... y se convirtió en luz blanca.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS



La maté.
Edith miró el cuerpo destrozado de Lucille Sharpe, la herida en su cabeza manchaba la nieve carmesí con su color rojo vivo. Intentó evocar compasión o remordimiento, pero lo único que sintió fue una alegría exultante. Si no la hubiera detenido, Lucille la habría matado y después habría matado a otros.

La nieve iba cubriendo la nuca de Lucille, copo por copo, cada silueta cristalina absorbía la sangre y brillaba como rubí. El espectáculo era hermoso en sentido horripilante.

La adrenalina se iba disipando de su cuerpo, Edith comenzó a temblar, caminó cojeando al túnel estrecho de la mina y gritó:

—¿Alan?

Se produjo un eco, pero no hubo respuesta.

Se quedó helada. Debía estar vivo. Debía. Después de su valentía increíble, su sacrificio... después de haberla amado durante toda su vida, no debía morir.

—¿Alan?

Nada.

Después lo escuchó decir su nombre, al fondo de la mina de barro. Edith produjo un sonido ahogado, entre el llanto y la risa.

—¡Alan!

Intentó descender por las vías pero su cuerpo se rebeló. Los músculos no la obedecieron y sus articulaciones no cedían.

—¡Alan espera!

Allerdale Hall la miró con furia cuando entró tambaleándose por la puerta frontal. Se le había acalambrado más la pierna herida, del talón a la cadera. Estuvo a punto de

llorar ante el recuerdo de Thomas cargándola en brazos para cruzar la puerta de entrada, pero se contuvo. Entró al elevador. No podía desplomarse ahora, no cuando Alan la necesitaba. No se había equivocado en su primer día en esa casa, hacía más frío *dentro* que fuera. *Es más fría que una tumba*, reflexionó. Los contenidos de una tumba regresaban a la tierra, para algún día brindar luz solar y calor. En Allerdale Hall no había esperanzas de renovación; lo que ahí moría, ahí se quedaba, congelado por un frío imposible.

El elevador no quería subir. Por fin subió sacudiéndose. Dentro, el piso estaba encharcado de sangre y había huellas de manos en las rejas, como los postes rojiblancos de las peluquerías. El olor a cobre era apabullante. Durante un instante titubeó, pero sabía que no tenía otra alternativa. Tenía que ir por Alan.

—No soy tu enemiga —le dijo a la casa. No hubo respuesta, no escuchó hojas dispersarse en los pasillos ni un gemido monumental. Había docenas de palomillas que volaban en torno a la nieve que caía en espiral del agujero en el techo, parecía que no se atrevieran a salir a la luz.

Edith entró al elevador y cerró la reja, se aguantó la respiración hasta llegar a la mina. Como siempre, el elevador no se detuvo al ras del suelo; se sentó en el piso y con cuidado, sacó primero un pie y luego el otro.

Escuchó un gemido.

—¡Alan! ¡Alan!

Goteaba agua. Los contenedores bullían. Los cimientos crujían.

No hubo golpeteos.

Se desplazó cojeando, se cayó, caminó tambaleante, pero de milagro alcanzó a Alan antes de colapsar. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta. Parecía estar muerto. Su rostro y frente estaban helados. No sintió su respiración. Había mucha sangre. ¿Era demasiado tarde? ¿La casa se había llevado a otro más?

Edith abrazó a la figura inerte y lloró.

No él. No Alan.

—Me amaste —confesó, más importante aún—: Te amo.

Alan gruñó.

Y abrió los ojos. Intentó levantar la mano, pero solo pudo mover los dedos.

—Edith —sonrió débilmente—, me encontraste.

*

Edith hizo todo en su poder para ayudar a Alan a subir al elevador y después a salir por la puerta frontal de Allerdale Hall. No quiso esperarla en la casa mientras ella iba al establo a enganchar el caballo al carruaje.

Regresó con malas noticias: el caballo debió haber olido la sangre fresca que la

cubría pues en el momento de abrir la reja del establo, había salido galopando como un rayo, Alan asumió que se habría internado en el páramo. Dado su estado físico, no había manera de recapturarlo. Él seguía sangrando y la caminata era larga, pero parecía que era la única esperanza que tenían de sobrevivir. Desde su punto de vista, contra todo pronóstico, él ya había salido airoso.

Edith Cushing le había declarado su amor.

Así que comenzaron su caminata.

*

Edith ascendió por el camino que se internaba en la niebla cojeando, cargando el brazo y buena parte del peso de Alan en sus hombros. Iban dejando sus huellas en la nieve ensangrentada. El casco negro de Allerdale Hall se erguía a un kilómetro de distancia, en el centro de un valle escarlata.

—¿Lo lograremos? —Alan preguntó con voz cansada, débil.

Decidió ser honesta.

—No lo sé, Alan. Nada es seguro.

—No —estuvo de acuerdo—, y pensar... pensar que yo vine a rescatarte a *ti*.

Edith sonrió.

—Falta mucho. Nos tenemos el uno al otro. Debemos dar gracias por ello.

Antes de que terminara la frase, vislumbró antorchas que oscilaban a la distancia, se hacían más grandes a medida que se acercaban. Eran hombres del pueblo. Distinguía sus voces, gritaban emocionados, pero no entendía qué decían. Uno llevaba una bufanda amarilla, brillante como un rayo de luz. Al reconocer a Alan, levantó la mano para saludarlo.

Rescatados, reflexionó. Los dos.

Volteó a la casa y le vinieron a la mente las líneas de apertura de la novela que comenzaría de nuevo:

Los fantasmas existen. Es todo lo que sé.

Se desvanecen, junto con el pasado, como la niebla en plena luz del día... a su paso, dejan enseñanzas simbólicas. Certezas simbólicas.

EPÍLOGO



ALLERDALE HALL

Dentro de la casa:
La sangre de Alan McMichael en el piso.
El barandal roto por el que Edith había caído.

La chimenea en la biblioteca se elevaba mientras la casa respiraba una bocanada profunda de aire envenenado.

Hay cosas que nos ligan a un lugar del mismo modo en que nos destruyen. Algunas permanecen atadas a un terreno o a una fecha concreta. Hay otras que se aferran a un sentimiento, a un impulso: pérdida, venganza o amor...

... un crimen horrible...

El fantasma de Lucille Sharpe, solo, solo para siempre, ocupaba su sitio frente al piano en el frío implacable. Tocaba la primera nota de la canción de cuna.

Esos, esos nunca se van.

*Que el viento sople suavemente,
en la vela de tus sueños.
Y que la luna ilumine tu viaje
y te traiga a mí.
No podemos vivir en las montañas,
No podemos vivir en el mar.
¿Dónde, oh, dónde, oh, mi amado,
iré a buscarte?*

«Saber a qué le tememos es saber quiénes somos».

—GUILLERMO DEL TORO

FIN

AGRADECIMIENTOS



Gracias a mi agente, Howard Morhaim, y a su equipo; a mi editora Natalie Laverick, y a Alice Nightingale, Julia Lloyd y a todos en mi casa Titan Books. También quiero agradecer a la Universidad de California en San Diego por una educación en producción de cine y televisión que me ha servido mucho en todos estos años. A mis amigos Beth Hogan, Pam Escobedo, Julia Escobedo, y Amy Shricke, que me ayudaron muchísimo cuando estaba sobre el tiempo de entrega; y a Mark Mandell quien entendió mi alegría, esperanza y ansiedad, sobre este proyecto como solo otro *freelance* podría haberlo entendido. Gracias a Ana Nettle, y a todos en Legendary, quienes fueron tan serviciales. Mi reconocimiento al reparto y a todo los miembros del equipo de Cumbre Escarlata cuyo arte me asombra, deleita y aterra. Pero más que a nadie, quiero extender mi profunda gratitud a Guillermo del Toro cuyo resplandor alumbra cada cuadro de Cumbre Escarlata. Muchas gracias por invitarme a su casa.